



06
Com

ts 1410246

R.185703

17367
3602

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA,

ESCRITA EN INGLES POR MR. WATSON,
profesor de filosofia i de retórica en la
unibersidad de san Andres, i traducida
al castellano por el V. R.

TOMO I.

MADRID: 1822.

IMPRENTA QUE FUE DE FUENTENEbro.

*Se vende en la librería de Brun, frente á las gradas
de san Felipe el Real.*

NOTA.

Téngase presente que esta obra está escrita por un protestante, i que quando abla de relijion bierte opiniones si conformes á su secta, opuestas á la creenzia del traductor en particular, i de la nazon para quien la a traduzido en jeneral. Son pocas i mui fázil conozerlas.



HISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.



LIBRO PRIMERO.

Felipe II, hijo del emperador Cárlos V y de de Manuel el grande, rei de Portugal, nació en Valladolid el 31 de mayo de 1527. Comendóse su crianza á eclesiásticos por su zelo mas esaltado que disuales, si no infundieron, al menos en su diszípulo aquel espíritu de que formó su carácter, i fué toda una de sus operaciones.

los natural de los Países-Bajos: abia ellos su jubentud, i los miraba con zion, que no dejaba de mortificar á i, Pero á estos les azia mas llebagusto la preferenzia que Felipe les esperanza de que quando reinase l fabor que Cárlos dispensaba en flamencos. (1)

us Annales Belgii &c., p. 570. Cabrera
Felipe II, l. 1, cap. 1.

2 Bien desde los prinzipios dió muestras Felipe de capacidad, prudenzia i aplicazion, i sobre todo de la índole mas á propósito para que en un carácter naturalmente grave i sombrío arraigasen aquellas opiniones, que dictadas por la supersticion, eran sin embargo entonzes las que constituian el carácter distintivo del clero español.

Casóse á los diez i seis años con la infanta María de Portugal, que murió de sobrepardo dando á luz al desgraciado don Carlos, de cuya mala bentura trataremos despues. Continuó gobernando á España hasta el año de 1548 en que le llamó su padre á los Países-Bajos, i adonde llegó á prinzipios del año siguiente con una gran comitiva de nobleza española.

A su entrada en Bruselas, fiel obserbador de la lei que se abia impuesto de rebestir todas sus acciones de una estraordinaria piedad, fué su primer cuidado el ir á la catedral á dar gracias á Dios por la felizidad del biaje, i de allí pasó á palazio.

Permaneció algunos dias con el emperador, quien en todas ocasiones descubria aquella ternura que tan bibamente siente un padre en la bejéz por un ijo único: despues partió á bisitar las ziudades prinzipales de los Países-Bajos, acompañado de la rejeta su tia, reina biuda de Ungría (1).

Era en todas partes rezibido con la mayor pompa: gastáronse sumas inmensas en fiestas, banquetes, iluminaziones y torneos: competíanse las ziudades sobre cual habia de ostentar mas

(1) Haer., Annales ducum Brabantiae &c., tom. 2 pag. 653. Antwerpiae 1623. Lud. Guiccardini, lib. 2, pag. 127.

magnifizenzia i mas zelo é imbenzion en obsequiarle: en fin, no hubo pueblo que no le diese las mas relebantes pruebas de adesion. (1)

Empero Felipe, en medio de tantas fiestas con que á porfia se esforzaban á dibertirle, i que en efecto debieran agradar á un príncipe jóben i ambizioso; no pudo ocultar la austeridad natural de su carácter. Notaban los flamencos con inquietud el contraste que azian el padre i el ijo. Cárlos cortés i afable, i Felipe altibo i sebero: el uno ablaba con fazilidad las prinzipales lenguas de Europa, i acostumbraba tratar familiarmente con sus basallos: el otro nunca quiso aprender mas que el español: ablaba poco con los flamencos, i era inazésible á todos los que no eran los nobles de su nazione: bestíase á la española, bibia como en España, i en nada queria conformarse con los usos flamencos. (2)

Tan torpe é indiscreta conducta preziso era que iziese la mas profunda impresion en aquellos naturales, i que les inspirase contra los españoles zierta aberesion que no cuidaban de disimular; i así fué, que abiendo solizitado Cárlos que los estados prestasen á su ijo el juramento de fidelidad que á él le abian prestado, se resistieron abiertamente á reconocer en Felipe el derecho de suzederle, mientras no se comprometiese á escluir á todo estrangero del gobierno de las probinzias; i ni esta restriccion, ni nada en el mundo bastára para que le reconociesen sino el respeto que el emperador les inspiraba, i el temor que á su poder tenian. No obstante, si la enfermedad que le aquejaba se

(1) Meteren., pag. 9.

(2) Bentiboglio, istoria della guerra de Fiandra, p. 5, in Parigi 1645.

4
ubiera tenido por mortal, mui de temer era que los estados pribaran á Felipe de la soberanía, i la trasladaran á Masimiliano, su primo, ijo de Fernando, rei de Ungría i de Boemia. (1)

Recorrido que ubo los Países-Bajos, le condujo el emperador á Alemania con el objeto de poner por obra el proyecto de azerle rei de romanos: dignidad que solizitó i obtuvo en 1530 para su ermano Fernando. Mas cuando se bió con un ijo en edad de discrezion, i en quien presumia los mayores talentos, pesóle de lo echo, i resolvió induzir á los electores á que lo anulasen, en caso de que Fernando reusase la abdicazion.

Pero la conducta de Felipe no abia desagradado menos á los alemanes que á los flamencos. Léjos de conziliarse su benebolenzia, les izo conzebir ideas que le eran bien desfavorables, i no podia ser menos. La misma cautela i altibéz que ostentó con unos manifestó á otros: asta los prínzipes de primer rango permitia que estuviesen descubiertos en su presencia: siempre altibo, i dándose siempre un aire de superioridad, de que se abstenia asta los emperadores mismos. Temieron pues los alemanes el yugo de un prínzipe que tan seco i despegado se mostraba, aun en el acto mismo de captar su favor, i no dieron oídos á las instigaciones de su padre; tanto mas resueltos quanto mas presentes tenian las desgrazias que se abian atraído por aber elebado al imperio á un prínzipe tan poderoso como Cárlos, que con su poder abia puesto mui á pique la libertad; i quanto mas sinzeramente adictos estaban á Fernando

(1) Memoires de Ribier, tom. 2, pag. 219, à Paris 1666.

5
i Masimiliano su ijo, cuyo carácter i costumbres formaban el mejor contraste con las de Felipe.

Empero Cárlos no era de aquellos que desisten fázilmente de sus empresas: conozia arto bien la superioridad que le daba la bictoria que obtubo de la liga de Simalcada, i no dudaba que podria obtenerla tambien de la resistencia que los electores oponian á nombrar á su ijo, si lograba la dimision de su ermano.

Para conseguirlo, empleó aquella actibidad que en todas sus empresas; pero era preziso que la prosperidad ubiese zegado á un príncipe tan ábil como Cárlos V. para aber tenido por asequible tan descabellado proyecto. Hallábase Fernando en lo mejor de su edad; i atendido el estado de la salud de su ermano, podia mui bien considerarse con un pie en el trono imperial. Su ijo se abia educado con espectatiba de aquella alta dignidad, i su afabilidad que le azia amar de la nazion, era la prenda mas segura de alcanzarla. Bien conozia Cárlos que nada de quanto pudiese dezir á padre é ijo persuadiria jamás á uno ni otro á que renunziasen á tan bien fundada esperanza; i aunque tubiese repetidas pruebas de la respetuosa deferencia de su ermanó, todavía se prometia mas del aszendiente que sobre él tenia su ermana la reina de Ungría, á quien Fernando era deudor de aquella corona i de la de Boemia. A ella pues recurrió Cárlos para dar mas peso á su instancia; pero Fernando se resistió á todas las de su ermana, i desechó cuantas ofertas de compensacion se le izieron. Abia Cárlos casado su ija con Masimiliano, i conferídole el gobierno de España, durante la ausencia de Felipe, con el ob-

jeto de azerle mas llebadero el golpe que le preparaba, i de alejarle de Alemania, mientras tentaba todos los medios de ganar al padre. Súpolo sin embargo el ijo; deja inmediatamente á España i buelbe á Alemania donde nada omite para reafirmar á su padre en su propósito, i azerle inflexible. Al fin conozió Cárlos la nezesidad de desistir, i Felipe partió de Alemania si muy descontento de los electores i príncipes alemanes, no muy satisfecho de sus parientes (1).

Buelto á España se condujo en el gobierno de modo que sus basallos juzgaron favorablemente de su prudenzia, destreza i capacidad; pero sin que en todo aquel tiempo allemos en los istoriadores contemporáneos nada que merezca atenzion. Dezíamos que Felipe permanezió en España asta 1554, época de su matrimonio con la reina de Inglaterra.

No bien ubo María subido al trono de Enrique VIII, su padre, cuando ya Cárlos V, cuya pasion dominante al fin de su reinado era el engrandezimiento de su ijo, formó el proyecto de unir la Inglaterra á sus estados, casando á Felipe con María; i se creyó que si el ijo lo resistiera, lo solizitara para sí el padre antes que perder tan buena ocasion de acrezentar su poder. Mas Felipe no era menos ambizioso que Cárlos, i así fué que jóben de beinte i seis años no desdeñó casarse con María, que sobre tener treinta i siete, ni en

(1) Lud. Guicciardin, l. 2, p. 128. Pallavicini, historia di Concilio di Trento, lib. 11, c. 15. Thou, l. 7, ab initio. Extrait des lettres de Marillac au roi de France.

7
su figura, ni en su carácter, ni en sus modales se allaba ninguno de los atractivos de su sexo (1).

Luego que el intento del padre mereció la aprobacion del ijo despachó á Londres quien propusiese este enlace; i en efecto no dudó María ni un momento el azeptarle. La estremada debozion de Felipe, que tanto chocaba á otros, era una recomendazion para la reina, que estrechamente unida á la familia de su madre prebeia los medios que debia proporcionarla tan poderosa alianza para realizar su proyecto favorito, la estirpazion de la eregia de sus estados.

Sus basallos no tenian los mismos motivos para desear esta alianza. Por el espacio de treinta años estaban obserbando la ambizion que al emperador deboraba; i concluian que la fazilidad con que tan prontamente se abia prestado Felipe á contraer un matrimonio, que solo podia agradar á un ambizioso, probaba demasiado bien que no le consumia menos que á su padre la insaziabile sed de poder i de mando. Ademas, estaban los ingleses perfectamente bien informados de su carácter, i de lo que años antes le abia suzedido en Flandes i Alemania por aber dado muestras en aquellos paises de su altibéz i despego: i temieron el ver á su reina, de carácter ríjido i sebero, unida á un príncipe tan imperioso. Haziales temblar la idea del peligro que corrian su independenzia i su libertad. Se estremezian al considerar que iban á caer bajo la dominazion española, nazion arto célebre por el cruel abuso que abia echo de su poder en Italia i los

(1) Olibier, tom. 2, p. 457.

Paises-Bajos; horrible por la barbarie con que se abia amanzillado en América; nazione, en fin, notable entre todas las de Europa por su ziega i superstiziosa adesion á la corte romana (1).

No eran desconozidos á Cárlos estos rumores, i para desbanezerlos empleó entre otros medios el de persuadir á María que suspendiera la persecuzion de los protestantes, i que bolbiese á usar el título de jefe supremo de la iglesia que omitiera meses antes. Al mismo tiempo embió á Inglaterra inmensas sumas con que perbertir los miembros del parlamento, ordenando que las capitulaciones se iziesen en los términos mas onrosos i bentajosos á María i sus basallos.

Así es que contenian estos artículos: que Felipe no tendria de rei mas que el título, pues que el soberano poder residiria en María: que ningun extranjero podria obtener empleo público: que no se aria innobazion en las leyes ni costumbres: que no se menoscabarian los derechos ni pribilejios de la nazione: que no por esta alianza se abia de obligar á la Inglaterra á que entrase en ninguna guerra entre España i Franzia: que los hijos de este matrimonio credarian no solamente la Inglaterra i los Paises-Bajos, sino tambien la España i demas dominios ereditarios de Felipe, dado que don Cárlos muriese sin suzesion: i en fin, que si la reina moria sin ella, no podria Felipe reclamar ningun derecho á la soberanía de Inglaterra, sino que pasaria al lejítimo credero (2).

(1) Burnet's Ref., part. 2, p. 284, and Carte, vol. 2, p. 297.

(2) Burnet's hist. of the Ref., part. 2, v. 2, p. 260. Cart., b. 17.

Estas condeszendenzias produjeron en verdad algun efecto favorable á los designios de Carlos, empero no bastaron á disipar todos los temores ; pues eran muchos los que pensaban que tanto quanto mas ventajosas eran, tantos mas motivos abia para sospechar que Carlos ni su ijo pensasen de buena té cumplir lo que ofrecian.

A los cortesanos i adictos á España se les sujirieron razones espeziosas con que defender su partido, i se quitó al contrario todo pretesto plausible para reunirse ; pues aunque Tomás Wiat i otros persuadieron á algunos zentenarios de ombres á que tomasen las armas, esta sedizion de tan poca consecuencia como mal combinada se sufocó inmediatamente, i solo sirbió para confirmar el poder real que tenia la reina para disponer de su persona, á pesar de la biolenzia con que los descontentos reproban su matrimonio (1).

Disipados los obstáculos i ratificados por el parlamento los artículos de las capitulaciones, se preparó María á rezibir á su futuro esposo, por el cual, aunque jamás le abia bisto, conzi-biera tan biolenta pasion que no disimulaba la impazienza con que deseaba berle llegar; empero resentido al mismo tiempo su amor propio por la indiferenzia que respecto de ella afectaba su marido, i quejándose amargamente de que cuando ella le daba á la par su reino i su mano no le ubiese merezido una carta de grazias, ni menos que le comunicara los motivos que le azian diferir su biaje. Por fin, embió Felipe al marques de las Nabas para

(1) Burnet's, p. 262.

que informase á la reina de que iba á apresurar su salida de España. Los istoriadores españoles refieren que antes fué á Santiago de Galicia, en cuya catedral oyó misa, encomendándose á la proteccion del santo con la mas ferbiente debozion, postrado en tierra sin querer serbirse de cojin para arrodillarse (1).

Hizose á la bela en la Coruña á prinzipios de julio de 1554, i desembarcó en Soutampton el 19 ó 20 del mismo despues de una feliz trabesía. A pocos dias se zelebraron las zeremonias del matrimonio en Winchester, donde Felipe rezibió del embajador de su padre la imbestidura de Nápoles, de Sizilia, de Milan, i el titulo de rei de Jerusalem: dignidades de que se despojó Cárlos para manifestar la satisfazion que le resultaba de este matrimonio, i para azer el enlace de su ijo digno de la reina su esposa (2).

Llebó Felipe una numerosa comitiba de la nobleza española como para deslumbrar á los ingleses con la pompa i esplendor que ostentaba en público, miéntras con sus larguezas ganaba las boluntades. Mas á pesar de todos sus conatos no pudo desfigurar su carácter ni ocultar sus bicios: en toda su conducta se traslucía su natural disimulazion i su altibéz: era demasiado español para aprobar nada que no fuese español: nunca se acomodaba á ninguno de los estilos ingleses. Veia á los principales personajes del reino con la mas fria indiferenzia: á nadie conzedia el fabor de azercársele

(1) Carte, b. 17, p. 312. Cabrera, l. 1, c. 4.

(2) Burnet's, ref. p. 2, b. 2. Carte, b. 17, p. 313. Summonte, hist. di Napoli, l. 9, p. 263.

sin obtener antes lizenzia : daba difizilmente entrada aun á los misinos cuya benebolenzia queria granjearse ó asegurarse (1).

Mui luego se descubrió lo repugnante que le era aquel artículo de los conziertos que le escluia del mando ; pues que María mas cuidadosa de complazerle que del bien de su pueblo, i aun que de su interés personal i de su influjo en el gobierno, pidió al parlamento que le declarase eredero presuntibo de la corona, i pusiese en sus manos el timon del estado. Mas, las dos cámaras que asta entónzes abian manifestado la mas entera sumision á su boluntad, juzgaron allarse en la nezesidad de moderar sus condeszendenzias, perzibiendo fázilmente la causa i el fin de semejantes pretensiones, i mirándolas como una prueba manifiesta del designio que la reina abia formado de serbir á la ambizion de su esposo, sin miramiento á las fatales consecuencias que podian resultar : ambas pues negaron la pretension. Habian consentido en que Felipe se titulase rei ; pero no consintieron que se coronase, ni menos que se diese al emperador el menor socorro contra la Franzia (2).

Para superar Felipe los obstáculos que el parlamento le suszitaba, resolvió acomodarse á las circunstancias, rebistiéndose de todas las aparienzias de la moderazion : i para que en mas se estimase, obtubo de su esposa la libertad de muchas personas distinguidas, presas de su órden por sospechosas de descontentas de su gobierno. Pero el medio mas ingenioso de que se

(1) Burnet's, hist. of the ref., v. II, p. 288. Carte, b. 17, p. 313.

(2) Carte, p. 315.

balió para conziliarse el favor de la nazione entera fué el protejer á Isabel, cuya vida abia echo María con sus zelos i resentimientos que fuese un objeto de interés nazional. Desgrazadamente para Felipe no correspondió su benevolenzia á sus esperanzas: nadie atribuyó aquella jenerosidad sino á sus miras políticas; porque si por mala bentura se ubiera quitado la vida á Isabel, i María muerto sin ijos, la corona de Inglaterra pasara á la reina de Escocia, que casada con el delfin las uniera ambas á la de Franzia (1).

Deseosa María de ayudar por su parte á los intentos de su esposo, i atraerse el afecto del pueblo, suspendió la persecuzion de los reformados; pero su fanatismo i su zelo eran demasiado ardientes para ser por mucho tiempo reprimidos; i Felipe ya por prinzipios, ya por temperamento, estaba mui léjos de oponerse á medidas sanguinarias, que él mismo meditaba entonzes. Creáronse pues tribunales no menos arbitrarios que la inquisizion de España; i las penas bárbaras que ella estableze se impusieron á muchos, sin distinzion de edad ni secso. Nadie dudaba que era María naturalmente inclinada á aquella terrible seberidad, bajo la cual jemian; pero como tampoco se dudaba de su entera sumision á la boluntad de su esposo, no podia dejar de atribuirse la persecuzion ya fuese á sus consejos, ó al menos á su aprobazion (2). Sensible á estas sospechas, que tan odioso le azian, trató Felipe de desba-

(1) Burnet's, v. 2, b. 2, p. 287. Carte, p. 316. Camdens's apparatus.

(2) Cabrera atribuye á Felipe como un mérito las persecuciones de aquel tiempo. L. 1, c. 7, p. 28.

nezerlas, ó siquiera disminuir la prebenzion que él mismo abia inspirado. Para ello se balió del ridiculo medio de azer que en su presencia predicase su confesor en favor de la toleranzia (1). Pero este amaño era demasiado grosero para disuadir á nadie; de modo que aunque rara vez parecia que tomaba una parte directa en el gobierno, la opinion jeneral subsistió siempre la misma. Todas sus acciones eran azechadas por ojos zelosos, bijilantes i desconfiados; i no le fué posible obtener una conzesion mas favorable que la que le aseguraba el protectorado durante la menor edad de su ijo, si María dejaba alguno á su fallezimiento.

Esta conzesion se tubo por sumamente irrazional á los prinzipios; pero algunos meses despues lo parezió menos. Esparzióse la noticia de que la reina se allaba en zinta, i fué tan jeneral el error que asta Felipe i María le creyeron, (2) i Felipe permanezió en Inglaterra

(1) Este sermon se predicó el 15 de febrero; i sin embargo el 24 de mayo se unió Felipe á su esposa para esortar al prelado Bonner á que prozediese á la ejecuzion de las leyes, á fin de que por su zelo i actibidad se tributase mas gloria á Dios, i el estado se gobernase mas tranquilamente. Esto, porque aquel prelado se abia resistido á echar sobre sí todo el odio de la persecuzion. Burnet's, collectione of record., n. 20.

(2) El 30 de abril se aseguró que acababa de dar á luz un niño: echaronse á buelo todas las campanas de Lóndres, se iluminaron las calles, se cantó el Te Deum en San Pablo, i un sazerdote llevó la credulidad asta el extremo de azer la descripcion mas zircunstanziada de la constituzion, facziones i estatura del niño, representándole como el mas bibo i hermoso de todos los rezien nazidos. Carte, p. 317.

todo el tiempo que le duró la esperanza de un suceso tan interesante como que era el único que podia darle el poder á que aspiraba. Pero muy luego se desbanezieron aquellas engañosas apariencias de embarazo, dejenerando en síntomas arto ziertos de una próxima idropesía. Frustradas que fueron las esperanzas de la fecundidad de María, i luego que el dolor de berse estéril, junto á su natural desabrído, eszitado ademas por la embidia que la deboraba, ubieron arruinado su salud i echo su persona tan desagradable como su compañía, dejó Felipe la Inglaterra despues de una mansion de catorze meses, sin pasar por los Países-Bajos, (1) donde se allaba el emperador disponiéndose á llebar á cabo la resoluzion que abia formado de renunziar sus dominios en su ijo, i pasar el resto de sus dias en un retiro.

Ya dijimos que al tiempo de zelebrar Felipe su matrimonio con la reina de Inglaterra le zedió su padre el reino de Nápoles i el ducado de Milan; pues á pesar de tan relebante prueba de amor paternal i de jenerosidad no tenia motibo para estar muy satisfecho de la correspondenzia del ijo, quien ademas de aberse negado á pasar por Flandes, donde Cárlos deseaba befle, si antes no le rebestia de alguna autoridad de aquel pais mientras permanezia en él, insistió en que la zesion de los estados de Italia fuese absoluta, sin restriczion ni reserba; i apénas entró en posesion de ellos cuando despojó á los ministros de su padre para colocar sus echuras. Tan poco respetuosa conducta, lejos de disuadir al emperador á que iziese la

(1) Haraeus, Carte, p. 317. Burnet's, part. 2, b. 2, p. 312.

renunzia premeditada no pareze sino que sir-
bió para mas determinarle á azerla. Conozio
Cárlos que el carácter imperioso de su ijo le
pondria en la triste alternatiba de romper con
el ó deferir ziegamente á cuanto quisiése (1).

Si Cárlos ubiera tenido el bigor de cuerpo
i alma de que gozaba algunos años antes; era
mui probable que la conducta de su ijo ubiera
produzido mui distintos efectos, i que lejos de
aumentar disminuyera su poder. Pero los fre-
cuentes acesos de gota que inzesantemente le
trabajaban, su constante actibidad; i su aplica-
zion continua á los negocios le tenian tan dé-
bil que juzgó nezesario ó entregarse ya á los
ministros que era lo que mas cuidadosamente
abia asta entónzes ebitado; ó sucumbir mui
pronto bajo el peso de tantos negocios como
eran consigüentes al gobierno de tantos esta-
dos. Érale nezesario desembarazarse al menos
de una parte de los cuidados que le abruma-
ban: i si la ambizion de su ijo ubiera sido mas
moderada, ó su carácter mas complaziente, pu-
diera Cárlos confiarle los prinzipales ramos del
gobierno reserbándose la autoridad suprema, ó
bien zederle la soberanía de parte de sus do-
minios i quedarse con otros; pero prebió que
en cualquiera de ambos casos se preparaba con-
tínuos disgustos, i para ebitar con dignidad
este peligro adoptó el único medio que le que-
daba, i era el de retirarse del mundo, aziendo
una zesion absoluta de sus estados (2).

Determinado por estos motibos renunzió
Cárlos la soberanía de los Países Bajos en octu-

(1) L'Evesque, p. 14, 25. Summonte, lib. 9,
p. 263.

(2) Ribier, p. 485.

bre de 1555, i la de España en enero siguiente; pero retubo la corona imperial algunos meses mas, con el fin de bolber á probar si le era posible persuadir á su ermano á que renunziase el imperio en favor de Felipe; mas esta segunda tentatiba fué tan inútil como la primera. En fin, Cárlos se retiró del mundo á pretesto de allarse combenzido de la banidad de las grandezas humanas, al mismo tiempo que azía los mayores esfuerzos por elebar á su ijo á la cumbre de ellas, como si ubiese creido que solo en aquella altura se allaba la suprema felicidad. Por esperienzia propia sabia que estados mui esparzidos i de una mui considerable estension dan mas aparienzias de grandeza que poder efectibo: que son el origen de una zozobra continua i abrasadora: que obligan á mas de lo que en realidad se puede: i que gobernar con equidad tantos i tan bastos países es empeño que eszedo las facultades de un ombre solo. Sin embargo, deseaba bibamente para su ijo una carga que á él mismo le abia abrumado mucho tiempo antes de aquel periodo en que la bejéz obliga á los ombres á dejar la eszena de una vida actiba. Cárlos abia por mucho tiempo alimentado esta insensata ambizion de los príncipes, que les induze á correr inzesantemente tras el poder; pero sin considerar de ningun modo el grande i único fin que le aze deseable; es á saber, la felicidad de los pueblos: i le era imposible despojarse enteramente de esta pasion, por mas dezidido que estubiese á renunziarlo todo para sí.

En quanto á la otra parte de su conducta en el tiempo de que ablamos, es mas fácil esplicar los motibos que la dirijieron.

Deseaba Cárlos eficazmente el ber restable-

zida la paz con Francia antes de su abdicacion, para dar á su ijo el tiempo i los medios de reparar sus dominios, gastados con las guerras continuas que abia emprendido ó sostenido, i sumamente empobrezidos por las cuantiosas sumas que abia embiado á Inglaterra. Todos sus últimos proyectos se abian frustrado. Detenido en los Países Bajos mas tiempo del que abia calculado, tanto por la aspereza del tiempo, quanto por los continuos ataques de la gota, tubo al menos la satisfaccion de ver antes de partir concluida la tregua de Bauzelles, i alguna esperanza de que antes que espirase, muchas de las diferencias que entre sí tenian Enrique II de Francia i Felipe, se compondrian amistosamente. Con ella partió en fin Carlos á sepultar en el retiro de un monasterio todos sus proyectos de gloria i de ambizion, inquiriendo rara vez noticias políticas, i proibiendo á sus domésticos que se las diesen. (1)

(1) Gianone, tom. 4, pág. 198.



HISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.



LIBRO SEGUNDO.

Aún frustrado el proyecto de transmitir el imperio á su ijo, quedaba este sin embargo el mas poderoso monarca de su siglo. Poseia en Europa, ademas de los reinos unidos de Castilla, Aragon i Nabarra, los de Nápoles i Sicilia, el ducado de Milán, el Franco-Condado i los Paisés-Bajos: en Africa, á Túnez, Orán, el Cabo-Berde i las islas Canarias: en Asia, las islas de la Sonda, las Filipinas i una parte de las Molucas: en América, los imperios de Méjico i del Perú, la Nueva-España i el Chile; ademas de la isla española, Cuba i otras muchas de aquel basto emisferio. Al adbenimiento de Felipe al trono, las minas de Méjico, de Chile i del Potosí daban mas riquezas que las que tenian juntos todos los demas soberanos de Europa. (1) Eran sus tropas las mas disziplina-

(1) Producíanle anualmente 25.000.000. de flo-
rines. Meteren.

das, las mas aguerridas i las mas acostumbradas á benzer; i los mas ábiles, los mas experimentados generales de aquel siglo los que mandaban tan belicosa milizia.

Un poder tan estenso, i tan considerables recursos no podian menos de parecer formidables á los otros estados de Europa, i mas si se reflexionaba sobre el carácter sombrío i dominante de su dueño; porque si bien carezia Felipe del valor, de la actibidad i de la audazia de su padre, era empero aplicado, sagáz i penetrante; i ademas tenia ya dadas muestras de que su ambizion no era menos beemente, sino tanto mas temible, quanto mas la cubria con el belo de la relijion. Pero por mas que su poder, su carácter i sus proyectos eszitasen los zelos i la desconfianza general, pocos eran entonces los estados que podian oponerse á sus intentos.

Desde que ocupó María el trono de Inglaterra abia decaido mucho la considerazion de que aquel reino gozára en Europa por espazio de medio siglo. Su comerzio desatendido ú oprimido: sus tropas indisziplinadas, perdida la costumbre de la guerra; i su marina sin bigor. Verdad sea que mientras permanezió Felipe en Inglaterra dieron pruebas los ingleses de aquel espíritu de independenzia que les es tan natural, resistiéndose á que tomase ninguna parte en el gobierno, al mismo tiempo que en todo lo demas se mostraron serbilmente sumisos á su reina débil, debota i subyugada. Empero no obstante, era mui de temer que léjos de serbir aquella potenzia de freno á Felipe, la obligaria María á que contribuyese á las medidas biolentas, á que la ambizion i el fanatismo de su esposo le induzirian infaliblemente.

Tampoco abia motibo para esperar que la

Alemania iziese mas que la Inglaterra; pues por mas abersion que ubiese inspirado á los alemanes la concurrencia de Felipe con Fernando al trono imperial, no era berisimil que por eso se suszitase entre ellos ninguna dibision biolenta, ni menos una guerra declarada. Fernando aun no poseia tranquilamente la Ungría, i el temor de que los turcos renobasen pronto las ostilidades, obligado á precaberse contra enemigos tan temibles, i á procurarse los ausilios de que llegado el caso abia de tener la mayor nezesidad, dirijia todos sus conatos á establecer la concordia entre los diferentes prínzipes del cuerpo germánico, i á conziliar los ánimos alterados por las diferencias de relijion.

Portugal llegaba entonces al colmo de su gloria i prosperidad. Sus descubrimientos i sus conquistas llebadas asta los extremos de la tierra, le abian elebado á una altura superior á la que nunca abia tenido; i Juan III, á quien los portugueses deben casi todas cuantas azañas enoblezen á su nazion, se allaba ya mui entrado en dias, amado de su pueblo, respetado de sus bezinos, i sin pensar mas que en mantener en paz á sus basallos i azerlos felizes.

Cristiano III ocupaba el trono de Dinamarca, i Gustabo Erickson reinaba en Suecia. Bajo el suabe i benéfico gobierno del primero empezaba Dinamarca á restablezese del estado de languidéz á que la abian conduzido discordias zibiles, calamidades de una guerra exterior, i la opresion de un odioso tirano poco antes de puesto. Los suecos, que bajo Gustabo abian sacudido el yugo de sus bezinos, i dado el reino á su baliente libertador, gozaban bajo su gobierno de las delizias de la libertad, i echaban los zimientos de aquella grandeza, á que llegaron

despues; i ni el uno ni el otro se allaban todabía en estado de tomar parte en los negocios de los demas gobiernos de Europa; ademas de que estos reyes ciudadanos estaban bien combenidos de que la pazificazion i tranquilidad de sus reinos bastaba para su mas digna ocupazion.

Los estados del papa, poco antes disminuidos por la donazion que Paulo III izo de los ducados de Parma i Plasenzia á su sobrino Octabio Farnesio, estaban como enclabados entre el ducado de Milán i el reino de Nápoles: por consiguiente, el sumo pontífize dependia mas de Felipe que de ningun otro príncipe, i era mas probable que le congratulase, que no el que pensase en oponérsele.

Cosme de Médizis, duque de Toscana, debía su soberanía al último emperador, i grazias á su prudenzia i á su poderoso protector se abian echo tan considerables sus dominios, que solo el birei de Nápoles i el gobernador de Milán podian inspirarle algun rezelo: la gratitud i el interés se unian á induzir á aquel diestro príncipe á que se uniese al rei de España, i cultivase su amistad.

Octabio Farnesio, duque de Parma, privado del ducado de Plasenzia por el emperador, i Filiberto Emmanuel, duque de Saboya, despojado en vida de su padre de la Saboya i del Piamonte por los franceses, ninguna esperanza tenian de recobrar sus estados sin el favor de Felipe.

La república de Benezia, tan respetable i ambiziosa en otro tiempo, abia llegado á conozer desde la liga de Cambrai, que su ambizion era un delirio; i adoptó la prudente máxima de guardar una esacta neutralidad en todas las desabenezias que se suszitasen entre las demas

potenzias; aziendo por conserbar la estimazion general, i particularmente la amistad de Felipe: únicos medios de defenderse de las imbasiones de los turcos, sus formidables enemigos.

Esta rápida ojeada por los estados de la Europa al tiempo en que Felipe rezibió la soberanía de manos de su padre, nos da bien á conozer que no abia quien balanzease su poder mas que el rei de Franzia, que aunque no poseia tan estensos dominios; pero la bentaja que le daban la situazion i la constituzion de su reino, i el carácter de su nazion podian azerle mirar al menos como el segundo monarca, i como el baluarte de la libertad jeneral contra el colosal poder de Felipe. Aunque las fronteras de aquella poderosa monarquía no se estendiesen entonces asta donde llegan aora, comprendian ya desde el paso de Calais asta el mediterráneo i la Italia, i desde los Pirineos asta la Alemania i los Países Bajos, sin que en este inmenso territorio tubiese parte ningun otro estado. Franzia, zircuida por los dominios de Felipe esparzidos en España, Italia i en los Países Bajos, embarazaba la comunicazion de unos con otros, i en tiempo de guerra interzeptaba el paso de las tropas.

Acostumbrada la nazion francesa por muchos reinados á no dejar las armas, abia descuidado, é ignoraba las artes de la paz. El espíritu caballeresco, el valor eróico, mirado como la única birtud, el deseo de la gloria militar, que en tiempo del feudalismo produzia tantas disensiones i calamidades, daban aún á la nobleza francesa una grande energía. Pero abiendo tomado otra direccion estas cualidades perniziosas, no eszitaban ya á los grandes á aquellas funestas guerras de unos contra otros, sino

que les inspiraban la noble ambizion de buscar las fatigas i los peligros para sostener la gloria de la nazion i del trono.

Gobernaba este pueblo belicoso Enrique II, que daba ya muestras de aber heredado bastante de aquella beemente ambizion que distinguió á su padre. Verdad es que no tenia ni su genio militar ni su eróica intrepidez; pero suplian sus jenerales lo que en esta parte le faltaba; pues entre los ilustres guerreros, de cuyos talentos se podia aprovechar, se contaban el mariscal de Brissac, zélebre conquistador del Piamonte, el condestable de Montmorenzi, tan conozido por su balor sobreumano, Franzisco de Lorena, duque de Guisa, que acababa de cubrirse de gloria inmortal en la defensa de Metz contra el emperador.

No era menos formidable por sus relaciones exteriores que por sus recursos interiores. La reina de Escozia se abía criado en su corte, i casándose con su primojénito, i era mui probable que su reino biniese á ser una probinzia de Franzia. Enrique abia aprendido de su padre á cultivar cuidadosamente la amistad de los suizos, i abia entrado en una estrecha alianza con el gran señor. Por consiguiente, en caso de rompimiento con España, podia rezibir de aquellos mui poderosos socorros de tierra, mientras las escuadras de este talasen las costas de España i de Italia.

Empezó su reinado dando muestras de abrigar en su pecho las mismas pasiones políticas que su padre; de su obstinazion en recobrar los dominios de Italia, regados con tanta sangre; y de la embidia con que miraba el poder i la grandeza española ó austriaca.

Estos motivos le indujeron en 1551 á declararse protector de Octavio Farnesio, duque de Parma, en cuya ruina estaban conjurados el papa i el emperador. Además abia entrado en la liga de los príncipes protestantes de Alemania contra Carlos V; en lo que denotaba sobradamente el encono que le tenia, dado que el principal objeto de aquella liga era favorecer una religion, á cuyos prosélitos abia él perseguido tan cruelmente en Francia. La guerra, que necesitaba esta alianza, continuó con bária fortuna asta el momento en que la tregua de Bauzelles, de que ya hemos hablado, la puso término. Combinóse entonzes en que las partes conserbasen sus conquistas por espacio de cinco años, á menos que las pretensiones respectivas se acomodasen ó satisfiziesen antes que la tregua espirase. Este fué el principal artículo, i en consecuencia no solamente retubo la Francia á Metz, Toul i Berdum, que eran para ella un antemural formidable en la frontera de Alemania, sino tambien la Saboya casi entera i el Piamonte, que el emperador debia por honor suyo azer que se restituyese al duque de Saboya. Nunca ubiera Carlos consentido en una condicion que el año antes abia oido i desechado con desprecio, si no juzgára absolutamente necesario el dar á su ijo algunos años de paz. Era pues Enrique el que mas contento debia estar con la tregua, i sin embargo él fué quien la quebrantó. Prezipitáronle á dar este paso, de que tantos motivos tubo para arrepentirse, en parte la ambizion, en zierto modo heredada, de formar un establezimiento en Italia, en parte los consejos interesados de los Guisas, i sobre todo las sugestiones del soberano pontífice.

Era Paulo IV uno de los ombres mas singulares de su siglo, i formaba un admirable contraste con el emperador: acababa de alcanzar la tiara despues de aber pasado su vida en las austeridades del cláustro, embebido en el estudio de la teología escolástica. Deszendia de los Garrafas, oriundos de Nápoles: gozaba en su juventud de muchos i mui pingües beneficios, i fué embiado de nunzio á Nápoles, á España i á Inglaterra. Pero cansado de la diplomazia, dejó la carrera de la ambizion, resignó sus beneficios, instituyó un orden religioso, i bibió muchos años sujeto á la regla que él mismo formaba. No le costó poco á Paulo III el persuadirle que dejase su retiro, i azeptase la dignidad de cardenal; ni lo alcanzára si Garrafa no creyera que podia contribuir á estirpar la erejía de Lutero, contra la cual abia manifestado el zelo mas furibundo i fanático. Cuando fallezió Marcelo III era Garrafa el decano del sacro colegio, i no fué poco lo que esta zircunstanzia contribuyó á su elezion, por la esperanza en que quedaron los demas pretendientes de que mui en breve abria nueva bacante.

Los años no le abian dado á Paulo ni moderazion ni prudenzia, ni conozimiento del mundo ni de los ombres: ablaba del poder de las llaves i de su superioridad sobre todos los prinziipes con demasiada frecuencia i como pudiera aberlo echo en los siglos de ignoranzia; pero que despues de una reboluzion en que tantos abian mudado sus opiniones religiosas, parecia ridículo aún á sus mismos cortesanos. En toda su conducta manifestó una altanería que admiraba á los que mas le conozian, i dió prinzipio á su pontificado á la edad de sesenta i nueve años con tal ímpetu i beemenzia, que asta en

la fogosidad de la juventud son raros (1).

Habíase distinguido siempre Paulo IV por la santidad de sus costumbres i por su zelo desinteresado, en honor de la santa sede. Mas, luego que ubo alcanzado la suprema dignidad, i que no tubo porqué disimular sus verdaderos sentimientos, se dió todo á sus sobrinos, con tan ziega adesion como si en el ejerzicio del poder pontifizio no ubiese debido proponerse otro objeto que la combenienzia de ellos, i dar la mano á la ejecuzion de los bastos proyectos que conzibieran. Por desgrazia de la Europa eran insufizientes á satisfazer su ambizion todas las dignidades que su tio podia conferirles, por mas que ubiese despojado biolentamente del ducado de Palliano á Marco Antonio Colona, i dádosele al conde de Montorio su sobrino mayor; por mas que ubiese dado el gobierno de Roma con el condado de Baño al segundo, i que al menor crease cardenal i le iziese legado de Bolonia. Estos insaziabes sobrinos no querian menos que un estado soberano independiente, como el que Leon i Clemente abian proporcionado á los Médizis, i Paulo III á la casa de Farnesio; i para conseguirlo no allaron otro arbitrio que el de desposeer al emperador i á su ijo de sus dominios en Italia. A esta empresa no les animaba el interés solo, sino tambien el resentimiento. El mas jóben de los Garrafas, antes que cardenal abia sido soldado i caballero de Malta: i allándose al serbizio del emperador en el ejérxito de Alemania desafió á un ofizial español; por lo cual

(1) Fra-paolo, lib. 5. Onuphrii Panvini vita Pauli IV, de Thou, l. 15, c. 12. Burnet's, hist. of the Ref., part. 2, b. 2.

le mandó Cárlos arrestar: i despues cuando el papa su tio le confirió el priorato de San Gerónimo de Nápoles, le impidió el biresi la posesion (1).

Tambien Paulo por su parte tenia sus motivos de queja. Hallándose de nunzio en España se abia granjeado la estimacion de Fernando el católico, i sido admitido á su consejo de estado: plaza que conserbó aun despues del adbenimiento de Cárlos á aquel trono. Pero abiendo ablado en zierta ocasion con mucha libertad en el consistorio, le manifestó el emperador su resentimiento mandando que se borrara su nombre de la lista de los consejeros de estado. No contento con esto, reusó Cárlos la imbestidura del arzobispado de Nápoles al cardenal Garrafa, presentado por Paulo III; i aunque despues Julio III dezidió al emperador á conzedérsela, no por eso dejó de embazararle el uso de su jurisdiccion, ni dejó de azer cuanto pudo para impedir la eleccion de Paulo IV. (2).

Estos ultrajes izieron una profunda impresion en el ánimo fogoso i altibo del pontífize, que léjos de disimularlo declamaba amargamente contra el emperador aun en presenzia de los cardenales de su balía, acompañando las amenazas á las imbecitibas, i añadiendo alguna bez, que los partidarios de Cárlos podian comunicársele si querian.

Sin embargo, es probable que no ubiera pensado en recurrir á las armas si sus sobrinos, i particularmente el cardenal, que era el mas

(1) Pallabizini, p. 60. Fra-paolo, l. 5.

(2) Summonte, l. 10, p. 269. Pallabizini, l. 13, c. 14. Fra-paolo, l. 5.

abaro i ambizioso, no se balieran de barios ardidés para engañarle. Abisáronle de las juntas nocturnas que se tenian en Roma por los partidarios del emperador, en que se abian tomado medidas mui perjudiziales á su autoridad: finjieron aber descubierto que Cárlos tenia asalariados á muchos satélites para que embenasen ó asesinasen á toda su familia: presentáronle cartas interzeptadas, escritas en zifra, por las cuales resultaba, segun la interpretazion del cardenal, que los ministros imperiales urdian contra él alguna trama.

Tales fueron los amaños de que los Garrafas se balieron para abibar la desconfianza i animar los resentimientos de su tío, que siguiendo sus consejos resolvió en fin azer por empeñar al rei de Franzia en que continuase la guerra con el emperador, i en que se ligase con él contra el enemigo comun.

A este fin tubo una conferencia con los que le merezian mas confianza de sus cortesanos, i quiso que asistiese á ella Abanson, embajador de Franzia. Dioles parte de las maquinaziones formadas contra él i sus sobrinos, felizmente descubiertas: se lamentó de que ya que Dios abia sido serbido de elejirle padre comun de los cristianos conspirasen contra él algunos de sus ijos, maquinasen su ruina i le redujesen á la triste nezesidad de tomar las armas contra ellos para mantener la dignidad sagrada de que se allaba rebestido; i concluyó que esperaba allar en el zelo i poder de S. M. cristianísima los principales recursos contra el peligro que amenazaba á la iglesia i su pastor.

Abanson respondió á S. S. asegurándole que el rei i el reino de Franzia estaban prontos á sacrificarse en defensa de su sagrada persona,

i de la silla apostólica ; con lo cual despidió S. S. la junta diciendo que esperaba ver muy pronto de soberano de Nápoles á un hijo de S. M. cristianísima , i á otro en posesion del ducado de Milán.

El cardenal Garrafa , á cuya impazienza era intolerable toda dilazion , empezó á estender un tratado con Abanson , i combenidos con poca dificultad ambos negociadores se embió el proyecto á la corte de Francia (1).

Los artículos mas importantes eran : que el rei tomara bajo su proteccion al papa i toda la familia de los Garrafas : que el papa pondria diez mil ombres , i otros diez mil el rei , i mas si fuesen nezesarios para dar libertad á Toscana , i echar de Nápoles i Sizilia á imperiales i españoles : que si las armas de los confederados lo conseguian , inmediatamente conzederia el papa la imbestidura de ambos reinos al mas jóben de los hijos del rei , reserbando para el estado pontifizio la ciudad de Benevento con su término , i un tributo anual de beinte mil escudos ; ademas de un establezimiento independiente en el reino de Nápoles que rentase beinte i zinco mil escudos para el conde Montorio , i otro que rentase quinze mil para Antonio Garrafa (2).

Rezibiose en Francia este tratado , como Abanson lo abia echo esperar. Seduzido Enrique por la perspectiba que le esperanzaba de poseer en Italia unos dominios , por cuya ad-

(1) Por este tratado mismo se ebidenzia que por mas deseos que Paulo tubiese de contribuir al engrandezimiento de sus sobrinos , no les estaba enteramente sometido , ni era indiferente á los intereses de la santa sede. Pallabizini , l. 13 , c. 15.

(2) Summonte , l. 10 , p. 278.

quisizion abian mantenido tantas guerras sus progenitores, se miró como personalmente interesado en que se realizasen los proyectos del papa.

El condestable de Montmorenzi, siempre emprendedor, i muchas bezes temerario en la ejecucion de sus empresas, pero sabio, prudente i circunspecto en el consejo, se balió de muchas i mui importantes razones para disuadirle; á lo que le ayudó eficazmente el cardenal de Tournon. Hizieron presente lo probable que era el que allándose el emperador en bisperas de abdicar, concluyese España la paz ó iziese una tregua: representaron cuán perniziosas abian sido todas las empresas de los ascendientes de Enrique en Italia, aunque acometidas en circunstancias incomparablemente mas favorables que las que se ofrezian entonces, cuando la nazione estaba gastada por la larga continuacion de guerras ruinosas: esforzáronse á combenzer á Enrique de la imprudenzia que seria prolongar ésta sin nezesidad contra un príncipe que tantos recursos tenia; sin otro apoyo que el de un papa de ochenta años; despues de la muerte del cual era mui probable que aquellas mismas fuerzas que entonces tanto se encarezian se pasasen al lado del enemigo.

Era ya ábito en Enrique la deferenzia á los dictámenes del condestable, i no dejara de seguirle entonces sin la beemente oposicion del duque de Guisa, i el cardenal de Lorena su hermano, que lisonjeando la ambizion del rei obtubieron una fázil victoria de su ribal. Imposible es dezidir si eran fundadas las sospechas de que el uno aspiraba al reino de Nápoles i el otro á la tiara; pero los que conozian el carácter ambizioso é interesado de aquellos audaces

ermanos no podian persuadirse que se propusiesen la felicidad del reino ni la gloria del rei. Esperaban gozar en Italia de una autoridad con menos trabas que las que nezesariamente encontrarian siempre en Franzia, donde les era preziso someterse á los caprichos del rei, i luchar contra sus ribales.

“No debe despreziarse, dijo el cardenal, la ocasion que se nos presenta de recobrar los dominios que España tiene usurpados en Italia. Los monarcas franceses rezibieron primitivamente de los sumos pontífizes el título de reyes de Nápoles, i no será difizil á S. M. el asegurar su pretension con el ausilio del papa actual, cuya familia empleará su crédito i su poder con los partidarios de la Franzia á fin de que defiendan una causa por la cual sus mayores combatieron con tanto balor. En quanto á la paz que se anunzia con el emperador, es aun mas inzierta; i no deben compararse las bentajas que podrian de ella resultar, con el acrezentamiento de gloria que el rei i sus basallos allarán en la propuesta alianza.”

Esta espeziosa pero débil razon, produjo en un rei aun mas débil é inconsiderado todo el efecto que se queria. El cardenal de Lorena rezibió como lo esperaba, órden para partir á Roma, i aunque el de Tournon fuese absolutamente opuesto á los Guisas, i mas á su dictamen, se le izo que le acompañase. Poco se tardó en ratificar el tratado, i las partes se prepararon en secreto á cumplir las condiziones. Pero no tardó mucho Enrique en olvidarlas, pues aun no eran pasados dos meses cuando ya tenia firmada la tregua de Bauzelles. Aprobese el condestable de la ausenzia del carde-

nal de Lorena para representar al rei las ventajas de una suspension de armas; i lo izo con tanta energía, que menos bastara para que aquel príncipe libiano é inconstante abandonase los proyectos seductores con que le abian deslumbrado. El cardenal abia obtenido su audiencia de despedida é iba á dejar á Roma con el fin de negociar que Ferrara i la república de Venezia aczediesen á la alianza que acababa de concluir, cuando le llegó de Francia la noticia de que en una conferencia tenida en Bauzelles para tratar del canje de prisioneros abian propuesto los imperiales una tregua con la condizion de que las dos potencias guardasen sus conquistas; pero le parezió tan imberisimil que Cárlos ni Felipe consintiesen tal condizion, que persistió en su proyecto i dejó las cartas al de Tournon para que las comunicase á S. S., que no las dió mas crédito que el de Lorena. Sin embargo izo porque el de Tournon creyese que aquella tregua le era agradable: "este acontecimiento, dijo, es mas de desear que de esperar ni de creer."

Pocos dias despues rezibió de su nunzio la confirmazion de una noticia que tan imberisimil le abia parezido, i supo que estaba firmada la tregua, i que el emperador i su ijo la abian jurado igualmente que Enrique, este en Blois ante el conde de Lalain, i aquellos en Bruselas á presenzia del almirante de Colifi. La zerteza de este combenio puso mui en cuidado á Paulo i sus sobrinos, que tenian bien presentes los ultrajes echos al emperador i su ijo; i no podian persuadirse que sus arterias les fuesen enteramente desconozidas. Considerabanse solos, i sin defensa contra el resentimien-

to de sus enemigos que no dudaban les oprimirian (1).

Para evitar la justa venganza que Paulo temia afectó regozijarse, como debia el padre comun de los cristianos, de que se ubiese puesto fin á las calamidades de la guerra: i para disimular mejor, por mas tiempo i con mas utilidad, despachó dos nunzios, á España uno, i otro á Francia: al cardenal de Rebiba zerca del emperador i Felipe, i al cardenal Garrafa, su sobrino, zerca de Enrique. A ambos dió en apariencia las mismas instrucciones, i la orden de ofrezzer su mediacion para sentar entre aquellos príncipes una paz sólida sobre las basas de la tregua; i dióles además el encargo de tratar i determinar con ellos los medios mas seguros de juntar un conzilio general; empero el objeto verdadero del cardenal Garrafa era el renovar la alianza que Enrique abia ajustado con Paulo, i azer que tubiesen efecto las condiciones con que se ajustó (2).

En consecuencia se buscaron varios pretextos para detener algun tiempo á Rebiba en Roma, miéntras el cardenal Garrafa acompañado del mariscal Strozzi, pariente de la reina de Francia, bolaba á Fontainebleau. Hallábase dotado este negociador de una elocuencia tan seductora que no sin razon se lisonjeaba Paulo del buen ecsito de este delicado asunto puesto en tan diestras manos.

Halló el cardenal Garrafa dividida la opinion de los cortesanos franceses azerca de su embajada. Cuando Enrique ajustó la alianza con el papa se sospechó que el condestable se

(1) Pallavicini, l. 13, cap. 16.

(2) Ibidem,

abia opuesto débilmente, no porque no prebiese sus funestas consecuencias, sino por tener la baja condeszendencia de dar la razon á su amo, ó bien por el deseo de alejar de la corte á los Guisas sus ribales: fuese lo que quisiese, en lo que no cabe duda es en que el condestable fué el prinzipal autor de la tregua de Bauzelles, i que cuando el cardenal empezó á azer algunas insinuaziones se mostró Montmorenzi dezididamente opuesto á la biolazion de aquel combenio.

Por otra parte los Guisas tenian mas empeño que nunca por la guerra de Italia, sin escrupulizar mas en seduzir á su soberano á que quebrantase su palabra, que temieron para azerle firmar una liga ofensiba, cuando estaba en libertad de escoger la paz ó la guerra.

Esta oposizion de dictámenes tubo indezisa por algunos dias la inconstanzia del rei, que no obstante embanezido por los prósperos suzesos que constantemente abian tenido sus armas, i ardiendo en deseos de adquirir el reino de Nápoles, se inclinaba á renobar la guerra, i solo le detenia la repugnanzia de biolar su juramento, i la deferenzia que creia deber á los consejos i boto del condestable. En fin, el cardenal Garrafa ganó á la reina por el aszendiente de Strozzi, los Guisas obtubieron la interzesion aun mas poderosa de la duquesa de Valentinois, (1) i ya Enrique no pudiendo resistir á la importunidad de tan activos agentes, conzedió al cardenal la audienzia secreta que este abia pedido con el fin de dar la última mano á lo que abian prinzipia-

(1) La famosa Diana de Potiers, dama de Enrique.

do sus partidarios, i de ganar una bictoria completa del condestable y de los escrúpulos de Enrique. Garrafa le presentó una espada bendita, con las zeremonias acostumbradas, y le afeó bibamente su falta de palabra: i como ad-birtiese que el rei no se ofendia de esta libertad, pasó mas adelante, lisongeoó su ambizion, y añadió que no se podia desear zircunstanzia mas favorable para emprender el arrojar á los españoles de Italia; que las riendas del gobiérno fluctuaban en las manos de Felipe, apénas sentado en el trono, desagradable á los pueblos i á los prínzipes de Italia, destituido de recursos por el estado de languidez en que abian dejado el erario las dispendiosas y continuas guerras del emperador, i por la diminuzion de sus ejéztitos, que no eran ya ni con mucho lo que fueron al prinzipio del reinado de su predezesor: que por el contrario tendrian las tropas franzesas por los estados del papa la mas fázil entrada en el de Nápoles, serian fázilmente reclutadas, i allarian socorros abundantes y probisiones de toda espezie. *is nos ab*

Aun no bastaba esto para arrancar el consentimiento de Enrique: las razones ni las promesas del cardenal no calmaban sus escrúpulos: parecia dura cosa romper un pacto tan solemne como el que acababa de jurar; i no beia tampoco que se destruyese la objezion del condestable, que insistia en el peligro, i la imprudenzia de contar con un papa de tan avanzada edad, que probablemente faltaria antes que se cumpliese el fin de la alianza. Pero el sobrino tenia prebistas estas dificultades y no tardó en allanarlas. Produjo el poder que abia rezibido de su tio para relajar el juramento de Enrique; y en seguida ofrezio que en la pri-

mer promoción se nombrarian tantos cardenales partidarios de Francia i enemigos de España, que Enrique podria estar seguro de disponer á su arbitrio de la tiara cuando falleziese el pontífize reinante; «i en todo caso, añadió, Bolonia, Ancona, Palliano, Zibita-Bechia, i hasta el mismo castillo de Sant-Angelo se entregarán á los franceses.»

La guerra quedó resuelta en el momento. El cardenal Garrafa despachó un espreso á Rebiba, que arreglado á sus instrucciones caminaba mui despazio ázia Bruselas, para que se bolbiese á Roma. Enrique fué auténticamente relebado de la obligazion tan estrechamente impuesta por la santa lei de la naturaleza de cumplir su juramento, y rezibió al mismo tiempo el permiso de biolar este otro deber no menos sagrado, prescripto por el derecho de gentes, unibersalmente reconozido, cual es el de no empezar ostilidades antes de declarar guerra. (1)

Como el rei se lisonjeaba de que su tratado con el cardenal estaria secreto siquiera algunos meses, combinieron en atacar al emperador i su hijo si era posible, miéntras que en fe de la tregua se allasen desprebenidos. De este modo Enrique sin ser un pérfido, i á pesar de tener tanta probidad como cualquiera de los príncipes de su tiempo, resolvió á sangre fria añadir la traizion al perjurio, teniendo su prozeder no por disculpable sino por onroso i meritotio á los ojos de Dios i de los ombres: tanto puede faszinar un zelo mal entendido! tan perniziosa puede ser á la soziedad

(1) De Thou, lib. 17, c. 7. Fra-paolo, lib. 5. Pallavicini, lib. 13, c. 10, p. 71.

la pretension impía de los pontífizes de poder disolver i anular á su voluntad las mas estrechas obligaciones i los prinzipios mas santos. La conducta del papa era poco á propósito para burlar la bijilancia de los ministros españoles: abia escomulgado i despojado á la familia de los Colonas: abia tratado con eszeibada seberidad i aun con injustizia á los que sospechaba ser adictos á España, i abia rezibido del modo mas lisonjero á los napolitanos que se refujiaron en Roma. Además, de algunas cartas interzeptadas resultaba que abia echo poner á cuestion de tormento á Antonio de Tasis, director de correos, basallo de Felipe, i dado á otro este empleo, despojando así á los reyes de España del derecho que de mui antiguo gozaban de proveerle á su arbitrio. El embajador de Felipe en Roma abia sido arrestado; i con una inconcebible presunzion intentó el papa en pleno consistorio pribar á Felipe del reino de Nápoles, porque no le abia pagado los setezientos ducados de tributo anual, que dezia debía satisfazer el poseedor, á la santa sede. (1)

Mientras Paulo desfogaba así su impotente resentimiento, sus sobrinos se daban con ardor á la guerra: reparábanse con diligenzia las fortificaciones de Roma, de Palliano, i de otras plazas; i abiendo lebantado un ejérezito considerable consiguieron que Camilo Ursino, uno de los mas hábiles generales de su siglo, tomase el mando.

Fernando de Toledo, duque de Alba, era el que entonces tenia el de Italia por Felipe. Este

(1) Gianone, lib. 23, c. 1. Carta del duque de Alba en Summonte, tom. 4, p. 270. Clemente VII abia desistido de esta pretension.

ombre singular, que tan gran papel izo en este reinado, i de quien tendremos ocasion de ablar muchas bezes, era arrogante, altivo, biolento, inflexible, i aun cruel. Educado en el ejerzizio de las armas, endurezido con las fatigas de la guerra, de una esperienzia consumada i de una estrema capacidad, abia mandado en jefe el ejérzito del emperador en Alemania; i aunque fué poco feliz delante de Metz, en aquella misma desgrazia desplegó talentos mui singulares. Sin embargo, no tubo con el padre la cabida que con el ijo, con cuyo carácter tenia mas semejanza, i cuyo favor procuró siempre con mucha maña, constanzia i felicidad. Rui Gomez de Silba que era el que mas mano tenia con Felipe estaba mui desabrido con el duque; pero fué bano su empeño de separarle de los negocios: su rival azia un año que se allaba de birei de Nápoles, gobernador de Milán, i comandante en jefe de todas las tropas españolas en Italia. Por él sabia Felipe la conducta é intenziones del papa, aun antes de tener noticia de la liga echa con Enrique. Y si al duque se le dejara obrar con el bigor que le era natural, i aprovechar las ventajas que tenia sobre Paulo, á quien su situazion precaria no permitia una repentina defensa, se hubiera apoderado de todas las plazas fortificadas; i prebenidos así sus intentos, no hubiera pensado Enrique en renobar la alianza, ni por consiguiente en bolber á enzender la guerra. Mas, persuadido Felipe de que Enrique no rompería una tregua que tan bien le estaba, i seguro de que el papa nada podia sin el auxilio de Enrique, dió orden al duque para que se balesse de todos los medios de conziliazion antes de recurrir á las

armas. El duque, dado que naturalmente enemigo de toda especie de contemplacion, tubo que prozeder segun se le mandaba, despachó á Roma cartas sobre cartas, correos sobre correos, representó, se quejó, insistió, rogó, acarizó, lisonjeó á Paulo i sus sobrinos; mas todo en vano. Continuaron aziendo sus preparatibos, respondiendo muchas bezes con arroganzia, i nunca de un modo satisfactorio. En fin, embió el duque á Roma á Pedro Lofredo con una representacion dirigida al sacro colegio, i otra á Paulo; (1) en las cuales, despues de enumerar las diferentes injurias que á su amo se izieran, y de renobar sus primeras ofertas de paz i de amistad, concluia protestando que si se bolbian á desechar, seria responsable el sumo pontifize de todas las calamidades que sobrebiniesen. Antes de la llegada de Lofredo abia tenido Paulo noticias del buen ecsito de la negociacion de su sobrino en Francia; por lo qual la carta del duque solo sirbió para que se prezipitase en nuevos eszesos. Izo prender á Lofredo, i le iziera morir, biolando así en uno el sacramento de la embajada, i el derecho de gentes, sino se interpusiera el sacro colegio. (2) Dió orden á Aldobrandin, fiscal del consistorio, para concluir el pleito intentado contra Felipe por no haber pagado el tributo debido por el reino de Nápoles á la santa sede; i bista la causa falló su santidad que debia de pribar

(1) Las conserbó originales Summonte: tienen la fecha de 21 de agosto de 1556, i se allan en el lib. 10.

(2) Summonte, lib. 10, p. 277. Gianone, lib. 33, cap. 1.

pribó al rei de España de la soberanía de aquel reino (1).

Esta desafortada biolenzia fué mui mal bista en toda Europa, i mas perjudizial que útil á sus designios en Italia. Los benezianos reusaron su alianza, i los napolitanos cuyo pais tentaba la ambizion de sus sobrinos, se prestaron de buena gana á quanto el duque quiso azer para defenderlos.

La estrabagante conducta del papa no izo en Felipe la impresion que era de esperar en un monarca joben, ambizioso, poderoso, i de un carácter mal sufrido; puesto que á pesar de tan reiterados ultrajes manifestó la mayor repugnanzia á llegar al último estremo.

Aseguran algunos historiadores que esta repugnanzia era efecto de las preocupaziones de la educazion debota que se le abia dado: los elesiásticos que la abian dirijido le inspiraron la mas profunda benerazion á la santa sede, i le azian dudar que le fuese lízito azer armas contra el soberano pontífize. Pretenden otros que estos escrúpulos eran nada mas que aparentes, que Felipe abia pensado ya en el proyecto de la monarquía unibersal, i que los intereses de la relijion eran solo el belo que cubria este basto designio.

No admitimos ni desechamos ninguna de estas opiniones. Es indudable que su pasion dominante era la ambizion; pero quando obserbamos el esmero con que le procuraron inspirar desde su mas tierna infanzia la mas profunda

(1) Gianone añade que le disuadió de que la publicase, el camarero de Benebento, zélebre doctor en derecho zibil, i napolitano refugiado.

adesion á su creencia ; i la sinzeridad , el zelo, el ardor que manifestó siempre en los ejerzicios de religion , no es de sospechar que fuese absolutamente ipócrita : ni berisimil una tan uniforme conducta como la que en este punto mantubo siempre Felipe, sin estar íntimamente persuadido de la razon de su creencia. Ni se oponga que sus acciones se acordaban mal con la verdadera piedad : su religion era en berdad mui mal entendida , i no pura , ni cual debiera : desconozia la lei de la naturaleza , i no conozia mui bien la de Jesucristo ; su religion adolezia de aquella superstizion nazida i fomentada en la curia romana , que en su tiempo , en bez de alejar á los ombres de las malas acciones les eszitaba á cometerlas, prescribiéndoles la mas ziega deferenzia á los sazerdotes rebestidos del mal entendido poder de absolber i condenar , lejitimar ó castigar los crímenes mas atrozes. Es pues á la superstiziosa benerazion que Felipe tenia á la santa sede á lo que debe atribuirse en parte la moderazion con que prozedió en tales zircunstancias , i la resoluzion que tomó de consultar á los eclesiásticos mas respetables , si le era lízitoazer la guerra á un enemigo en quien reconozia un carácter sagrado.

Bien sabian los consultores la respuesta que combenia en aquella situazion , i así opinaron, que aunque fuese indispensable suplicar prebiamente á su santidad que iziese justizia , si á ello se negaba , la lei natural permitia á Felipe que conserbase sus dominios i defendiese con las armas su derecho (1).

Esta dezision tranquilizó sus escrúpulos : sin embargo no dejaba de lamentarse de la nezesi-

(1) Ferr., bol. 9 , p. 373.

dad á que se le reduzia de dar prinzipio á su reinado por una guerra contra la potencia cuya amistad era la que mas sinzeramente deseaba. En fin, despues de aber perdido mucho tiempo en negociaciones dió orden al duque de Alba para que entrase en campaña.

Este general azia algun tiempo que de Milán se abia trasladado á Nápoles, i fijado su cuartel general en los confines de los estados eclesiásticos. Empezó sus operaciones en prinzipios de setiembre de 1556 con un ejérsito bien disziplinado, i aunque poco numeroso, mui superior al que podia oponerle el papa. En pocas semanas redujo muchas ziuudades en la campaña de Roma, i tomó posesion de ellas en nombre del sacro colegio i del papa futuro. Al azercarse se consternó toda aquella gran ciudad, i se salieron de ella muchas familias para ebitar las calamidades de un sitio. Solo Paulo conserbó toda su arroganzia, lanzando impotentes anatemas contra su enemigo.

Entretanto continuó el duque abanzando asta las puertas de Roma. En esta situazion alló el cardenal Garrafa las cosas de su tio á su buelta de Franzia. El ejérsito que abia obtenido de Enrique estaba ya zerca del Piamonte; pero detenido por un imbierno áspero le era imposible llegar á tiempo de impedir que Roma cayese en poder de los españoles. Asombrado del peligro persuadió Garrafa á su tio la nezesidad de pedir una suspension de armas, acomodándose á las zircunstanzias, no sin dificultad, porque Paulo por orgullo, é ignoranzia de su berdadera situazion, mostró la mayor resistenzia á lo que tanto le combenia. El duque á instanzias de su tio el cardenal de Santiago, condeszendió en tener una conferencia con Garrafa en la isla

de Fiumizino, no porque dudase que la intenzion del artero italiano era entretenerle con buenas proposiciones para dar lugar á que las tropas francesas llegasen; pero el no necesitaba menos el tiempo: su ejérsito se habia disminuido mucho por las guarniziones que abia tenido que dejar en las plazas conquistadas: las naves que le probeian abian sido detenidas mucho tiempo por bientos contrarios; i su presencia era nezesaria en Nápoles para azelerar los nuevos alistamientos i poner el reino en estado de defensa contra el duque de Guisa. Estas consideraciones determinaron al de Alba á consentir en una tregua de cuarenta dias, é inmediatamente que la concertó partió á Nápoles, donde se empleó con la mayor actividad en completar sus preparatibos para la campaña siguiente.

Ya el duque de Guisa abia pasado los Alpes al frente de doze mil infantes i dos mil caballos, i abanzado asta Regio, en donde se halló con el duque de Ferrara, que aczediendo á la alianza del papa i de Enrique, llebaba consigo al rededor de siete mil ombres. El de Guisa deliberó algún tiempo sobre si abriria la campaña por el sitio de Cremona, ó el de Milán, ó si algunas otras ciudades del norté de Italia, ó si dejándolas á la espalda se encaminaria derecho á Nápoles. El mariscal de Brisac, con quien habló en el Piamonte, le pidió con encarecimiento que adoptase el primer plan como el más seguro i el más practicable, i este era tambien el dictámen del duque de Ferrara; pero el de Guisa tenia ordenes positibas de seguir en esto el del papa, que insistia fuertemente en que sin tardanza se dirijiese á Nápoles. Izolo así, i siguió su marcha ázia el medio-dia asta las fron-

teras de aquella parte del reino llamado el Abruzo. A su llegada á Roma fué rezibido en triunfo como si ya se allase coronado por la bictoria; pero no tardó mucho en echar de ber que Garrafa le abia engañado miserablemente así en quanto á la calidad como á la cantidad de socorros que tan espresamente le abia ofrezido en nombre del papa; quien no abia podido ni levantar las tropas que estaba obligado, ni azer las probisiones en que abia combenido. Inquieto ademas estaba el duque al ber la crítica situazion en que las cosas se allaban, i temió que probablemente no encontraria mas que confusion i desbentura donde pensó adquirir laureles i gloria. No obstante, sitió á Zibitella, i por mas de tres semanas adelantó los ataques con la actibidad é intrepidez que le eran naturales, asta que tubo por practicable la brecha, i resolbió el asalto; pero sus tropas fueron rechazadas con mucha pérdida: las mujeres mismas manifestaron la heroica resoluzion de perder la vida antes que someterse á los franzeses; pues aun despues de tantos años bibia la noticia del insolente abuso que fizieron de la bictoria en sus primeras espediziones de Italia.

El duque de Albá con su prudenzia ordinaria se estaba á la defensiba; tenia apoyado su campo al sur del rio Piscarra que corria entre él i el enemigo; pero quando bió que la toma de Zibitella le detenia tanto, concluyó que las noticias que de su fuerza le abian dado eran esajeradas, i resolbió pasar el rio i azercarse.

Lebantó el de Guisa el sitio con arto sentimiento; i sabiendo con zerteza que el ejéztito del enemigo era superior al suyo, adoptó el dictámen del mariscal Strozii, i se retiró á tierras de la iglesia; pero seguido del general

español, que lo mismo que el franzes no parecia desear una aczion general: el primero no la ofreziera sin alguna aparienzia de buen escito, i el segundo estaba mui léjos de abenturar sin nezesidad un reino al tranze de una batalla.

Mientras esto pasaba en el Abruzo, Marco Antonio Colona azia rápidos progresos en las inmediaciones de Roma, donde tomaba zudades, rendia fortalezas, i derrotaba las tropas que mandaban Julio Ursino i el marques de Montebello.

Estos desastres llenaron de terror al papa: lloraba en el consistorio las calamidades que por todas partes le rodeaban, manifestando el temor que tenia de que asta el baticano mismo cayese mui pronto en poder del enemigo, i añadia que deseaba ferbientemente allarse en el seno de su criador: i como si ubiese emprendido esta guerra por zelo de la religion, i no por ambizion i benganza, aseguró que esperaba sin temor la palma del martirio.

Sin embargo trataba quanto en sí era de conserbar la corona terrestre, i suplicaba al duque de Guisa que se apresurase á llegar á Roma á defenderle, como lo izo aunque lleno de despecho por el bergonzoso papel que se le azia representar. Estrechó el duque al cardenal á que cumpliese sus empeños, i empleó todo su balimiento en la corte de Franzia para obtener socorros; pero los recursos del papa se abian agotado, i Enrique ni tenia tropas con que poder reforzarle, ni medios con que poder sostenerle: de todo nezesitaba para sí.

Ya bimos las razones porque Felipe abia entrado en esta guerra con tanta repugnanzia: mas ello era que al prinzipio de su reinado se le probocaba del modo mas atroz por Enrique á el papa; que la Europa tenia fijos los ojos en

su conducta i que de ella dependia su gloria. En estas zircunstanziyas resolvió atacar á Enri- que con todo el bigor posible por donde pudiese azerle mas daño. Para ello juntó en las zerca- nias de Charlemont un ejéztito, pero con es- traordinaria destreza i zeleridad; i dió el mando á Filiberto Emmanuel, duque de Saboya, que le azeptó con tanto mas gusto quanto aquella guerra le proporzionaba desplegar sus talentos, i bengarse del rei de Frauzia que le echara de sus estados. Los españoles componian la menor parte de aquel ejéztito; los alemanes, olandes- ses i flamencos lo demas. Mucho debió en esta ocasion Felipe á los flamencos sus basallos que izieron causa propia con el mejor zelo; i si bien los estados prebeian los perjuizios que la guerra- abia de causar á su comerzio, conzedieron sin embargo con una ilimitada liberalidad todo quanto les pidió; empero al paso que daban esta prueba de su adesion, descubrian por otra parte sus rezelos, i dejaban trasluzir su descon- tento, pues se reserbaron la administrazion del dinero que dieron, i nombraron comisarios que pagasen las tropas. Esta cautela sujerida por su encono contra los españoles, izo una profunda sensazion en el ánimo sebero i bengatibo de Felipe, i no fué lo que menos contribuyó á aumentar su desabrimiento con los flamencos, i á inspirarle zierta prebenzion contra la cons- tituzion de un gobierno que les dejaba libertad para que limitasen su poder; pero conozia la imprudenzia que fuera en aquellas zircunstan- zias el dar indizios de su abersion, ni el contes- tarles sus pribilegios. Azeptó sus socorros tales i con las condiciones con que se les conzedieron, i partió á disponer i apresurar los preparatibos. Aun le parezió poco aquel ejéztito de ale-

manes i flamencos, aumentado con destacamentos españoles, i resolvió si era posible atraer á los ingleses á la guerra. Pasó con este objeto á Inglaterra, i encontró la nazione, el consejo privado, i aun la reina misma opuestos á sus miras. Casi nunca antes ni despues abia dejado de ser agradable á los ingleses guerra con Francia. La costumbre de muchos siglos les azia mirar á sus bezinos como enemigos i ribales, con quienes fázilmente rompien aun quando mas les interesaba permanecer en paz. Pero su enemistad á los franzeses zedió entonzes al encono con los españoles, i mostraron la mas imbenzible abersion á la alianza que se les propuso. María no era inclinada á la guerra, i lo dió bien claramente á entender: no obstante, i á pesar de la absoluta indiferenzia que por ella abia manifestado su esposo, no pudo resistir sus pretensiones.

En bano la representaron el cardenal Polo, su deudo, i los demas sus consejeros que era condizion espresa en los conziertos, que aquel enlace no turbaria la paz esistente entre la Inglaterra i la Francia; que la contrabenzion á este artículo, que era uno de los mas esenziales, daria bien á entender el poco respeto que se tendria á los demas, i pondria en espectazion al reino entero: que por otra parte si declaraba la guerra, el estado del erario no la permitiria el sostenerla con onor. Pero abiendo Felipe declarado formalmente que sino se le otorgaba lo que pedia jamás bolberia á Inglaterra, se negó María á oír todo lo que pudiera azerla que desistiese de su empeño; i llevándole adelante mandó que sin tardanza se declarase la guerra, como se izo solemnemente en Rems, dando por motibos pretestos enteramente falsos, ó suma-

mente fríbolos. Conoziedo que eran inútiles sus recursos al parlamento para obtener medios de sustentar una guerra tan unánimemente desaprobada por la nazione, echó mano del odioso i tiránico espediente de arrancar con el nombre de empréstitos el dinero á los particulares i á las corporaciones. Por este i otros medios de la misma laya equipó una armada considerable, i lebantó un ejérxito de ocho mil ombres, cuyo mando dió al conde de Pembroke.

Junto este refuerzo con las tropas del duque de Saboya, compuso un ejérxito de doze mil caballos, i zerca de zinquenta mil infantes: fuerzas mui superiores á las que podia oponer Enrique, cuya imprudenzia no le abia dejado prebeer que un monarca como el de España era capaz de tamaño esfuerzo, ni conozer asta entonzes lo insensato de su alianza con el papa. Mas no por eso le faltó talento ni actibidad para enmendar su yerro, i asegurar su reino contra una imbasion. Confirió el mando general de sus tropas al condestable; porque aunque enemigo declarado de esta guerra, le juzgaba el mas capaz de sus generales: la nobleza acudió al ejérxito con el zelo i ardimiento propios de los caballeros franzeses quando se trata de la defensa de su rei i de su pátria.

No pudo por entonzes atinar el condestable adonde dirigiria sus esfuerzos el duque de Saboya. Sus primeras operaciones daban á entender que se proponia entrar en Francia por Champaña; pero no bien ubo atraido allí el ejérxito franzes, quando mudó de direzion, se adelantó ázia la Picardia, i puso sitio á la plaza de san Quintin, que no se ubiera resistido tanto tiempo contra fuerzas tan considerables, si no la defendiera el zélebre Gaspar de Coliñi,

almirante de Francia, que dió muestras en aquella importante ocasion de los estraordinarios talentos que despues le icieron uno de los mas ilustres personajes de aquel siglo. Era gobernador de Picardia, i creyó que en calidad de tal estaba obligado á azer los últimos esfuerzos por salvar á san Quintin. Abrióse paso por medio de los sitiadores, al frente de una tropa determinada como él á sacrificarse en defensa de la plaza, i arrojó á los españoles de los barrios estramuros de ella, que al instante izo quemar. Bien conozia que en el estado ruinoso en que las fortificaciones se allaban, i con tan escasa guarnizion era imposible defender la plaza contra un ejérxito como aquel: así se lo comunicó á su tio el condestable, indicándole al mismo tiempo los sitios por donde seria mas fázil introducirle socorros.

Cuidadoso el condestable por la situazion crítica en que su sobrino se allaba, i persuadido de que era nezesario para la conserbazion del reino el detener al duque de Saboya delante de san Quintin, dió á Andelot, hermano del almirante, un cuerpo escogido de dos mil ombres de infantería para socorrer á los sitiados. Un tal Balpergue, práctico en el pais, embiado á este fin por Colifui, les serbia de guia. Pero ya porque perdiese el camino, ya porque el duque de Saboya barruntase la marcha, Andelot le encontró aperzibido á rezibirle, i le rezibió i atacó tan bigorosamente, que no le costó poco trabajo salvarse, despues de aber sido destrozada la mayor parte del destacamento.

Esta desgrazia consternó á los sitiados, i nezesitó el almirante toda su industria i elocuenzia para que de todo punto no desesperanzasen. Desde una torre de la ziadad atalayaba mui zir-

cunstanziadamente las obras que le tenian en tan triste situazion; i notó que aunque zercado por todas partes, estaba libre una espezie de lago, demasiado profundo por parajes para atrabesarle á pie, i por parajes demasiado poco para sufrir barcos. Este descubrimiento le izo renazer la esperanza de ser socorrido. Concertados con su tio el tiempo i los medios, izo aondar una parte del lago, formó una espezie de canal capaz de algunos barquichuelos, i así fazilitó á Andelot que entrase con cuatro ó zinco mil ombres. Mas el condestable, para faborezer la entrada, tubo que azer un mobimiento, de cuyas resultas se alló con su ejérxito en una garganta, que nezesitaba repasar para sacarle á salbo. No se le escapó al de Saboya la temeridad con que el condestable abia espuesto sus tropas á bista de un enemigo tan superior: juntó inmediatamente consejo de guerra para determinar lo que se debia azer, i muchos fueron de dictámen que se le dejase retirar. Pero el conde de Egmont, general de la caballería, á quien Felipe trató despues con tanta ingratitud, sostubo con enerjía, que era mui posible atacarle en la retirada, con la mas ebidente probabilidad de buen ecsito; i para demostrarlo, propuso el plan, el duque le adoptó, i le encargó la ejecuzion. Sin perder momento se puso el conde al frente de la caballería, i mui pronto fué apoyado por el duque con la infantería. Los franceses desprebenidos fueron inmediatamente derrotados. Montmorenzi izo por reparar su yerro quanto es dado al valor; pero el conde i el duque abanzaron con tanta impetuosidad, que no le fué posible ni restablezer el combate ni ordenar las tropas. Combenzido de que la victoria estaba dezidida, i que su falta era irreparable,

se arrojó en medio de los enemigos, resuelto á no sobrebibir á su derrota, ni á sufrir los justos cargos que su temeridad merezia. Fué gráblemente erido, i sin duda pereziera, si como él dezia, no le libráran del furor de los soldados algunos ofiziales flamencos que le conozieron. Quedó prisionero, i su ejérxito enteramente derrotado: tres mil ombres tendidos en el campo, i cuatro mil prisioneros, entre los cuales se contaban, ademas del condestable i sus dos ijos, muchas personas de cuenta i mucha nobleza. El benzedor no tubo mas que ochenta muertos: prueba de la prudenzia i audazia con que se abia dirijido el ataque.

Atormentado Felipe del cruel apetito de dominar, abia parecido asta entónzes tener en poco la gloria militar. Estúbose en Cambrai, asta que le llegó la notizia de la bictoria: fuese al ejérxito, i en él se presentó con la mayor pompa. Llegados el duque i el conde á cumplimentarle, les rezibió del modo mas agradable: manifestándoles su reconocimiento con una afectuosidad á que rara bez dió lugar su zircunspeccion. Tan plausible motibo le proporzionó que se diese á su gusto faborito, en que no dejaba de trasluzirse su carácter, aziendo boto de dedicar un palazio, una iglesia i un monasterio á san Lorenzo, porque en su día se abia ganado la batalla; i le cumplió despues edificando el Escorial, para cuya construccion reserbó sumas inmensas, á pesar de lo esáusto que solian tener al erario las contiúuas guerras que sostenia.

Esta batalla ubiera tenido las mas importantes consecuenzias si Felipe ubiera seguido el dictámen de algunos de sus generales de entrar con su ejérxito bictorioso en el riñon de Franzia. Pero esta opinion era demasiado atrebida para

ser adoptada por Felipe; cuya prudenzia se equibocaba con la timidéz. Mandó continuar el sitio diziendo que seria mui peligroso dejar á la espalda tan considerable plaza; i que todo ejérxito que se determinase á penetrar en un reino tan poderoso como aquel, debia antes asegurarse una retirada. No se contradijo con firmeza este dictámen, porque los ofiziales españoles estaban en que los sitiados no podrian mantenerse mucho tiempo; pero les salió bana su esperanza: grazias á la capacidad i valor del almirante, que por salvar su patria retardando los progresos del enemigo, se resolvió en sepultarse bajo las ruinas de la plaza antes que rendirla. Supo inspirar á la guarnizion una resolucion tan jenerosa; i así fué que aunque enteramente arruinadas las fortificaciones, todavía despues de renobado el sitio resistió diez i siete dias contra los azertados i rézios ataques del duque de Saboya. En fin, dado un asalto general á aquella desmantelada plaza, Coliñi i su ermano fueron echos prisioneros en la brecha, despues de la mas obstinada defensa. Felipe asistió al asalto armado de punta en blanco: única bez que en su vida bistió las armas: metió á saco la ziedad para recompensar la fatiga de las tropas; empero dió las órdenes mas seberas para que se reserbasen las iglesias i las reliquias del santo tutelar.

Consternados los ministros franzeses con el desastre de san Quintin, empleaban sin embargo lo mejor que podian el tiempo que les daba la admirable defensa del almirante: lebantaron tropas en diferentes probinzias, reunieron las reliquias del ejérxito benzido, llamaron el que en Piamonte mandaba el mariscal de Brisac, bolbieron á llamar al duque de Guisa, pusieron

en pocas semanas en estado de defensa toda la frontera oriental, i en Picardia reunieron un ejérsito á las órdenes del duque de Nebers, que pudiese azer rostro al rei de España. Entonzes, pero ya demasiado tarde, conozió este que abia dejado escapar la única ocasion que probablemente tendría en su vida de penetrar en lo interior de Franzia, i apoderarse de la capital absolutamente indefensa; i tubo que contentarse con empresas menores, abiendo sido el único fruto de tan señalada victoria la toma del Catelet, de Am i de Noyon. Despues lizenzió la mayor parte del ejérsito, debolvió las tropas inglesas, i se retiró á Bruselas.

La buelta del duque de Guisa puso al papa en la repugnante nezesidad de pedir la paz, que le conzedió Felipe con tan moderadas condiciones como no debia esperarlas de un príncipe gravemente ofendido, i á cuya discrezion se allaba, por no quedar en Italia quien osase oponérsele. Los mismos motibos religiosos ó políticos que tubo para esquibar la guerra, le determinaron á concluir la sin casi esigir mas condizion que la de que el papa guardase una perfecta neutralidad entre la Franzia i la España: debolvió todas las ziudades i plazas tomadas, i mandó al duque de Alba que pasase á Roma á pedir perdon para sí i para él, por aber imbadido los sagrados estados de la iglesia; de modo, que si se ubiera de juzgar por estas condiciones i por el modo con que se cumplieron, se ubiera creido que Paulo era un benzedor que ejerzia sus derechos, i Felipe un príncipe umillado i benzido: tal era el respeto que tenia ó finjia tener á la santa sede, bien que efectivamente le dominasen estos sentimientos, ó bien

creyese útil á sus proyectos ambiziosos el afectar que le dominaban.

Así acabó esta guerra, miéntras la de Francia continuaba. Combenzido Enrique de su incapacidad, i de que las zircunstanziyas en que se allaba esizian los mayores talentos, imbistió de casi toda la autoridad soberana al duque de Guisa, aziéndole birei de Francia, aunque con el título menos fastuoso de lugar-teniente general del reino. Bien sabian los franzeses quanto abia contribuido la ambizion de este favorito á las calamidades que padezian, i no ignoraban que la sagazidad i el balor del duque de Alba abian desconzertado sus planes. Sin embargo, le adornaban zircunstanziyas tan brillantes, i la defensa de Metz le abia granjeado en tan alto grado la estimazion pública, que se zelebró su llegada con un regozijo unibersal, é izo que recibiese el balor nazional consternado por la desgrazia de san Quintin. Mui luego dió pruebas de que no eran equibocadas las ideas que sus paisanos tenian de sus talentos. Era pasada la estazion propia para las empresas militares, i los enemigos abian tomado cuarteles de imbierno, quando el de Guisa entró en campaña al frente de un ejérxito reunido con el mas profundo secreto, i la mas diligente zeleridad. La Europa entera tenia fijos en él los ojos, i Felipe no bió sin cuidado sus mobimientos, temiendo que cayese sobre san Quintin ó sobre cualquieira otra plaza fronteriza de los Países-Bajos. Pero no tardó mucho en zertziorarse de que lo que meditaba el duque le interesaba á él menos que á sus aliados, i á la Francia mas que la reconquista de san Quintin. Azia mas de doszientos años que tenian los ingleses á Calais, que como llabe

de la Francia les proporcionaba entrar en ella cuando les combenia, i era por eso mirada como una de las mas interesantes posesiones de Inglaterra. Conozian los reyes de Francia la mengua unida al peligro de dejarla en sus manos; pero en aquellos tiempos en que el arte de atacar las plazas era desconozido, pasaba Calais por tan inespugnable, que ni aun en los de su mayor prosperidad pensó la Francia en sitiaria. Ignoraban los franceses los medios de tomarla por asalto, i el rendirla por sitio era imposible, porque á los ingleses era fázil renobar la guarnizion i abastezerla por mar. Pero el genio imbentor del almirante Coliñi conzibió un plan que á nadie abia ocurrido, i se le dió al duque de Guisa.

Para fazilitar este la ejecuzion de tan admirable proyecto, cuyo buen ecsito debia borrar la mengua que la nazion sufriera por tantos años, puso en movimiento sus tropas mucho antes del tiempo en que regularmente se abre la campaña: resoluzion bien concertada, dado que ademas de no tener el enemigo ejérito disponible que entorpeziese sus operaciones, supo que la reina de Inglaterra i sus ministros por una economía mal entendida lizenziaban á fin de otoño parte de la guarnizion, confiados en la situazion pantanosa de la plaza, que en su opinion azia impracticable en imbierno todo ataque por parte de tierra.

Pero la prontitud de los aproches del duque de Guisa desengañaron pronto al gobernador lord Wentwort de lo mal fundada que era tan imprudente confianza. Pidió al gobierno que sin perder instante le socorriese, pues que no tenia ni la cuarta parte de las tropas necesarias para defender las fortificaziones, i que

con las que tenia no podria impedir por mucho tiempo que cayese la plaza en poder del enemigo. Aun quando los ministros de María ubieran aczedido á las instancias del lord adelantaran lo mismo, porque combenzido el de Guisa que el escito del sitio dependia de la rapidéz de sus operaciones, azialas con una enerjía i actibidad extraordinarias: i aunque esté fuera de toda duda que el gobernador i la guarnizion se portaron como debian, el duque les redujo á la nezesidad de capitular al octavo dia de sitio. En seguida le puso á Guines i Am, i las redujo fázilmente. Por fin, en menos de quatro semanas arrojó á los ingleses de todas las posesiones que desde Eduardo III tenian en el continente, i en cuya conquista empleó aquel prínzipe victorioso un grande ejérxito i casi un año.

El resto del invierno se pasó enazer preparatibos para la campaña próxima. Los franceses emplearon la mayor actibidad no solo en Franzia sino en Alemania, donde lebantaron quatro mil caballos i catorze mil infantes, que el duque de Guisa rezibió en Lorena: inmediatamente zercó á Tiombille, plaza de mucha importancia en la probinzia de Lusemburgo: defendíanla mil i ochozientos ombres que izieron una bigorosa resistenzia; pero como la bijilanzia del duque impidiese la entrada de todo socorro tubieron que capitular.

Miéntas que así triunfaba en el Lusemburgo; el mariscal de Termes, anziano i experimentado jeneral, nuebo gobernador de Calais, con un ejérxito de diez mil infantes i mil i quinientos caballos que abia reunido entró en Flandes, tomó i destruyó á Dunquerque i otras muchas ziuudades de menos importancia, i pene-

tró asta Nieuport talando el pais i llevándolo todo á sangre i fuego. Opúsole Felipe el conde de Egmont con un ejéztito mui superior en número. El mariscal se retiró prontamente á Grabelinas con el fin de continuar su marcha lo largo de la costa asta Calais sin arriesgar una batalla; pero la dilijenzia con que el conde le seguia no le permitió ebitarla. Iban los franceses cargados de despojos de cuyo peso se resentian las marchas. Sin embargo tubieron tiempo de reparar el Aa; mas siéndoles imposible continuar su retirada sin ser acometidos, ordenó el mariscal su ejéztito en una llanura tomando una posizion mui favorable, que obligaba al enemigo á que le atacase de frente, i le pribaba de la bentaja del número. Apoyó el ala derecha en el mar, cubrió la izquierda con carros i bagajes, i dejó á la espalda la embocadura del Aa. En esta posizion i tan bien preparado esperó al enemigo, en quien al prinzipio izo la artillería un orreroso estrago; pero esta primer bentaja solo sirvió para enfurezer mas á los flamencos que ansiaban el venir á las manos; de suerte que á poco los dos ejéztitos parezian uno: combatíase de poder á poder, de batallon á batallon, de ombre á ombre: á los franceses animaba la desesperazion de berse en un pais enemigo, donde no podian esperar salud sino en la bictoria: los flamencos resueltos en bengar la afrenta que acababan de rezibir, i ardiendo en deseos de recobrar los despojos de que sus enemigos iban cargados, combatieron con un encarnizamiento inesplicable: la batalla fué tenáz i sangrienta i la bictoria indezisa. Era mui probable que lo ubiera estado menos tiempo si los alemanes del ejéztito del conde izieran su deber é

imitaran como los flamencos el ejemplo de su jefe, que en aquella ocasion llenó las obligaciones de un gran jeneral, i del mas intrépido soldado. Aún conserbaban los franzeses su posicion, i parezian resueltos á benzer ó morir cuando un aczidente imprebisto dezidió la suerte de la jornada. Por casualidad cruzaban por la costa unos nabíos de guerra ingleses, que viendo la umareda que produzia la artillería atinaron con la causa, entraron en el rio i cañonearon la derecha del ejérxito franzés. Aunque no estuviesen tan á tiro que le pudieran causar mucho daño, la singularidad del caso no podia dejar de espantar á los menos tímidos: desordenose la caballería, i el conde aprovechando la bentaja que la casualidad le ofrezia i redoblando su ardor i sus esfuerzos rompió las filas de los franzeses, i les puso en fuga. Zerca de dos mil soldados biejos quedaron en el campo: muchos se aogaron en el Aa, i algunos de los fujitibos fueron destrozados por los paisanos irritados por la debastazion de su tierra. El mariscal grabemente erido, muchas personas de distinzion i tres mil soldados quedaron prisioneros. Toda la artillería i el bagaje cayó en manos del benzedor, cuya pérdida no pasó de quatrocientos ombres.

Despues de la bictoria de Grabelinas pudo Felipe bolber todas sus fuerzas contra el duque de Guisa. Los estraordinarios esfuerzos que aquel izo en la primera campaña, i el no aberle sido posible obtener de los ingleses ningun considerable socorro, fueron causa de que no juntase tan pronto ejérxito que oponer al jeneral franzés, i la sazón estaba ya adelante. Empero despues de la derrota del mariscal de Termes, reunidas las tropas que le benzieron

á las del duque de Saboya formaban un campo con corta diferencia igual al que mandaba el de Guisa ; combiene á saber , de mas de cuarenta mil ombres cada uno.

Diéronse bista los dos ejéztitos á la raya de Picardia : asentaron á poca distanzia cada cual de las partes sus reales : el duque de Saboya zerca de Durlens , i el de Guisa en las inmediaciones de Pierre-Pont. No disimulaban los reyes el cuidado que nezesariamente debia causarles su situazion ; i aunque ambos tubiesen una entera confianza en los talentos de sus jenerales no pudieron esperar tranquilamente la notizia del suzeso léjos del teatro de la guerra , i se reunió cada uno á su ejéztito. Ubo de quando en quando algunas escaramuzas con bária fortuna ; pero mui luego se bió que los reyes no se inclinaban á arriesgarlo todo al tranze de una batalla. La prinzipal fuerza de ambos ejéztitos la componian tropas alemanas , i era mui de temer que supuesta la derrota de cualquiera de ellos , así benzidos como benzedores se biesen espuestos á los insultos de los extranjeros.

Ademas de esta considerazion de tanto peso para ambos , tenian otros motibos particulares para no dar nada al acaso. Enrique debia á sus desgrazias la prudenzia que la naturaleza no le abia conzedido , i temblaba al pensar en la inzeritudumbre del ecsito de una batalla contra los mismos jenerales i contra el mismo ejéztito que por dos bezes abian benzido i derrotado á los suyos. No se le ocultaba que á la negligenzia i tímida conducta de su enemigo era á quien debia que despues de la batalla de san Quintin no le ubiese ocupado la capital i tala-do el reino. Felipe por otra parte era en los

asuntos militares prudente asta el extremo, i queria mas alcanzar lo que deseaba por medio de negociaciones politicas, en que podia juzgar i dezidir por sí mismo, que por la fuerza de las armas, que nezesitaba confiar á capacidad ajena. Léjos de aberle ensoberbezido la prosperidad, deseaba la paz con la misma sinceridad con que repugnó la guerra: no por moderazion, pues jamás ubo príncipe alguno mas ambizioso; empero las dificultades que abia encontrado á pesar de la mas esquisita diligenzia i actibidad para allegar el ejérxito que tenia, le azian temer que benzido le fuese imposible formar otro. Asta entonzes abia acompañado á sus armas la bictoria; mas ninguno de sus jenerales abia peleado con fuerzas iguales con el duque de Guisa, i temia con razon el ecsito de una batalla contra un caudillo de tanto renombre por su talento militar, i que no se le abia malogrado casi ninguna de las empresas que abia acometido.

Agregábase á esto la impazienza por bolber á España, que mientras le duró la vida fué el predilecto de sus estados: tenia notiztia de que las opiniones de los protestantes empezaban á introducirse, i esto bastaba. Temia que esta secta que tan odiosa le era, infizionara á los españoles, i estaba dezidido á mostrar en su pátria su zelo por la fé católica, i la inflexible severidad con que estaba resuelto á tratar á los que la impugnasen en cualquiera parte de sus estados. Tales eran los motibos que azian desear la paz á ambos monarcas.

A este fin se abia dado prinzipio á una negociazion entre el condestable de Montmorenzi i Guillelmo príncipe de Oranje. Aquel beia con desabrimiento la elebazion de la casa de Guisa,

sufria con impazienza su cautiverio, i azia todos sus esfuerzos por alejar los obstáculos que se oponian á la paz, como que eran los que se oponian á su libertad. Permittedsele pues que bajo su palabra fuese á París á negociar de biba boz con Enrique. Ázia el mismo tiempo casó su hijo con la nieta de la duquesa de Valentinois, y esta alianza le restituyó en su antiguo crédito, tanto mas fázilmente quanto la adesion que el rei le tenia era abitual é invenzible. El condestable le persuadió á que consintiese en una composizion que probablemente no reusaria Felipe.

Inmediatamente se embiaron por ambas partes plenipotenziarios que discutiesen las pretensiones respectibas, á la abadía de Zercamp, inmediata á los ejérazitos, que fué el sitio designado para tener el congreso. El duque de Alba, el príncipe de Orange, Rui Gomez de Silba, el obispo de Arras, i el presidente del consejo de estado de Bruselas, fueron los nombrados por Felipe; i Enrique elijió al cardinal de Lorena, al mariscal de san Andrés, á Morbilliers, obispo de Oranje, Aubespine, secretario de estado, i al condestable mismo. La duquesa de Lorena, cuyos estados estaban tan próximos al teatro de la guerra, i que por consiguiente interesaba tanto en la paz, desempeñó con mucho zelo i constanzia las funziones de mediadora entre estos ministros.

Abriéronse las conferencias en octubre, pero las interrumpió luego la muerte de María, reina de Inglaterra, cuyo reinado corto i sin gloria acabó en 27 de nobiembre siguiente. Isabel que la suzedió confirmó los poderes á los comisionados ingleses, i las negociaciones se re-

nobaron al prinzipio del año de 1559 en Cateau Cambresis.

Grandes dificultades allaron los plenipotenciarios en acomodar las diferencias de Felipe i Enrique; pero el zelo i actibidad del condestable sostenido por el crédito sin límites que tenia con su soberano, sobrepujaron todos los obstáculos, i se ordenó el tratado con tanto tino que Felipe, Enrique, i el duque de Saboya se allaron interesados en firmarle. Nada retardó la conclusion de la paz mas que la obstinazion imbenzible de los franzeses en no debolber Calais á la Inglaterra, que por su parte protestó que jamás aczedería al tratado miéntras no se le debolbiese. Creyóse Felipe obligado por onor á sostener las pretensiones de los ingleses, pues que solo por él abian entrado en aquella guerra, de que les resultaba tamaña pérdida. Aun por miras políticas debiera azerlo, pues le era fázil conozer que en ziertas zircunstanzias, podria como á su padre, serle útil la fazilidad que aquella plaza daba á la Inglaterra para penetrar en Franzia.

Pero el zelo que en esta ocasion manifestó Felipe por la causa de Isabel nazia de otra mui distinta. Su alianza con Inglaterra acababa de disolberse con la muerte de María, y se abia propuesto renobarla casándose con su ermana. El duque de Feria, su embajador en Londres, tubo orden para que propusiese este nuevo enlace, i para que al mismo tiempo asegurase á la reina que él se encargaria de obtener la dispensa nezesaria.

Isabel tenia mas de una razon para desechar esta propuesta: el carácter imperioso de Felipe bastaba por sí solo: añadiase que sabia Isabel

que el matrimonio de su hermana abia dado que murmurar á los ingleses, cuidadosos de su libertad, i que á la alegría jeneral que abia causado la zeszazion de sus temores era á la que debia en gran parte el favor del pueblo. Reflexionaba que su matrimonio con Felipe estaria espuesto á las mismas objeziones que lo abia estado el de su padre con Catalina de Aragon, i que el azeptar la dispensa del papa sería reconozar que el matrimonio de su madre fué defectuoso i que ella era ilejítima: que casada que fuese aseguraria con efecto la protezzion de la monarquía española, i adquiriria una autoridad precaria i dependiente durante la vida de Felipe; pero que enajenaria para siempre el corazon de los únicos sínzeraamente adictos á su persona i á su gobierno que eran sus basallos protestantes, mientras se allaria á la discrezion de los católicos, que la mirarian como una usurpadora, i que en la primera ocasion favorable que se les presentase paraazer balar los derechos de la reina de Escozia, creerian de su obligazion darle la corona.

Estas consideraciones mobieron á Isabel á no admitir la proposizion de Felipe; pero juzgó prudente el disimular por algun tiempo, i respondió al duque de Feria en términos aunque ambiguos tan agradables i lisonjeros, que llegó Felipe astaazer algunas insinuaziones al papa azerca de la dispensa. Mientras que conserbó alguna esperanza de casarse con Isabel apoyó con eficacia la pretension de que Calais se la debolbiese; mas como luego que la reina se bió sólidamente sentada en el trono probase á introducir en el culto algunas mudanzas que descubrian su intenzion de abolir en sus estados el rito romano, tubo Felipe

estas tentativas por una prueba no equívoca de su desbío ; i ya desde entonzes el zelo con que antes abia sostenido su causa se entibió de tal modo que los plenipotenciarios ingleses temieron que á pesar de las reclamaciones de su soberana no difiriese mas el firmar la paz con Francia (1).

Conozió Isabel que era inútil insistir en una restituzion que jamas obtendria ; i como el estado de sus cosas no la permitia substituir la fuerza á las negociaciones tubo la prudenzia de zeder aquella plaza en estos términos : que Enrique la debolberia antes que espirase el término de ocho años , ó pagaría zinco mil escudos : que el pago de estos le abian de asegurar comercziantes que no fuesen súbditos del rei de Francia : que se darian reenes asta que esta cauzion tubiese efecto ; i que la pretension de Isabel subsistiria en toda su fuerza , se pagase ó no esta suma , salbo si dentro del término señalado cometian los ingleses alguna ostilidad contra la Francia.

Con los demas sus aliados se condujo Felipe segun las mas estrictas leyes del onor i de la delicadeza. Izo que se restituyese el Monferrato al duque de Mantua , i Bullon al obispo

(1) Si es zierto que Felipe ofrezó á Isabel continuar la guerra asta que recobrase lo que abia perdido , á tal que Isabel se obligase tambien á continuarla por zierto número de años , es nezesario combenir en que no ubo motibo para acusarle como algunos azen de aber sacrificado los intereses de los ingleses. Pero como esta zircunstanzia se omite por los prinzipales istoriadores , i se opone directamente á lo que e dicho de su indiferenzia por los intereses de Isabel , no me e atrevido á sentar este echo como zierto. Burnet's , part. 2 , p. 383.

de Lieja, la isla de Córzega á los jenobeses; i todas las ziudades de que los frañzeses se abian apoderado en Saboya, en el Piamome i en Bresa al duque de Saboya: en una palabra, todos los que izieron sus partes ganaron en esta paz, i él mismo recobró á Tionbille, Mariemburgo, Moumedi i todas las otras plazas conquistadas por los frañzeses durante la guerra, i adquirió además la soberanía del condado de Charolois.

Enrique no obtuvo en compensazion de tantos sacrificios mas que la restituzion de san Quintin, i las dos pequeñas ziudades de Am i del Catelet. Por cuya razon miéntras que sus basallos zelebraban el fin de una guerra que les abia espuesto á tan terribles peligros, él se quejaba amargamente de la desigualdad de las condiciones de tal paz; irritado además contra el condestable que abia abusado del carácter fázil de su soberano, i sacrificado á sus miras particulares el interés i el honor de la Franzia. Pero es zierto que Montmorenzi no osara aconsejar á Enrique la azeptazion de condiciones tan poco favorables, si al mismo tiempo no ubiera entrado en su proyecto el compensarlas en zierto modo casando á Isabel, hija mayor del rei con Felipe, i á Margarita su ermána con el duque de Saboya, que en verdad eran establezimientos muy honrosos para aquellas prinzesas.

Aunque Felipe i Enrique mirasen tanto en aquel tratado por sus intereses zibiles i políticos, no por eso olvidaron los de la religion: ambos se obligaron mútuamente á mantener la fé católica en sus estados, i á procurar (1) la

(1) Fra-paolo, hist. lib. 5.

combocazion de un conzilio general para estinguir la erejía i restituir la paz á la iglesia.

Es indudable que el rei de Franzia si mas bibiera obserbara este artículo con la misma esactitud que obserbó los demás; pero un suzeso imprebisto dió fin á su vida pocos meses despues. En medio de los regozijos de las bodas de su ermana rezibió el golpe mortal. Abiendo entrado en liza en un torneo con el conde de Mongomeri, capitan de sus guardias, rompió este la lanza en el coselete del rei, de la cual saltó una astilla que se le introdujo en el ojo derecho, y de cuya erida murió dias despues á la edad de cuarenta años. Esta catástrofe no impidió que se obserbase el tratado rezien concluido. Poco antes se abia esposado el duque de Alba en nombre de su amo, con Isabel, y Margarita casó con Emanuel sin zeremonias en la capilla de palazio.

Izo la muerte de Enrique diferente sensazion en los cortesanos i en el pueblo. El condestable, que con este suzeso perdía el fruto de sus últimos amaños, se bió obligado á retirarse inmediatamente de la corte, dejando en manos de sus enemigos aquel poder que con tanto empeño abia procurado alcanzar.

Al jóben rei Franzisco II, tan débil de cuerpo como de alma, gobernaba enteramente su mujer, la famosa María, reina de Escozia, i á ella el cardenal de Lorena i el duque de Guisa sus tios. Estos se apoderaron de casi todo el gobierno, limitando quanto pudieron la autoridad de la reina madre, de quien temian no menos el carácter ambizioso i artero que el influjo con su débil hijo Franzisco II. Este poder usurpado no fué por eso ejerzido con mas moderazion: empleábanle sin miramiento algu-

no en sus fines é intereses, sin perder ocasion de umillar i abatir á sus contrarios. Los príncipes de la sangre, i al frente de ellos Luis de Condé, sufrían con impazienza la poca considerazion en que se les tenía, resueltos en aprovechar la primera ocasion para reibindicar el derecho que por su cuna i por costumbre inmemorial en la monarquía, creían tener á partizipar del gobierno.

Por este término, miras políticas iban encoñando los ánimos de los grandes del reino, miéntras al pueblo ajitaban con no menor biolenzia disputas de relijion. En el reinado de Enrique padezieron los calbinistas las mas crueles bejaciones; pero los sectarios se aumentaron prodijiosamente en el mismo tiempo por todas las probinzias; lo que dió motibo á los dos hermanos para continuar atizando el fuego de la persecuzion, mostrándose siempre encarnizados contra ellos. Este encono por sí solo bastara para determinar al príncipe de Condé i los de su balía á que iziesen las partes de los protestantes; pues aun dado que los cabezas de uno i otro bando estuviesen sínzgeramente adictos á su creenzia, pero no era presumible que uno ni otro desperdizasen un pretesto tan plausible como el que les ofrezia la diferencia de religion para coonestar con él su conducta. El príncipe ubiera recurrido inmediatamente á las bias de echo, i remitido á la espada toda disputa, si el almirante mas prudente i mas capaz no ubiera logrado aplacarle, i persuadirle á que esperase coyuntura mas favorable; pero no era posible que pasiones tan biolentas como las que animaban á los dos partidos estuviesen por mucho tiempo reprimidas: i cualquiera que con sano juicio reflexionara sobre lo encontrado de

tantos intereses, i el origen de tantos odios, conoziera que la nazione se allaba en bísperas de una guerra zibil.

Jamás produjo la Franzia ombres mas grandes que en este reinado i los siguientes, i si ubiera ocupado el trono un prinzipe capaz de reprimir la ambizion que les agitaba, la nazione francesa abria llegado antes á aquel grado de grandeza y prosperidad á que la vimos llegar á fines del siglo XVII. Pero aquel poderoso reino para quien tan benéfica fué la naturaleza, estuvo combertido en un teatro horrible de matanza, de sangre i de miseria el espazio de casi cuarenta años, por el abuso i mala direzion de aquellos mismos talentos, que guiados por un monarca digno de serlo ubieran asegurado la gloria i la prosperidad del estado.

Nada mas á propósito para los intentos de Felipe que aquellas alteraciones, i la debilidad que de ellas debia resultar: la única nazione que podia embarazarle se destruia á sí misma, i le dejaba el campo abierto para que emplease los medios que mejor le pareziesen de asegurar su poder en España é Italia, i de aumentarle en los Países-Bajos; i estas zircunstanziyas que tan á una concurrían á favorecer su ambizion azian temer á la Europa entera que Franzia cayese bajo su yugo.

No le era menos favorable la situazion de Italia. Él poseia entonces quieta i pazificamente el ducado de Milán i los reinos de Nápoles i Sizilia: su implacable enemigo Paulo IV acababa de morir, i Pio IV su suzesor le era tan adicto como el otro opuesto. La república de Jénoba, los duques de Saboya, de Mántua, de Toscana i de Parma le estaban unidos con los mas estrechos lazos, dado que le debían los

tres primeros que el rei de Francia les ubiese debuelto sus dominios, el cuarto la imbestidura de su soberanía, i el último la zitudad de Plazenzia i su territorio.

A la conclusion de la paz nada podia inquietar á Felipe ni en sus estados ni en los bezinos, sino los progresos de los reformados que cundian en toda la Europa. Las nuevas opiniones nazidas en Suiza i Alemania se abian propagado con la mas asombrosa rapidéz i erigidose en religion dominante no solamente en muchas de las mas considerables probinzias de Alemania i Suiza, sino tambien en los reinos de Inglaterra, Escocia, Suezia, i Dinamarca; i aun en los mismos paises en que prebalezia la antigua creenzia, se acrezentó el número de los protestantes asta el estremo de azerse formidables á los católicos.

El comercio frecuente de Alemania con los Países-Bajos establezia tan estrecha union entre sí que no era posible dejase la reforma de pasar fázilmente de una á otra parte. Por eso promulgó el emperador Cárlos V en mayo de 1555 un edicto por el que aplicaba la pena reserbada asta entónzes al delito de alta traizion, á los combenzidos de seguir los dogmas de Lutero, ó de bender ó publicar cualquiera de los libros por él escritos, ó por sus sectarios. Solia el Emperador renobar esta lei que daba estensa márgen á todos los furores de la persecuzion, asegurando muchos istoriadores contemporáneos que en su reinado sufrieron la pena de muerte zinquenta mil abitantes de los Países-Bajos por causa de religion. Pero tan cruel seberidad en bez de destruir aumentaba la secta, i faborezia sus progresos.

No ignoraba Felipe que las nuevas opiniones penetraban por todas partes; no sin afflic-

zion de su corazon, porque la resoluzion de bolberse á España le obligaba á confiar el cuidado de estirpar la eregia de los Países-Bajos á ministros menos ferborosos. Para ebitar quanto fuese posible los inconvenientes que debia producir su ausenzia, se trasladó de su campo de Durlens á Bruselas, i empleó todo el imbierno en dar orden al gobierno de aquellos estados.

podia el príncipe ejercer sin jurar antes solemnemente la guarda y conserbacion de las leyes fundamentales (1).

Así se gobernaron por muchos siglos asta que ya por falta de baron en alguna de las familias reinantes, ya por matrimonios, ya por conquistas se reunieron estos pequeños estados en la casa de Borgoña, gozando de sus pibilegios, i continuando bajo las mismas leyes, con solo la diferencia de que en vez de ser las causas zibiles i criminales sentenziadas en última instancia por el tribunal superior de cada probinzia, se establezió que de estos ubiese apelacion al tribunal supremo de Malinas, zentro de las probinzias, que las unió mas estrechamente, i les dió aparienzia de formar un solo estado.

Bajo el gobierno de los duques de Borgofia, i aun mucho tiempo antes que los Países-Bajos entrasen en su casa, florezia mas el comercio i abia mas manufacturas en Flandes que en ninguna otra parte de Europa. En aquel siglo ninguna ziedad eszepto Benezia tenia un comercio tan estenso como Amberes, escala i mercado general de todo el norte; i Brujas le era poco inferior. Las tapizerías de Arras, que aun conserban el nombre de la ziedad, eran ya famosas. Miles de familias se ocupaban en Gante en manufacturas de lana, mucho antes que estos artefactos fuesen conozidos en Inglaterra, de donde los industriosos flamencos sacaban este útil género.

Eran deudores en gran parte de la prosperidad de su comercio á la naturaleza i á la situacion de sus probinzias, que colocadas en el

(1) Grotius, de Antiq. Repub. Batab., cap. 5.

zentro de la Europa dominan la entrada i la nabegazion de muchos rios de Alemania , están cortadas en todas direcciones ya por otros rios, ya por canales , é ya por brazos de mar ; i parecen en fin destinadas al comerzio interior i exterior , á la importazion i á la esportazion. Empero esta bentaja por sí sola no ubiera bastado á elebar á los flamencos tan sobre las otras naciones de Europa si la forma de su gobierno no ubiese además faborezido sus operaciones. No ay bentajas por grandes que la naturaleza aya querido dárselas á un pais , que no las aga inútiles una autoridad ignorante , opresora ó tiránica.

La esperiencia general , i nunca jamás desmentida , prueba cuan imposible es que los ombres se apliquen con actibidad ni agan progresos en el comerzio , donde la propiedad personal no se respeta , ni el fruto de la industria está seguro de la abarizia de un déspota. Por fortuna de los flamencos , los soberanos de muchas de sus probinzias , incapazes por la corta estension de sus dominios de pensar en tiranizarlos , eran por otra parte mas instruidos de lo que parece se podia esperar de la rudeza i barbarie de aquellos tiempos , i seguian i conserbaban aquel sistema de libertad , apoyado en leyes fundamentales , que si bien disminuian sus prerogativas , pero aumentaban el berdadero poder , puesto que los recursos de los basallos eran los suyos , i que la prosperidad debida á la moderazion del gobierno era imposible que dejase de aumentar la de los soberanos.

Pasaron , pues , estos florezientes estados de la casa de Borgofia á la de Austria por el matrimonio de María , única ija i heredera de Carlos el Atrevido , con Masimiliano ijo de Fede-

rico III, emperador de Alemania. Estas bodas las concertaron los flamencos mismos, que azerimamente adictos á las máximas políticas que aseguran i constituyen la libertad, inclinaron á su soberana á que iziese una eleccion en que tanto les iba.

Luis XI de Franzia abia pedido esta prinzeza para su ijo el delfin, al mismo tiempo que mui fuera de sazón ostilizaba en gran manera los estados de Flandes, apoderándose de la Picardía i de la Borgoña como feudos suyos. Este imprudente prozeder, i la muerte del obispo de Lieja, tio de María i partidario de Luis, dezidieron la eleccion. Juzgaron los flamencos i con razon que estaba su libertad mas segura bajo el gobierno de Masimiliano, cuyos dominios eran pocos i caian léjos, que bajo el de un bezino tan poderoso como Luis, i que además daba tales muestras de injusto i poco mesurado.

Cuatro años azia que María abia casado con Masimiliano, cuando murió de la caída de un caballo allándose en zinta. Entonzes dieron los flamencos la mayor pruèba de zelo por sus pribilegios. Apoderose Masimiliano del gobierno á título de tutor de su ijo Felipe; empero ellos lo miraron como una usurpazion i se resistieron á obedezérle miéntras los estados no le confiriesen por un tiempo limitado el gobierno, i bajo las condiciones que esijiesen, i cuya obserbanzia jurase.

No las cumplió sin embargo tan esactamente como los flamencos quisieran, i se le quejaron de que daba empleos i cargos á borgoñones i alemanes, i sobre todo, de que ubiese introduzido tropas estranjeras en sus probinzias, que les azian temer se atentase contra su

libertad. Mas, cuando le elijieron rei de romanos fué cuando llegaron las sospechas asta el extremo de que abiendo entrado en Brujas cou un séquito númeroso, corrieron los abitantes á las armas, le zercaron en la plaza, se apoderaron de su persona, i le tubieron muchos meses estrechamente guardado en un castillo. El papa i el emperador interzedieron por su libertad, que no obtubieron asta que ubo dado las seguridades que le pidieron los sujetos que temian ser despues perseguidos como sospechosos de aber aconsejado al pueblo que se apoderase de su gobernador.

No se mostraron menos zelosos con los suzesores de Masimiliano. Bajo Cárlos V su nieto se allaron los Países-Bajos en el estado mas crítico: ubiérales Cárlos subyugado fázilmente si menos jeneroso usara de su poder. De su inclinazion al despotismo abia dado sobradas pruebas en su gobierno de España i de Italia, donde con tanto desprezio quebrantó leyes i costumbres que siglos i nazioni respetaran. En muchas ocasiones introdujo en Flandes tropas estranjeras, i se asegura que alguna vez pensó sériamente en establecer la arbitrariedad que en los otros sus estados (1). Empero Cárlos abia nazido en estos, i pasado en ellos los mas alegres dias de su jubentud: agradábanle aquellas jentes, i sobre todo sus modales, menos severos i reserbados que los de los españoles, i por eso mas análogos á su carácter. Esta adesion natural se aumentó con la costumbre: siempre rodeado de flamencos, á flamencos conferia los mas importantes destinos: el gobierno de España á su maestro Adriano de

(1) Grotius, pag. 6.

Utrech, que sostenido por tan poderoso protector llegó á alcanzar la tiara : el bircinato de Nápoles á Cárlos Lanoi, caballero flamenco, á quien encomendó los asuntos de Italia por muchos años, i con una autoridad sin límites : en fin, todas las guerras que tubo en Alemania i en las fronteras de Franzia, en las tropas flamencas era en las que mas confiaba. Trataba á sus paisanos con afabilidad, ízose accesible, familiar, i cuando residia en los Países-Bajos desterraba la bana etiqueta que impide sepan los príncipes si son amados, i que se aga público si lo merezen. (1)

No fueron los flamencos ingratos á tantas distinciones, pues si eszeptuamos la sedizion de Gante no ubo en todo su reinado niñgun alboroto considerable en aquellos estados, los cuales le auxiliaron liberalmente en las guerras casi continuas que sostubo, i en todos tiempos le dieron pruebas de su adhesion.

Uciera querido Cárlos inspirar á su ijo la inclinazion que él tenia á los flamencos; i á este fin dispuso que biniese á bibir entre ellos para que se acostumbra-se á sus usos, i adoptase sus costumbres; i cuando se dezidió á retirarse del mundo i abdicar en Felipe la soberanía de todos sus dominios le esortó eficazmente á que cultibase el afecto de los flamencos, i á que les gobernase conforme á las leyes á que tan acostumbrados estaban, i que tan caras les eran.

Empero Felipe no siguió los consejos de su padre : nunca izo mansion considerable en Flandes, ni le erá posible amar á un pueblo cuyas costumbres i gustos eran tan opuestos á los suyos. Abiásele inspirado en España el mas su-

(1) Bentiboglio, p. 4.

perstizioso respeto á la santa sede, i al mismo tiempo ideas de la mas ilimitada estension de la autoridad real. No era Cárlos menos inclinado que su ijo al poder absoluto, empero sabia templar en zierto modo su carácter despótico, i azíanle moderado i contenido el profundo coñozimiento que tenia de los ombres i de las cosas, miéntras que la pasion de Felipe se allaba esaltada por una superstizion baja, cruel i melancólica.

Bien conozido lo tenian los flamencos, que azía mucho tiempo se lamentaban de la gran diferenzia que abia entre el carácter del padre i del ijo. Aunque prestó Felipe el juramento ordinario por el cual los soberanos de los Países-Bajos se obligaban á mantener sus pribilejios; i aunque á todos los ziudadanos les izo las mayores protestas de estimazion i afecto; pero ellos juzgaban mas bien de su ánimo, por su conducta que por sus juramentos. Miéntras bibió, entre ellos ninguna cabida tubieron con él: á despecho de sus leyes fundamentales confió la administrazion de los prinzipales ramos del gobierno al borgoñon obispo de Arras, ó á ministros españoles como Rui Gomez de Silba, el príncipe de Eboli, los duques de Alba, i de Feria, mirados por los flamencos como enemigos de su nazion, i como temibles satélites del despotismo, á que desde los prinzipios abia dado tantas muestras de aspirar Felipe.

No tardó este mucho en justificar lo bien fundados que eran aquellos temores, i lo bien que abian penetrado sus intentos, en los medios de que se balió para estinguir las nucbas opiniones relijiosas que llebaran consigo los comerciantes estranjeros poco antes establecidos en las probinzias, las tropas suizas i ale-

manas con que Cárlos i Felipe abian echo la guerra á Franzia , i mas particularmente los protestantes ingleses , franceses i alemanes que uyeran de las persecuciones que desonraban sus respectibos paises.

Cárlos , como dijimos en el libro antes de este , manifestó el mismo zelo en Flandes que en Alemania , i publicó edictos en birtud de los cuales muchos protestantes padezieron muerte cruel (1). Esta persecuzion izo que emigrasen muchas familias llevando sus bienes á los estados bezinos ; i Cárlos fué sensible á las calamidades de su pueblo , á las representaciones de la rejenta su ermana , reina biuda de Ungría , i temió que su seberidad tubiese consecuencias peligrosas , i despoblase aquel ermoso pais que tantos socorros le abia suministrado. Pero estas consideraciones eran de ningun balor en el ánimo de Felipe : renobó los edictos , i mandó á los gobernadores i magistrados que los obserbasen con el mayor rigor.

Estos edictos contenian : que toda persona imbuida en las nuevas opiniones sería pribada de su destino i dégradada : que todo ombre combenzido de aber adoptado la doctrina de los erejes , ú de aber asistido á sus juntas , moriria á yerro ; que toda muger reo del mismo crímen sería enterrada biva. Tales fueron las penas impuestas aun á aquellos mismos que abjuraban sus errores , miéntras los que persistian en ellos eran quemados bibos. Suje-

(1) Es casi increíble que llegasen á cincuenta mil los que se ajustizaron : no obstante , son muchos los istoriadores que lo aseguran. Meteren. cuenta cincuenta mil : Grotius , p. 12 , cien mil : Fra-paolo , lib. 5 , cincuenta mil.

tos á las mismas penas estaban los ziadanos que daban asilo en sus casas á los erejes, ó que conoziéndolos no los delataban.

No contento Felipe con promulgar iazer cumplir estos edictos establezió al intento un tribunal particular, que dado que no tenia el nombre de inquisizion, pero en la esenzia semejaba aquella inicua instituzion. A muchos se prendia i daba tormento á consecuencia de las mas despreziables deposiciones: á los acusados ni se les careaba con sus acusadores, ni se les instruia de lo que se les imputaba. Proibiase á los juezes zibiles el que tomasen ningun conozimiento ulterior de las dilijenias por causa de erejía: su poder no se estendia mas que á ejecutar las sentenzias que los inquisidores pronunziaban. Los bienes de las víctimas eran confiscados: los delatores animados por el atractibo de las recompensas, i por la seguridad de quedar impunes si eran tambien culpados (1).

No es estraño que el establezimiento de este tribunal arbitrario, pusiese en cuidado á los flamencos. Él abia causado rebueltas en España mismo, i en Italia, en que el pueblo no podia, como en Flandes, reclamar sus derechos zibiles, ni jactarse de su libertad. Muchos católicos aun de los mas zelosos se abian opuesto. Los flamencos conzibieron los mas terribles temores de semejante instituzion: mirábanla como absolutamente destructora de su libertad, i prebieron la ruina de su comerzio, incapáz de sostenerse si los comerciantes estranjeros, en la mayor parte protestantes, no allaban entre ellos seguridad. Por otra parte, las nue-

(1) Grotius, annales lib. 1.

bas opiniones se abian propagado en todas las probinzias, i no se sabia asta donde estenderian los inquisidores su poder, ni cuantos serian los ziudadanos espuestos á las penas establezidas no solo contra los erejes sino asta contra los sospechosos de favorezerlos.

A estos motibos de descontento añadió Felipe otro, aumentando los obispados de zinco asta diez i siete para igualarlos al número de las probinzias. Estas nobedades que en otros tiempos fueran indiferentes, se desaprobaron jeneralmente entónzes. El prinzipal mobedor de esto fué Grambela, obispo de Arras, que lo mismo que los otros ministros del rei, no se desdeñaba de combenir en que el objeto era tener suficiente número de personas con cuyo zelo pudiese contar para la esacta i rigurosa ejecuzion de sus edictos.

Fueron los nuevos obispos mirados como berdaderos inquisidores, i su creazion como un atentado contra los pribilejios de las probinzias, i una biolazion del juramento que el rei iziera al rezibir la soberanía, de conserbar las iglesias i su jurisdiczion en el estado en que entónzes se allaban. La prinzipal nobleza tué la que se mostró mas opuesta á la innobazion, porque aumentándose con esta los consejeros de estado, i disminuyendo á proporzion el influjo de los antiguos, se inclinaria la balanza del poder al lado del clero, que sin duda sería mas dózil á la boluntad despótica del soberano; pero nadie se quejó tan amargamente como los monjes i los abades: eszitábales el interés i la ambizion; porque además de zeder la prezedenzia á los obispos, i perder mucho de su influjo en las juntas de los estados, era con parte de sus rentas con la que á aquellos se dotaba. Esto les

irritó tanto que aziendo comun su interés particular representaron, que la nueva ereczion no era menos perniziosa al pais en jeneral que á su órden en particular (1).

A todos estos agrabios se juntó otro no menos considerable. Quejáronse amargamente los flamencos de que en plena paz estuviesen llenas sus probinzias de soldados españoles. Abian estimado siempre en mucho el derecho que les daban sus leyes fundamentales, para oponerse á la introduzion de tropas extranjeras; i aunque es berdad que Cárlos bioló muchas bezes esta lei en el curso de sus guerras con Francia i con los protestantes de Alemania; pero los flamencos deslumbrados con la gloria que casi siempre acompañaba á sus armas, no abian conzebido la misma desconfianza de sus intenziones que de las de su ijo, de quien no dudaban que ubiése formado el proyecto de someterlos á un gobierno despótico, i que con este objeto ubiese diferido el sacar las tropas españolas. Aumentaba el descontento la insolenzia de la soldadesca i las estorsiones que causaba en Zelanda particularmente, donde el pueblo se resistió á trabajar en los diques, diziendo "queria mas que el mar le tragase que ser víctima de la codizia de los soldados españoles" (2). Tal era el estado de los negocios i tal la disposizion de los ánimos cuando Felipe pronto á partir para España deliberaba azerca de la persona á quien confiaria el gobierno de los Países-Bajos.

(1) Bentiboglio, lib. 1.

(2) Estos no salieron asta que el año siguiente los nezesitó Felipe en otra parte. Reidanus, p. 5. Meursii Auriacus, casi al principio.

Dudó algún tiempo entre Cristina, duquesa de Lorena, su prima, i Margarita, duquesa de Parma, su hermana, ija natural del último emperador. Abiase distinguido la primera por su prudenzia en el gobierno de Lorena, despues de la muerte de su marido; i la capacidad i talento con que manejó las negociaciones para la paz jeneral que se asentó en Cateau-Cambresis le granjearon una bien merezida reputazion. Los flamencos conozian su carácter como tan inmediatos bezinos: abian jemido bajo el peso de la guerra con Franzia, i empezaban á gozar las dulzuras de una paz de que se consideraban deudores en parte á la prudenzia de Cristina: fuera pues condeszender á sus deseos el confiarla el gobierno de su pátria. Pero razones muí poderosas determinaron á Felipe á preferir la duquesa de Parma. Los duques de Lorena eran por su situazion dependientes en zierto modo de los reyes de Franzia, en bez de que el ducado de Parma estaba rodeado de estados del rei de España. Además, los duques de Parma consentian en darle á su ijo Alejandro Farnesio, que despues se izo tan zelebre: el color, que se educase en España: la realidad en prendas de la fidelidad con que la duquesa ejecutaria en el gobierno de los Países-Bajos lo que por el de España se la ordenase (1).

No tenia el rei ánimo de bolber tan pronto á ellos, i por lo mismo creyó combeniente combocar los estados jenerales, antes de su partida, i con efecto se reunieron en Gante. Asistió á la abertura acompañado de la nueva rejenta; i como no sabia la lengua del pais abló en su nombre el obispo de Arras,

(1) Bentiboglio.

Dió prinzipio anunciando á los diputados que el rei se aprestaba á pasar á España, i las razones que para ello tenia. Se estendió sobre el afecto que el rei profesaba á sus basallos los flamencos, á quienes su casa era deudora de su poder i de su gloria : que esperaba que sus asuntos no prolongarian mucho su ausenzia, i en otro caso ofrezia embiar su ijo á residir en los Países-Bajos : que entretanto esortaba cuan eficazmente podia á los estados á que dirijiesen sus esfuerzos á mantener la tranquilidad pública, asegurándoles que nada contribuiría mejor á lograrlo que la estirpazion entera de la erejía, que subleba á sus sectarios contra toda autoridad así la de Dios como la de los lejitimos soberanos : que era obligazion de los estados el mantener con zelo la pureza de la fé, i elazer obserbar con esactitud los nuevos edictos : que no dudaba S. M. que así en esto como en lo demás auxiliarian gustosos á la duquesa de Parma, á quien nombraba rejenta en su ausenzia : que dejaba los Países-Bajos penetrado del mas bivo reconocimiento á la adesion de sus fieles basallos : que cuanto antes sacaría de ellos las tropas estrangeras, i libraria al pueblo de las cargas que la nezesidad le abia obligado á imponerle. (1)

La respuesta de los estados contenia seguridades jenerales de adesion i zelo : mas, aun antes de que la junta se disolviese notó Felipe que los diputados estaban muy léjos de aprobar ninguna de las partes de su gobierno. Con efecto, esperaban que las tropas se ubiesen embiado inmediatamente á España, i no podian atribuir su retencion á otra causa que á la que

(1) Bentiboglio, p. 9.

les llenaba de terror. La sospecha de que muy luego se iba á establecer la inquisicion les tenia en una congojosa inquietud. Aun ubo diputados que se atrebieron á esponer que los Países-Bajos no estaban acostumbrados á un tribunal tan severo: que el pueblo temblaba á solo el nombre de inquisicion, i uiria á las estremidades de la tierra antes que someterse á él: que no era por el ierro ni el fuego sino por remedios mas humanos i suaves por los que se abia de curar aquel mal: que así como cada individuo tenia una constituzion fisica que le era peculiar, así tambien cada nazione tenia un carácter distinto: que lo que podia combenir en España ó Italia podria perjudicar en Flandes; i que en jeneral las naciones del medio-dia podian ser felices bajo un gobierno, cuya arbitrariedad sería la ruina de las del norte (1).

Los diputados que le dirijieron esta representazion le suplicaron que rebocase ó al menos moderase los edictos. Pero fué inesorable, i respondió á uno de sus ministros que le esponia que de sostenerlos con demasiado empeño acaso sería enzender el fuego de la rebelion, i esperarse á que la probinzias se perdiesen, que temas queria no ser rei que serlo de erejes.» (2)

Nada tiene de estraño esta repulsa: su relijion por mal entendida dejeneraba en superstizion é intoleranzia: su carácter natural, altibo i severo se ofendiera si dada una orden la rebocara: su orgullo se umillara si conzediera una vez lo que muchas abia resuelto negar. Su empeño con el papa oponia otro obstáculo, pues abia jurado consagrar su

(1) Bentiboglio, l. 1.

(2) Idem.

reinado en defensa de la fé católica romana, i en estirpar la erejía. Pero lo que mas le ostinaba en su tenazidad era la sed del despotismo. Las libertades que los protestantes reclamaban en materia de relijion le parezian totalmente incompatibles con los prinzipios que se abia formado de los derechos de la soberanía. Fué pues imbariable la resoluzion de que se obserbasen los edictos con la mayor esactitud. No fué menos inflexible respecto de la creazion de los nuevos obispos: ni se negó con menos teson á sacar las tropas españolas; lo único que izo para mitigar el descontento que causaban tantas repulsas fué ofrezzer el mando de las tropas al príncipe de Oranje, i al conde de Egmont, ambos flamencos i los mas capaces i amados de sus compatriotas. Al primero dió el gobierno de Olanda, de Zelanda i de Utrecht, i al segundo el de Artois i el de la Flandes. Empero ambos lo reusaron, i tubieron la enerjía nezesaria para representar que la mansion de las tropas despues de concluida la paz la miraban como una violazion manifesta de las leyes fundamentales, i un atentado contra la constituzion.

Deszendia el conde de los duques de Guel-dres, i era uno de los caballeros mas completos de los Países-Bajos. Las victorias de san Quintín i de las Grabelinas que le dieran una gloria inmortal le azian acreedor de justizia á las mas señaladas recompensas.

El príncipe de Oranje, tan conozido en la istoria con el nombre de Guillelmo I, era representante de la antigua é ilustre casa de Nasau, oriunda de Alemania. Sus antepasados (uno de los cuales fué emperador) le dejaron ricamente heredado en los Países-Bajos, i

además en 1544 suzedió en el prinzipado de Oranje en birtud del testamento de Renato de Nasau i de Chalons su primo ermano. Desde entonzes le tubo siempre el Emperador zerca de su persona, i descubrió mui luego en él, aquellos estraordinarios talentos que despues le izieron uno de los mas ilustres personajes de su sigló i de qualquiera otro. El conde i el prinzipa abian aspirado á la rejenzia, i no faltan autores que atribuyan el no aber admitido el mando que se les dió, al resentimiento de que no les dieran lo que antes solizitaran. (1) Despues que el prinzipa renunció á sus pretensiones personales, manifestó sus deseos de que la rejenzia se diese á la duquesa de Lorena, que fué otro motibo para que el rei i sus ministros prefiriesen á la de Parma. No satisfechos con aber mostrado su oposizion en esto, la izieron aun mayor para que no lograrse, como fundadamente esperaba, la mano de una de las prinzesas de Lorena; i esto segun se dize, socolor de que el enlace con una familia de tanto poder aumentaria demasiado el suyo, que no podria dejar de ser peligroso en manos tan sospechosas.

Mas antes de la reunion de los estados, no se sabe que Felipe tubiese ningun motibo de queja contra Guillelmo, ni se alla en los istoriadores mas que una zircunstanzia que pudiese darle á sus rezelos. Abiendo el prinzipa sido uno de los que pasaron en reenes á Franzia, asta la ejecuzion del tratado de Cateau-Cambresis, descubrió el proyecto concertado entre el rei de España i el de Franzia para la destruczion del partido protestante, i lo co-

(1) Ferreras, t. 9. Grotius.

municó á los flamencos sus amigos que lo eran; desde cuyo momento dejó el rei de tratarle con confianza. (1)

Pero nosotros allamos otra razon mas poderosa del desbió del rei, en los zelos de Grambela i de los ministros españoles. Desde su mas tierna edad abia sido Guillelmo el favorito predilecto del último emperador, que en todos tiempos le dió las mayores pruebas de afecto: admiráale á los mas secretos consejos, y aunque muchacho apénas entrado en la edad de adoleszenzia, daba tales muestras de sí, que muchas bezes confesaba el emperador que algunas le sujiriera espedientes que le fueron mui útiles. Andaba Guillelmo en el beinte i tres de sus años quando Cárlos abdicó, i sin embargo abia rezibido ya muchas pruebas públicas de la estimazion del emperador. Sin ablar de la eleccion que de él hizo para que le acompañase en aquella augusta asamblea en que renunció la soberanía en su ijo, ni de la preferenzia que le dió sobre todos los demas cortesanos para que llebase la corona imperial á su ermano Fernando, le abia dado el mando en gefe de su ejérxito en ausenzia del duque de Saboya. En bano le izieron presente que no era prudenzia oponer un jóben de beinte i dos años á jenerales consumados tales como el duque de Nebers, ó el almirante de Coliñi; el emperador insistió en su eleccion, i no tubo motibo de arrepentirse, pues que no solo conserbó el ejérxito sin desgrazia, sino que fortificó á Charlemont i Filippeville cubriendo así la frontera de los Países-Bajos contra los bigorosos esfuerzos del ene-

(1) Bentiboglio, p. 6. De Thou, tom. 1, lib. 22, sect. 10.

migo. El estremado cariño que Guillelmo abia inspirado á Cárlos fué pues la verdadera causa del desbío i frialdad de Felipe. Embidiosos de su naziente grandeza los ministros españoles, fomentaron la abersion que el rei le tenia, eszitaron su desconfianza, i no perdieron ocasion de pintar con los mas odiosos colores el carácter i los intentos del príncipe; i el no haber azeptado el mando que le dió, confirmó al rei en sus sospechas. Por la misma causa le parezió el conde de Egmont igualmente que el príncipe, mas bien un ostáculo que acomodado instrumento de sus proyectos despóticos.

No obstante, aun no era llegado el tiempo de irritarlos al descubierto: dejóles en posesion de los gobiernos que les confiriera, i no les pibió la entrada al consejo de estado. Conozia que á su mérito eran debidos tales destinos i onores: sabia lo que aquellos primeros proze-res de la nobleza flamenca podian con el pueblo, i era preziso que estuviese íntimamente combenzido de que no eran reos de ningun delito que le autorizase á pribarles de sus plazas, dado que en aquello mismo en que le abian desagradado no izieron mas que usar de los derechos que las leyes fundamentales conzedian á todo flamenco.

Mas, aunque Felipe no tubo por combeniente removerles de sus empleos; pero proporcionó los medios de impedirles que pudiesen entórpezar sus designios. Dejó por prinzipal consejero de la rejenta al obispo de Arras, cuyas ideas se acordaban perfectamente con las suyas, i en quien por lo mismo queria que la duquesa de Parma depositase toda su confianza.

Antonio Perrenot, obispo de Arras, tan

bien conozido en la istoria de los Países-Bajos con el nombre de cardenal de Grambela, era ijo del famoso canciller de este nombre, á quien el último emperador confiara muchos años azía, los mas importantes negocios. Su ijo rezibió la educacion propia de quien se destinaba al ministerio; i Cárlos V le encargó años antes las mas sérias i delicadas negociaciones. Tenia grandes talentos i particularmente se distinguia por su elocuenzia, su destreza i su actividad. Sin embargo era odioso á los flamencos que le miraban como el prinzipal autor de sus males. Grambela abia bebido en las córtes de Cárlos i Felipe las ideas i prinzipios que acaso combienen al ministro de un déspota; pero que le azían incapáz del azierto en los Países-Bajos, donde la autoridad soberana estaba mui restringida. Era naturalmente altibo, bano, arrebatado, ostentando la mucha mano que con el rei tenia: en una palabra, abia desabrido á muchos de sus partidarios, i atizado el resentimiento de sus enemigos con su imperiosa é interesada conducta. Aborrezía en particular á los nobles prinzipales, i en el curso de su ministerio siempre se opuso á sus mas caros intereses, á su ambizion i á sus designios.

No era pues de esperar que el gobierno de un sujeto tan jeneralmente aborrezido fuese próspero ni moderado. Miéntras Felipe estuvo presente contenia á los grandes el terror que su poder les inspiraba; mas luego que con su ausencia recobraron alguna libertad, estalló su descontento con tal biolenzia que produjo consecuencias mui sérias, i mui importantes resultados (1).

(1) Bentiboglio, Estrada y l'Ebesque, t. x.



I S T O R I A

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO CUARTO.

Lzose á la vela Felipe el 20 de agosto de 1559, seguido de una escuadra de casi setenta velas, i el 29 arribó felizmente á Laredo. Apenas desembarcó se levantó tan terrible temporal que destrozó parte de la escuadra: perecieron zerca de mil ombres, i una magnífica coleccion de cuadros, estátuas i otras preziosidades que Cárlos abia reunido de Alemania, Italia i Flandes por espacio de cuarenta años.

Animado Felipe del mismo espíritu, que despues de la victoria de san Quintin le sujirió la idea de dedicar un templo á san Lorenzo, creyó que en aquella ocasion no podia dar á Dios un testimonio mas agradable de su reconocimiento por la bondad con que se abia dignado de librarle de aquel peligro i conserbarle, que aziendo pública la resoluzion que abia formado de emplear su vida en defensa de la religion católica, i en la estirpazion de las crejías (1).

(1) Fra-paolo, l. 5, p. 417.

Azía muchos años que los españoles no gozaban de la presencia de su soberano, i su llegada causó una alegría jeneral en toda la nazione. Su gobierno, antes que casara con María, le abia granjeado la estimazion pública, i entónzes era tenido en mas por las victorias que alcanzara, i por la moderazion con que se condujo en el tratado de Cateau-Cambresis.

Las pruebas de amor que le daban los españoles eran tanto mas apasionadas quanto mas bien sabian que les preferia su rei á todos los demás sus basallos, por mas que su austera fisonomía i su continúa reserba dificultasen trasluzir sus diferentes inclinaciones. I así era, pues á pesar de su estremado disimulo, á nadie se ocultaba que España era su nazione predilecta, i que era mui probable fijase en ella su residencia ordinaria. Sus costumbres ni su carácter podian agradar sino á los españoles: ninguna otra lengua ablaba con fazilidad; y estaba mui léjos de tener aquella enerjía que tan rápidamente determinaba al emperador á emprender tantos biajes á los diferentes estados sometidos á su poder. Los Países-Bajos no tenian para el ijo los atractibos que tubieron para el padre, i Felipe nunca les perdonó aquella constituzion que limitaba su autoridad.

Al prinzipio del reinado de Cárlos V era la España uno de los estados mas libres de Europa; empero los nobles fueron tan abatidos i su poder tan debilitado bajo el arbitrario aunque bigoroso gobierno del cardenal Jimenez, que la empresa mal concertada que los castellanos acometieron algunos años despues para asegurar sus derechos, léjos de limitar como querian, solo sirbió para estender las prerogativas del trono i para azer á las córtés de

pendientes del rei. Los aragoneses aun gozaban de sus fueros; pero no era de presumir que se abenturasen á oponerse á la voluntad de un soberano cuyos recursos eran inagotables, i que podria cuando quisiera balerse de los castellanos mismos sus conziudadanos para oprimirlos. Pero lo que mas dezidió á Felipe á que fijase en España su residencia fué el allarse establecida en ella la inquisizion i en ejerzizio absoluto i por nadie contradicho de sus funciones: tan conforme á su corazon le parezió el tal tribunal; i tales fueron las esperanzas que conzibió de atajar por su medio los progresos de la erejía.

En todo tiempo i lugar fué el santo ofizio el escudo de la superstizion, aunque él no la ubiese producido. Como un siglo antes del tiempo en que bamos le introdujeron Fernando é Isabel, con el objeto prinzipal de impedir que los moros i judíos combertidos, ó que se creia estarlo, no reinzidiesen en sus errores, i castigarlos si reinzidian; pero no se limitaba á esto su jurisdiccion sino que se estendia sobre todos los que no conformaban sus opiniones religiosas con las de la iglesia romana. Diez i ocho tribunales se establezieron en Castilla i Aragon, i cada uno tenia sus consejeros llamados inquisidores apostólicos, con secretarios, alguaziles, i otros dependientes. Además de estos satélites se esparzieron por el reino beinte mil familiares que aziendo unas bezes de espías, otras de delatores i otras de esbirros prendian á cuantos les eran sospechosos, i segun sus deposiciones eran enzerrados en los calabozos del santo ofizio. Muchos zudadanos lo fueron por simples sospechas; i contra todas las formas i reglas establezidas por las leyes

puestos á cuestion de tormento, juzgados i condenados por los inquisidores, sin aberles careado, ni con los acusadores ni con los testigos en birtud de cuyas deposiciones eran sentenziados. Las penas eran mas ó menos terribles segun el carácter i el capricho, el zelo i el fanatismo de los juezes, ya la orca, ya el fuego, é ya enzierro perpetuo: sus bienes confiscados, i sus familias infamadas. (1)

Es indudable que esta instituzion era muy adecuada para uniformar en el reino la religion; pero aun lo era mas para desterrar las delizias de la vida sozial, i toda libertad de ablar i de pensar; para inspirar terror, introducir la esclabitud mas intólerable, i embilezer á los ziudadanos de todo estado i condizion, sometiéndolos á la autoridad clerical, cuya integridad aun suponiéndola mayor que en los demás, era preziso que la corrompiese aquella misma autoridad por el solo echo de ser ilimitada.

Asta los españoles (2) tubieron aquel tribunal por inicuo quando se establezió, sin embargo de que aun no abian experimentado el azote en que abia de combertirse, ni le miraban sino como el castigo de moros i judíos. Por esto se contentaron con murmurar, asta que el zetro de hierro descargó sobre sus cabezas, que ya entonzes no abia murmuraciones ni quejas, pues aun las mas secretas eran peligrosas, i muchas bezes funestas á los que osaban quejarse.

Esta instituzion antisozial, influyó bisiblemente en las costumbres del pueblo; i la reserva, la desconfianza i los zelos fueron el carác-

(1) Mariana, lib. 24, c. 16.

(2) Idem.

ter distintivo de los españoles. La inquisizion protejió i perpetuó el imperio de la ignoranzia i de la superstizion, inflamó el fanatismo relijioso, ofrezíó los mas atrozes espectáculos en la ejecuzion de sus sentenzias, familiarizó al pueblo con la sangre, y alimentó en él aquel espíritu feroz con que en América i en los Países-Bajos cometió atrocidades que amanzillaron para siempre el nombre español.

¶ Pero estas consideraciones no estaban á los alcances de Felipe, i aun quando se le ubieran sujerido nada influyeran en su conducta. Abíase embriagado con aquel beneno fanático i contagioso que dió sér á la inquisizion; eran á sus ojos los erejes los mas odiosos de los malbados; i todo lo que contribuirá á apartar á sus pueblos de las supersticiones que él tenia por dogmas, la mas horrible calamidad que podíá sobrebenirles. Propúsose, pues, ayudar á los inquisidores con todo su poder, i les esortó á que prozediesen con la mas infatigable actibidad en el ejerzicio de sus funciones. Su zelo correspondió al ardor que inflamaba al soberano. Pero en aquel siglo era tal el espíritu de innobazion, que las nuebas opiniones abian penetrado asta España, i persuadido á un gran número de personas de ambos sexos, monjas i sazerdotes. Asta el arzobispo de Toledo Bartolomé de Carranza i Miranda dió sospechas de inclinarse á los nobadores en ziertas proposiciones sentadas en el catezismo que publicó en su diózesis. Los inquisidores espusieron al rei sus sospechas, i le consultaron azerca del modo con que se abian de conducir. Era Carranza generalmente respetado como uno de los mas birtuosos i doctos prelados de España; i á esta reputazion debió el

que Felipe le llamase á Inglaterra, cuando aun no era mas que probinzial de dominicos; porque le juzgaba como mui á propósito para acelerar en aquel reino el restablezimiento de la religion romana; en lo que trabajó con tanto zelo, i formó el rei tan alto conzepto de su ferbor i sus talentos que le izo primado de España en 1557; ábiendo sido la primera funzion que exerció de su alta dignidad el administrar los socorros espirituales en su última enfermedad al emperador Cárlos V. Pero desde el momento en que se sospechó de sus opiniones se olvidaron su mérito, sus serbizios i sus virtudes: Felipe contestó desde los Países-Bajos á los inquisidores, que no dudasen prozeder contra el arzobispo lo mismo que contra cualquier otro delincuente; i que no queria se perdonase, ni á su ijo mismo si se le combenziera de erejia. Carranza fué preso i sus temporalidades ocupadas. Las proposiciones de su catezismo erau disputables aun entre católicos. No obstante, es presumible que se ubiera condenado al arzobispo si el papa no se interpusiera i reclamara el derecho esclusivo de juzgarle. Zelo de Felipe del onor del santo ofizio, que quisiera no ubiese autoridad que le pusiese límites, se empeñó en inclinar á S. S. á que se inbiese; mas en fin tubo el rei que zeder, i Carranza despues de seis años i siete meses de prision fué llevado á Roma donde se le dió libertad; pero á pocas semanas murió. (1)

Antes de la llegada de Felipe ubo en Valladolid un auto de fé, en que muchos protestantes fueron quemados, quedando en pri-

(1) Ferreras, ann. 1559, et 1576. Campana, ann. 1559. Miniana, l. 5, cap. xi. (1)

sion destinadas al mismo suplicio mas de treinta personas. I Felipe que deseaba dar quanto antes pruebas públicas del orror que le inspiraban los erejes, quiso que los inquisidores fijasen dia para asistir personalmente. Esta solemnidad sanguinaria, que repugna á la naturaleza i á la relijion cristiana, mas que los mas abominables sacrificios de que los anales del paganismo conserben memoria, fué celebrada con toda la pompa i esplendor que los inquisidores pudieron; i Felipe acompañado de su ijo don Cárlos i de su ermana, rodeado de sus cortesanos i de sus guardias se sentó enfrente de aquellas víctimas desgraziadas; i despues de oido un sermon del obispo de Zamora se lebantó, i sacando la espada como en señal de consagrarse á la defensa de la fé, juró en manos del inquisidor jeneral que sostendria la inquisizion i sus ministros contra los erejes, apóstatas, i cualesquier otros que se opusieran á que ejerziesen su autoridad, i de obligar á sus basallos á que obedeziesen sus decretos.

Entre los protestantes sentenziados abia unidalgo llamado don Cárlos de Sese, que cuando se le llevaba al cadalso exclamó dirigiéndole la palabra: «i tú tambien, ó rei, bienes á ser testigo de los tormentos de tus basallos! sálbanos de esta muerte cruel: nosotros no la merezemos. Eso nó, respondió Felipe en tono feroz: yo mismo enzendería la oguera para mi propio ijo si fuese tan malo como vos.» (1) Dichas estas palabras se quedó mirando el horrible espectáculo, sin abergonzarse de presenziarle, con un semblante que descubria toda la ferocidad de su alma.

(1) Cabrera, l. 5, c. 3. Miniana, l. 5, c. 11.

Estos suplicios espantosos, i la severa actividad con que se ebitó la introduzion de libros luteranos produjeron el efecto que se esperaba. Izose en Sevilla otro auto de fé en que fueron ajustiziados al rededor de zinquenta protestantes: los demas si es que quedó alguno, disimularon sus opiniones ó se refujiaron en países estranjeros. (1)

Dado que ubo órden en los asuntos del santo ofizio se dedicó despues á darle en los del gobierno zivil del reino, i segun los istoriadores españoles, tubo mucha prudenzia i tino en la elezion de ministros i gobernadores; i se asegura que además de informarse azerca de aquellos á quienes destinaba para los empleos, anotaba para su uso las diferentes calidades de cada uno: por menores mui de su gusto: i sin duda pusiera toda su atenzion en el gobierno interior si no nezesitara prebenirse contra las ostilidades del gran señor, i de los corsarios berberiscos.

Allábase el imperio otomano en el mas alto grado de su gloria. Gobernábale entonzes Solimán, el mas grande é ilustrado de los sultanes, i abia ensanchado los límites del imperio en Persia, en Ungría i en Africa. A los caballeros de san Juan les arrojó de la isla de Rodas, que asta entonzes pasara por inespugnable: á los benezianos despojó de gran parte de su territorio: las costas de Italia i España las abia talado, i en fin era su nombre el terror, i sus proezas la admirazion de Europa. Cuando concurrió Felipe con Fernando por la corona imperial, tubo Solimán á los prínzipes de la casa de Austria por enemigos. A Franzisco I, i á

(1) Mariana, l. 5, cap, 11.

su ijo les socorrió contra Cárlos V i el suyo; i en la última guerra, dado que su escuadra detenida por desgraziados acasos, no pudo llegar á tiempo de obrar de conzierto con la de Francia, izo desembarques de tropas, bajo las órdenes del almirante Pialy, en Italia; i en las islas de Prozita i de Minorca pasó á cuchillo muchos abitantes i cautibó á no pocos.

Un enemigo tan poderoso i emprendedor daba bien en qué pensar á Felipe, que sin embargo tubo por opuesto al carácter de protector de la iglesia, á que aspiraba, el entrar en ninguna negociazion con quien tan declarado é irreconciliable enemigo era de la cristiandad. Léjos, pues, de azerle proposizion alguna, dispuso que las costas de Italia i de España se pusiesen en estado de defensa, temiendo que Solimán acomodase los negocios que le ocupaban para renobar contra él las ostilidades.

Pero al rei de España llamaban mas directamente la atenzion los corsarios de Africa, mas formidables que nunca por la proteccion de Solimán, á quien abian reconozido por soberano. Eran estos piratas turcos, árabes, negros, moros, parte africanos, parte espulsos de España por Fernando é Isabel: sus costumbres bárbaras, su audazia extrema, su fanatismo por la religion maometana frenético. Y aunque enemigos declarados de todas las potencias cristianas, pero lo eran aún mucho mas de la española, que muchas bezes les atacara en sus mismas fortalezas, i tratara con la mayor inhumanidad á los moros i maometanos sus ermanos. Estos bárbaros, mas de una vez se despicaron cruelmente bajo las órdenes de Orruch i de Airadin Barbaroja: su prinzipal armada la mandaba entonzes un zélebre pirata, llamado

Dragut, el Barbaroja de su tiempo, igual en talentos á aquellos dos hermanos conozidos por sus asombrosas azañas.

Nazió Dragut en una aldea de la Natolia, zercana á la isla de Rodas, en la última clase del pueblo: en su jubentud se alistó para servir en una galera turca, á cuyo bordo estuvo muchos años en calidad de marinero, i en este unilde destino dió pruebas admirables de talento. Sin embargo, por mucho tiempo se le creyó dominado de un bizio mui opuesto á aquella ambizion compañera ordinaria del ingenio: no parecia que pensaba mas que en enriquezarse; mas luego que juntó con que comprar una galera, empezó por su cuenta á ejerzer el arriesgado ofizio de pirata, en el qual tardó poco en azerse conozido por su habilidad, sus conozimientos náuticos i por su intrepidez; i menos en que estas cualidades llegasen á ser conozidas de Airadin Barbaroja, almirante de Solimán, quien le rezibió de mui buena gana en su serbizio, le izo su lugar-teniente, i le dió el mando de doze de sus nabíos de guerra. Con esta escuadra hizo Dragut daños increíbles á todas las naciones europeas que nabegaban en el mediterráneo, salbo los franceses que nada padezieron por aliados del gran señor. Ninguna estazion le detenia: apenas dejaba pasar un barco español ni italiano; i quando no tenia las presas que se habia propuesto, azia una incursion repentina en las costas de España ú de Italia, saqueaba el pais, i cautibaba los habitantes; i casi siempre con felicidad. Pero como en el año de 1541 ubiese tomado tierra en una pequeña baía de la isla de Córzega, i sus jentes se desparramasen á saquear la costa, don

Juan Doria, sobrino del ilustre Andrea Doria, se fué á él con fuerzas superiores, le tomó nueve naves, i forzó al temible Dragut á que se rindiese. Cuando se bió en la galera de su enemigo no pudo reprimir la indignazion que le causaba su desgrazia, i exclamó: ¡es posible que yo baya así cargado de prisiones por un niño! palabra ofensiva que agrabó mucho su cautiverio. Barbaroja i Solimán se interesaron por él, é izieron á los jenobeses las ofertas mas lisonjeras por su rescate: sin embargo, se le retubo preso cuatro años, i asta que presentándose Barbaroja delante de Jénoba con zien galeras amenazando reduzirla á cenizas si inmediatamente no se ponía en libertad á Dragut, conozió el senado la nezesidad de obedezér órdenes tan estrechas.

Ardiendo en ira, i mas bibamente irritado que nunca contra los cristianos, buelbe á su ofizio este famoso corsario, i con la mayor ansia busca infatigable ocasiones de bengarse. Además de las presas que azia en el mar, todos los años saqueaba i talaba un sin número de ziuudades i pueblos de Italia é islas adyacentes. Le tomó Doria el fuerte Pirt de Moedia en la costa de Berbería; pero Dragut se desquitó con bentajas; pues en un combate que dió á aquel famoso jeneral zerca de Nápoles, le apresó seis naves cargadas de tropa, i le forzó á uir i al resto de su escuadra. El año siguiente conquistó casi toda la isla de Córzega, i la dió á los franceses; despues de lo cual, i de aberse apoderado de Trípoli, la fortificó con el mayor cuidado, i salía siempre que lo permitia el tiempo á perseguir en los mares á sus enemigos. Al adbenimiento de Felipe al trono, i aun echa la paz entre España i Franzia, continuó Dra-

gut como antes talando las costas de Sizilia i Nápoles, i todos los estados del rei de España que podia alcanzar.

Antes de salir Felipe de los Países-Bajos, le abian suplicado con el mayor encarecimiento que tomase en considerazion los males sin número que este corsario causaba á sus basallos. El gran maestre de Malta i el duque de Medinazeli, gobernador de Sizilia, repetian las mismas súplicas de que se sirbiese embiar contra Dragut fuerzas que le obligasen á dejar su guarida. Bien conozia Felipe la nezesidad de azerlo; i como el gran maestre le abisase de que Dragut se allaba ausente de Trípoli aziendo guerra tierra adentro de Berbería á uno de aquellos reyes, inmediatamente dió orden al duque de Medinazeli, á Doria i algunos otros comandantes para que á la mayor brebedad aparejasen lo nezesario para aquella espedizion. Ayudaron el papa i casi todos los demas prínzipes de Italia, i se equipó una armada de zien belas, que llebaban á bordo mas de catorze mil soldados; i de todo se dió el mando al duque, quien se izo á la vela en Mesina á fin de octubre de 1559, i tocó en Siracusa donde bientos contrarios le detubieron muchas semanas. En este tiempo la mala calidad i peor estado de las probisiones produjo una epidemia que se llebó de tres á quatro mil soldados. No obstante, el duque siguió su derrota, teniendo aún por bastantes sus fuerzas para el logro de la empresa; i es mui probable que así ubiera sido si dirijiéndose á Trípoli la sitiara inmediatamente; pero creyó conseguirlo con mas fazilidad apoderándose de la isla de Jelbes, distante pocas millas, en que mandaba un gobernador moro adicto á Dragut. Con efecto, se tomó fázilmente, i los moros,

despues de una débil resistenzia , abandonaron el castillo , i su comandante juró sobre el alcorán fidelidad al rei de España.

Algunos oficiales quisieran que el castillo se demoliere al instante , i se atacase á Trípoli en seguida ; pero por desgrazia fué de otro parecer el duque , i no solo trató de conserbarle , sino que le izo fortificar i aumentar , en que se perdió mucho tiempo. Ganóle Dragut , buelto con sus tropas , en probeer á la seguridad de la plaza , i en dar abiso al gran señor de lo en que se ocupaba la armada cristiana , que dezia se podía atacar con muchas bentajas en aquel momento en que la mayor parte de las tropas estaban en tierra , i su jeneral poco cuidadoso.

Aprovechó Solimán la ocasion que le ofreció Dragut. Equipa con la mayor zeleridad una armada de setenta i cuatro galeras con zien jenízaros i otras tropas á bordo de cada una , i da el mando al almirante Pialy , con el mas estrecho encargo de la brebedad en la diligenzia. Por una fragata maltesa supieron los españoles que se azercaba , i esta notizia les puso en la mayor confusion. Juntóse consejo de guerra en que muchos oficiales opinaron que se esperase i diese batalla al enemigo : otros , i entre ellos el jóben Doria , cuyo balor estaba fuera de toda sospecha , sostubieron que atendiendo al débil estado de la jente , i á las grandes pérdidas i bajas que tenia , era nezesario ebitar el combate con un enemigo tan superior : que sería esponerse á una derrota completa el arriesgar una aczion dezisiba con fuerzas tan desiguales ; que por consiguiente lo mas azertado era retirarse inmediatamente , i ganar un puerto seguro. El duque , sin el menor conozimiento de la náutica ni marinería , incapaz por lo mismo de

desempeñar aquel cargo, no sabia que dictámen seguir; pero el tiempo obligaba á que se adoptase uno, i Medinazeli indeziso continuó adelantando las fortificaziones del castillo, asta que en fin llegó la notizia de que el enemigo se allaba allí zerca, i se dirijia en derechura á la isla.

Ya no era tiempo de poner la armada en estado de defênsa: soldados i marineros estaban consternados: las nabes, sin esperar órden del comandante, uian á remo i bela: muchas se fueron á pique entre los escollos que rodean la isla: otras, impelidas del biento ú del enemigo, fueron á dar en la costa. Algunas escaparon, particularmente las de Malta, que la conozian perfectamente. De treinta se apoderaron los turcos, izieron zinco mil prisioneros, i entre aogados i muertos ubo mil. El duque, acompañado de Doria i de algunos otros ofiziales, atravesó á beneficio de la noche por la escuadra enemiga, i llegó sano i salbo á Malta, dejando encargada la guarda de Jelbes á don Albaro de Sande, prometiéndole un pronto i poderoso socorro.

Este bizarro español no debia contar con él, ni creer que podria resistir mucho tiempo á las grandes fuerzas que iban á oprimirle: además no tenia la abundanzia de bíberes ni de municiones nezesaria; i era mui de esperar que en el pais encontrase mas enemigos que amigos. A pesar, pues, de tan desabentajadas zircunstanzias, se resolbió en azer la mas bigorosa resistencia; i para ello aumentó la guarnizion con los marineros de las galeras, que por uir se estrellaron en la costa.

Pjaly no perdió un momento, obtenida que ubo la victoria: desembarcó sus tropas, i em-

pezó el sitio. Dragut le llevó en persona artillería de Trípoli i algunos soldados de refresco. Cerca de doze mil turcos, además de los isleños i otros moros, componian el ejército sitiador, que sufrió mucho en sus primeros ataques; pero luego que empezó á jugar la artillería, vino á tierra una gran parte de la muralla. Los sitiados padecian mucho por el excesivo calor, por las escasezes, por la mala calidad de los alimentos i del agua: muchos abian perecido, muchos murmuraban, i algunos, abrumados de fatiga i de miseria, se pasaron, é instruyeron á Pialy de la triste situacion de los españoles: con esto les estrechó mas á que se rindiesen ofreciéndoles la vida. Don Alvaro desechó con indignacion la oferta, i continuó defendiéndose. Pero en fin, viendo casi acabadas las provisiones, i no pudiendo contar con los socorros que le prometió el duque, juntó la guarnicion reducida ya á mil ombres, i despues de recordarles la gloria que abian adquirido, i de esponerles que ni abia víveres, ni ellos eran bastante para defender por mas tiempo la plaza, les preguntó si querian rendirse bergonzosamente para ser esclavos de sus bárbaros enemigos, ó seguir el ejemplo que él les diese, muriendo con las armas en la mano, peleando por el honor de su religion i de su patria. Todos á una voz respondieron: «que preferian la muerte á la esclavitud, i que estaban dispuestos á seguirle á doquiera que les llevase.» Entonzes izo Sande distribuir las pocas provisiones que quedaban, i se preparó á salir del fuerte á la media noche.

Salieron, pues, por la puerta que da al mar, i atravesando la triple trinchera echa para prebenir sus salidas, izieron una horrible carnicería en los turcos, i llegaban muy cerca de

la tienda del jeneral cuando les contubieron los jenízaros: siguieron por largo tiempo peleando como desesperados; pero abiendo tomado las armas todo el ejérsito, fueron oprimidos por la muchedumbre, i casi todos muertos. Sande, seguido de dos ofiziales que abia conserbado zerca de sí, se abrió paso por entre lo mas espeso de los enemigos, llegó á la playa, subió á bordo de un nabío español de los estrellados en ella, i allí le encontró el dia con la tarja en una mano i la espada en otra, rodeado de turcos que le ubieran sepultado bajo sus benablos, si sus ofiziales respetando el balor eróico no les contubieran. En fin, un renegado jenobés le instó á que rindiese las armas, seguro de que sería tratado como merezian su rango i su balor. Sande se rindió. (1)

Tal fin tubo aquella desgraziada empresa, cuyo mal ecsito i peores consecuencias debian atribuirse á la obstinazion i á la inesperiencia del jeneral. Sin embargo, no allamos que Felipe iziese la menor demostrazion de descontento por tan torpe conducta; sin duda ubo de mirarla bajo otro aspecto que los istoriadores contemporáneos; ó temió azer una confesion tázita de su poco diszernimiento, si tachaba de imprudenzia ó incapazidad á una persona que abia juzgado digna de tan gran confianza. En lugar, pues, de perder el tiempo en quejas i resentimientos contra el duque, le ganó en prebenir lo que tenia que temer de los turcos, no dudando que Pialy en prosecuzion de su bictoria

(1) Fué llebado como los demás prisioneros á Constantinopla, i despues obtuvo libertad en birtud de un tratado echo entre el gran señor i el emperador.

dejase deazer algun desèmarco en las costas de España ó Italia, cuyos abitantes estaban cuidadosísimos.

Establezieronse apostaderos á lo largo de la costa, i la escuadra benzida se reparó brevemente. Mas estos preparatibos que despues fueron útiles, en aquella ocasion no se nezesitaron, porque eran otros los objetos que atraian la ambizion de Solimán; i así fué que llamó á Constantinopla la armada, librando de temores á españoles é italianos.

Tubo el rei Felipe abiso de que Aszem, ijo del famoso Barbaroja i birei de Arjél, en nombre de Solimán, abia formado un proyecto sobre Orán i Mazarquibir, ámbas fortalezas en la costa de Berbería, i poseidas por España desde el año de 1509, que se conquistaron en el ministerio del cardenal Zisneros. Inmediatamente equipó una escuadra de beinte i cuatro galeras, i la destinó á reforzar la guarnizion de aquellas plazas, i frustrar la empresa de Aszem; pero esta escuadra fué arrebatada por una tempestad que echó á pique beinte i dos nabes con mas de quatro mil ombres.

Este aczidente animó á Aszem á seguir su proyecto: persuadió á muchos prínzipes maometanos de Berbería á que le ausiliasen con sus tropas, i arribó á las inmediaciones de Orán á la entrada de la primabera con una armada de mas de treinta nabes i un ejérxito de zien mil ombres. De las dos plazas que intentaba atacar solo Mazarquibir es puerto: Orán está mas de una legua tierra adentro. Con tan numerosa escuadra pudiera bloquear las dos; pero prinzipió sitiando á Mazarquibir, que aunque mas fuerte por su situazion, no estaba tan fortificada como Orán.

Allábase de gobernador de ambas el conde de Alcaudete, que prebista la tempestad que le amenazaba, no abia perdonado medio de probeer á la defensa de ellas, i puso en Mazarquibir á su ermano don Martin de Córdoba, resueltos ámbos en resistir asta el último estremo. El conde azia frecuentes salidas de Orán, en que los españoles llevaban siempre la mejor parte; i el ermano con su guarnizion se distinguian aún mas si era posible en la defensa de Mazarquibir. Desplomábanse las murallas á los tiros de la artillería de los sitiadores: dió Aszem onze asaltos, i mas de una vez fijó en la brecha su estandarte; pero fué siempre benzido i rechazado, i á pesar de la superioridad de sus fuerzas, se bió en la nezesidad de zeder al imbenzible balor de los españoles. Esta bizarra tropa estaba no obstante bien persuadida de que por falta de proibisiones la sería mui pronto nezesario perezer, ó someterse á la odiosa esclabitud á que sabian les tenia condenados el implacable aborrezimiento de sus enemigos.

No ignoraba Felipe el apuro en que se hallaban, ni omitia dilijenzia para que fuesen prestamente socorridos; pero como Mazarquibir estaba bloqueado así por mar como por tierra, nezesitaban los socorros ir comboyados por una escuadra superior á la del enemigo. Llegó en fin á reunirla en los puertos de España i de Italia, i dió el mando á don Franzisco de Mendoza con órden de azerse á la vela para Mazarquibir con cuanta brebedad pudiese. Llegó Mendoza á tiempo, cayó de improviso sobre la escuadra enemiga, tomó nueve naves, i puso las demas en fuga; i Aszem que se preparaba á

dar un nuevo asalto, biéndose entre la escuadra española i las guarniciones de Orán i Mazarquibir, lebantó prezipitadamente el sitio al cabo de tres meses de inútiles ataques, i partió con todas sus fuerzas á Arjél. Siguióle Mendoza muchas millas; pero no pudiendo darle alcanze, tornó á Orán, reforzó las guarniciones de ámbas plazas, i dió la bela para España donde fué rezibido con mil aclamaciones. El conde de Alcaudete fué mui luego promovido á birei de Nápoles, i su ermano rezibió señales de distinzion i aprezió del rei. Todos los ofiziales i asta los simples soldados fueron al tanto recompensados con proporzion á sus grados i á sus acciones.

Con la ausenzia de la armada abia padezido mucho el comercio español. El famoso corsario Cara Mustafá recorría el mediterráneo con una escuadra de seis nabes, i azia presas sin cuento. Era su retirada una fortaleza en la costa de Africa, llamada el Peñon de Belez, que se tenia por inespugnable en aquellos tiempos en que aún no se abian imbentado las bombas. Situada en una roca desigual i escarpada solo es accesible por un sendero estrecho tajado en la misma roca; i la separa del continente un canal capaz de diez ó doze barcos de los que sirben en los cruzeros. A lo formidable de la situazion añadía mas defensas el arte: muros flanqueados de bastiones i guarnezidos de artillería rodeaban la roca de arriba abajo i cuando los corsarios se allaban perseguidos, se refujiaban bajo el cañon de aquellas baterías. Esta fortaleza dominaba el estrecho, i fazilitaba á Mustafá el inquietar á los cristianos con poco riesgo. En fin, el Peñon llegó á ser plaza mui importante,

i todas las potencias que comerciaban en el mediterráneo tenían un gran interés en echar de ella á los piratas.

Corria la boz de que Solimán pensaba en atacar este año la Italia ó la España, i Felipe se prebino aumentando considerablemente su marina; pero luego que estuvo zierito de que el rumor era falso, ó que el gran señor abia mudado de acuerdo, creyó que no podia emplear mejor aquellos preparatibos que contra el Peñon, que tanto daba que temer á sus basallos.

Pero aun no llenando sus deseos una armada tan poderosa, pidió socorros á Portugal, á los caballeros de Malta, i á los aliados de Italia. Ni permitió que sus nabes fuesen á Málaga, puerto señalado para la reunion, asta que tubo nobenta galeras i otros sesenta buques de menos porte con trece mil ombres á bordo. Este esfuerzo no nazia solo de la prudenzia eszesiba con que se conduzia ordinariamente en toda empresa militar: otras razones le abian estimulado á azerle. Para sitiarse una plaza tan pequeña como el Peñon no se nezesitaban tantas fuerzas; empero los moros de las inmediaciones estaban mui interesados en conserbarla por los muchos probechos que sacaban de las grandes presas que los corsarios les bendian, i de los muchos esclabos que diariamente les llevaban.

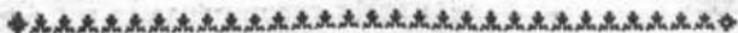
Así fué, que no bien ubieron desembarcado los aliados cuando un gran número de aquellos bárbaros se presentó en las montañas, por cuyo pie tenia que pasar el ejérxito para llegar al fuerte. Pero una muchedumbre sin órden mal podia detener á tropas regladas: los españoles continuaron su marcha. Mas á la bista del Peñon muchos de los jefes creyeron imposible rendir una plaza de tan singular asiento, i

opinaron que se abandonase la empresa; i fuera muy probable que así ubieran tenido que azerlo si se allara allí Mustafá; pero por no arriesgar sus nabes, confió la defensa de la plaza algun tiempo ántes á un renegado llamado Ferret, que tenia doscientos turcos á sus órdenes, i muniziones de boca i guerra mas que sufizientes para el tiempo que naturalmente podia durar el bloqueo.

Creyó Mustafá que los españoles se desengañarian bien pronto de la locura de su empresa, i se entregó á su ofizio ordinario, dándole poco cuidado las resultas del sitio; pero se engañó en la eleccion de aquellos de quienes izo tanta confianza. El gobernador i la guarnizion se intimidaron á bista de la armada que les rodeaba; i no bien ubieron las baterías españolas desmontado algun cañon i empezado á desmoronar las murallas cuando les sobrecojió tan pánico terror, que á media noche i á nado se pasaron á tierra firme el comandante i la mayor parte de la guarnizion, quedándose en la plaza solo los que no supieron nadar, i se la entregaron á los españoles.

Preziosa conquista, mas útil que gloriosa! pero que causó en todas las probinzias meridionales de España la mayor alegría, tanto mas completa i unibersal, quanto fué á menos costa de españoles. Don Garzía de Toledo, comandante en jefe de la espedizion, rezibió en recompensa el bireinato de Sizilia. (1)

(1) Cabrera, lib. 6, cap. 17. Ferreras, part. 14. Bertot, histoire des chevaliers de Malte.



I S T O R I A

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.



LIBRO QUINTO.

En medio de las operaciones militares, de que acabamos de dar cuenta, obserbaba Felipe con dolor los rápidos progresos de la erejia en todos los estados de Europa, salbo en España, i puso el mayor conato en que se zelebrase un conzilio jeneral que acabase con una secta que tan aborrezible le era.

Al prinzipio de las nuebas opiniones creyeron los católicos que no debian combatirlas sino persiguiendo de muerte á los que las profesaban. Tratáronles, pues, con el mismo rigor que si fuesen reos de los mas atrozes delitos; empero no tardaron en desengañarse de que no era aquel el medio de atraerles al seno de la iglesia. Los edictos sanguinarios, las carnizerías, los suplizios bariados asta el infinito por la injeniosa crueldad de los inquisidores propagaron con rapidéz la doctrina que intentaban sufocar, é inflamaron mas que entibiaron el zelo de sus prosélitos; los cuales, persuadidos de que defendian la causa de Dios i de la berdad, i de

que su perseberanzia sería recompensada con felicidades eternas, corrian á los suplizios léjos de ebitarlos, i mostraron en los mas orribles tormentos un grado de pazienza i de valor, que admirados los testigos, se azian imitadores de su constanzia, i partidarios de su relijion.

Abia ya én ella príncipes: en muchos estados eran los protestantes mas i mas poderosos que sus enemigos; i en otros prebalezian de tal modo sus opiniones, que los soberanos católicos no los destruyeran sin pribarse de los mas industriosos de sus basallos, que contribuian poderosamente á mantener su decoro, i á conserbar la considerazion de que gozaban. Pasóse, pues, el tiempo en que se creyó que la persecuzion debió ser eficaz, i los príncipes al fin se desengañaron de la nezesidad de recurrir á medios mas suabes. Por otra parte, i á pesar de la prebenzion que contra los nobadores tenian, no podian preszindir de que una reforma era absolutamente nezesaria: abian sufrido por mucho tiempo i con la mayor impazienza las usurpaciones de la corte romana, i se persuadian, que corregidos ziertos abusos, no sería imposible reducir á los protestantes á su antigua creenzia.

Un conzilio general parezió el único medio de conseguirlo, i Cárlos V trabajó infinito para lograr que se combocase. En los primitivos tiempos eran los emperadores los que los combocaban; mas en el siglo de Cárlos ni siquiera se dudaba que pertenezia esclusivamente á los papas. Pero como estos temian que la correccion de tales abusos abia de limitar su poder tanto como zerzenase sus usurpaciones, léjos de facilitar que se zelebrara, se esforzaban á impedirlo. En el pontificado del débil Clemente empleó Cárlos todo su poder i toda su industria

para lograrlo, pero en vano. No fué menos opuesto Paulo III; pero reunidos todos los soberanos católicos de Europa al emperador para pedirle, nezesitó Paulo zeder, i combocar á conzilio jeneral en Trento. Despues se transfirió á Bolonia, i restablezido de nuevo en Trento en 1551 muerto Paulo, permanezió allí asta el año siguiente, que se prorogó por dos años á causa de la guerra suszitada entre el emperador i el elector de Sajonia.

En las dibersas sesiones que se zelebraron durante el pontificado de Paulo, se condenó el dogma fundamental de los reformados, por el cual reconozian los escritos de los ebanjelistas i de los apóstoles como la única regla de fé. Entre los libros canónicos fueron contados los que los protestantes tienen por apócrifos, i se les atribuyó la misma autoridad; así bien que á la tradizion oral de la iglesia.

Por el modo con que el conzilio zelebró las sesiones, por la naturaleza de las cuestiones que dezidió, i por la ziega adesion que á la corte romana manifestaron los que le componian, era fázil preber que no se abian de lograr los saludables efectos que se esperaban, i que le abian echo tan deseado; pero no les ocurrió ningun otro medio de contener los progresos de la erejía. Concluida que fué la guerra entre Franzia i España trataron sériamente los prínzipes católicos de que continuase el conzilio.

El estado en que la Europa se allaba parecia esijir entónzes mas que nunca remedios prontos i eficazes. El poder i el número de los protestantes se aumentaba de dia en dia. La Inglaterra i la Escozia salieron de la obediencia romana, i mudaron sus dogmas i ritos. En

los Países-Bajos se abian multiplicado prodijosamente, á pesar de la terrible crueldad con que se les tratara. En Francia donde las guerras de religion tenian abrasadas las probinzias, temian los católicos que los protestantes se iziesen tan poderosos que les arrancasen las riendas del gobierno. En Italia mismo abian penetrado las nuevas opiniones; i en Nápoles i Saboya se contaban muchos sectarios. De Nápoles los arrojó la inflexible severidad de Felipe dando orden al birci para que sin misericordia muriese todo ereje, i persiguiese á sangre i fuego á los fujitibos de Cosenza que abian ido á refujiarse á las montañas.

Pero el duque de Saboya que no pensaba pribarse de los muchos basallos útiles que abian abrazado la reforma tubo por mas razional el ilustrarlos para combenzerlos; á cuyo fin solizitó permiso del papa para combocar un sínodo de los prinzipales eclesiásticos de sus estados. Al mismo tiempo supo Pio IV que en Francia se abia resuelto azer lo mismo; lo cual fuera dar el golpe mas funesto al derecho esclusibo que se arrogaba de dezidir en materias de fé. Temió que el ejemplo de Francia i de Saboya le siguiesen las demás nazonas, i los decretos de los sínodos nazionales fuesen sustituidos á los de la santa sede. Por consiguiente era de esperar que se opusiese á medidas tan atentatorias de su autoridad, i le fué fácil disuadir al de Saboya. «Si los erejes, respondió al embajador del duque, nezesitan instruccion yo embiaré eclesiásticos i un legado que les instruyan i absuelban. Pero nuestro amo no tardará en desengañarse de que se resisten á toda instruccion, i de que la moderazion de su conducta la atribuirán á impotenzia de redu-

zirlos por la fuerza. Nunca la suabidad que quiere emplear como remedio á tamaños males á producido ningun bien ; la esperiencia le enseñará que miéntras mas rigurosamente trate á los erejes tanto mas pronto sufocará la erejía. Si adopta mi dictamen yo le prodigaré todos los ausilios nezesarios para seguirle.»

El duque de Saboya sínzeraamente unido á la creenzia romana, i á Felipe, zedió á estas sujestionés, i se empeñó en una guerra cruel contra sus basallos protestantes, que le izieron arrepentirse de aber creído al papa (1).

Mas difizil le fué á S. S. el impedir que se zelebrase en Franzia el sínodo proyectado; pues nezesitó para lograrlo prometer que cuanto antes combocaria uno jeneral. Así lo abia jurado antes de su esalrazion; pero ocupado que ubo el trono siguió las máximas de sus predezesores, i mostró que no temia menos que ellos aquellas asambleas. Se acordó de los motibos que abian determinado á Paulo III á disolber el conzilio á pretesto de trasladarle á Bolonia: reflexionó sobre el peligro á que Julio abia estado espuesto, i de que le libró su buena fortuna i la guerra de Alemania: consideró que como ningun prínzipe era entónzes tan poderoso como Carlos V que pudiese imponer respeto á los prelados que asistiesen al conzilio, tomarian un tono mas absoluto, i arian por lezantarse sobre las ruinas de la tiara.

Por estas consideraziones ubiera querido

(1) Al fin se alló en la nezesidad de conzederles el ejerzizio de su relijion después de aber padecido barios descalabros en las montañas en diferentes escaramuzas, i perdido siete mil soldados en una batalla campal. Fra-paolo, lib. 5.

Pio eludir el cumplimiento de su promesa; pero temia tanto las consecuencias que podian resultar del sínodo nazional de Franzia; i por otra parte se beía tan estrechado por Felipe, el emperador, i los otros príncipes católicos, que nezesitó deferir á sus instancias; empero tomando todas las precauciones imaginables para ébitar todo menoscabo de su autoridad.

Despues de muchas largas que Pio IV supo dar, fué en fin publicada la bula de combocazion en 29 de diziembre de 1560, i fijada para la pascua la abertura del conzilio, que abia de zelebrarse en Trento, en cuya razon se embiaron nunzios á todas las potenzias cristianas.

Dudaron mucho tiempo el papa i los cardenales si en la bula se calificaria de nuevo este conzilio, ó como continuazion del que empezó en los pontificados de Paulo i Julio. La dezision de este punto á primera bista indiferente era en realidad mui difizil i de mucha transzendenzia. Con efecto, sino era mas que continuazion, todos los decretos de las primeras sesiones contra los protestantes tenian fuerza de lei, rezibian su sanzion del conzilio que iba á reunirse, los protestantes se tendrian desde luego por condenados, i no se entenderia con ellos la bula de combocazion; en bez de que si se anunziaba un conzilio nuevo se les daba esperanza de que las materias en cuestion se bolberian á discutir, i se les obligaba á que embiasen diputados, i en consecuencia á que reconoziesen la autoridad del conzilio.

El emperador, la reina madre, i los ministros de Franzia se interesaron eficazmente en que la bula no recordase las primeras sesiones, i pretendieron de S. S. que no ubiese restriccion que pudiese indisponer á los protestantes.

Felipe era de contrario acuerdo i mui diversas sus miras. Su odio á los erejes no le dejaba ber ningun otro medio de atraerlos que la biolenzia i la persecuzion: no pensaba zeder ni en lo mas mínimo por reconciliarse con ellos, i si deseaba la zelebrazion del conzilio era menos por atraer al seno de la iglesia á los que se abian estrabiado, que por impedir á los católicos el que siguiesen su ejemplo. Pio mismo sospechó despues que el objeto del rei de España abia sido el aumentar el poder de los obispos i de los soberanos, i disminuir la jurisdiccion de la santa sede, á cuyas esorbitantes pretensiones era en berdad opuesto, á pesar de la adesion que afectaba tener al sumo pontífize, en realidad con el fin de disfrazar su ambizion. Lo que Felipe deseaba era que los protestantes no asistiesen al conzilio, temiendo que moderasen ó retardasen sus deliberaciones; porque dado que se discutiesen de nuevo los puntos ya dezididos seria imbalidar en zierto modo la autoridad que se trataba de sostener, i que por lo tanto era nezesario que se considerase como una continuazion del conzilio antes prorogado.

Así pensaba tambien el papa, pero no se determinaba á oponerse directamente al emperador i á la corte de Franzia, que eran de opinion contraria; i para salir de paso tan difizil izo estender la combocatoria en términos tan ambiguos que admitiesen toda interpretazion, i anunziase un conzilio nuevo ó continuado. Por este medio logró en parte lo que deseaba, pues aunque ninguna quedó enteramente satisfecha, tampoco quedaron tan descontentas como si la bula ubiese enunziado es-

plizitamente la intenzion del pontífize qualquiera que ubiera sido : todos los príncipes católicos adirieron á la combocazion , i dieron orden á los eclesiásticos de sus estados para que se allasen en Trento al tiempo determinado.

La bula no llamaba mas que á los obispos, á los abades , i otros sazerdotes autorizados por los cánones de la antigua disziplina ; mas, los nunzios Martinengo i Comendono tubieron encargo de combidar á las potenzias protestantes á que diputasen quien asistiese al conzilio.

Los príncipes alemanes de esta comunion se allaban entónzes en Nomburgo en la alta Sajonia ; á donde el emperador les embió tres embajadores que ausiliasen á los nunzios. Pero los príncipes respondieron á aquellos con todo el respeto debido á Fernando , asegurándoles su reconocimiento por el interés que se tomaba en sus asuntos , i protestaron que nada les sería mas agradable que un conzilio ecuménico si fuera de esperar que remediase las dibisiones de la iglesia ; pero que no podian prometerse tan apetezibles efectos de la junta á que se les combidaba , junta combocada por un pontífize , cuya autoridad no podian reconocer , i en la que era fázil notar por lá misma bula de combocazion , que los que estaban absolutamente entregados á la corte de Roma serian los únicos que tendrian algun influjo.

Sin embargo admitieron á los nunzios, los cuales dieron á cada uno de los príncipes las cartas de S. S. ; pero se las debolbieron al dia siguiente sin abrirlas con esta respuesta : « que como no reconocian ninguna autoridad en el obispo de Roma fuera de su diózesis , creian

que no nezesitaban explicarle sus opiniones respecto del conzilio jeneral : opiniones de que ya abian dado cuenta al emperador. » (1)

Los nunzios partieron de Nomburgo para Dinamarca é Inglaterra ; pero tubieron que bolber atrás porque el cardenal Martinengo rezibió en los Países-Bajos órden de Federico para que no pasase adelante , i á su cólega se le dijo en Lubek de parte de Isabel que estaba dezidida como el rei de Dinamarca á no aderir de modo alguno al conzilio jeneral.

Mui luego se bió que los protestantes abian adibinado las intenziones del papa : desde la primera sesion i en el primer decreto , antes que llegase la mayor parte de los prelados que debian asistir , se dezidió á propuesta de los legados que presidian , que á ellos solos tocaba proponer las cuestiones que se abian de discutir. Así precabieron que se iziese ninguna proposizion dirigida á corregir los innumerables abusos que afeaban el gobierno pontifizio , i cuya enmienda era jeneralmente deseada. Felipe i los demás soberanos interpusieron todo su poder ya con el papa ya con el conzilio para que se rebocase aquel decreto ; pero en vano. El empeño en sus instancias no izo mas que confirmar al papa en las sospechas de que lo que se queria era limitar su autoridad : eludiolas pues con la mayor sutileza , i dió órden á sus legados para que sostubiesen irrebocablemente aquella conzesion que tanto se deseaba anular.

Esto no impidió que muchos prelados propusiesen al conzilio la nezesidad de ordenar la residencia á los obispos , que era el golpe mas

(1) Paul. , l. 5.

terrible que podia darse al poder pontificio. Los legados recibian instrucciones precisas siempre que las circunstancias les ofrecian dificultades; pero llegaron á ser tan frecuentes que tenian al santo padre en una continua ansiedad, i pensó muchas vezes disolver un concilio que tan difizil le era contener en los límites que le queria prescribir. Pero en fin, á costa de una atencion i de una vigilancia infatigables, mezclando con oportunidad las promesas i las amenazas, negociando inzesantemente con los padres, lisonjeando á estos, intimidando á aquellos i sobre todo atrayéndose los obispos italianos, (1) que eran muchos, i dependian mas inmediatamente de él, se aseguró en todas las cuestiones la pluralidad de los votos, i no solo consiguió impedir que ubiese decision que aminorase su poder, sino que izo se confirmasen algunas de las usurpaciones eclesiásticas por cuya abolizion se abia deseado prinzipalmente el concilio. A los príncipes católicos descontentaron mucho estas trazas, i sus embajadores, así bien que los prelados, se quejaron de que lejos de gozar el concilio la libertad que le era esencial estaba encadenado por las órdenes secretas que inzesantemente llegaban de Roma, i en esta razon izieron las mas bibas representaciones al papa mismo, que unas vezes respondia con afabilidad, otras en términos ambiguos, i otras dándose por mui ofendido de tales sospechas, asegurando que el concilio estaba en plena libertad, é insinuando que la verdadera causa del descontento i de la murmuracion de los príncipes i sus representantes

(1) Muchos de ellos eran tan pobres, que en aquella ocasion nezesitó S. S. averles el gasto.

era porque no podian dictar en él los cánones.

Fuese la que quisiese de las dos partes la que tubiese razon para quejarse de la otra , las deliberaciones continuaron del mismo modo, asta que en fin cansado Pio IV de la continúa atenzion , i de los gastos que su política esijian , dió orden á sus legados para que quanto antes disolviesen el conzilio. En consecuencia se disolvió con la prezipitazion mas indezente á fines de 1563 sin que los príncipes iziesen mucha resistenzia , porque mucho antes abian perdido las esperanzas de que produjese las utilidades que se prometieran. (1) Conozieron que el influjo del papa no podia contrabalanzarse , i que por consiguiente la continuazion solo serbiria para estender i fortificar la autoridad que querian disminuir. Dioles de ello una prueba la última sesion en que pasaron dos cánones sin oposizion , por mas que sobre su contenido no se ubiese echo antes insinuazion alguna ; lo cual denotaba la parzialidad del conzilio con la santa sede. Fué uno de ellos que se pidiese al papa la confirmazion de los cánones , i el otro en que se declaraba formalmente que fuesen las que quisiesen las espresiones de que se ubiesen balido para estenderlos , nunca podrian interpretarse en perjuizio de la autoridad del sumo pontífize.

Causóle á Pio la mayor alegría la disoluzion del conzilio , i particularmente la notizia de los dos últimos decretos. Dispuso que se izie-

(1) Las actas fueron suscritas por cuatro legados, dos cardenales, tres patriarcas, veinte i zinco arzobispos, doscientos sesenta i ocho obispos, siete abades, siete jenerales de regulares i treinta i nuebe diputados. Paul., 1.º 8.

sen solemnes acciones de grazias, i dijo en el consistorio que los confirmaria todos, i añadiría algunas reformas á las establezidas. Mas, temiendo algunos de sus cortesanos que fuesen por ellas menos los provechos de sus empleos, se lo disuadieron con la mayor fazilidad, porque S. S. estaba mui léjos de pensar en azer las nobedades que su corte temia con razon. Confirmó pues el conzilio, porque de no azerlo no se infriese que le condenaba, ni se menospreziasen sus actas, ni tubiesen los franzeses i demás potenzias católicas pretesto para combocar sínodos nazionales; estando bien seguro de que dependia absolutamente de su boluntad el determinar asta que punto abia de tener efecto la ejecuzion de cada decreto. Desprezió las objeçiones de sus cortesanos, i publicó su bula de confirmazion con las formalidades ordinarias, esortando á los prelados i prínzipes á que rezibiesen las actas del santo conzilio de Trento, prohibiendo á toda persona así lega como eclesiástica el que le pusiesen notas ni comentarios, ordenando á los católicos que recurriesen á la santa sede cuando en algo dudasen.

La bula se dirijió á los católicos solamente, pues Pio no esperaba que los protestantes tubiesen mas miramiento á esta que á la de combocazion. Desde el prinzipio asta el fin se propuso el conzilio suszitar nuevos obstáculos que imposibilitasen la union de reformados i católicos, en bez de disipar los que á ella se oponian. La antigua creencia estaba ya mas claramente fijada: las doctrinas romanas, sus sutiles sofismas, sus artificios i sus pretensiones, formalmente definidos: las zeremonias introduzidas en los siglos de la mas profunda igno-

ranzia , i de la superstizion mas estúpida , se declaró que formaban una parte esenzial del culto , i se fulminaron anatemas contra los que no se sometiesen á los dogmas ó no adoptasen los ritos. Esta imprudente conducta descubrió el blanco á que con preferenzia debian dirigir sus tiros los protestantes ; i estos absurdos, en que nezesariamente incurrirán los que se ar- résten á dogmatizar en asuntos tan misteriosos como lo son muchos artículos de la fé , prepara- ron á los nobadores un ancho campo de victo- rias i triunfos. No tubo el conzilio ninguna espezie de condeszendencia para ganar á los protestantes : todos sus prinzipios sin eszepcion fueron condenados ; i así se desbanezió toda es- peranza de berles bolber al seno de la iglesia sino se conseguia á fuerza de persecuciones.

Este medio se lisonjaba Pio de que tarde ó temprano produziria aquel efecto , i se curaba poco de que la conducta de los protestantes fue- se la que quisiese respecto del conzilio. Mas cuidado le daba el descontento de la reina ma- dre i de los ministros franzeses. Resentida ya del desaire que la izo en no declarar que era nuevo el conzilio, se aumentó el desabrimiento de la corte al ber estendidos los límites de la jurisdiccion eclesiástica , i se quejó altamente de la confesion tázita que contenian los últi- mos decretos de la superioridad del pontífize sobre los conzilios: opinion siempre rebatida en Franzia , i desechada siempre. Eszitados por estas consideraciones i resueltos por otra parte á ebitar nuevas ocasiones de disgusto á los cal- binistas , los ministros franzeses , á pesar de las bibas instancias de Pio IV, reusaron rezibir i publicar los cánones (1).

(1) Fra-paolo , l. 5 , 6 , 7 i 8.

Temió el papa con razon que el ejemplo de una monarquía tan poderosa arrastrase tras sí á otras potencias; pero pronto supo por sus nunzios que no solo la república de Benezia i otros muchos estados de Italia, sino tambien la mayor parte de los príncipes católicos de Alemania estaban resueltos á reconozér la autoridad del conzilio.

Tambien se sometió á él Felipe, probando en ello aquel zelo i deferenzia que tan constantemente abia afectado ó tenido por la relijion romana i la santa sede, si bien nunca ubo príncipe mas zeloso de su autoridad ni mas apegado á sus derechos, algunos de los cuales le usurpaban los nuevos cánones. Durante las sesiones abíase Felipe quejado amargamente de la dependenzia en que el papa tenia al conzilio, i muchas bezes intentó, aunque todas en bano, el que se anulase el primer decreto que atribuía á los legados el derecho esclusivo de la inziatiba; i no quedó menos desabrido con la precipitada disoluzion, para la que ni él abia sido consultado, ni sus embajadores oídos. A tantos motivos de descontento añadió el papa otro que pudo tener consecuencias mui sérias, i fué el dezidir en favor de los embajadores franceses la disputa que sobre preferenzia tenían con los españoles. En tan delicada i crítica coyuntura contribuyó á aquella dezision en parte el deseo de congratularse con aquella corte para que rezibiese el conzilio, i en parte el temor de que si no complazia al jóben rei, rompiese toda union con Roma, i elijiese un patriarcá confiriéndole la suprema autoridad eclesiástica del reino.

Dió, pues, órden á su nunzio para que espusiese á Felipe los motivos que abia tenido, é

iziera por combenzerle de que se le abia reducido á aquella nezesidad. Sus escusas fueron admitidas, dado que el rei no embió en algunos años embajador á Roma que reemplazase á don Luis de Requesens, el cual salió de aquella corte inmediatamente que se dezidió la preferenzia. Mas, resuelto á biber amistosamente si era posible con la santa sede, se animó á benzer su resentimiento para que ningun influjo tubiese en su conducta respecto del conzilio, pues aunque no todos los decretos eran conformes con sus deseos, bastaban en su opinion para atajar los progresos de la erejía. Felipe no dudó pues admitirle, i mandó que en todos sus estados se obedeziese.



I S T O R I A

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO SESTO.

Cuidados de otra naturaleza que los que tubo durante el conzilio binieron á ocupar á Felipe. El buen suzeso de la empresa contra el Peñon causó mucho disgusto á todas las potenzias berberiscas, que izieron por empeñar al sultan en la reconquista, i en que equipase una escuadra, i lebantase un ejéztito capaz de arrojar á los españoles de las costas de Africa. Por otra parte le induzian sus basallos á que se bengase de los caballeros de Malta, porque ademas de suministrar socorros á los españoles en sus espediciones de Africa, continuaban ostilizandó en el mar á los turcos, i en los últimos tiempos abian echo un sin número de presas.

No estaba Solimán menos irritado que sus basallos contra Felipe i los caballeros de Malta, sin que sus muchos años ubiesen debilitado su mucha ambizion. Oyó favorablemente aquellas representaciones, i suspendiendo toda otra empresa, resolvió emplear sus fuerzas contra Malta i España; pero dudó si imbadiria desde luego

la isla, ó si prinzipiaría atacando los estados del rei católico; i antes de resolberse consultó sus mas experimentados capitanes.

Maomat, el mas biejo i capaz de entre ellos, opinó que seria una imprudenzia el empezar por Malta. «Esta conquista, dijo, ofreze incomparablemente mayores dificultades que la de Rodas, cuya isla se alla á tan gran distanzia de Europa, que era casi imposible á los cristianos el socorrerla; i además su estension i fertilidad proporcionaban refrescos á los turcos, i aseguraban su subsistenzia. Por el contrario, la estéril roca que se proyecta tomar está á una distanzia considerable de Turquía, é inmediata á la Sizilia i la Italia, de donde los caballeros pueden rezibir fázilmente toda espezie de socorros. El rei de España tiene un gran interés en su conserbazion; i los otros prinzipes cristianos, tanto por zelo como por politica, se tendrán por obligados á sostener un orden que se mira tanto tiempo aze como el defensor de su fé. Los caballeros pelearán con la mayor obstinazion, i dado que Solimán logre la conquista, no tardará mucho una nueva cruzada en recobrarla, i la armada seria destruida en sus puertos antes de aber podido ponerse en estado de defensa. Mas fázil i seguro es apoderarse de Sizilia, i mas glorioso al imperio otomano el rendirla; i Malta, que no podrá mantenerse casi nada sin las probisiones de que continuamente la abasteze aquel fértil pais, abrá de seguir su suerte.»

Un prinzipe de la capacidad de Solimán no podia desconocer la prudenzia de este dictámen; pero acostumbrado á triunfar de enemigos mas temibles que los caballeros de Malta, á quienes abia echado del Asia en tiempo en que eran mucho mas poderosos, juzgó que aquel puñado de

ombres no resistiria á sus armas victoriosas. La mayor parte de los bajaes á quienes consultó quisieron mas lisonjearle á espensas de sus intereses, que esponerse á incurrir en su indignacion, aconsejándole lo que le combenia. El resentimiento de Solimán contra los caballeros era tanto mayor, quanto menos aziá que abian apresado un rico galeon propio de algunas de sus mas queridas faboritas; las cuales emplearon todo el influjo que con él tenian para que satisfiziese su benganza, inclinándole á que abriese la campaña por el sitio de Malta; i despues de esta conquista pensaba bolber sus armas contra el rei de España.

Luego que se dezidió á atacar la isla, mandó que se equipasen todas las nabes de su imperio con la mayor prontitud, embió muchas tropas á los puertos de la Morea, donde se aziá la masa de la jente, i dió orden á Ascem i á Dragut, sus bireyes en Arjél i Tripoli, para que tubiesen prontos sus corsarios á unirse á la armada cuando llegase á Malta. Dió el mando de ella á Pialy, i el del ejerzito á Mustafá, jeneral experimentado, biejo de sesenta i zinco años, i que se abia granjeado su estimacion i confianza por sus espediciones victoriosas en Asia; i á los dos encargó estrechamente que obrasen de conzierto, i que en zircunstanzias importantes consultasen con Dragut, á quien tenia por el mas capaz de sus marinos.

No tardaron en tener noticia de estos preparatibos los prínzipes cristianos de las costas del mediterráneo; pero en mucho tiempo no supieron á quien amenazaba tan terrible tempestad; asta que frei Juan Parisot de la Balette, gran maestre de Malta, supo con zerteza por los espías que tenia en Constantinopla que era

contra él. Dió parte de ello al rei de España, al papa i á los mas de los prízipes cristianos, esponiéndoles la nezesidad que tenian de socorrerle en aquel momento crítico, si querian evitar la ruina de un órden que les abia echo tantos serbizios, i cuyos balerosos caballeros se abian empleado en todos los siglos en proteger á las nazioni cristianas de Europa contra el implacable enemigo de su religion.

Mas aunque con efecto casi todas las potencias debian estar reconozidas á los caballeros malteses por los muchos basallos que en todos tiempos les abian rescatado, i defendido con la mayor jenerosidad i la mas estraordinaria intrepidez, únicamente se juzgaron obligados á socorrerlos aquellos soberanos, á cuyos estados fuera funesta la prosperidad i bictoria del turco; entre los cuales ninguno interesaba tanto como el de España en impedir la destruccion de aquel órden, pues que ademas de ser sus estados los mas espuestos, era él el que entre todos los enemigos de Solimán le tenia tanto mas ofendido quanto con mas frecuencia ostilizaba á los corsarios africanos, que el gran señor rezibiera bajo su proteccion. No dudaba Felipe ni de la berdad de lo que el gran maestro le comunicaba, ni de que el mismo peligro les amenazaba á ambos, ni de que rendida Malta todas las fuerzas otomanas caerian sobre España. Por lo mismo abia mirado siempre aquella isla como su prinzipal baluarte contra las imbasiones de los turcos, i nunca mejor que entonzes conozió con cuanta razon pensaba así. Resolvió, pues,azer los mas bigorosos esfuerzos para defenderla, i dió órden á sus ministros, i escribió á sus aliados de Italia á fin de que tubiesen beinte mil ombres prontos á embarcar-

se al primer abiso, mientras él reunió una numerosa armada en Mesina, prebiniendo al birci de Sizilia que cuidase de la conserbazion de Malta con el mismo empeño que si se tratase de su mismo gobierno.

El zelo con que Felipe abrazó la causa de los caballeros les sacó del cuidado en que estaban por las resultas del sitio; mas no por eso dejó el gran maestro de proveer con la mayor bijilancia i actividad lo nezesario para la mas rigorosa defensa. Llamó á todos los caballeros esparzidos por la Europa: formó compañías de todos los abitantes de la isla capaces de tomar las armas; al frente de las cuales puso caballeros que les disziplinasen: reclutó en Italia por medio de sus agentes dos mil soldados, i ocupó las nabes de la relijion en el trasporte de armas, utensilios de guerra, i toda espezie de provisiones.

Los caballeros acudieron al llamamiento, i los que no pudieron por su edad ó sus achaques, embiaron á sus ermanos cuanto dinero i efectos les fué posible. Antes de la llegada del enemigo pasó la Balette rebista á sus tropas, i alló que aszendian á setezientos caballeros i ocho mil i quinientos soldados, incluidas dos compañías españolas embiadas de Sizilia: distribuyó el mando entre sus caballeros, les izo azercarse á los santos sacramentos, i tener una prozesion relijiosa i solemne, i despues asignó á cada uno su lugar. En medio del cúmulo de menudenzias de que nezesitaba cuidar, nada se le escapó de lo que la prudenzia umana puede preber. Continuamente bisitaba los almacenes i los puestos, esaminaba las fortificaziones, é instruia á los oficiales de la conducta que debian obserbar en caso de ser atacados. Lo bien

concertado de su plan de defensa llenó á sus tropas de confianza, i su firmeza inflamó de tal modo su valor que esperaban con serenidad las calamidades prontas á caer sobre ellos.

Salió, pues, la armada turca de Constantinopla á fines de marzo, i llegó á vista de Malta ázia mediados de mayo. Componíase de mas de doscientas belas con cuarenta mil soldados á bordo, además de un gran número de esclavos cristianos destinados á serbir de gastadores. Este formidable ejérsito, compuesto en gran parte de jenizaros i de spahis, que era la mas valiente milizia del imperio otomano, desembarcó á alguna distanzia del Burgo, (1) i se derramó por la campaña, quemando los pueblos, degollando á las jentes, i llebándose los ganados, que á pesar de las reiteradas órdenes de la Balette no se abian acojido al seguro de los fuertes i de las ziuudades.

Mientras los turcos talaban así la isla, el comendador de Copier, gran mariscal de la órden, abia ido á azer la descubierta con doscientos caballos i seisientos peones. Este ofizial, consumado en los ejerzizios de la guerra, desempeñó su comision con tanta prudenzia i bizarría, que cayendo de improviso sobre barios destacamentos turcos, destrozó mil quinientos con pérdida de solos ochenta. Permitia la Balette estas escaramuzas con el único objeto de aguerir sus tropas, i familiarizarlas con la vista i los gritos del enemigo; empero sin dejar de co- nozer que las pérdidas que tenia en estos reencuentros por pequeñas que pareziesen eran mayores de lo que podia soportar. Llamó, pues,

(1) El borgo, ziuudad en que se allaban las principales fuerzas de la órden.

á Copier, i mandó á los caballeros i soldados que estaban á sus órdenes, que se fuesen á sus respectivos destinos.

Inmediatamente que los turcos desembarcaron, llamó á consejo de guerra el jeneral para acordar por donde se abia de empezar el ataque. Pialy, consiguiente á las instrucciones de Solimán, opinó que nada se debia azer asta que llegase Dragut. Pero abiendo tenido Mustafá noticia de los preparatibos del rei de España, creyó que debia proveer sin dilazion á la seguridad de su armada, surta entonzes en una baía espuesta á la biolenzia del Este, i á ser atacada con bentaja por los españoles; i propuso que se empezase por el fuerte de san Telmo, situado en una lengua de tierra, zerca del Burgo, i que dominaba la ensenada prinzipal de la isla por un lado, i por otro un puerto capaz de contener toda la armada, i de ponerla fuera de peligro. Aprobóse á pluralidad de botos este plan, i Mustafá se preparó á ejecutarle; pero salióle bana la esperanza de conseguirlo en pocos dias, porque además del balor con que se defendia el fuerte, dos zircunstanzias aumentaron mucho las dificultades de la empresa. La guarnizion podia fázilmente rezibir socorros de la ziedad por una grande ensenada que protejian los fuertes de Sant-Anjelo i san Miguel; i la naturaleza del camino que conduzia á san Telmo era preziso que retardase los aproches, porque abia que tajar la peña biba. Ocurrió Mustafá á este último inconveniente, substituyendo á las trincheras, que era imposible azer, parapetos de bigas i tablazon, respaldados con fajina, cuya tierra se iba á buscar léjos. Por este medio, al sexto ó sétimo dia del desembarco descubrió una batería de cañones del mayor ca-

libre, i el bailío de Negroponto, gobernador de san Telmo, conozió que le seria imposible resistirse mucho tiempo. Dió de ello abiso al gran maestre por el caballero la Zerda, que sobrecojido de terror esajeró el peligro, de que se le abia encargado diese cuenta, i tubo la imprudenzia de dezir á la Balette en presencia de muchos caballeros, que no esperase que el fuerte pudiese resistir mas de una semana. «¿Pues qué es lo que abeis perdido, le preguntó, que tan pronto os aga desesperar? — El castillo, repuso la Zerda, debe mirarse como un enfermo estenuado y sin fuerzas, que no puede sostenerse sino con remedios i sócorros continuos. — Yo mismo seré el médico, repuso con indignazion el gran maestre, i llebaré conmigo otros que si no pueden curaros el miedo, al menos sabran con su valor impedir que los infieles se apoderen del castillo.»

No esperaba la Balette que un fuerte incapaz por pequeño, de una gran guarnizion, pudiese sostenerse mucho contra los continuos ataques de un enemigo tan superior; empero tan persuadido estaba de que la salud de toda la isla consistia en la durazion del sitio, i que una obstinada defensa debia dar tiempo al birci de Sizilia para que le llebase socorros, que se zedió á meterse él mismo en la plaza con un cuerpo escojido, é iba ya á partir cuando todos los caballeros le representaron tan eficazmente los motivos porque no debia abandonar la zudad, que zedió el mando de la jente que tenia preparada en el caballero Medrano, digno de esta confianza.

A poco de su llegada izo este caballero una salida, se arrojó á la trinchera, destrozó una multitud de turcos, i les arrojó de sus atrin-

cheramientos. Recobrados estos de la sorpresa buelben á las manos i fuerzan á los cristianos á que se retiren; á los esfuerzos de los jenizaros favorezió un rezió biento que llebando el umo al fuerte cubrió como una densa niebla á los sitiados, impidiéndoles que biesen lo que azian los enemigos; los cuales tubieron la serenidad nezesaria para aprovechar esta zircunstanzia, situándose sin ser bistos en la contraescarpa, aziendo en ella su alojamiento con árboles, bigas, sacos de lana i gabiones, i lebantando una batería con admirable prontitud. Disípase el umo i quedan absortos los sitiados; i tanto mas cuidadosos quanto la nueva obra dominaba un rebellin inmediato, i le batia en términos que era imposible acudir á él sin esponerse al mas inminente peligro. No obstante, resolvieron defenderle á todo tranze quanto fuese posible.

Por este tiempo llegó Dragut con un famoso corsario llamado Uchali, i beinte galeras con dos mil quinientos soldados, ademas de los esclabos i marineros. El refuerzo i la presencia de Dragut dieron nuevo bigor á los sitiadores. Este intrépido pirata se pasaba los dias enteros en la trinchera; i á los superiores conozimientos que tenia como marino, unia los de un eszelente artillero: nadie sabia mas en esta parte. Coloca las baterías de un modo mas bentajoso, i aze un fuego horrible al rebellin i al caballero que cubria el fuerte, i era una de sus prinzipales obras.

No tardó en quedar el caballero como única defensa que impidiese á los sitiadores establecerse al pie mismo de la muralla. Abiéndose azercado un amanecer algunos artilleros turcos á reconozcer la brecha perzibieron una tronera

tan baja que uno de ellos subido en ombros de otro descubrió dentro del caballero los soldados cristianos dormidos en el suelo : abisa á los suyos , que con el mayor silencio i zeleridad acuden , ponen las escalas , entran por la cañonera al rebellin , i pasan á cuchillo la mayor parte de los cristianos.

Entre el rebellin i el caballero abia un foso en que los sitiados echaron un puente portatil que conduzia de aquel á este : perzibienle los turcos , i saltan á él , resueltos á azerse dueños del caballero como lo eran del rebellin ; pero ya estaba en alarma la guarnizion , i los mas esforzados de ella se abalanzan al sitio amenazado , i despues de un obstinado combate obligan á los turcos á bolberse al rebellin. Mas como estos notasen que del foso conduzia una senda al caballero se arrojan á ella sin bazilar , i se renueba el ataque con tan obstrinado empeño que duró desde la salida del sol asta el mediodia , en que el imbenzible valor de la guarnizion fijó la victoria , á costa de beinte caballeros i zien soldados : tres mil perdieron los turcos , i sin embargo se quedaron con el rebellin.

Pero como estaba abierto del lado del fuerte izieron en los que le guardaban un gran destrozo las baterias de los sitiados : mas á pesar de eso estaba Mustafá bien combenzido de la importancia de conserbarle , i embió tropa de refresco i muchos gastadores que con sacos de lana , tablazon i restones lebanaron para resguardarse , un espaldon de donde nunca pudieron los caballeros desalojarlos.

Esta desgrazia fué tanto mas sentida del gran maestre quanto mas culpa tenia de ella la guarnizion : no obstante embió socorros , i con-

tinuarón la defensa i el sitio con el mismo empeño. El estado de los del fuerte era mas peligroso que nunca : los turcos trabajaban incesantemente por lebantar el rebellin asta que dominase al castillo , i la guarnizion no podia ya sin el mayor riesgo parecer en la muralla; porque en la muralla i en la guarnizion azia orribles estragos la artilleria turca , tanto , que biendo los muros casi destruidos , asta los mas intrépidos caballeros empezaban á desesperar , i temer que les fuese imposible resistir el asalto que de un momento á otro esperaban.

En este conflicto resolvieron aunque con la mayor repugnancia , pedir permiso al gran maestro para abandonar la plaza , i diputaron para obtenerle al caballero Medrano , que con efecto le espuso que era ya indefendible ; i que aun cuando se obstinasen en conserbarla algunos dias , tan inútil defensa solo serbiria para acabar con la guarnizion : que nada podia ser mas agradable á los turcos que ver pasar diariamente á morir en ella las tropas que necesitaban las otras fortalezas de la isla ; las cuales bendrian así mas fázilmente en su poder : i añadió , que aunque así lo creia la guarnizion se le abia encargado mui particularmente de que protestase la mas ziega obediencia así de los caballeros como de las tropas , á lo que ordenase i fuese lo que quisiese.

La mayor parte de los caballeros opinaron que se aczediese inmediatamente á lo que la guarnizion solizitaba. Mas la Balette fué de contrario dictámen : no porque dudase que la plaza fué ya indefendible , ni que dejase de llorar la suerte de los dignos caballeros que aun la conserbaban ; empero sabia que ai ocasiones en que es absolutamente preziso arriesgar los

miembros por conserbar el cuerpo, i que este era el duro caso en que se allaba. Sabia tambien por buen conducto que si san Telmo se rendia, no pudiendo ya el birci de Sizilia atacar á los turcos con la misma bentaja, no arriesgaria por la defensa del resto de la isla ni la armada, ni las tropas del rei su amo; i que por consiguiente la salud entera de Malta i de la órden dependia absolutamente de la duracion del sitio. Encargó á Medrano que dijese de su parte á los caballeros, que se acordasen de los votos que izieran en su profesion de sacrificar su vida en defensa de la relijion; que les asegurase de que les embiaria quantos socorros nezesitaran, i de que estaba resuelto, quando fuese combeniente; á enzerrarse él mismo en la plaza i morir en su compañía con las armas en la mano, antes que rendirla á los infieles.

Dada por Medrano esta respuesta, muchos caballeros adictos por prinzipios i por onor á su órden, i particularmente los mas antiguos protestaron sepultarse bajo las ruinas del fuerte antes que abandonarle; pero al mayor número parezió la respuesta dura i aun cruel, i zinquenta i tres de ellos representaron al gran maestré insistiendo en su solizitud, i manifestándole que si á la noche siguiente no les embiaba barcos para salir de la plaza en que iban á perezer, estaban determinados á azer una salida espada en mano i morir todos antes que sufrir la muerte ignominiosa que les esperaba si eran tomados por asalto.

El gran maestré les respondió: « que para morir con onor como dezian no bastaba acabar con las armas en la mano, sino que además debia añadirse el mérito de la obediencia: que

si abandonaban el fuerte, no podian esperar que les socorriese el birgi, i que los turcos no dejarian de embestir i sitiar inmediatamente el Burgo: que los que bergonzosamente querian desertar del puesto cuya defensa les abia con fiado la religion, se berian entónces reducidos como los otros á una situazion mas desesperada que la que trataban de ebitar. Además embió tres comisarios que esaminasen i le refiriesen con berdad el estado de la plaza, ó mas bien con el objeto de ganar tiempo é impedir que la guarnizion perdiese de todo punto las esperanzas.

Estos comisionados discordaron enteramente en la relacion que izieron á su buelta: dos de ellos aseguraron que ya no podia ser por mas tiempo defendida; pero el terzeto llamado Constantino Castrioto, prízipe griego, i descendiente del famoso Scanderberg, el éroe de lá Albania, fuese por ignoranzia, fuese por el sentimiento interior de los medios que aun le proporzionarian su talento i su valor superior al de los otros dos, sostubo que la plaza estaba mui léjos de allarse en el último extremo, i en prueba de lo combenzido que estaba de ser así se ofreció á enzerrarse en ella i sostener su defensa con las tropas que quisiesen acompañarle.

El gran maestre que conozia la urgente necesidad de prolongar el sitio le azeptó la oferta, é izo los mayores elogios de su zelo i su valor. No le fué difizil á Castrioto el reunir un buen golpe de tropas dezididas tan de buena voluntad como él: todos á porfia querian alistarse, i tomar parte en sus peligros.

Luego que la Balette bió la resoluzion de aquellos balientes no dudó que el sitio se alargaria, i respondió á los caballeros conzedién-

doles su relebo, i anunciando que embiaria otra guarnizion que se entregase de sus puestos, i que ellos podian bolberse al Burgo en los mismos barcos que llevasen á los que iban á relebarlos. «Bolbed acá, ermanos mios, les dezia, aquí estareis mas seguros, i yo mas tranquilo azerca de la defensa de una plaza de la que depende la salud entera de la isla i de nuestra órden.»

El estilo de la carta, i la órden que contenia, irieron bibamente á los caballeros, i despertaron en ellos aquella emulazion i aquel delicado pundonor que por tanto tiempo i con tanta gloria distinguieron su órden: se estremezieron al pensar en el rezibimiento que les esperaba del gran maestre i de sus ermanos. «Si la nueva guarnizion, dezian, fuese tan feliz que defendiese la plaza asta la llegada de los españoles ¿en qué rincon de la tierra ocultariamos nuestra infamia?» Resolvieron sin bazilar en permanecer mientras uno de ellos respirase, antes que zeder sus puestos á una nueva guarnizion, ni entregar el fuerte al enemigo; i fueron juntos á suplicar al gobernador iziese presente al gran maestre su arrepentimiento, i se uniese á ellos para obtener que se les permitiese borrar con su conducta asta la memoria de su culpa.

Condeszendió el gobernador, i para prebenir la llegada de los barcos que á la noche esperaban, embió la representazion con un diestro nadador. La Balette, dado que mui contento con el mensaje, afectó no aczeder á lo que se le pedia, i respondió que esperaba mas de un cuerpo de tropas nuevas, que de unos guerreros beteranos que reusaban someterse á la disziplina militar. Consternados los caballeros con esta res-

puesta instaron en los términos mas umildes que se les perdonase, i el gran maestre les perdonó. La guarnizion no pensó desde entónzes mas que en prolongar la defensa.

Todas las noches se le embiaban tropas de refresco para reemplazar los muertos i eridos, se le abastezia con abundanzia de probisiones de boca i de guerra, i de fuegos artificiales, de los cuales abia imbentado el gran maestre una nueva espezie, i se reduzia á unos aros de madera lijera, bien frotados con azeite irbiendo, cubiertos con lana empapada en licores inflamables mezclados con nitro i pólbora. Luego que se enzendian se arrojaban á lo mas espeso de los batallones, i muchas bezes dos i tres turcos se allaban cojidos con un aro que los quemaba bibos; en fin esta temible imbenzion produzia el desórden mas espantoso adonde quiera que se empleaba.

Los sitiados nezesitaban de ella así bien que de cualquier otro medio de dañar i resistir á sus enemigos; los cuales á pesar de tan braba defensa abian echado un puente en el foso, i empezaban á minar la muralla. Desde el 17 de junio asta el 14 de julio no ubo dia sin faczion. Muchos fueron los asaltos que izo dar Mustafá, pero en todos fué repelido con gran pérdida de sus mas balientes soldados.

Abergonzado de que una tan despreziable plaza le detubiese tanto tiempo se resolvió en azer un esfuerzo mas dezisibo, dando un asalto jeneral con tantas cuantas tropas permitiese la estension del fuerte. La muralla se allaba ya en el peor estado, i para mas fazilitar el ataque se empleó todo el 15 de julio en batirla en brecha hasta dejarla al ras de la roca en que estaba construida del lado por el que el bajá

proyectaba dar el nuevo asalto. Al siguiente 16 desde el amanecer se acercó la armada turca al castillo, tanto cuanto se lo permitió la profundidad del agua. Cuatro mil arqueros i arcabuzeros se colocaron en las trincheras, i el resto del ejézcito, á la señal combenida, dió el asalto. Estaba preparada la guarnizion, i en la brecha muchas filas de soldados cristianos, i en cada una de ellas, de zierta en zierta distancia, un caballero.

Atacaron los turcos, bolbieron á atacar, renobaron mas porfiadamente el ataque para romper aquella tropa i oprimirla con el número; pero la muchedumbre i la ostinazion solo sirbieron para aumentar la pérdida. La artillería del fuerte azía un destrozo horrible, i los aros enzendidos produjeron un efecto asombroso. La nobedad de estas máquinas inspiraba el mayor terror, i los alaridos de los que tenian la desgrazia de que les alcanzasen, le aumentaron asta el punto de que los ofiziales turcos no pudieron contener las tropas, ni lograr el buenesito que les aseguraba la superioridad de fuerzas si ubiesen conserbado su puesto.

Eran pasadas mas de seis oras sin que ganasen ni un palmo de terreno; por lo cual mandó Mustafá tocar retirada. Perdieron los sitiados en este asalto al rededor de beinte caballeros i trescientos soldados, que inmediatamente fueron reemplazados con otros. Desengañose Mustafá de que no cortando la comunicazion entre el Burgo i el fuerte duraria el sitio miéntras ubiese caballeros en la isla. Resolvió pues por dictámen de Dragut estender las líneas que estaban al pie del castillo asta llegar á aquella parte del mar ú de la grande ensenada en que desembarcaban los refuerzos que todos los dias

rezibia la guarnizion , i levantar baterías ázia la ziedad. Bien conozia que esta empresa ofrezia los mayores inconvenientes; porque todo el espazio comprendido entre las líneas i el punto asta donde abian de llegar , estaba espuesto á los fuegos de los castillos de san Telmo i Sant-Anjelo. Un sanjiac (cabo de los jenizaros) en quien el bajá tenia mucha confianza fué muerto á su lado, reconoziendo el terreno; i aun fué mas irreparable la pérdida de Dragut que murió de una erida á pocos dias de aberla rezibido. Mas no por eso desistió Mustafá: á fuerza de gastadores i soldados llegó á conseguirlo. Pusiéronse baterías á lo largo de la playa , i las nuevas líneas, bien guarnezidas de arcabuzeros; de modo que era ya imposible á ningun barco azercarse al fuerte sin el mas inminente riesgo de ser detenido ó echado á pique.

No obstante estas nuevas disposiciones, bolió Mustafá á su primer intento de tomar la plaza por asalto. Cuatro diferentes dió el 21 en los que la guarnizion rechazó constantemente con un valor casi increíble i una firmeza inaudita, á tropas escojidas , tan superiores en número i tan encarnizadas en el combate. Pero estos ombres intrépidos se abian disminuido mucho, i eran mas los motibos que tenian para temer que les fuese imposible resistir un nuevo asalto. Baliéronse de un acreditado nadador que atravesó el puerto, i espuso al gran maestro el deplorable estado de la plaza , pérdida infaliblemente sino se allaba algun medio de socorrerla. Inmediatamente se llenaron muchos barcos de caballeros resueltos jenerosamente á ofrezerse á una muerte zierta por la salud jeneral i la conserbazion del fuerte; i partieron de la ziedad con tanta alegría como si llebasen la

mas bien fundada esperanza de benzer; pero allaron en todas partes tan sobre sí á los turcos, i tan bigorosamente defendidas las líneas, que despues de muchas infructuosas tentatibas, se bieron prezisados á bolberse penetrados de dolor por la triste suerte de sus ermanos.

Ya sin esperanza de ningun socorro se consideraron perdidos; empero léjos de pensar en capitular ni en salvarse, se prepararon á morir rezibiendo los sacramentos; i despues de abrazarse tiernamente unos á otros se retiró cada uno á su puesto. Los que por sus eridas no podían andar se izieron llevar en sillas á la entrada de la brecha donde con una firmeza eróica esperaron que los turcos se azercaran.

Al siguiente dia 23 al romper el dia bolbieron estos al asalto con gran bozeria i mayor confianza en una bictoria que ya no podría disputarles aquel puñado de ombres; pero los sitiados ziertos de su fin, despreziaron todo peligro, se sobrepujaron á sí mismos, fueron mas que ombres, i ostentaron un balor tan sublime que llenaron de asombro á sus enemigos. Duró el combate mas de cuatro oras, i asta que murieron no solamente todos los caballeros sino tambien todos los soldados, escepto dos ó tres que se salvaron á nado. Las banderas enemigas tremolaron en el castillo, i la armada entró triunfante en la ensenada que dominaba. Cuando Mustafá reconozió el fuerte, no pudo menos de esclamar: «¿qué no ará el padre, cuando siendo tan pequeño el ijo nos cuesta los mas balientes soldados?» Pero tan juiziosa reflexion léjos de induzirme á admirar aquel balor sin ejemplo, solo sirbió para inspirarle una ferozidad brutal i sanguinaria. Mandó que se buscasen los que entre los muertos aun respi-

rabán , i despues de arrancarles el corazon i abrirles en canal , pusieron los cadáveres en figura de cruz para escarnezer el signo que les condecoraba i era el de su fé. Pusieronlos así en tablas i los arrojaron al mar para que el viento i la marea los echase al pie del castillo de Sant-Anjelo , i á la parte del Burgo.

A vista de tan orrendo espectáculo , prorumpió en lágrimas el gran maestre ; pero su dolor no tardó en dejenerar en ira é indignacion , dejándose arrebatado de estas pasiones asta usar de una represalia poco digna de su grande alma. «Para enseñar , dijo , al bajá á azer la guerra con menos barbaridad.» Izo inmediatamente degollar á todos los prisioneros turcos , i arrojar sus cabezas ensangrentadas en lugar de balas al campo enemigo.

El sitio del fuerte san Telmo costó al órden mil quinientos ombres , i ziento treinta de los mas valientes caballeros. Aunque profundamente afligido de tan gran pérdida disimuló la Baleite con su prudenzia ordinaria , su cuidado i su pena ; mostró su natural firmeza , i aquel valor sublime que le azia superior á los suzesos , é inspiró á todas las tropas la resoluzion firme é inmutable de defender la ciudad , i las otras fortalezas hasta derramar la última gota de sangre.

En vano esperó Mustafá que intimidados con la suerte de sus compañeros el gran maestre i los suyos , se allarian mas dispuestos á oír proposiciones de capitulacion ; i en esta confianza embió á la puerta del Burgo un oficial con un esclavo cristiano que le sirbiese de intérprete. No se admitió en la ciudad mas que al esclavo : se le izo pasar por medio de muchas filas de soldados que estaban sobre las armas , i despues de enseñarle las fortificacio-

nes de la z Ciudad, i sobre todo los fosos cuya anchura i profundidad procuraron que examinase detenidamente, «he aquí, se le dijo, el único paraje que queremos zeder á buestro jeneral, i en que esperamos sepultarle pronto á él i á todos sus jenízaros.»

Ofendido el soberbio bajá de una respuesta tan animosa se resolvió en seguir el sitio con el mayor bigor asta el último estremo. Su ejército aunque considerablemente disminuido bastaba todavía para sitiár á la par la z Ciudad, i el fuerte san Miguel: izo un fuego continuo sobre uno y otro; pero su intento era rendir primero éste, atacándole por mar i tierra á la punta de la península en que estaba situado. Para ello necesitaba introducir en el puerto muchos barcos que trasportasen la tropa. Pero como la entrada de la baía estaba zerrada con una gran cadena de yerro, i defendida por los fuegos de Sant Anjelo, ubiera el bajá desistido de este proyecto si Piali no le sujiriera la idea de que los cristianos i la chusma trasportasen á ombro los barcos nezesarios, al istmo en que estaba situado el fuerte de san Telmo, i llevarlos despues á nado al gran puerto. Supo la Balette lo que se intentaba por un ofizial turco, que como griego escrupulizó de continuar sirbiendo á infieles, i se pasó á los cristianos; y embió trabajadores que iziesen una estacada en el mar: i donde la profundidad del agua i la dureza del suelo no permitiesen asentar sobre estacas la altura proyectada á lo largo de aquella parte del cabo que los turcos se proponian atacar, se izo una gran trinchera. Miétras los esclavos i chusma llevaban por tierra los barcos á la ensenada, no zesó el fuego de batir el castillo. Por fin creyó el bajá que eran ya

bastantes las tropas que abian pasado i que la brecha estaba practicable ; y sió mas tardanza resolvió atacar el san Miguel por mar i tierra, tanto mas confiado en el buen esito quanto acababa de rezibir un refuerzo considerable en la llegada de Aszem, ijo de Barbaroja, al frente de dos mil quinientos ombres escojidos llamados comunmente los valientes de Arjel. Abia heredado Aszem la actividad ó intrepidez de su padre, i deseaba señalarse en serbizio de Solimán. Pidió, pues, al bajá le confiase el ataque del fuerte, jactándose con su arrogancia ordinaria de tomarle espada en mano : i Mustafá, bien porque confiase en los talentos del mozo, ó bien porque no le pesaba que se combenziese á sus espensas de que era un presuntuoso, le otorgó su demanda, añadió seis mil ombres á los arjelinos, i le ofrezó apoyarle al frente de todo el ejérezito.

Confió Aszem la mitad de sus fuerzas á Candelisa, biejo corsario, i su lugar teniente, i el ataque por mar, reserbándose el de tierra.

Embarcadas las tropas se presentó Candelisa al estruendo de tambores i otros instrumentos, prezedido de un barco lleno de sazerdotes i relijiosos maometanos, implorando unos en sus cánticos i plegarias el favor del zielo, miéntras leian otros en su ritual imprecaciones contra los cristianos. Emprende Candelisa destruir la estacada ; pero la encontró mas fuerte de lo que esperaba, i el fuego de los sitiados azia estragos en los que trabajaban en ellos por lo cual tubo por mas fácil azer un desembarco en aquella parte de la costa que el gran maestre abia fortificado con trincheras, i encargado al comendador Guimerán. Esperó este sin azer fuego á que se azercasen los barcos

enemigos, y cuando les bió á corta distanzia,
 con una descarga de su artillería echó á pique
 muchos, y mató quatrocientos turcos; pero esto
 no impidió que arribasen los otros. Saltó en tierra
 Candelisa, mientras los artilleros bolbian á car-
 gar, y desembarcaron sus arjelinos; empero
 Guimerán abia reserbado algunos cañones car-
 gados de cartuchos que izieron tan horrible des-
 truzo en ellos, y de tal modo les desordenaron,
 que empezaron á vir á sus barcos. Manda Can-
 delisa que estos se alejen; con lo que biendo
 los arjelinos que era preziso morir ó henzar,
 animados de la rabia que infunde la desespe-
 ración abanzaron en peloton á la trinchera con
 el sable en una mano y la escala en otra.
 Mostraron los combatientes de ambos partidos
 el mas estráordinario valor: corrian arroyos de
 sangre, y en los fosos no cabian ya los muer-
 tos y eridos. En fin, al cabo de quatro horas ga-
 naron los turcos la zima de la trinchera y plan-
 taron en ella sus estandartes. Abergonzados los
 caballeros, tornan al enemigo con mas furor
 que nunca; pero hubieran probablemente te-
 nido que bolber á zeder á tan gran superio-
 ridad de fuerzas, si el gran maestre no les so-
 corriera tan á tiempo con las tropas que les
 llebaron el comendador de Giou, y jeneral de
 las galeras, y el caballero de Quinzy, que car-
 garon con tanto ímpetu á arjelinos y turcos,
 que aterraron al mismo Candelisa, tan conozi-
 do por su intrepidez. llamó los barcos, y fué
 de los primeros á vir. Todavía sus soldados
 aunque abandonados del jefe continuaron co-
 mo desesperados; pero fueron arrojados de la
 trinchera, y obligados á reembarcarse con la
 mayor prezipitación, perseguidos de los cristia-
 nos: las baterías azian fuego sobre ellos, y

echaron á pique muchos barcos. El puerto estaba cubierto de cadáveres, de miembros, de escudos i cascos, pues de los cuatro mil que se embarcaron apenas quedaron bibos quinientos, i la mayor parte de ellos grabemente eridos.

No fué mas feliz Aszem por tierra. Despues de rechazado de una de las brechas con gran pérdida, reunió la tropa, i la condujo á otra en que peleó largo tiempo como desesperado, asta que biendo muerta la mayor parte de los suyos, se bió obligado, á pesar de la mayor repugnanzia, á tocar retirada.

Mustafá, que le abia prometido sostenerle, no bien ubo notado que empezaba á zeder, quando mandó á los jenizaros que abanzasen. Los caballeros acababan de sostener un combate de mas de quatro oras, en medio del dia, i en los mas rigurosos calores del estío. No obstante, como si estuviesen esentos de las nezesidades humanas les salieron al encuentro con doblado bator i esfuerzo; pero eran tantos los enemigos, que tubieron los cristianos que repasar la brecha donde pelearon como ellos mismos; i reforzados que fueron por Giou, Quinz y i las tropas que acababan de triunfar de Candelisa, rechazaron é izieron en los jenizaros una horrible matanza, aunque á costa de mas de cuarenta caballeros i doscientos de los mas balientes soldados.

Picado el bajá de tan tenaz resistencia, i temiendo que al fin llegasen las fuerzas de España (que ya tardaban mas de lo que abia creido) se resolvió en emplear todas las suyas á la par, atacando al Burgo con parte de ellas al mando de Pialy, mientras él con el resto continuaba el sitio de san Miguel. Lebantaronse muchas mas baterías, azercáronse mas á la

plaza las trincheras, iziéronse con bergas i mástiles pontones para los fosos, abriéronse minas á pesar de ser el terreno duro i pedregoso; i en fin, se dieron un sin número de asaltos; i los dos bajaes, émulos entre sí, cuidadosos de si la bictoria se declaraba por uno, dieron las pruebas mas dezisibas de su balor personal, i agotaron cuantos recursos eran asta entonzes conocidos. Mas á pesar de todo, el infatigable denuedo de los caballeros, dirigido por tan prudente i bijilante caudillo, frustró las empresas de ámbos, siempre rechazados i siempre con mucha pérdida. Esperaba Mustafá un pronto i favorable resultado de una nueva imbencion de sus artilleros, i era una espezie de carcasas en forma de barril largo, unido con aros de yerro, lleno de pólbora, de cadenas, balas, clabos, i toda clase de erraje; i aplicada i enzendida la mecha, allaron modo de que cayesen en medio del rebellin, que era la prinzipal defensa del fuerte. Pero los intrépidos sitiados le allaron tambien para bolbárselas sin que reben-tasen, asta que cayeran entre los que las abian imbentado: que consternados con la esplosion, i desordenados, proporzionaron á los caballeros, que saliesen furiosos con espada en mano, i matasen á cuantos les resistiesen, i á los que nó auyentasen.

Mas motibo para esperar mejor suzeso abia tenido Pialy, aunque la ziudad era mucho mas fuerte, i la Balette mandaba en ella en persona. Todas las obras exteriores abian sido arruinadas, i en la muralla abierta una brecha considerable. Miéntas los turcos, empeñados en el asalto mas furioso desde la mañana asta la noche, ocupaban toda la atenzion de los sitiados, una muchedumbre de gastadores lebantaba zer-

ca de la muralla una especie de plataforma de tierra i piedra, mas alta que el parapeto. La noche impidió que se continuase la obra, i reportase su autor las ventajas que le ubiera dado; pero no dudó apoderarse al dia siguiente de la plaza.

Tubo capítulo la órden, i la mayor parte de los caballeros opinaron que era ya imposible defender por mas tiempo el Burgo, i nezesario bolar lo que quedaba, metiéndose la guarnizion i los abitantes en Sant-Anjelo. Mas el gran maestre desechó este dictámen con zierta especie de orror: «eso, dijo, seria entregar la isla entera á los infieles: el fuerte de san Miguel, que se defiende con tanta bizarría, como que recibe su fuerza de la comunicazion con la ziuudad, se beria bien pronto reduzido á la nezesidad de rendirse. Además, en el castillo de Sant-Anjelo no cabrian los soldados i los abitantes, ni podria proveer del agua indispensable para bibir.» Propúsose despues que se llevasen allá solo las reliquias de los santos i los ornamentos de los templos; i los caballeros rogaron encarecidamente al gran maestre que tambien se retirase, protestándole que sostendrian el sitio con todo el esfuerzo i bijilanzia posibles. «Eso no, ermanos mios, les respondió: lo que proponeis para conserbar las cosas sagradas no serbiria mas que de consternar á los soldados, en bez de ocultarles nuestros temores. Aquí es donde se nezesita benzer ó morir: ¿dónde á la edad de setenta i un años podria yo acabar mis dias mas gloriosamente que con mis ermanos i amigos en defensa de nuestra santa relijion?» Despues les comunicó los medios que juzgaba combeniente se tomasen, i prozedió á ejecutarlos. Llamó á todos los soldados que no consideró

nezesarios para el serbizio de la artillería del castillo de Sant Anjelo, i les destinó con los abitantes á que durante la noche iziesen trincheras detras de la brecha; i despues embió algunos de los mas balientes caballeros con un cuerpo escojido, que se introdujeron sin ruido á lo largo del pie de la muralla, i llegaron asta la plataforma lebantada por Pialy. Acometen los cristianos con gran bozeria el cuerpo de guardia que allí abia dejado; i que creyendo tener sobre sí toda la guarnizion, abandona el puesto, i uye prezipitadamente.

Fortificóse el caballero, se lebantó un parapeto, i aun se coronó de artillería, con lo cual quedó la brecha impracticable, la ziedad mas segura que ántes, i la obra destinada á azelerar su ruina se combirtió en baluarte para su defensa.

Entónzes conzibió el gran maestre mas esperanzas que nunca de poder sostenerse asta que los españoles llegasen. Las seguridades que le abian dado Felipe i su birei en Sizilia eran tan positibas, que azia mucho tiempo contaba con su llegada, i estrechaba á este á que apresurase su salida de Mesina; pero su conducta parezió misteriosa: apuró asta el estremo la pazienza de los caballeros, que en fin llegaron como muchos á creer que el berdadero motibo de prozeder así era el temor de probar sus fuerzas con un almirante de tanta reputazion como Pialy; pero se bió despues que el birei no izo mas que conformarse con las órdenes que tenia. Por mas que Felipe, por las razones arriba apuntadas, estubiese berdaderamente interesado en la conserbazion de Malta, i que ubiese engañado á los caballeros con las magníficas ofertas de un poderoso socorro, lo que parezió

fué que nunca pensó en arriesgar su armada, i que desde el prinzipio del sitio estuvo dezidido á no abenturar una aczion jeneral.

Mui de otro modo lo iziera un príncipe jeneroso i reconocido, con un aliado tan acreedor á sus socorros; i si la magnanimidad ó la gratitud ubiesen sido el norte de Felipe, mirara en aquella ocasion á los caballeros como á sus propios basallos, interesándose en su conserbacion i defensa con la misma actibidad i enerjía que si le reconoquieran por soberano.

Empero Felipe no tenia cuenta con el peligro de ellos, sino en quanto amenazaba á sus estados. Zierto es que resolvió obrar en su favor antes que enteramente les arruinasen; pero poco sensible á las calamidades que les oprimian, les tubo abandonados á sus propias fuerzas miéntras cupo en lo posible que con ellas se defendiesen. Así, no solamente conserbaba las suyas, sino que se allaba dispuesto á aprovechar una ocasion favorable de atacar á los turcos con bentaja, debilitados que fuesen de resultas del sitio.

No quiso Felipe alterar este plan, i le izo obserbar mas tiempo que el que combenia á sus propias miras, á pesar de las importunidades repetidas del gran maestre; porque sin el valor casi inconcebible de la guarnizion, la firmeza eróica, la infatigable bijilanzia, i la consumada prudenzia de la Balette, aun mucho mayor de lo que naturalmente debia esperarse, ubiera sido imposible á un puñado de ombres resistir por tanto tiempo á tan numeroso ejérxito i tan bigorosamente capitaneado. La muerte del gran maestre, que se esponia á peligros continuos, bastara para consumir la ruina de los caballeros, mucho antes que Felipe ubiese dado orden

á su birei para que efectivamente los socorriese; i como en tal caso sus estados i su armada ubieran sido inmediatamente atacados, probablemente no ubiera tenido motivo para alabar su conducta tímida i poco jenerosa.

Júzguese como se quisiese, el birei no se alló autorizado para zeder á las instancias repetidas del gran maestre asta el momento en que las operaciones del sitio empezaron á aflojar, i el ejérxito turco se alló reduzido de cuarenta i zinco, á diez i seis mil ombres cansados de tantas i tan continuadas fatigas; i de ellos una parte inserbible, por el gran estrago que en ellos causaba el flujo de sangre muchas semanas azia.

En este estado en que era probable que los caballeros ubiesen forzado á los turcos á levantar el sitio, fué cuando el birei anunzió al gran maestre que ya podia manifestar su afecto á la órden; i aunque no atacar á la armada turca; pero que llebaria inmediatamente un cuerpo de tropas, i le dejaria en Malta á la entera i absoluta disposizion del gran maestre, asta que el enemigo ebacuase la isla.

Se sospechó que el birei aún buscaria algun nuevo pretesto para dilatarlo; pero por esta bez cumplió su palabra, i desembarcó el 7 de setiembre seis mil ombres á las órdenes de don Alvaro de Sande i de Ascanio de la Corna, en la parte de la isla mas distante de los turcos, i se bolbió inmediatamente con la armada á Sizilia.

Por lo que á los bajaes abian informado sus espías, esperaban que el birei iziese el desembarco en Sant-Anjelo, i para prebenirlo, se estubo Pialy al ancla muchos dias delante del gran puerto, despues de barreada la entrada

con una cadena de entenas, estacas i bateles.

El desembarco de los españoles i la noticia de su marcha pusieron á Mustafá en la mayor consternacion. Bien combenzido del desaliento de sus soldados por la mala fortuna en sus empresas, temia ser atacado por un ejérxito superior i de las mejores tropas de España: i sin mas aberiguar el número á que aszendian, le banta el sitio con prezípitazion, retira la guarnizion del fuerte de san Telmo, abandona asta la artillería, embarca su ejérxito, i todo tan ápresuradamente como si el enemigo le biniese á la espalda con fuerzas irresistibles. Mas apénas se allaba á bordo cuando un desertor del campo español le instruyó de que los que abian echo uir á diez i seis mil ombres no llegaban á lo mas á seis mil, sin jeneral, i mandados por jefes independientes unos de otros. Esto abergonzó é irritó al bajá, que inmediatamente desembarcara si se atrebera á azerlo sin consultar antes á Pialy, Aszem i los cabos prinzipales.

Mas, en tanto, aproveché el gran maestro aquel momento, i todos los abitantes ombres, mujeres, niños i soldados zegaban las trincheras del enemigo i demolian sus obras: tambien embió sin tardanza guarnizion á san Telmo, de modo que desde sus nabes beian los turcos tremolar las banderas de san Juan, donde poco antes tremolaban las de Maoma.

No podia ocultarse á Mustafá la empresa que era bolber de nuevo al sitio; pero irritado contra sí por aberle tan prezípitadamente le bantado, i temiendo el rezibimiento que debia esperar de Solimán, quiso reparar su imprudenzia, i borrar la nota á que abia dado lugar, con la bictoria ó con la muerte. A Pialy, em

bidioso del crédito de Mustafá, no le pesaba de su mala suerte; é izo presente en el consejo que el llebar á la pelea unas tropas desanimadas i descaezidas, ó bolbér á empezar las operaciones del sitio era esponerlas á una derrota cierta; pero el dictámen de Mustafá prebalezió á pluralidad de votos: se resolvió el desembarque, i se dezidió que se marchase en derecha al enemigo.

Quejáronse amargamente los soldados de una resoluzion tan inesperada, i hubo muchas dificultades para sacarlos de sus barcos, pues tubieron los ofiziales que balerse de las amenazas i la fuerza: por fin, ya en tierra las tropas destinadas al combate, se puso Mustafá al frente, i fué en busca del enemigo.

No abia omitido el gran maestro dar abiso de la marcha de los turcos á los comandantes españoles que se abian atrincherado en una montaña escarpada i casi inaccesible. Algunos de los prinzipales ofiziales propusieron el aprovecharse de aquella situazion i estarse á la defensiva; pero el intrépido Alvaro de Sande i la mayor parte de los ofiziales españoles desecharon este dictámen, i todo el ejérxito salió de los reales á pelear en campo abierto. Esta resoluzion, que al fin fué mas feliz que prudente, contribuyó á aumentar el desaliento de los turcos, i á fazilitar su derrota. Arrastrábaseles á pesar suyo á combatir á un enemigo que con el mayor furor les atacaba de frente i por los flancos: apénas izieron resistenzia, se desordenaron i sobrecojidos de terror uyeron bergonzosamente.

Mustafá confundido i desesperado al ver aquella mengua de sus tropas, fué ademas arrebatado por la multitud de los fujitibes, cayó

dos bezes del caballo, i ubiera sido cojido si no le socorrieran algunos ofiziales. Los españoles persiguieron á los infieles asta la playa. El almirante Pialy tenia dispuestas barcas para rezibirlos, i guarnezida la costa con chalupas de arcabuzeros que abanzaron para ayudarles á salvarse; sin cuya precauzion infaliblemente ubieran todos perezido, pues que á pesar de ella perdieron mas de dos mil soldados mientras que de los benzedores no quedaron en el campo mas que treze ó catorze.

Tal fué despues de cuatro meses el fin del sitio de Malta, para siempre memorable por el valor berdaderamente eróico i sublime de los caballeros, que en tan corto número rechazaron los bigorosos esfuerzos del monarca mas poderoso de la tierra, encarnizado en su ruina. Esparzióse la nueba por toda la cristiandad, i el nombre de la Balette se izo zébre en todas las naciones, i el objeto de la admirazion unibersal. De todas partes rezibia felizitaziones i alabanzas. En muchas causó este admirable suzeso una alegría unibersal. El rei de España que era á quien mas importaba aquella gloriosa defensa embió un embajador al gran maestro, que le presentó una espada i una zimitarra con el puño de oro mazizo, guarnezido de diamantes, como un testimonio de su aprezio i de su benerazion; i se obligó á pagarle anualmente zierta cantidad para ayuda de reparar las fortificaziones arruinadas.

triotas que se interesaban en el bien público, no se oponían con menos tesón á estas innovaciones, sostenidas en contrario por los obispos enteramente sometidos á las cortes de Roma i España. Pero como la rejeta tenía que obedecer las órdenes del rei sin atender las quejas ni representaciones del pueblo, fueron infructuosas las reclamaciones de las ciudades asignadas á los nuevos obispos. Todas eszepto Amberes, embiaron diputaciones á Madrid, i combenzieron á Felipe de que estas erecciones que presajaban el establecimiento próximo de la inquisizion, alejaría de las probinzias á los extranjeros en daño i ruina de su comerzio (1).

Aunque ocupada la rejeta en tan grave asunto, no por eso desatendia la ejecucion de los decretos del rei azerca de erejes, pues se les perseguía con el mayor rigor sin distincion de edad, sexo, ni calidad, i sin que las leyes de la naturaleza ni de la humanidad fuesen más respetadas que las leyes pátrias. Estos medios crueles i sanguinarios no eran de la particular aprobazion de la rejeta; pero tenía que arreglar sus determinaciones á la opinion de Grambela, que sabía era conforme con la del rei.

Rara vez se llevaban al consejo los asuntos relativos á los nuevos obispados i á la ejecucion de los decretos; i quando por acaso iban, no como si se tubiesen que discutir, sino como ya determinados; la rejeta se dezidia por el dictámen de Grambela, (2) i el consejo no azia más que sanzionar lo que entre ambos se abia resuelto.

(1) Meteren, Bentiboglio, Grotius &c.

(2) Nuevo arzobispo de Malinas, elevado á cardenal.

No es pues extraño que de tan absoluta arbitrariedad se resintiesen los otros consejeros, envidiosos tambien de la preferenzia que en todo se daba á Grambela. Particularmente el príncipe de Oranje i los condes de Egmont, i el de Horn (1) se daban por muy ofendidos. Su rango, su mérito, sus serbicios, i la confianza que abian merezido siempre al emperador Carlos V debía darles la mayor influencia en los conséjos mas íntimos de la rejeta; i teniales quejosos ademas i desabridos, la parcialidad que en toda ocasion manifestaba por el cardenal. «Esta era, dezian, la recompensa de sus serbicios; i del imbiolable afecto que abian tenido siempre al rei: que por premio de sus sacrificios se les sometia al despotismo de un eclesiástico insolente i altanero: que la duquesa no tenia de rejeta mas que el nombre, i Grambela el poder: que los asuntos mas importantes se dezian muchas vezes por su opinion particular, teniendo en nada la de los otros, i aun sin que lo supiesen: que sus plazas en el consejo, i sus gobiernos en las provincias no eran mas que palabras, bazias de sentido, o bandos, títulos que no les daban mas que la aparienzia de la autoridad sin ningun poder efetivo, siendo ellos como los demas flamencos el juguete de la arbitrariedad de Grambela:»

No debía pues esperarse que el príncipe ni los otros señores á quienes se daba tantos motivos de descontento, iziesen ejecutar con mucha exactitud las órdenes del rei. Banos eran los esfuerzos que se azian para sofocar las nuevas opiniones esparzidas de un cabo al otro de

(1) Almirante de los Países-Bajos.

las probinzias. Grambela lo atribuía á la negligenzia de los ministros; i el príncipe i el conde de Egmont á Grambela, que dezian abia esasperado los ánimos del pueblo con actos de autoridad incompatible con la libertad de los Países-Bajos, i que abia echo odioso i despreziable el gobierno de la rejenta. A ella misma en persona se le dieron repetidas bezes estas quejas; pero estrechada por otra parte con las órdenes del rei, dominada por Grambela, i cuidadosa de las resultas que podia producir aquel fermento de sedizion i disgusto, no daba mas que respuestas ambiguas, esperanzas bagas, i seguridades jenerales de que se satisfaria á los descontentos.

Aun mayor fué su irresolucion quando el príncipe propuso en consejo pleno la nezesidad de combocar los estados jenerales como único remedio á tanto mal. No se esperaba que Grambela acediese, y pues le constaba cuan jeneralmente aborrezidos eran su persona i su gobierno, i temia el influjo del príncipe en aquella asamblea; pero este inzidente le ofrezio un nuevo motivo para azer la corte á su amo. Quando la rejenta le partizipó la proposizion del príncipe, i le pidió su dictámen, la respondió Grambela: «que nada podia ser mas perjudizial á su autoridad que la combocazion de los estados, que siempre combenia ebitar, porque comunmente inspiraba designios de atentar á las prerogativas de la corona; i particularmente entonzes en que tantos ziudadanos de todos estados se allaban contajados del espíritu de sedizion: que concurririan los abades bibamente irritados por lo que sus rentas abian disminuido: que á la nobleza de segundo orden i á los diputados de las ziudades seduzi-

rian el príncipe i los otros señores descontentos: que el pueblo amigo siempre de nobedades confiaria mas en sus diputados, i se interesaria mas en sus peticiones que en las de la rejeta i sus ministros.»

Merezio este dictámen la aprobacion del rei como conforme á sus miras i á sus sentimientos, i en consecuencia renobó sus órdenes á la rejeta para que no aflojase en la ejecucion de sus decretos. Así el príncipe i los demas señores pudieron fázilmente conozer que se estaba mui distante de combocar los estados, pedidos socolor de determinar en ellos si abia ó no expedientes mas suaves i adecuados para atajar los progresos de la erejía (1).

Las persecuciones continuaron pues como antes, i la compasion que eszitaban las desbenturadas víctimas del gobierno le izieron jeneralmente detestable. Los majistrados allaron dificultades imbenzibles en la ejecucion de las órdenes de la corte, i los protestantes se aumentaban en razon de los esfuerzos que la rejeta i sus ministros azian para destruirlos. Grambela procuró persuadir al rei que la verdadera causa de los progresos de la secta era la negligenzia de los gobernadores de las probinzias. Supieronlo estos, i les indignó tanto la imputazion, que resueltos á bengarse de su implacable enemigo, dirijieron al rei una representazion en que el príncipe i los condes de Egmont i de Orn despues de atribuir todas las turbulenzias de los Países-Bajos al cardenal, cuyo despotismo le abia echo el objeto del odio unibersal, protestaron «que les era imposible serbir útilmente á S. M. ni al pueblo, miéntras que

(1) Bentiboglio, lib. 2, p. 15.

ministro semejante poseyese esclusivamente un poder ilimitado; pero que el gobierno se aaria suave i amado si se esoneraba á Grambela; como que entonzes tendrian ellos el poder i tambien el zelo nezesarios para sostener la autoridad real, i conserbar la pureza de la fe católica, á que no estaban menos unidos que el cardenal.»

Con retardo de algunos meses les respondió Felipe con la suavidad que era de esperar; mas en la conclusion les decia «que no acostumbraba deponer á sus ministros por quejas de sus enemigos, sin darles la libertad i los medios de justificarse: que la justizia esijia tambien que de las imputaciones jenerales descendiesen los acusadores de Grambela á pruebas particulares de malbersazion; i que sino les acomodaba azer esto por escrito podia uno de ellos pasar á Madrid donde seria rezibido con toda espezie de miramientos i de distinzion.»

Descontentos ademas quedaron con esta respuesta el príncipe i los otros señores; que tubieron la presenzia de espíritu nezesaria para contestar «que les abia causado la mayor estrafieza el que S. M. no se ubiese dignado de prestar mas atenzion á sus representaciones: que la anterior no la abian dirigido como acusadores de Grambela sino como consejeros de su soberano, obligados á informarle de todo lo que les pareziese interesar esenzialmente á sus estados: que ni deseaban, ni pedian la desgrazia del cardenal; que léjos de eso sabrian con gusto que era feliz i afortunado en cualquier parte que no fuese los Países-Bajos, en los cuales su permanenzia la juzgaban incompatible con la tranquilidad pública; i añadiendo

ron, que no estimaban en tanto á Grambela que mereziere la pena de un biaje á España; pero que pues S. M. era serbido de escasearles su confianza esperaban que en lo sucesivo les dispensase de asistir al consejo, á que ya no podian concurrir sin mengua de su dignidad, i en donde ademas les era imposible ser en nada útiles mientras el cardenal conserbase su poder.”

Felipe respondió que tomaria en consideracion lo que se le esponia, i que entre tanto esperaba que continuasen asistiendo al consejo.

Con esto se desengañaron los caballeros flamencos de que el rei no pensaba aczeder á su petizion: no obstante obedezieron i concurrieron al consejo sin azer nobedad; pero aprovechaban tan bien toda ocasion que se les presentaba de poner en rídiculo al cardenal, i le izieron tantos desprecios, que aburrido de tan continuos bejámenes pidió lizenzia para retirarse, i Felipe se la conzedió; empero sin perdonar jamás al príncipe ni á los otros señores el que le ubiesen reduzido á aquella nezesidad (1).

La dimision de Grambela no produjo á sus enemigos las bentajas que esperaban: abianse lisonjeado de que recobrarian su influjo en el gobierno; pero Biglio, i el conde Barlaimont, católicos zelosos, mui partidarios del cardenal i mui en sus prinzipios, subieron pronto al mismo grado de fabor que aquel tubo con la rejenta, i gozaron del mismo crédito i del mismo poder.

Algun tiempo antes abia publicado sus cánones el conzilio de Trento, i Felipe estaba

(1) Bentiboglio, Grotius.

como emos dicho resuelto á azer que se recibiesen en todos sus dominios. Las turbulenzias que ajitaban los Países-Bajos debian azerle temer que sirbiese en ellos de atizar el inzendio: los animos estaban inflamados, i no era prudente apurarlos mas. Pero su espezie de debizion, i las másimas arbitrarias que adoptara, se oponian á todo lo que fuese moderazion, i le determinaron á esijir en Flandes así como en España é Italia el pase del conzilio. Presentadas al consejo por la rejenta las órdenes con que sobre esto se allaba, encontró mui dibididos á los que le componian. El príncipe de Oranje sostubo que la rejenta no podia esijir de las probinzias que recibiesen aquellos cánones, entre los cuales abia muchos contrarios á las leyes fundamentales de la constituzion; añadió que algunos príncipes católicos los abian desechado; i propuso se representase al rei que era nezesario rebocase sus órdenes. Pero Biglio (1) espuso con enerjía la nezesidad de obedezér inmediatamente: «la iglesia, dijo, a asegurado en todos tiempos por medio de los conzilios jenerales la pureza de su doctrina i el orden de su disziplina. Imposible es imajinar remedios mas eficazes contra las erejías que aquí causan tantos desórdenes, que los cánones que se propone se desechen. Si bajo algun respecto se allan en oposizion con las leyes i fueros del pais, es fácil obiar este inconveniente prozediendo en la práctica de estos nuevos reglamentos con prudenzia i moderazion. És una gloria particular de nuestro soberano, i una bentaja sobre los demas prínci-

(1) Presidente del consejo privado, i tenido por el primer jurisconsulto de los Países-Bajos.

pes, el no allarse reduzido á la nezesidad de desechar un conzilio, cuya doctrina es la guia de su fe; sino seguir prinzipios de gobierno igualmente nezesarios al bien de la iglesia, que propios para asegurar la paz i la prosperidad de los basallos. » (1)

Biglio persuadió á la duquesa á que preszindiendo de quanto abia espuesto el prinzipe iziese publicar los cánones. Pero todo concurría á aumentar el número i balor de los protestantes: las guerras zibiles de Franzia abian espelido muchos reformados, que se abian refugiado al sur de los Países-Bajos: las probinzias del norte estaban llenas de ministros de la secta, por la correspondenzia continua que ellas mantenian con sus bezinos, i particularmente con la Inglaterra i la Alemania. El ardiente zelo que inspiran las nuevas doctrinas animaba á los reformados, que con la tenazidad comun á todas las sectas, sostenian sus dogmas relijiosos, i azian muchos prosélitos; á lo que no poco les ayudaba una multitud de libros publicados contra la doctrina i las zereemonias romanas.

Eran muchos los nobles i majistrados imbuidos en las nuevas opiniones: los gobernadores de las probinzias repugnaban mucho el ezeutar los edictos que siempre abian desaprobado, porque temian que causasen una despoblazion funesta, obligando á los zudadanos mas industriosos á que uyesen de su pátria: en algunas zudades no tenian fuerza las órdenes del rei: en otras eran los protestantes arrancados de manos de los inquisidores, que muchas bezes escapaban con dificultad del furor del populacho irritado.

(1) Bentiboglio, t. 2, p. 22.

La rejeta se allaba en la mayor perplejidad: deseaba que su gobierno mereciese la aprobacion del rei, i se conformara de buena gana con sus órdenes; pero no podia prescindir de las reiteradas representaciones que se la dirijian, ni de las desagradables resultas que podia tener una conducta tan odiosa al pueblo; i juzgó combeniente embiar uno de los prinzipales señores del pais que informase al rei mas circunstianziadamente que podia azerlo por escrito del verdadero estado de las probinzias. Elijó para ello al conde de Egmont como el mas azepto á los dos partidos, i á Biglio encargó que en consejo pleno le diese las correspondientes instrucciones. Al prinzipe descontentaron mucho los términos en que estaban conzebidas. «Este cuadro del estado de nuestros asuntos, dijo, es el mas bien pensado para engañar al rei. La relacion que el presidente aze de nuestras calamidades es mui inferior á la berdad. Subamos á los prinzipios, i descubramos los males que aflijen la pátria: no aziéndolo así, mal podrá el rei aplicar remedios oportunos. No le agamos creer por una falsa relacion que los erejes son menos de los que son: instruyámosle de que las probinzias, las ziudades i los pueblos estan llenos de ellos: no le ocultemos que desprecian los edictos, i respetan poco á los majistrados. Así comprenderá fázilmente que es imposible introducir la inquisizion, i se combenzerá de que los medios de que piensa balerse son peores que el mal. I añadió que aunque católico zeloso i leal bassallo, creia que los bandos en que ardian la Alemania i la Franzia probaban arto bien que no combiene forzar las conzienzias, ni combatir la erejía con el yerro ni el fuego, sino con el

de Egmont, dezia, ya sido engañado por la astuzia española: su amor propio i su interés particular amofusca do su penetracion, i le aspira do esta seguridad tan peligrosa á la causa pública. (1) Mas si al príncipe no le aquietaba nada de lo que el conde dezia, la mayor parte de los consejeros i la rejeta misma lo dieron entero crédito. De otro modo jamas ubiera aczedido sin consultar antes al rei como lo acostumbra, á que se reuniese en Bruselas zierto número de eclesiásticos i juristas, para que propusiesen los medios mas seguros de atajar los progresos de la herejia. Pero aczedió no temiendo que al rei fuese desagradable, i llamó á los obispos de Arras, de Iprés, i de Namur, á Rabensteinio i Jansenio, eclesiásticos de mucha consideracion; á los presidentes de los consejos probinziales de Flandes i de Utrecht, i á los dos mas famosos jurisconsultos de Malinas i de Brabante.

El resultado de sus deliberaciones fué que se nezesitaba establecer en las probinzias escuelas en que se educase la juventud en los principios de la fé católica: que se emprendiese con el mayor esmero la reforma de la vida lizenziosa del clero, i que se castigase á los herejes con penas menos duras que aquellas cuya inefticacia se abia experimentado. (2)

Informó la rejeta al rei del resultado de esta junta, i no la sorprendió poco el que lejos de merezer su aprobacion, la inculpase fuertemente por averla consentido. «Lo que en ella se a discutido, dezia el rei, eran ya puntos resueltos por su autoridad, i por lo mismo

(1) Vid. Billiam's Apology, pag. 485.

(2) Bent. l. 2, p. 25.

fuera de toda discusión: que los desórdenes que tanto cuidado daban á la rejeta procedian de la connibenzia ó descuido de sus ministros; i que si algunos de ellos en lo sucesivo no desempeñasen sus destinos con zelo i actividad, les remobiese i nombrase otros en su lugar; i en fin, que ningun serbizio podia azerle que mas le agradase, ni que mas contribuyese á su gloria que el sufocar la erejía en los Países-Bajos.

Desde el prinzipio abia puesto la duquesa el mayor esmero en complazer á la corte de España; i por nada en el mundo ubiera consentido en que se zelebrase la junta sin estar intimamente combenzida, por lo que el conde la abia dicho, de que la aprobaria el rei. Mas apenas desengañada, hizo publicar un bando confirmando los anteriores, i encargando el mas puntual cumplimiento á los gobernadores i demas personas á quienes tocaba su ejecuzion. (1)

Asta el mismo Biglio (2) dudó en aquellas zircunstancias opinar por medidas tan biolehtas que eszitaron una sorpresa i un disgusto universal. Así se realizaron las esperanzas concebidas del biaje, i ofertas que el rei hizo al conde de Egmont; i así se reagrabó mas la indignazion pública al ber engañadas tan lisonjeras esperanzas. No se acusaba al conde, porque se creia que fué engañado, pero se abominaba la perfidia de Felipe i la dobléz de sus ministros.

Era el conde demasiado pundonoroso para no resentirse de esta felonía: quejábase amargamente del rei, que en manifestarle tanta moderazion se abia propuesto engañarle i azerle

(1) Meursius Gul. Auriac., p. 4, 5.

(2) Ibidem, p. 4.

aborrezible i despreciable á sus conziudadanos, para pribarle así de su crédito i autoridad. (1) El príncipe fué el único que no estrañó la nobedad de los demas inesperada; i quando recibió el nuevo bando, espuso á la rejenta que en las zircunstancias en que el pueblo se allaba era imposible á los buenos serbidores del rei cumplir sus órdenes sin eszitar una guerra zibil que si S. A. estaba imbariablemente determinada á azer que sin dilazion ni restricziou se ejecutasen los decretos, deseaba pusiese en su destino persona mas á propósito para coadyubar á sus minas, i que tubiese mas concepto en el pueblo; que el rei sabia la buena boluntad con que se abia ofrezido siempre á su serbizio, i que por lo tanto no podía atribuirse aquel prozeder ni á menos zelo, ni á falta de fidelidad, sino á lo íntimamente combenzido que estaba de que sin faltarse á sí i á su pátria le era imposible obedezér; (2) emperq sin que el príncipe ni los condes de Egmont i de Oru. llevasen mas allá su descontento que á quejarse i representar. Sus siazeros deseos i su interés les aconsejaban que ebitasen el incurrir en la desgrazia del rei, i por lo tanto le dieron todas las pruebas de fidelidad que debia esperar de basallos que como indibiduos de un estado libre abian jurado la guarda de las leyes fundamentales.

La conducta de muchos otros nobles no fué ni tan mesurada ni tan detenida, sino que se coligaron para impedir que la inquisizion se estableziese. Fué el motor Felipe de Marnis, señor de santa Aldegunda, caballero mui distin-

(1) Estrada, lib. 4, pag. 118. (1)

(2) Gen. ist. of the Netherlands, (2)

guido por su elocuencia, su habilidad i sus talentos políticos, i que tubo el honor de contribuir mas que ningun otro, salvo el príncipe, al buen éxito de esta feliz reboluzion, que libró del yugo español las probinzias setentrionales de los Países-Bajos. Por su dictámen se compuso un escrito, que él notó, con el título de compromiso, el cual pondremos aquí porque pinta con berdad el espíritu que animaba á los flamencos.

«Sabiendo que algunos mal intencionados, movidos de zelo por la fé católica en la apariencia, i en la realidad por orgullo i ambizion, persuadido al rei nuestro señor á que introduziese en estas probinzias el mas detestable de los tribunales, qual es la inquisizion, no solo contrario á las leyes dibinas i humanas, sino que escede en crueldad á las bárbaras instituciones de los tiranos mas ferozes del paganismo; que somete todas las autoridades á la de los inquisidores; á los ombres á una miserable i perpetua esclavitud; i por sus imbestigaciones esponen aun á los mas virtuosos á continuos temores; en términos, que si un clérigo, un español, un malbado favorito, un balido inicuo quierén, la tal instituzion les proporziona el mas seguro medio de arruinar á qualquier zudadano, por mas inozente que sea, azerle prender, condenar, i azer morir sin ser confrontado con sus acusadores, ni que se le permita probar su inozenzia; ni ablar en su favor: hemos determinado los que abajo firmamos probeer á la seguridad de nuestras familias, de nuestros bienes i de nuestras personas; i á este fin nos unimos por este compromiso en una confederazion sagrada, prometiendo bajo el juramento mas solemne oponernos con todo nuestro poder al establezimiento de dicha inquisi-

zion en nuestras probinzias, bien se intente pública ó clandestinamente, i bajo qualquiera nombres, sea el de inquisizion ó visita, sea el de comision, ó lei. Declaramos al mismo tiempo que estamos muy distantes de intentar que se cause ni el mas remoto perjuizio á los intereses del rei nuestro soberano; que por el contrario, nuestro imbariable propósito es sostener i defender su gobierno, conserbar la paz, i oponernos con todas nuestras fuerzas á toda sedizion, tumulto ó rebozion. I conformes en estos prinzipios, eimos jurado, i por el presente prometemos i juramos respetar siempre el gobierno como una instituzion sagrada, i ponemos á Dios omnipotente por testigo de que nunca le debilitaremos, ni obraremos contra él por obras ni aun de palabras.»

Tambien prometemos i juramos defendernos reciprocamente en todo tiempo i lugar contra todo insulto que se nos aga, ó persecuzion que contra cualquiera de nosotros se suscite por cualquiera de las causas arriba enunziadas; i declaramos que ninguna inculpazion que nos agan nuestros perseguidores, i calificazion que agan de nuestra conducta, ya sea dándole el nombre de rebelion, sedizion ó cualquier otro epíteto que quieran, no por eso dejaremos de estar á nuestro juramento, ni dejará de tener cumplido efecto nuestra promesa. Ninguna jestion que se dirija á oponerse á los inicuos decretos de la inquisizion mereze el nombre de rebelion; i si se prozediese directamente contra cualquiera de nosotros bajo el pretesto de oposizion á tales decretos, ó el de castigarle por rebeldé ó sedizioso; juramos por la presente bálernos de cuantos medios sean lejitimos para conseguir su libertad.»

«Así en este caso como en cualquiera de nuestros procedimientos relativos á la inquisición, nuestra voluntad es someternos á la opinión jeneral de los confederados, ó al de aquellos que unánimemente designemos para que nos ayuden con sus consejos.»

«Y en testimonio de la pureza de nuestras intenciones invocamos el santo nombre de Dios bibe, como escudriñador de nuestros corazones, rogándole humildemente derrame sobre nosotros sus grazias el Espíritu Santo, á fin de que nuestras empresas sean coronadas por el escito, se aumente la gloria de su santo nombre, i sea todo para salud de nuestras almas, i para la paz i prosperidad de los Países-Bajos.»

Tales eran los términos en que estaba estendido el compromiso, que con la mayor rapidez se estendió por las probinzias, i le firmaron personas de toda calidad i secta. Al mismo tiempo parezieron, i se esparzieron una prodijiosa multitud de libros en que se sostenía la nezesidad de la libertad de conziencia, en que se combatian las absurdas doctrinas de la curia romana, i en que se azian pinturas orrendas de la inquisición.

Mucho alteró á la rejenta este suceso, i empezó á temer las consecuencias que probablemente debian resultar de tanto i tan jeneral descontento. Nunca la abian llamado tanto la atenzion las reflexiones del príncipe, i de algunos otros consejeros; i se lamentaba amargamente de la situazion á que la reduzian las órdenes de España. «¿A qué promulgar edictos cuando me falta poder para azerlos ejecutar? A dar mas audazia al pueblo, i azer mi autoridad despreciable.» (1)

(1) Bentiboglio et Strada.

El príncipe ni los condes de Egmont i de Orm concurrieron al consejo desde que se publicó el edicto. La rejenta les escribió estrechándoles á que bolbiesen, i bolbieron; i despues de instruirlos de los motibos que tenia para consultarlos, les pidió le diesen su dictámen sin contemplazion ni reserba.

El príncipe fué el último que abló, i dijo: (1) «Pluguiése á Dios que mis reflexiones ubieran merezido alguna considerazion quando me arriesgué á predezir lo que suzede aora: no abria sido nezesario recurrir desde luego á los remedios extremos que an irritado los ánimos; ni el error se ubiera arraigado en los que en él cayeron, si tan eficazmente no ubieran á ello contribuido los medios mismos que se an empleado para sacarlos de él. No, zierito, ninguno aplaudirá al médico que para curar una llaga que pareziese ecsijir remedios suabes, propusiese el cauterio i el yerro.»

«Ai dos espezies de inquisizion: una ejerzida en nombre del papa, i otra que lo fué mucho tiempo por los obispos: en quanto á esta, la mayor parte de los ombres se deja conduzir por las preocupaziones i los ábitos, i puede creerse sin presunzion que estendida con el acrezentamiento del número de obispos podrá establecerse sin dificultad, i se allará sufiziente: mas en quanto á la primera; como objeto de un justo orror, debe ser inmediatamente abolida.»

«Por lo que respecta á los decretos que con tanta frecuencia se an publicado contra los nobadores, no me oigais á mí, creed á buestra

(1) Este discurso le trae íntegro Nicolas Burgandio, que compuso su istoria por los papeles del presidente Biglio. Béase la istoria de Brandt de la reforma de los Países-Bajos.

propia esperiènzia: ella os dize que las persecuciones en ellos ordenadas no han serbido mas que para aumentar i propagar los errores á cuyo esterminio se dirijian. Son aze algunos años los Países-Bajos una escuela en que el obserbador menos atento puede aber aprendido cuan insensato es el medio de la persecuzion para sufocar la erejia. Los ombres no renunzian por una nada á la vida, ni menos se esponen sin motibo á crueles suplizios. El desprezio de la muerte i del dolor que en tan eminente grado an manifestado los erejes entregados á los berdugos, produze los más eficazes efectos en el ánimo de los espectadores en favor de una relijion por la cual ben padezer con tanto valor. Conmovidos de piedad, penetrados de admirazion de aquella firmeza inconcebible, incurren en la sospecha de que debe de ser el fruto de la berdad: los erejes an sido tratados en Franzia é Inglaterra con la misma dureza que en los Países-Bajos; i por bentura ¿a producido allá mejores efectos que aquí? ¿No a abido motibo así acá como allá para acordarse de lo que se dezia de los antiguos cristianos, que era su sangre la mas fecunda semilla que produzia á la iglesia un sin número de prosélitos? Bien combenzido de esta berdad estaba el mas formidable enemigo del cristianismo; i bien sabia que la opresion i el rigor solo eran buenos para abibar el ardiente zelo que deseaba estinguir. El emperador Juliano recurrió al poderoso medio del rídículo i del desprezio, i le alló mas eficaz que el de la persecuzion. El imperio griego fué en diferentes ocasiones infectado de diferentes especies de erejias. Aezio enseñó sus errores en el reinado de Constanzio; Nestorio en el de Teo-

dosio ; Arrio en el de Constantino ; pero sin que jamas se impusiese ni aun á los eresiarcas, cuanto menos á sus diszípulos , penas semejantes á las que oi tienen desolados los Países-Bajos. ¿I en qué an benido á parar todos esos errores que tanto trabajo les costó esparzir á sus autores? Tal es la naturaleza de la erejía: ¿la despeziais? pues ella se caera de caduca; ¿pero la perseguís? inzesantemente le dais fuerzas nuevas. Es un yerro que el ózio enmoetze, i el uso aguza : desdeñadla , bolbed á otra parte la bista , en brebe perderá el mas seductor de sus atractibos , su mas irresistible fuerza, es á saber , el encanto de la nobedad. Pero no son ejemplos de prínzipes paganos los que yo quiero proponer á la rejenta ; sino que siga las uellas del último emperador de gloriosa memoria , del gran Cárlos V, su padre , que combenzido por su propia esperienzia de que los medios suabes eran los únicos eficazes , miéntras los seberos no azian mas que aumentar el mal, abandonó éstos , i adoptó i siguió un sistema moderado muchos años antes de su abdicazion.»

«Felipe mismo a parezido por algun tiempo inclinado á la clemenzia ; pero las sujestioness de los obispos , el influjo de los eclesiásticos que le rodean an echo que la abandone. Justifiquen si pueden su conducta esos ombres intolerantes : en quanto á mí estoi plenamente combenzido de que es imposible desarraigár por la fuerza los males que aflijen á los Países-Bajos, sin trastornar el estado. Concluiré aziendo presente que sabeis todos mui bien que los protestantes flamencos estan en correspondenzia con los de Franzia : temamos irritarlos mas de lo que estan , no sea que imitando la sebe-

ridad de los católicos franceses embolbamos como ellos nuestro país en los orrores de una guerra zibil.»

No fué enteramente perdido este discurso; pues combenzió á la rejenta de la nezesidad de conzeder algo á los confederados, ó recurrir á las armas. A esto era á lo que mas se inclinaba en cuanto seria al rei mas agradable que ninguna conziliazion. Combidó al conde de Egmont con el mando de algunas tropas que destinaba á someter á los descontentos; pero el conde le reusó manifestando francamente que no podia pelear con onor siendo en defensa de la inquisizion. Esto la inclinó á que en la alternatiba á que se hallaba reduzida elijiese el partido que menos faborezia sus miras, i trató de aplacar los ánimos, templando algo el rigor de los decretos. (1)

En el interbalo de estas deliberaciones fueron tantos los que suscribieron al compromiso, que se juzgaron con fuerza suficiente para ensayarla en el cumplimiento de sus empeños. Dirijeronse pues á Bruselas, residencia de la rejenta, i nombraron una diputazion para obtener el permiso de comunicarle sus opiniones i sentimientos azerca de objetos importantes igualmente al rei que á ellos. No estubieron acordes los indibiduos del consejo en cuanto á la respuesta que combenía dar: muchos estubieron porque se desechase la petizion: otros porque no se admitiesen mas que dos ó tres de los confederados; pero los que temian fuese peligroso en aquellas zircunstanzias el dar ningun pretesto plausible á los descontentos, negándoles lo que tenia derecho á pedir cual-

(1) Brandt, p. 165, vol. 1.

quier flamenco', prebalezieron, i con tanta mas razon quanto que los confederados estaban sin armas, i ningun peligro abia en admitirlos.

Entraron en Bruselas á prinzipios de abril de 1566, de tresientos á cuatroientos á caballo, acaudillados por Enrique de Brederode, señor de Biana, deszendiente de los antiguos condes de Olanda; los condes de Culemburgo i de Freseberg; el marques de Mons, el baron de Montifi, i Luis de Nasau, ermano del prinzipe de Oranje: señores todos mui distinguidos, i de mucho crédito.

Salieron en cuerpo de dos en dos desde la casa del conde de Culemburgo, i fueron recibidos por la rejenta acompañada del consejo de estado.

Dieron prinzipio á su petizion protestando «que así como nunca abian dejado de ser fieles al rei, así persistian imbariablemente resueltos en continuar tributándole el amor i adesion que le debian: que no dudaban que sus prozedimientos serian mal interpretados; pero que mas querian esponerse á ello que dejar que ignorase la rejenta cosas que juzgaban de la mayor importancia al rei i á las probinzias: que el zelo que manifestaba S. M. por conserbar en sus estados la pureza de la religion católica, merezia los mas justos elojios; pero que una funesta esperienzia probaba que los medios de que para ello se balian lo eran solo para aumentar el mal: que azía mucho tiempo se lisonjaban de que los estados se reunirian para proporcionar otros mas suaves i eficazes; pero que pues abian sido engañadas sus esperanzas creian de su obligazion informar á S. A. que si no mudaba el gobierno enteramente de prinzipios en quanto á opinio-

nes religiosas seria inevitable una sublebazion jeneral: que sus mas eficazes deseos eran que se dignase de embiar una persona ilustrada i de buena intenzion que representase eficazmente al rei la nezesidad de templar el rigor de los decretos; i en tanto que se sabia la dezidida boluntad del soberano, que se suspendiese la ejecuzion de ellos. Pero sino se tienen en considerazion nuestras umildes súplicas, dijeron al concluir, ponemos á Dios, al rei, á S. A. i á sus illustres consejeros por testigos de que le emos anunziado los peligros que amenazan la tranquilidad pública, i no seremos responsables de las calamidades que produzca la denegazion de lo que con tanta justizia pedimos.» (1)

Respondió la rejeta por escrito «que no se allaba con facultades para suspender la ejecuzion de los nuevos decretos; pero que era de su aprobazion el que se embiase á España una persona á propósito para que fuesen bien rezibidas las reclamaciones del pais: que la seria mui grato el interponer su influjo para que el comisionado allase buen rezibimiento en la corte: que entre tanto daria orden á los inquisidores para que prozediesen con templanza en el ejerzizio de su ministerio; i que en reconocimiento de esto esperaba que los suplicantes ebitarian cuidadosamente todo motibo de que se ofendiese al gobierno.»

Descontentos ademas los confederados con esta respuesta, instaron por otra menos baga i mas esplizita; i la rejeta temiendo despedirlos mas desabridos; mandó que se les comunicasen las instrucciones que abia pensado di-

(1) Bentiboglio i Brandt.

rijir á los inquisidores , depues de un maduro esámen , en que les ordenaba «prozediesen en lo suzesibo con la mayor umanidad contra los culpables en materia de relijion : que á nadie impusiesen prision , destierro , ni confiscacion , salbo si se les combenzia de tratos sediziosos ; i estas últimas órdenes , añadia , deben tener fuerza de lei asta que llegue la última resoluzion de S. M.» Los confederados se obligaron por su parte á no emprender innovacion alguna en materia de relijion , i á esperar con pazienza la dezision de los estados , que creian con arta lijereza , se reunirian mui luego para poner fin á todos los abusos.

Consiguiente á su primera oferta diputó la duquesa al marques de Mons , i al baron de Montiñi para que presentasen al rei las peticiones de los confederados. Ambos emprendieron de buena gana el biaje , sin sospechar lo inútil que seria , ni lo funesto que les abia de ser ; porque como despues beremos no les miró Felipe como embajadores de la rejenta , sino como sediziosos que la abian reduzido á la nezesidad de que les rebistiese de aquel carácter ; i como cabezas de una coligacion contra su gobierno.

Esparzióse en este interbalo la boz de que la rejenta abia permitido la profesion pública de la relijion reformada ; i en esta creenzia salió el pueblo de los límites que asta entonces abia guardado : i los ministros protestantes predicaron en muchas partes á numerosos auditorios , que se reunian armados para defenderles de cualquier atentado que los inquisidores emprendiesen. Mas no tardaron los reformados en llebar mas adelante su audazia: apoderáronse á biba fuerza de las iglesias i

las despojaron de sus mas magníficos ornamentos.

En Flandes fué donde empezaron estos eszesos que imitaron al instante las demas probinzias : la misma eferbeszenzia tumultuaria prorumpió en las plazas de comercio , en que el frecuente trato con los protestantes estrangeros , i aquel espíritu de republicanismo que creze en las grandes ziudades , abia eszitado al pueblo , i de tal modo propagado las nuevas opiniones , que eran casi jeneralmente adoptadas.

En Amberes fueron aun menos disculpables los eszesos : insultaron á los católicos estando en sus ejerzicios religiosos : entraron de tropel en la catedral , que era uno de los mejores edifizios de la Europa , derribaron los altares , rompieron los cuadros , i destruyeron las imágenes de los santos. De la catedral corrieron á los combentos i los saquearon despues de forzar las puertas , i obligaron á frailes i monjas á salir i refugiarse en la ziudad. En son de zelo religioso , las ezes del pueblo aprobearon esta ocasion de satisfacer sus criminales deseos. En otras muchas partes abortó el mismo espíritu de sedizion , que á manera de bólcan inzendió suzesivamente todas las probinzias. Las mismas causas produjeron en todas partes los mismos efectos. Eran muchos los combustibles para que el fuego se contubiese.

La presenzia de la corte infundió algun mas respeto en Bruselas : sin embargo ubo tambien una gran fermentazion. La rejenta llegó á temer asta por su persona , i resolvió retirarse á Mons ; empero los condes de Egmont i de Orm , i el príncipe de Oranje la espusieron enérjicamente los inconvenientes de tal intento. Cono-

zian el desonor que debia resultarles de que con tal resoluzion mostrase la duquesa que no se consideraba segura en una ciudad en que tenian el mando, i en que ademas gozaban del mayor crédito. Obtubieron pues que desistiese respondiendole con sus cabezas de las resultas, i asegurando que emplearian todo su poder en reprimir los desórdenes que causaban su cuidado. (1)

La mayor parte de los señores se trasladaron inmediatamente á sus respectivos gobiernos. El príncipe de Oranje que tenia los de Olanda, Zelanda, Utrecht i Borgoña era ademas bizconde i gobernador de Amberes, adonde asta los istoriadores católicos sientan que pasó muchas bezes, i reprimió con la mayor firmeza los tumultos producidos por el fanatismo religioso de los reformados: izo ajustiziar á tres, multó á muchos, izo que bolbiera á abrirse la catedral, i restablezió el ejerzizio de la religion católica.

Pero como al mismo tiempo estaba combenido de la imposibilidad de impedir á tanta multitud el que profesasen la suya, izo un combenio con los protestantes que tenian mas influjo en su partido, en que les prometió el libre ejerzizio de la reforma en muchas iglesias de la ciudad, á tal que no perturbasen ni inquietasen á los católicos: que no se atropasen armados, i que sus predicadores se abstudiesen de toda imbecitaba contra la iglesia romana: i aseguró que esta conziliacion subsistiria asta que se supiese la última voluntad del rei; i los protestantes se obligaron á obserbarla ó dejar inmediatamente los Países-Bajos.

(1) Bentiboglio, Brandt, &c.

Todo lo aprobó la rejenta en esta ocasion, menos el permiso dado á los reformados para que tubiesen sus juntas en la ziuudad. El príncipe la espuso que nunca se le ubiera conzedido si la esperienzia diaria no le ubiera enseñado : que le seria mucho mas fázil prebenir los efectos peligrosos del fanatismo de los reformados no saliendo de la ziuudad á sus ejerzizios relijiosos : que las juntas zelebradas á bista de los majistrados nunca eran tan numerosas , ni tan tumultuarias : que entonzes los ministros no osaban entregarse á aquel entusiasmo contagioso que eszitaba las sediziones , ni zaerir tan indezentemente al gobierno , como cuando estaban á campo raso , donde nadie podia refrenar su audazia , ni la del pueblo inflamado con sus seductores discursos. «Estos medios, añadió , no solamente son prudentes sino tambien nezesarios. No es de esperar que se sometan los reformados , firmemente resueltos á establecer en la ziuudad la libertad de su culto, bien lo tolere , bien lo proiba el gobierno. Las juntas que tenian en la campaña no bajaban de beinte i zinco mil personas , miéntras las de la ziuudad apénas pasan de diez mil. Mas ¿dónde está el ejérxito con que contener á tantos sectarios? ¿i quién es el flamenco , aun suponiéndole , que se deje persuadir á tomar las armas contra sus conziudadanos?» (1)

Apaziguadas las turbulenzias de Amberes pasó Guillermo á Olanda , i á Zelanda donde no era menos nezesaria su presenzia. En estas probinzias izo como en aquella quanto le permitian su poder i su crédito para reprimir la lizenzia de los protestantes ; i ninguno otro

(1) Brandt , ban Meteren , lib. 2.

ubiera logrado tanto sin tropas que iziesen respetable la autoridad: les persuadió que devolviesen á los católicos las iglesias de que les abian despojado; i eszepto en dos ó tres partes, en todas se contentaron con el permiso que les dió la rejenta de tener sus asambleas en los arribales de las ziudades ó en el campo.

No fué menos la actibidad del conde de Egmont en las probinzias de su mando. Su carácter i sus prinzipios le alejaban de la crueldad i aun de la seberidad, i nadie era mas tolerante. Sin embargo, en esta ocasion estaba firmemente resuelto por agradar al rei en prozeder con rigor: puso la mayor actibidad en descubrir los autores de las sediziones, i castigó rigurosamente á algunos. Restituyó en su libertad á los sazerdotes para que ejerziesen sus funciones: izo abrir las iglesias que se zerraron, i obligó á los protestantes que abitaban en el distrito de su mando á que estuviesen i pasasen por las condiziones prescriptas por la rejenta.

El conde de Orn prozedió con el mismo rigor i enerjia en Turnai, donde fueron los desórdenes mayores que en ninguna otra parte: llegaron como seis mil de los naturales á tomar las armas, sitiaron la guarnizion, i pusieron al comandante en nezesidad de representar á la rejenta que sino le socorria, solo podria defenderse beinte i cuatro oras. Pero la rejenta no tenia tropas sufizientes que oponer á los sediziosos, ni bió otro mejor medio de salvar la guarnizion que el de embiar al conde de Orn, hermano del baron de Montifni, gobernador de Turnai, (1) para que aplacase á los subleba-

(1) Entonzes se allaba el baron en España.

dos. El conde se abrió paso por medio de ellos con riesgo de su vida, i tubo bastante maña para persuadirles no solo á que levasen el bloqueo, sino á que rindiesen las armas, se desapoderasen de las iglesias, i se contentasen para sus juntas con ciertos sitios que les señaló fuera de la ciudad. (1)

La conducta del príncipe i de los condes no debian pues darles que temer la desgracia del rei; dado que ni mostraron menos zelo, ni sus esfuerzos fueron menos felices que los de los demas gobernadores (2) de quienes se asegura quedó el rei mui satisfecho. Empero azia tanto tiempo que aquellos abian desaprobado, i tan altamente, los principios i los pasos que el gobierno daba: que abian reclamado con tanta enerjia los privilegios nacionales con motivo de la permanencia de las tropas españolas en los Países-Bajos; i reprobado tan al descubierto los edictos: que se abian opuesto con tanta firmeza al establecimiento de la inquisicion, i constantemente se mostraban tan animados de zelo patriótico por sus conziudadanos, i por la conserbacion de sus libertades i de su constitucion; que todos estos motivos, juntos al resentimiento de aberse bisto en cierto modo reduzido por las importunidades de los señores flamencos á esonerar á Grambela su ministro favorito, tenian enteramente irritado al rei, cuyo carácter sombrío i bengatibo no sabia perdonar, ni nunca fueron parte para aplacarle el tiempo ni los mas señalados serbizios.

La dimision de Grambela nada mejoró el estado de las cosas. Biglio i el conde Barlaimont

(1) Brandt, Meteren.

(2) Los condes de Aremberg i de Mejen.

no eran menos enemigos de los proceres de la nobleza flamenca que aquel déspota cardenal, i se empeñaban como él en interpretar malignamente sus acciones. Allábanse sostenidos por Grambela que á poco de salir de los Países-Bajos fué llamado á Madrid, donde gozaba del crédito que siempre, i no dejaba de emplearle en daño de unos enemigos que tantos motivos le abian dado para que los aborreziese; persuadiendo al rei que el príncipe de Oranje i los condes de Egmont i de Orn eran los primeros motores de los tumultos. Ardiendo en ira contra ellos resolvió Felipe azerles experimentar tarde ó temprano el peso de su enojo, mas entre tanto juzgó nezesario continuar disimulando, i manifestó en sus cartas á la rejeta el mas bibo reconocimiento por el zelo que abia manifestado en aquellas zircunstanziyas tan delicadas; i la esortó, así bien que á los gobernadores de las probinzias, á que continuasen aziendo los mayores esfuerzos para allanar los alborotos del modo mas pronto i conduzente á la situacion actual de los asuntos. I ademas la embió dinero i orden para que leuantase un cuerpo de tropas católicas, con cuya fidelidad i sumision absoluta pudiese contar.

Obedezió inmediatamente la rejeta: juntó caballería, i zinco rejimientos de infantería, de los cuales dió el mando al conde de Erbestain; á Carlos de Mansfelt, ijo del conde Pedro Ernesto; al conde de Reuls, i al baron de Schomberg, i al señor de Ierjes, ijos del conde de Barlaimont.

El príncipe de Oranje i los condes de Orn i de Egmont fázilmente adibinaron para que se abian leuantado aquellas tropas, i denotaron en el consejo el mayor descontento diziendo que

esto era querer que se enzendiese de nuevo la tea de la discordia.

Al mismo tiempo supieron por cartas particulares del marques de Mons i del baron de Montifni, que fuese la que quisiese la respuesta pública que el gabinete español diese á la duquesa de Parma, nadie ignoraba en Madrid que al rei abia irritado mucho lo que á los protestantes se abia conzedido: que los señores flamencos eran mirados como fautores de tumultos i protectores de erejías: que el rei i sus ministros se esplicaban ya con mas claridad que antes: que á la confederazion no se daba otro nombre que el de conspirazion; i que las sediciones populares eran miradas como verdaderas rebeliones: que tampoco se dudaba que instigado el rei por las sujestiones de Grambela i del duque de Alba estaba mui dezidido á que experimentasen los efectos de su resentimiento todos los que abian tenido parte en aquellos mobimientos, i en espezial los que juzgaba mas culpables; i en fin, que aunque en el momento no se pensase en serbirse de otras tropas que de las nacionales, serian mui luego sostenidas por un ejérezito español.

El prínzipe abia pedido muchas bezes á la rejenta su permiso para dimitir sus empleos, por serle imposible, dezia, llenar á un mismo tiempo sus deberes ázia su pátria, i obedezel al rei: mas la rejenta se le negó siempre, dándole en la denegazion los mas claros testimonios de aprecio, pidiéndole encarecidamente que no la abandonase en un tiempo en que nezesitaba mas que nunca de sus consejos i de sus ausilios. Dirijió al rei en derecha la misma súplica, i rezibió la propia respuesta con las mayo-

res seguridades de confianza i de amistad. (1).

Pero á Guillermo no deslumbraban estas apariencias: estaba mui bien informado de las intenziones de Felipe respecto de él, i de lo que se maquinaba en su consejo secreto. Por una correspondenzia que mantenía en Francia abia logrado adquirir una carta de Alaba, ministro de Felipe en aquella corte, que confirmaba las noticias que le abian dado el marques de Mons i el baron de Montigni. En la tal carta insistia Alaba prinzipalmente en la necesidad de aprovechar la ocasion favorable que se presentaba para establecer en los Países-Bajos la autoridad despótica que el rei ambicionaba tanto; i persuadia á la rejeta á que engañase á los señores flamencos con el disimulo i los artificios de que ellos mismos se abian balido asta entonzes, asta que sin peligro pudiese quitarse la máscara. Y concluía asegurándola que el rei no dudaba que eran ellos los móviles secretos de todos los alborotos, i no tardaria en pagarles el salario debido á su perfidia, pues abia jurado azer un ejemplar espantoso, castigando con el último rigor á los flamencos. (2)

El príncipe comunicó esta carta á su ermano Luis, á los condes de Egmont, de Oogstrate i de Orn, i á otros muchos nobles que se reunieron en Dendremonde, para deliberar sobre los medios que combenia elejir. El conde Luis fogoso i temerario quisiera sin mas tardanza animar al pueblo á que tomase las armas; pero el príncipe lo resistió, manifestando que si daban

(1) Bentiboglio. Véase la carta inserta en la apolojia de Guillermo.

(2) Brandt, 216. Rudanus, p. 3. Meteren, l. 2.

prinzipio á la guerra en el estado presente de las cosas, no podrían azerla con buen escito, ni justificar su conducta: que la inquisizion estaba realmente abolida, los decretos en desuso, i una libertad razional conzedida en materia de relijion: que no debia estrañarse que despues de aquellas conmoziones apénas sosegadas, ubiese la rejenta lebandado aquellas tropas, tanto menos quanto eran nazionales: que por consiguiente no podian por entonzes alegar ninguna razon plausible para tomar las armas; pero que no dudase de que no tardarian en darle los mas justos motibos: que su dictámen era esperarlos, i entre tanto no solo bibir con el mas bigilante cuidado, sino difundir en el pueblo el conozimiento del peligro que le amenazaba, á fin de que se allase dispuesto á obrar á su tiempo.

Si el conde de Egmont ubiera pensado en esta ocasion como el prinzipe, no ai duda que todos los demas unánimemente ubieran aprobado las medidas de precauzion que se propusieron, i que una union tan temible por el poder de los que la ubieran compuesto, i el crédito de que en el pueblo gozaban, ubiera podido disuadir al rei de sus intentos por la imposibilidad que descubriera de realizarlos. Pero todos quedaron confusos i admirados al oir al conde «que léjos de tomar parte en una liga que pudiese ofender al rei, miraba el proyecto como imprudente i criminal: que los escesos á que el pueblo se abia dado, abian debido inspirar al rei desconfianza de su fidelidad: que estaba determinado á borrar si era posible estas sospechas, empleándose con el mayor teson en reducir al pueblo á la obediencia, i en contenerle para que no la bolbiese á perder: que no duda-

ba que si lo conseguia, así bien que los otros gobernadores de las demas probinzias, no se bolberia á oír ablar de tropas españolas; i en fin, que se le resistia el dar crédito á los desig-nios despóticos que se atribuian al rei, despues de tantas i tan repetidas seguridades como le abia dado de sus intenziones favorables ázia los flamencos.»

En bano procuraron el príncipe i los otros señores atraerle á su dictámen. Aunque el conde tenia mas de una prueba de que no se podia contar con la buena fe de Felipe; el interés que este abia aparentado tomar por su familia, i las demostraciones de afecto que le izo en Madrid le tenian tan engañado, i le fascinaban la bista asta el extremo de no dejarle ber los inminentes peligros á que estaba espuesto. (1)

Pribados el príncipe i sus partidarios de los ausilios que podia suministrarles un sujeto de tanto crédito, conozieron que no les quedaba otro medio que el de recobrar la grazia del rei, cooperando con actibidad á que tubiesen cumplido efecto los medios que la rejenta iba á emplear para asegurar la tranquilidad pública.

Los gobernadores abian trabajado de buena fe en conseguirlo; pero las cosas aún no se allaban en el estado en que la rejenta las queria. Inflamados los protestantes de un eszesibo zelo para poder ser reprimido por los majistrados, continuaron entregándose á los eszesos mas reprehensibles, particularmente en la ziedad de Balenzienes en que todo el populacho abia abrazado la reforma. Esta plaza fuerte i mui poblada, inmediata á la Franzia, i en disposizion de ser socorrida por los protestantes franceses, con

(1) Bentiboglio.

quienes tenia frecuente comunicacion, era muy importante; i por lo mismo creyó la rejenta necesario meter en ella una guarnizion de las tropas rezien lebantadas, i solizitó que los abitantes la rezibiesen; mas cuando ya tubo por imposible el persuadirles, les declaró rebeldes, i mandó á Noircarmes que les sitiase. Ben las baterías dispuestas á batir la ziedad, desmayan, i se rinden á discrezion. Entra en ella Noircarmes, é inmediatamente condena á muerte al gobernador i su ijo, á los ministros protestantes i muchos bezinos que abian eszitado las últimas turbulenzias: proibió despues el ejerzizio de la relijion reformada, i dejó en la ziedad una fuerte guarnizion á las órdenes de un zeloso católico.

Este resultado llenó de terror á los protestantes, i animó á los católicos. Turnai, Bois-le-Duc, i otras muchas plazas se sometieron; i asta Amberes consintió que se la pusiese guarnizion. Con esto el partido católico tomó tal ascendiente, i el protestante se intimidó tanto, que sus ministros fueron desterrados sin oposizion, i el ejerzizio de su relijion enteramente abolido. (1)

El conde de Brederode i algunos otros señores izieron nueva solizitud; pero ya eran intempestibas sus representaciones: ni la rejenta, ni los confederados se allaban ya en aquella situazion en que estos podian disponer, i aquella nezesitaba deferir: tenia la duquesa tropas á sus órdenes; i la mayor parte de los descontentos, combenzidos de su debilidad, se abian apresurado á ponerse de su parte, i á manifestar su mision al gobierno. Pidió el conde de Brederode

(1) Bent. p. 47.

una audiencia, i se le denegó sin darle otra respuesta que «él i sus partidarios abian dado á las conzesiones de la rejenta una estension en que nunca pensó: que abian fomentado las sediciones, i por tanto, roto el combenio que el gobierno se abia dignado de azer con ellos, i perdido todo derecho de quejarse.» (1)

Esta contestazion combenizó á Brederode que no le quedaba mas arbitrio que el de las armas. Resuelto á tentar fortuna se retiró á Olanda, lebantó un cuerpo, i se fortificó en la ziuudad de Bianen. Pero los condes de Aremberg i de Mejen cayeron sobre él, i tubo que fugarse á Alemania. Al año siguiente bolbió á los Países-Bajos, i murió en el castillo de Arnoff. (2) Respectáblemente mucho los protestantes; pero su talento no correspondia á su zelo, ni tenia ninguna de aquellas partes que constituyen un cabeza de partido.

Despues de la espulsion del conde de Brederode, no tubieron los protestantes ningún medio de tumultuarse. Una profunda tranquilidad suzedió á las turbulenzias que tanto abian ajitado á los Países-Bajos. Reparáronse los templos, lebantáronse los altares, restableziéronse las imájenes, i todo bolbió á la obediencia. Los magistrados recobraron su autoridad, i los descontentos parezia que limitaban sus deseos á eszederse unos á otros en pruebas de afecto i zelo por el serbizio del rei i de la iglesia.

(1) Brandt i Bent.

(2) Brandt.



I S T O R I A

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO OCTAVO.

En tanto que la duquesa de Parma allanaba con sus azertadas probidencias los lebantamientos de Flandes, tambien á Felipe ocupaba un asunto de tanta importanzia. Asegurábale la rejenta, de acuerdo con los señores confederados, que su presenzia seria el mas eficaz remedio de los males que trabajaban las probinzias. Esta era tambien la opinion de algunos de los ministros españoles; i el rei parezió adoptarla, puesto que dió orden para equipar las naves que abian de serbir en el biaje, i la Europa lo creia. Pero dado que pensase azerle, con fasilidad le disuadieron los inconvenientes ó los peligros que podian resultar: consideraciones que zierto no detubieran á Cárlos V: ubiéralas despreziado. Tubo éste que azer otro igual biaje, i no dudó ponerse en manos de Franzisco I, su ribal i enemigo, por llegar mas pronto, no á reduzir una probinzia sublebada, sino á allanar un alboroto en Gante. Pero Felipe no tenia ni el balor ni la actibidad de su padre, ni amaba

tanto como él á los flamencos para esponer su persona por restablezer la tranquilidad entre ellos. Ademas vemos en todo el discurso de su reinado que uia de ejecutar por sí sus intentos, prefiriendo encargarlos á quien se atubiese á las órdenes que le comunicase. (1)

Resuelto, en fin, á no ir á Flandes, faltábale determinar si embiaria ejérxito que sometiese i castigase la rebelion del pueblo, ó si atenderia á sus esposiciones. En su consejo eran barios los pareceres. El príncipe de Eboli i el duque de Feria tenian el de que se aboliese la inquisizion, se suprimiesen los decretos, i se tanteasen medios mas suabes de atraer á los protestantes, dado que por esperienzia se beia que el rigor no aprobechaba. Por el contrario, el duque de Alba i el cardenal Grambela sostenian que tanta condeszendenza era la que abia eszitado su audazia á cometer tan inauditos eszesos en desprezio de la relijion i de la autoridad real. Espusieron que nunca fuera menos á propósito la clemenzia: que demasiado tiempo abia rezibido S. M. la lei en bez de darla: que á los flamencos ensoberbezian sus fue-ros, i que si prontamente no se castigaban su insolenzia i presunzion, no tardarian en disputar al rei el derecho de mandarles, i arian lo que con sus abuelos izieron los suizos, asta declararse independientes; ó mas bien el príncipe de Oranje i los condes de Egmont i de Orn, á pretesto de defender las libertades públicas, se arrogarian toda la autoridad, i repartirian entre sí las probinzias, que tanto tiempo azia tentaban su ambizion. «Y ¿qué pretesto mas plausible se presentará jamas para introducir

(1) Bentiboglio, an. 1567. Errera, lib. 9.

un ejérsito en los Países-Bajos? ¿qué ocasion mas favorable de establecer en ellos la autoridad soberana, como lo está en España é Italia?» (1)

Nada mas conforme con el carácter é inclinaciones del rei. Sin bazilar se dezidió porque se embiase á Flandes un grande i bien disziplinado ejérsito á las órdenes del duque de Alba, á quien por una larga esperienzia reconozia por el mas dispuesto para llevar á cabo el plan de tiranía i opresion que tenia adoptado.

En este interbalo abia restablezido la duquesa el buen órden, i se lo comunicó al rei, manifestándole que ninguna nezesidad abia ya de ejérsito en aquellas probinzias en que las guarniziones contenian las plazas sospechosas, los tumultos eran disipados, castigados los sediziosos, impuesto silencio á los erejes, los eclesiásticos restablezidos, i la tranquilidad completa.

Si Felipe no tubiera otras miras que las que aparentaba, con estas noticias mandara detener la marcha de las tropas: no era, pues, el zelo de la relijion, ni el deseo de la tranquilidad lo que le mobian: mobíanle otras dos pasiones á cual mas biolentas: establecer un gobierno despótico sobre las ruinas de la antigua constituzion, i satisfacer sus resentimientos contra el de Oranje i los otros señores. Lo primero debia alagar á un príncipe tan dominante como Felipe, tanto mas opuesto á los fueros de aquellos estados, quanto mas léjos caen estos de la silla de su imperio: lo segundo deleitaba su corazon bengatibo, irritado por la desconfianza i la oposizion de la prinzipal nobleza.

(1) Bentiboglio.

Preszindiendo Felipe de lo que la rejenta le dezia, insistió en su primer designio, i el duque de Alba se embarcó para Italia, donde reunió diferentes cuerpos que estaban acantonados, i subirian á ocho mil infantes i mil i quinientos caballos, i de allí marchó á los Países-Bajos por tierras del duque de Saboya, i despues por la Borgofña i la Lorena. Aumentado el campo en la marcha con siete mil caballos, los tres mil de ellos borgoñones, i los cuatro mil alemanes, llegó pronto i sin obstáculo á la probinzia de Lusemburgo, i despues de guarnizadas muchas ziudades fronterizas, arribó á Bruselas en agosto de 1567. (1)

Con su llegada se consternaron i sorprendieron las probinzias: muchos millares de personas las abian ya dejado; i el prínzipe de Oranje, que mui de léjos prebiera la tempestad que á su pátria amenazaba, se abia retirado con sus deudos i amigos al condado de Nasau, en Alemania. Sabia cuan imbeterado era el odio que Felipe le tenia, i no dudaba que un ejército formidable i á las órdenes de un satélite de la tiranía como el duque de Alba presajiasse la mas terrible opresion. Solo el aberle elejido daba bien claro á entender que el rei intentaba gobernar los Países-Bajos con zetro de yerro, i que no perdonaria á una nobleza que tan irritado le tenia con su resistenzia i murmuraciones.

Quisiera el prínzipe atraer al conde de Egmont á que siguiese su ejemplo, i á este fin izo cuanto pudo por abrirle los ojos al azercarse el peligro. Le representó los disgustos que abia dado al rei, i los motibos porque no debia dudar de su resentimiento: le recordó el

(1) Errera, lib. 9, cap. 3.

carácter imperioso del duque de Alba, que de enemigo i ribal le tenia de jefe, i no dejaria de emplear su autoridad en arruinarle. Empero el conde tenia una numerosa familia i un rango que no podia sostener con dignidad fuera de los Países-Bajos. Asegurado en la conziencia de su fidelidad, contaba con los serbizios que abia echo al rei; no podia persuadirse que las demostraciones de afecto que le izo en España fuesen otras tantas perfidias; i creyó que solo aquellos que abian tenido alguna parte en los últimos alborotos serian los que tendrian que temer su resentimiento. Biéndole inflexible, le dijo el príncipe estas notables palabras: «Bos sereis el puente que ollarán los españoles para pasar á Flandes, i que romperán despues: os arrepentireis de no seguir los consejos que os doi, pero temo que el arrepentimiento llegue demasiado tarde.»

Abiase retirado el príncipe á Alemania en abril de 1567, i el duque llegó á los Países-Bajos en agosto siguiente. En este corto interbalo bió el conde disminuirse su crédito i considerazion; pero resuelto en zeder á las zircunstancias, se umilló asta salir á rezibir al duque en la probinzia de Lusemburgo, i presentarle dos ermosos caballos en prueba de la buena intelijenzia que queria mantener con él; rezibiolos el duque con la altanería que le era natural; disimulando sin embargo asta que llegase el tiempo en que mas á su salbo pudiese poner por obra sus intentos.

No tardó mucho; pues el primer golpe de autoridad que dió inmediatamente que llegó á Bruselas fué arrestarle á él i al conde de Orn; pero con tanta perfidia como injustizia i tiranía. El primero á quien engañó fué al de Eg-

mont, i de él se balió para que el de Orn cayese tambien en el lazo. (1) Luego que el duque conozió la seguridad en que bibian no dudó que era llegado su tiempo. Pidoles que pasasen á su casa para que le dijesen sus dictámenes azerca de una ziuadela que intentaba construir en Amberes. Pasaron con efecto, i despues de discutido el asunto fueron conduzi-dos bajo ziertos pretestos á dos cuartos separados, el de Egmont por el duque, i el de Orn por su ijo: «dadme la espada, conde, le dijo el duque: así lo manda el rei, i que os deis preso.» Aterrado el conde con una orden tan imprebista, quiso escaparse, pero se alló rodeado de las guardias del duque, i se la entregó diziendo: «mas de una bez a contribuido á la gloria de Felipe.» (2) Protestaron ambos que como caballeros del toison de oro no podian ser juzgados sino por sus pares, ni presos sino por su orden; pero ningun caso se izo de sus protestas. Llebaronlos á un castillo léjos de Bruselas i de las probinzias en que residian, contra el derecho auténtico i sagrado que la lei fundamental conzedia asta al último ziuadano. (3)

Tras estas prisiones se siguió la del secretario del conde de Egmont, el señor de Beckerseel, i las de otras muchas personas de distincion. Difundiose la notizia asta las estremidades de las probinzias; i católicos i protestantes todos se llenaron de terror. «El amor á la relijion católica, dezian, no es una salvaguardia contra los resentimientos del rei; pues los que

(1) Strada, p. 215.

(2) Ibidem.

(3) Grotius et Bentiboglio.

se an mostrado mas actibos en reprimir á los reformados estan espuestos á su indignazion. Zierto , que ninguno de nosotros se a señalado tanto por su zelo ; ni echo tan importantes serbizios como los sujetos á quienes acaba de ofrezzer á la muerte.»

Todos los ziudadanos de toda clase i condizion se consternaron: muchos dejaron sus ogares ; i se calculó que el terror que con esto inspiró el duque , i el que causó su llegada espatrió mas de zien mil personas , que se refugiaron en los países estranjeros ; la mayor parte industriosas que llebaron sus artes , sus manufacturas i sus conozimientos á estados enemigos de Felipe , que se enriquezian con sus pérdidas. (1)

A la rejenta asombró mas que á nadie la prision de los condes. Abiala asegurado el rei que aunque ubiese confiado el mando jeneral de las tropas al duque , en nada menoscabaria su autoridad , sino que la conserbaria íntegra: i con esto benian bien los despachos que el duque la presentó á su llegada. Empero á la rejenta se le azia increíble que el jeneral osase imbadir su autoridad tan abiertamente , arres-tando sin su anuencia á dos de los prinzipales personajes del estado , si sus facultades no se estendiesen á mas de lo que los despachos sonaban ; sospechó que el rei abia conferido á su jeneral una autoridad superior ; no dudó que engañado por las calumnias de sus enemigos, fuese disminuyendo aquella confianza que tan segura estaba de merezer por su zelo i sus serbizios ; i concluyendo de todo que no podia permanecer con onor en los Países-Bajos , pidió

(1) Ban Meteren , p. 80.

inmediatamente lizenzia para retirarse. Conzediósele el rei despues de reiteradas instancias, i dejó á Bruselas á prinzipios de 1568, llorada de los flamencos, particularmente de los protestantes que tubieron por prudente i moderado su gobierno cuando le comparaban con el sebero é implacable del duque, (1) en cuyas manos quedó con efecto la autoridad absoluta despues de la partida de la duquesa : é inmediatamente zirculó el decreto en que se le daba mas poder que el que nunca tubieron sus predezesores, i que el que el soberano podia lejítimamente conferir ; pues aquella autoridad era un atentado formal contra las leyes i privilejios que solemnemente abia jurado conservar en el acto de su inaugurazion. Mas Felipe abia recurrido á aquellos medios de justificar la iniquidad, de que con tanta frecuencia se balian los católicos : obtubo de S. S. la relajazion de este juramento, i ya no ocultaba el desig-nio de establecer en Flandes el despotismo mas arbitrario sobre las ruinas de su antigua constituzion.

Abiasele conferido al duque ademas del mando en jefe de las tropas, la presidencia de los tres consejos de estado, justizia i azienda, con poder ámplio para absolver ó castigar delitos de toda espezie, segun lo juzgase combeniente. Dió prinzipio á su gobierno publicando un bando en que conzedia un mes á los reformados para que saliesen del pais, en cuyo tiempo diesen orden en sus negocios, sin temor de ser inquietados ni bejados ; pero al propio tiempo la dió él en secreto á los inquisidores para que prozediesen inmediatamente á la eje-

(1) Bentiboglio et Strada.

cuzion de los decretos con el último rigor.

Para ayudarles i animarles á ello establezió un nuevo tribunal compuesto de doze consejeros españoles, que llamó consejo de las rebuel-
ras, cuyo instituto era formar causa á los que directa ó indirectamente ubiesen contribuido á los últimos desórdenes. Era el duque el presidente, i en su ausencia un tal Bargas, conozi-
do entre los juristas sus compatriotas por su abar-
riza i su crueldad. (1)

El primer estatuto de este tribunal llamado por los flamencos «consejo de sangre» ordenaba que cualquiera que ubiese presentado ó firma-
do cualquier representazion contra los últimos decretos, el establezimiento de los nuevos obis-
pados, ó el de la inquisizion; ablado en fa-
vor de los reformados, ó insinuado de cual-
quier modo que fuese, que el rei no tenia fa-
cultad para abolir los pibilejios que abian si-
do el orijen de tantas impiedades, era reo de
alta traicion, i digno del castigo que se tubiese
á bien imponerle. (2)

Abia el duque dispuesto sus tropas del mo-
do que le parezió mas combeniente para soste-
ner este tiránico estatuto que amenazaba á
tantos ziudadanos. Izo lebantar una ziudadela
en Amberes, i forzó á los abitantes á que la
costeasen i contribuyesen así á la esclabitud
que les preparaba. En otras ziudades constru-
yó castillos: derramó por las probinzias sus
tropas, que causaban tantas bejaciones, que
los abitantes uian de su tirania, ó se abando-
naban á la desesperazion. Beinte mil personas

(1) Brandt, p. 260. i 265. Ban Meteren, lib. 3,
p. 66.

(2) Ban Meteren, l. 3, p. 66.

se salvaron entonzes en Franzia , Inglaterra i Alemania : (1) muchos detenidos en el momento en que disponian su fuga fueron víctima de las persecuciones que desolaban su pátria. Aun los inozentes , aterrados por el temor que infundian los castigos que beian imponer á los delinquentes , jemian por las desgrazias de aquel país tan floreziente en otro tiempo , i tan feliz por la blandura de su gobierno ; i que ya no ofrezia mas que objetos de orror , fugas , destierros , confiscaciones , prisiones , suplicios. (2) No se distinguia de clase , de edad , ni secso : muchachos apénas entrados en la adoleszenzia , biejos caducos , caballeros de la mas alta nobleza , ombres de la mas ínfima plebe , todos indistintamente eran sacrificados á la codizia i á la crueldad del gobernador i de sus satélites.

Aunque en pocos meses perezieron mas de mil i ochozientas personas á manos del bergugo , el sanguinario duque no se allaba satisfecho , los calabozos no estaban bastante llenos , ni los presos bastante oprimidos. Azercábase el carnabal , i esperaba que los reformados aprovechando la distraczion de los católicos , se abenturarian á salir de las guaridas en que se abian escondido , para ber á sus familias i amigos. Soltó pues á sus inquisidores i soldados como otros tantos lobos contra tímidas obejas : sorprendió á no pocos protestantes , i de sus casas i sus camas les izo trasladar á oscuros calabozos.

Muchos que no abian concurrido mas que una sola bez á sus juntas , i juraban su adesion

(1) Brandt et Bentiboglio.

(2) Bentiboglio , p. 58.

á la iglesia romana fueron aorcados ó aogados: los que confesaban ser protestantes, i se resistian á abjurar sus errores, se les ponía á cuestion de tormento para que declarasen sus cómplizes, i despues se les descuartizaba en la plaza pública: prolongábanse sus tormentos con la mas injeniosa barbarie; sus cuerpos eran quemados: i para impedir que enmedio de sus suplizios diesen testimonio de su creenzia, no se contentaban con que se sufocasen sus gritos, sino que los berdugos les aplicaban un yerro ardiendo á la lengua, i les encerraban en una máquina imbentada para bariar i agrabar los tormentos de aquellos infelizes. (1)

La pluma se cae de la mano al referir los ejemplos sin número de las crueldades del duque de Alba i sus satélites; i mas cuando se reflexiona que las malabenturadas bictimas en quienes se ejerzian tantas atrocidades, léjos de ser de aquella clase de malbados indignos de compasion por la ferozidad sanguinaria con que atropellan las leyes de la naturaleza i de la humanidad, eran en jeneral ombres inozentes i pazíficos, que abiendo adoptado las nuevas opiniones tenian demasiada probidad para no tributar omenaje á su creenzia; ó cuando mas eran de carácter lijero que se dejaron llevar de su zelo ó entusiasmo á imprudenzias que creian agradables á Dios é importantes á su gloria i á la felicidad de los ombres.

Inspiró el duque su barbarie á los majistrados subalternos, que conozian mui bien que el medio mejor de complazer al rei i á su ministro era mostrarse implacables. No obstante, muchos, mas umanos que políticos i zircunspec-

(1) Brandt et Meteren, p. 69.

tos, abisaron á los protestantes que uyesen de la tiranía. Asta los indibiduos del « consejo de sangre » sentian alguna bez que á su corazon repugnaba el horrible abuso de poder de que eran cómplices. No pudiendo resolberse á cometer legalmente tantos asesinatos, pidieron muchos lizenzia para renunziar sus plazas: otros mas animosos se ausentaron; de modo que de los doze de que el tribunal se componia, rara bez asistian mas de tres ó quatro. (1)

Por este tiempo los majistrados de Amberes, que desde la llegada del duque abian mostrado la mas ziega obediencia, creyeron que debian interzeder por algunos que abia preso la inquisizion. Su esposizion estaba conzebida en los términos mas umildes: que aunque las personas por quienes interzedian se ubiesen allados ó tres bezes en las juntas de los protestantes, fueran conduzidos por la curiosidad: que eran berdaderos ijos de la iglesia romana, i fieles basallos del rei; i que abian permanezido en los Países-Bajos asta el momento de su detenzion asegurados en la fe del bando publicado, en que se ofrezia que por un mes nadie seria perseguido por las ocurrencias anteriores á la llegada del duque.

Empero este respondió con su altibez ordinaria « que estrañaba fuesen tan insensatos

(1) La prueba es que las sentenzias no se allan firmadas mas que de dos ó tres indibiduos del consejo. La de Antonio de Straale, por ejemplo, no la firmaron mas que Bargas i otros dos. El duque asistia rara bez, escepto en los dos ó tres primeros meses; pero pronunziaba todas las sentenzias; ademas de que la actiba é infatigable crueldad de Bargas azia inútil su presenzia. Grumestone.

que se atrebiesen á pedirle por unos erejes: que no les faltaria motivo para arrepentirse de haber sido tan presuntuosos ó tan atrevidos; pues debian estar seguros de que les aria aorcar á todos para ebitar con su ejemplo que otros imitasen su audazia.» (1) No obstante, algunos nobles, i el mismo Biglio que con tanto zelo se prestaron á las medidas despóticas del cardenal de Grambela, movidos de compasion por las desgrazias que assolaban su pátria, tubieron valor para representar al rei contra las crueldades de su gobernador. Asta el papa mismo le esortó á que prozediese con mas templanza. Mas nada bastó á que suprimiese ni modificase sus primeras órdenes asta ber lo que le dezia Bargas; el cual le aconsejó que llebase adelante lo comenzado, asegurándole que el ecsito seria el mejor i mas completo; i ofreziéndole al mismo tiempo un manantial inagotable de riquezas en las confiscaciones. Bargas fué poderosamente sostenido por los inquisidores de corte; Felipe no oyó mas que á ellos; desestimó toda representazion, i las persecuciones continuaron con el mismo furor que antes. (2)

Perdió el pueblo toda esperanza de mober á compasion á su soberano, cuando supo como se ubo con su propio ijo don Cárlos. Los istoriadores coetáneos difieren en la narrazion de esta catástrofe, no menos misteriosa que trájica. Lo que nos a parezido mas consecuente i berisimil es que desde la mas tierna edad se notó en el príncipe don Cárlos un carácter impetuoso i biolento; i aunque no abia motivos para que se juzgase favorablemente de su capacidad i

(1) Brandt, p. 265.

(2) Brandt, de Thou.

talento, abialos sobrados para no dudar de su mucha ambizion i del mas beemēte deseo de que su padre le diese alguna parte en el gobierno. Empero Felipe ya por zelos, ya porque estubiese combenzido de la incapacidad de su ijo, reusó constantemente alimentar su ambizion, tratándole con la mayor reserba i frialdad, miéntras dispensaba su confianza al duque de Alba, á Rui Gomez de Silba, i al presidente Spinola; que eran prezisamente los tres á quienes el príncipe tenia una abersion imbenzible, ora por embidia, ora porque les mirase como espías puestos por su padre, para que belasen sobre su conducta. Tales disposiciones azen menos estraña la imprudenzia de no aberse abstenido de zensurar el gobierno de su padre, i particularmente los medios adoptados en los Países-Bajos; de cuyos abitantes abia dado muestras de compadezarse. Amenazaba con frecuencia al duque de Alba, i llegó á atentar contra su vida en castigo de aber azeptado aquel gobierno. Izose sospechoso de tener pláticas secretas con el marques de Mons i el baron de Montifii, i de aber formado el proyecto de pasar á Flandes á ponerse al frente de los descontentos.

Súpolo el rei, é inmediatamente consultó á los inquisidores, cuyo dictámen oia siempre en todo asunto de importanzia, i resolvió arrestar al príncipe, i frustrar así sus intentos. Entró á la noche en su cuarto acompañado de algunos consejeros i guardias, i despues de repretender su conducta le dijo: «bengo á castigarte como padre;» despidió sus criados, i dejó guardias que bistieron de luto á su desgraziado ijo. Éste, naturalmente feróz, irritado asta el extremo con semejante tratamiento pidió á su

padre i á los que con él estaban , que le quitasen la vida : se arroja de cabeza á una gran lumbré , i con no poca dificultad le sacaron de ella los guardias. Su desesperazion dejeneró en frenesí. Pasábase en ayunas dias enteros esperando despues morir á manos de su borazidad. Muchos príncipes , i toda la nobleza española interzedieron por su libertad ; empero su implacable padre fué inflexible ; i despues de tener seis meses preso á su desbenturado ijo quiso que la inquisizion le sentenziase , i le sentenzió á muerte : i á pretesto de esta abominable sentenzia dispuso el padre que se le diese un tósigo que le acabó á pocas oras á la edad de beinte i dos años. (1)

Ya abia dado Felipe pruebas de la crueldad de su carácter : bimosle asistir gustoso a contemplar á sangre fria los orribles suplizios con que en Balladolid se atormentaron á los protestantes sus basallos. Sin embargo no falta quien disculpe aquella ferozidad. Atribuyenla unos á la superstizion de que estaba imbuido, cuando otros la miran como la prueba mas combinzente de la sinzeridad de su zelo por la berdadera relijion. Empero la barbarie con que izo dar muerte á su ijo no puede mirarse bajo ninguno de estos dos puntos de bista ; sino que se miró jeneralmente como una prueba de la atrocidad del rei , tan incapaz de humanidad como desnaturalizado. Absortos no menos que orrorizados sus pueblos conozieron, particularmente los flamencos , lo inútil que era esperar grazia de un soberano que con tanta obstinazion se abia resistido á perdonar á su ijo, cu-

(1) Compárese á Tou, lib. 43, cap. 8, con Strada, lib. 7, p. 225 &c.

yo delito, dezian, era el aberse compadezido de sus calamidades, i el aberles dado alguna muestra de inclinazion. No les quedaba pues á estos desgraziados otra esperanza que la prudenzia, el patriotismo, i los grandes recursos del príncipe de Oranje.

Inmediatamente que llegó el duque á los Países-Bajos izo zitar á Guillermo ofrezéndole en nombre del rei que si se presentaba seria tratado con la mayor considerazion. Pero era el príncipe demasiado astuto para meterse en el lazo. Reusó comparezer porque «para el dia que el duque me señala, decia, no debe esperar que me presente, dado que es imposible azerlo á la distanzia en que me allo; porque el emplazamiento es opuesto bajo muchos aspectos á las leyes fundamentales de los Países-Bajos; i porque el término que se me conzede no es el que las leyes prescriben. Yo no debo bajo ningun respecto reconocer la autoridad del duque, pues como caballero del toison de oro no puedo ser juzgado sino por mis pares, i como bezino del Brabante, por mis conziudadanos. Es un atentado contra mis pribilejios el comisionar para que me juzgue á una persona incompetente, i no me queda mucha esperanza de que se juzgue mi conducta con equidad, cuando empieza la injustizia desde el nombramiento del juez, que es ademas mucho tiempo aze mi enemigo personal, que a prozedido ya contra mí sin oirme, i que por la sola suposizion de que puedo resultar culpado se apodera de mi ijo el conde de Buren, i le embia á España, á pesar de ser incontestable la inozenzia del jóben que cursaba los estudios en Lobaina, bajo la salbaguardia de los pribilejios de aquella unibersidad.»

Pasados que fueron los términos conzedidos al príncipe de Oranje, á los condes de Oogstrate, i de Culemburgo, i á otros muchos caballeros emplazados, les sentenzió el duque en rebeldía á pena capital i confiscacion de bienes. Izo arrasar el palacio de Culemburgo en Bruselas, donde muchas bezes se abian reunido los confederados: i los bienes del príncipe de Oranje, que ademas de su prinzipado en Franzia era dueño de muchas tierras en Borgoña i los Países-Bajos, los confiscó para la cámara de S. M.; empero que si se cree á algunos istoriadores se los aplicó para sí i para pago de los muchos delatores que mantenía.

Tan conozida le era al príncipe la inflexibilidad del rei, que estaba bien seguro de que nada ni nadie seria poderoso para aplacar su resentimiento ni azer que perdonase á un basallo rebelde. No obstante, para dar mas peso á su razon, i azer ber á la Europa entera que de tanto tropel de injustizias no le quedaba mas apelazion que á las armas, embió al emperador una razon zircunstanziada del modo con que se le abia tratado, i de las crueldades que el duque de Alba ejerzia en los Países-Bajos, suplicándole se compadeziese de ellos, é interzediese por él. Era Masimiliano de carácter diametralmente opuesto al de Felipe; é inmediatamente escribió á éste manifestándole que segun su dictámen i el de todos los príncipes alemanes, la conducta del duque de Alba era tan imprudente como bárbara: i para azer mas recomendable su interzesion embió á su ermano el archiduque Cárlos á Madrid.

Empero la respuesta fué la que debia esperarse de un déspota: «Las seberidades empleadas en los Países-Bajos aun no bastan para

reprimir la insolencia de mis basallos flamencos; i espero que el emperador se guardará mui bien de permitir que el príncipe de Oranje ni sus partidarios agan lebas de tropas en Alemania.» (1)

Una respuesta tan altanera á un soberano que sobre ser tan su deudo tenia la primera dignidad de Europa, manifestó cuan en bano se procuraria aplacarle; i no contribuyó poco á que Masimiliano se separase de los intereses del rei su primo, i fazilitase las lebas del príncipe de Oranje en Alemania.

Azia meses que los flamencos uidos i desterrados instaban al príncipe á que tomase las armas; pero este quisiera diferirlo algo mas, por si se presentaba algun momento favorable, no dudando que Felipe se allaria tarde ó temprano embuelto en alguna guerra con sus bezinos, y le seria imposible destinar toda su atenzion i todas sus fuerzas á oprimir á los Países-Bajos. Empero los emigrados estaban tan impazientes por bolber á su pátria, i su número se acrezentaba de dia en dia tanto, que al fin se determinó el príncipe á obrar, con tanta mas razon quanto la abia mui fundada para temer que el duque de Alba estableziese tan sólidamente su poder que fuese despues imposible derrocarle.

Bendió sus alajas, su bajilla i sus muebles. Su ermano el conde Juan de Nasau le ayudó con una suma considerable, i los flamencos refugiados en Lóndres, Embden, Clebes, i otras ziudades le remitieron socorros cuantiosos.

Sabia el príncipe que los Países-Bajos eran incapazes por sí solos de resistir á las armas

(1) Ferreras, 1568.

españolas, i que tendrian que rendirse sino les ayudaban otras nazioni; pero sabia tambien que el poder de Felipe no era ni con mucho el que fué en tiempo de María; la cual no reconoció mas lei que la voluntad de su esposo, ni escrupulizó jamas en sacrificar á la ambizion de éste los intereses de su pueblo. Si aquella reina bibiera, ó Felipe conserbara el mismo influjo en el consejo británico, en bano combatieran por su libertad los flamencos. Felizes en que Isabel por interés i por prinzipios siguiese un sistema político absolutamente opuesto al de María! Isabel adoptó en su reino la reforma, i se interesó siempre por los reformados: ayudó poderosamente á los calbinistas en las guerras zibiles que asolaron la Franzia, miéntras Felipe faborezia el partido contrario. Así Guillermo debia naturalmente esperar que no seria una mera espectadora de los alborotos de la Flandes.

Contaba tambien con los socorros de los reformados franceses, á cuyos jefes el príncipe de Condé, i el almirante de Coliñi, abia comunicado sus proyectos. Pero de quienes los esperaba mui cuantiosos era de los príncipes protestantes de Alemania, á quienes abia procurado persuadir que sino trabajaban con bigor en sostener la libertad de los Paisés-Bajos, no contasen con aquellas probinzias que tenian con ellos estrechas relaciones: que las ziuudades comerciantes que les ofrezia tan benetajosa salida á sus efectos, se combertirian en otras tantas ziuudadelas presidiadas por españoles, que su ambizioso jeneral emplearia sin duda contra las potenzias bezinas, sometida que fuese la Flandes.

Mobidos de estas razones, i animados del

zelo de sostener su creencia , el conde Palatino del Rin , el duque de Witemberg, el Landgrabe de Esse i otros muchos príncipes de Alemania , resolvieron ayudar á Guillermo , le suministraron grandes socorros en dinero, le ofrecieron mas , i le permitieron lebanar tropas en sus estados.

Miéntras el príncipe se ocupaba en reclutarlas en Clebes i en las inmediaciones del Brabante i de Güeldres, no prozedia con menos actividad su hermano Luis ázia el norte de Alemania: recojia soldados , i reunia los flamencos uidos i desterrados ; de modo que se alló mucho antes que el príncipe en estado de salir á campaña como lo izo, empezando su marcha en fin de abril ó prinzipios de mayo. Desde luego pensó sitiar á Groninga , i á este fin acampó de modo que cortó la correspondenzia de la ziedad con los Países-Bajos , dejando espedita la suya con la Alemania.

El duque embió contra él al conde de Aremberg, ofizial de mucha reputazion , con órden al de Meghen , gobernador de Güeldres , i de Zutphen para que con su rejimiento de caballería alemana se reuniese á aquel con la brevedad posible. Al azercarse el de Aremberg, mejoró Luis de campo , situándose en una colina que tenia al frente un ancho pantano.

Entonzes dieron los españoles pruebas de aquella presunzion i ferocidad que conserbaron miéntras duró la guerra de los Países-Bajos: izieron el mas alto desprezio de los flamencos, ansiaban el combate, i pidieron á gritos que se les llevase al enemigo. Procuró su jeneral contener su ardor representándoles, que ademas de la bentaja del sitio les era mui superior el ejérsito del conde Luis , é imposible

atacarle con buen ecsito antes que llegase el conde de Meghen. Pero los españoles sin respetar su autoridad ni dar oídos á su dictámen le acusan de ignorante, de cobarde i aun de desleal. No pudo el de Aremberg despreziar tan feas imputaciones. Irritado de berse tratar así «bamos, les dize, pues lo quereis; bamos, no á benzer sino á ser benzidos, menos por las armas del enemigo que por el terreno en que tenemos que pelear: nos beremos sumerjidos en el agua i en el fango antes que podamos llegar á las manos: mas, bien pronto se berá tambien si yo no tengo balor, ni fidelidad al rei.» Ordena que se marche al enemigo llebando al frente los españoles i á retaguardia los alemanes: la caballería distribuyó en pelotones segun lo permitia el terreno. Esperábale Luis con impazienza, i le bió llegar con alegría. A su derecha mandaba la caballería su ermano Adolfo, conde de Nasau, i el grueso del ejérsito tenia á la izquierda apoyado en una montaña, que abia echo ocupar por un gran destacamento de arcabuzeros: bajo de él abia un bosquezillo i un combento: el pantano casi impracticable ya dijimos que cubria el frente. Arrójanse á él los españoles sin bazilar, i llegan marchando asta el fuego de los enemigos. Entonzes fué cuando conozieron su imprudenzia, cuando ya no era tiempo de repararla. A los que entraron primero en el fango impelian los que iban detras: quanto mas abañzaban mas se undian, i mas se esponian al fuego enemigo. En esta desesperada situazion les ataca Luis de frente con el mayor bigor, miéntras su ermano les acomete con la caballería por el flanco: fueles casi imposible resistir, i padezieron un horrible destrozo. Seiscientos

murieron: á los alemanes, que se rindieron á discrezion, se dió libertad despues que juraron no bolber á tomar las armas por el duque de Alba. El conde de Aremberg izo como baliente soldado lo que le fué imposible como jeneral. Arrójase furioso á Adolfo de Nasau, que le rezibe con el mismo ardor, i le da el golpe mortal. Perdieron los españoles la artillería, el bagaje i la caja militar. Apénas se abia concluido la batalla, quando llegó el conde de Meghen con tropas sufizientes para aber cambiado la suerte de la jornada si ubiese llegado á tiempo; pero solo, fuera un desacuerdo azer rostro á un enemigo bictorioso. Metióse en Groninga, i allí recojió los restos del ejérxito benzido. (1).

La nueva de esta rota irió bibamente al duque de Alba, que sabia quanto importaban en la guerra las primeras bentajas. Beia que el conde Luis apénas entrado en los Países-Bajos abia alcanzado una señalada bictoria, i que el prínzipe estaba para caer sobre los españoles con un ejérxito mayor que el del conde. No dudaba el duque que este próspero suzeso animaria á los flamencos á declararse por los ermanos; i á los prínzipes bezinos á prestarles sus ausilios: motibos sufizientes para pasar inmediatamente á Frisia á disipar ó destruir las tropas del conde. Mas ántes quiso dejar fenezidas las causas de los de Egmont i de Orn, i de otros señores que izo arrestar á su llegada. Algunos de sus amigos intentaron disuadirselo, representándole que tales presos eran otras tantas prendas de la conducta de sus partidarios, i que su castigo no serbiria mas que para irritar á los flamencos, i disponerles á que rezi-

(1) Bentiboglio, p. 67.

biesen al príncipe con los brazos abiertos como á su libertador; empero el duque insistió en su resoluzion, temiendo, segun algunos istoriadores, que el pueblo se leuantase en su ausencia, i á biva fuerza les diese libertad. Otros pretenden que dió mas á la ira que á la prebision, i que abibado su rencor con el rebés de Aremberg, no pudo reprimirle.

En un solo dia izo ajustiziar á diez i nueve caballeros, declarados reos por el consejo de las rebueltas: su delito, aber firmado el compromiso, ó echo representaciones á la duquesa de Parma. Los católicos eran decapitados, los protestantes quemados. A Casembrot, señor de Bekerseel, i secretario del conde de Egmont, condenado por aber firmado el compromiso, se le puso á cuestion del mas horrible tormento, con la esperanza de que culpase á su amo i amigo; i quando ya desfallezido estaba próximo á espirar en el potro, furioso el duque por no aber podido arrancarle nada que justificase la condenazion del conde, mandó que fuese tirado por cuatro caballos. (1)

Apénas ai en la istoria un solo ejemplo de tan cruel castigo por culpa tan lebe. Tal fué el precursor de la sentenzia de los condes de Egmont i de Orn, que siguió inmediatamente al suplizio del malabenturado Casembrot.

Dado que las órdenes del rei i la conducta del duque fuesen una biolazion manifiesta en particular respecto de estos caballeros, empero se juzgó nezesario rebestir su sentenzia con las fórmulas legales; i antes de pronunziarla, izo el duque representar la bárbara comedia de un juizio solemne. Creia que siempre, que pudiese

(1) Grimestone et Bentiboglio.

salvar las apariencias, aplacar el ódio que debía inspirar la muerte de dos personas tan considerables, adoradas del pueblo, i distinguidas por los grandes serbizio que al rei abian echo. Pero este modo de prozeder en la causa produjo un efecto opuesto al que él esperaba, i dió á los acusados los medios de probar su inozenzia, deazer públicas las pruebas, i de denunziar á la Europa entera la cruel tiranía de Felipe. E aquí las acusaciones principales:

Primera. Que se abian ligado con el príncipe de Oranje para sustraer las probinzias de la obediencia del rei; i las pruebas de esta imputazion eran que las reiteradas ofensas que abian echo al cardenal de Grambela abian obligado al rei á esonerar á aquel ministro contra su boluntad.

Segunda. Que abian sido cómplizes de la confederazion formada para impedir el establecimiento de la inquisizion i la ejecuzion de los decretos; i que aunque el conde de Egmont ubiese sabido que Casembrot abia firmado el compromiso, le abia conserbado en su serbizio.

Terzera. Que se abian juntado en Dendremonde con el príncipe de Oranje, el conde Luis de Nasau i otros muchos, para deliberar sobre los medios de oponerse á la entrada del ejérxito del rei en los Países-Bajos.

Cuarta. En fin, que en lugar de castigar á los erejes con una inflexible seberidad les abian conzedido en algunas ziuudades la libertad de zelebrar públicamente sus juntas.

Estos dos señores protestaron desde luego la incompetenzia de tal juez, porque como caballeros del toison de oro no podian ser juzgados sino por sus pares. Negaron aber conzedido

nunca pensamiento alguno en menoscabo de la autoridad real: «cuando solizitamos que el rei llamase á Grambela, creimos i aun creemos que el serbizio del rei se interesaba esencialmente en ello, i que era el único medio de restablezer la tranquilidad en los Países-Bajos. Si emos tenido conozimiento de la confederazion, nunca parte en ella, ni en nuestra mano el disiparla. Si uno de nosotros a continuado sirbiéndose de Casembrot despues que firmó el compromiso, fué por tenerle en el conzepto de mui buen católico, i mui leal basallo del rei, como lo a probado en las ocasiones de tumultos, buscando con el mayor empeño los sediziosos. Berdad es que asistimos á la junta de Dendremonde en que el conde Luis nos propuso que nos uniésemos para impedir la entrada de las tropas españolas en los Países-Bajos; pero léjos de aczeder, nos opusimos i desaprobamos semejante intento. Emos procurado quanto en nos a sido sufocar la erejía, emos buscado i castigado con seberidad á los sediziosos; i si en algunas partes emos conzedido á los protestantes la libertad de juntarse, en eso mismo nos proponiamos impedir la destrucción total de las iglesias católicas, i los últimos eszesos que debian temerse del fanatismo de los reformados. Si somos culpables, no podemos serlo sino por aber errado en la eleccion de los medios, pero no por mala intenzion. Emos bibido, i queremos morir en el seno de la iglesia romana. I así como emos dado siempre pruebas de ser sus ijos, así tambien las emos dado de ser fieles al rei, sin que nuestra lealtad se aya desmentido nunca jamas, i sin que pueda darse prueba mas auténtica ni mas reziente que la ninguna dificultad con que condeszendimos con los deseos

de la duquesa de Parma, jurando obedecer al rei en todo, i tener por enemigos del estado á todos los que S. M. tubiese á bien declarar que lo eran.»

Miéntras los condes se defendian de un modo tan combinzente, se empleaban en su favor las mas poderosas recomendaciones.

o Mobido de compasion el emperador Masimiliano, interzedió por ellos eficazmente, i tenia tanta esperanza de aplacar al rei, que pocos dias ántes que les ajustiziasen embió á dezir á la condesa de Egmont: «que no dudaba de que sus temores por la suerte de su esposo fuesen felizmente disipados.»

o La duquesa de Parma, que jamas pudo prebeer que las quejas que dió contra ellos en tiempo de su rejenzia tubiesen tan funestos resultados, escribió al rei apoyando la representacion de la condesa de Egmont, en que le recordaba los serbizios que su marido, distinguido por sus talentos entre la nobleza flamenca, abia echo á la corona, así en su reinado, como en el del emperador su padre; i le suplicaba no olvidase las victorias que el conde alcanzara en Europa i en Africa, ni las en que tanta parte tubo. Confesaba que era delincuente á pesar de quanto dijese en su defensa, si su conducta parecia criminal á su soberano; pero imploraba su misericordia, suplicándole no permitiese que una madre desbenturada pasase el resto de sus dias en el oprobio i en el llanto, con onze ijos que ninguna parte tenian en las culpas de su padre.

o Empero el alma infernal de Felipe, para quien era tan desconozida la clemenzia como la justizia, fué insensible á estas consideraciones, i el duque, con arreglo á sus órdenes, pronun-

zió sentenzia de muerte contra los condes de Egmont i de Orn á primeros de junio de 1568, despues de nueve meses de enzierro. El obispo de Iprés les leyó la sentenzia á media noche; i ellos la oyeron con el balor i la resignazion de ombres. «No creo merezer, dijo el de Egmont, que el rei me trate con tanto rigor. Siempre le e serbido con zelo, i nunca e dejado de procurar sus intereses i su gloria; mas yo me someto sin murmurar á mi suerte: no obstante, el corazon se me parte cuando pienso en mi mujer i en mis ijos.»

Algunas oras antes de ser conduzido al caldalso escribió al rei, esponiéndole: «que aunque le ubiese condenado á muerte como traidor i fautor de la erejía, se debia á sí mismo el protestar que nunca abia faltado al respeto i fidelidad que le debia ni en dichos ni en echos, ni abia sido menos católico que fiel basallo. I no dudo, añadió, que cuando V. M. se alle mejor informado de lo ocurrido en los Países-Bajos, se combenzerá de la injustizia con que se me condena. Boi á ser castigado por lo que no e echo ni aun pensado azer, i de ser así, pongo por testigo á Dios, ante quien boi á parecer en este dia. Suplico, pues, á V. M., i es la última grazia que le pediré en mi bida, que se digne de apiadarse de mi mujer i de mis ijos, en considerazion á mis primeros serbizios i á la pureza de mis intenziones. En esta esperanza boi á padezer con resignazion el suplizio á que V. M. me condena.» (1)

Azia pocos días que trajeron á los condes, de Gante á Bruselas. Al de Egmont condujeron primero á la plaza mayor en que se abia de

(1) Strada &c.

azer la justizia. Julian Romerò, mariscal de campo, estaba á su lado, i el obispo de Iprés le auxiliaba. Estaba el cadalso enlutado, i diez i nueve compañías de infantería le rodeaban. Subió el conde acompañado de solo el obispo, i despues de aberle ablado algunos instantes, se incó de rodillas, i así permanezió orando algun tiempo. Se levantó, se desnudó por sí mismo, i embolbiéndose la cabeza i la cara con un pañuelo, bolbió á incarse de rodillas, puestas las manos, i así rezibió el golpe mortal.

Cubrieron al momento la cabeza i el cadáver ensangrentado para que no le biese el de Orn, que llegó muy luego con el mismo acompañamiento que su amigo. Subió al cadalso, i preguntó si estaba ya decapitado el de Egmont, i se le respondió que sí. «No nos emos bisto, dijo dirijiéndose al pueblo, desde que nos prendieron: mas aprended en nuestra suerte, ¡o amigos míos! asta donde se estiende la obediencia que buestros señores os ecsijen. Si e ofendido á alguien, le pido perdon, i me encomiendo á buestras oraciones.» Dichas estas brebes palabras, se desnudó tambien por sí mismo, i sufrió su suerte con noble continente i la mayor tranquilidad. Estubieron las cabezas una enfrente de otra puestas en sendas picas asta despues de medio dia, que juntas á sus cuerpos, se dieron á sus amigos. (1)

Fué unibersal el dolor que causó la muerte atroz de estos dos grandes ombres: el pueblo no pudo contener su indignazion por mas peli-gro que ubiese en manifestarla delante de tantas tropas como rodeaban i guardaban el cadalso. Muchos se arrojaron á él, empaparon pañue-

(1) Stradá.

los en la sangre de sus desbenturados conziudadanos, i juraron en presenzia de los españoles que antes de poco se abian de arrepentir el gobernador i sus satélites del cruel asesinato que acababan de cometer. (1)

El conde de Egmont no tenia mas de cuarenta i seis años. A sus talentos sobresalientes unia la mayor probidad, conducta decorosa i afabilidad estremada. Desde su mas tierna juventud abia acompañado á Cárlos V en sus espediciones militares, adquiriendo en todas ocasiones estimazion i gloria. Al paso que sus virtudes militares le azian zélebre, su carácter i sus modales le azian adorar de todo el mundo. De las dos victorias que los ejércitos de Felipe ganaron á los franceses en san Quintin i en Grabelinas, combienen todos en que la primera se le debió en gran parte, la segunda en el todo. Nadie ignoraba las bentajas que Felipe sacó de ellas, ni nadie supo sin orror la ingratitud con que pagó á quien le izo tan importantes serbizios. (2)

Dado fin á tan tremenda catástrofe, bolbió el duque todo su cuidado á echar de las probinzias al conde de Nasau i su ejército. Izo poner puentes en el Mosa, et Rin i el Issel, i marchó derecho al enemigo. A mediados de julio llegó á Debenter donde abia de juntarse la masa jeneral del ejército: juntaronse, pues, doze mil infantes i tres mil caballos, i con ellos

(1) Bentiboglio.

(2) Al mismo tiempo se ajustiziaba en Madrid al baron de Montifii, ermano del conde de Orn, embiado por la duquesa de Parma con el marques de Mons, muerto algunos meses antes, para presentar al rei la representazion de los confederados.

de allí á poco dió vista al del conde Luis que sobre ser mui inferior en número aun lo era mucho mas en la calidad. Bien lo conozió el conde , i por lo mismo trató de retirarse , i lo izo en mui buen órden i con poca pérdida. Reparó en Jemminjen i allí acampó tomando una posizion casi inatacable : tenia á la espalda el lugar de Jemminjen , á la izquierda el Ems por donde podia proveerse de biberes de Embden i de otras partes , i su derecha ocupaba una llanura erizada de trincheras i reductos. Empero la prinzipal bentaja de esta posizion era que los españoles no podian atacarla sino pasando por una espezie de desfiladero , pues nezesitaban costear el rio por el dique , el cual dominado por una batería se estendia diez millas rodeado del Ems por una parte , i de un pantano por otra : i el proyecto de Luis era romper el dique é inundar el pantano. En tan bentajosa posizion esperaba que no le seria difizil contener al enemigo asta que su ermano empezase las operaciones i obligase al duque á retirarse.

Conozido por éste el intento , i el peligro á que se esponia de diferir el ataque , izo abanzar con la mayor prontitud á sus soldados biejos , i llegó al enemigo cuando estaba ocupado en romper el dique. El conde i los ofiziales por sí mismos trabajaban : á vista de los españoles corrieron los flamencos á las armas , pero tubieron que zeder al número i retirarse á sus baterías. Fiaba Luis que con su artillería conserbaria el terreno ; pero los alemanes de su ejérxito , que no eran menos de siete mil , no abian rezibido su pre en algunas semanas ; i presumiendo que si el jeneral no se los daba era porque no desertasen , determinaron baler-

se de esta ocasion para arrancárselos ; i amenazaron de no pelear si al instante no se les pagaba. Súpolo el duque por sus espías ó por los desertores , é inmediatamente resolvió atacar la batería : izo que entrase en el pantano parte del ejérxito que le alló mas transitable de lo que esperaba , porque el estío le abia desecado , i el conde no tubo tiempo para inundarle. Dió por un costado en los flamencos, miéntras con el resto del ejérxito atacaba con bigor la batería. El conde i los flamencos se defendieron algun tiempo con mucho valor , pero biéndose abandonados de los alemanes , que sobrecojidos de terror casi nada izieron de provecho , tubieron que retirarse. Estas tropas indisciplinadas rezibieron el justo castigo de su rebellion ; pues que casi todas fueron destrozadas : los que quisieron uir á nado se aogaron , i los que no , cayeron bajo la espada del enemigo. El duque no perdió mas que ochenta ombres ; el conde casi siete mil. Despues de inútiles esfuerzos para reunir sus tropas dispersas, se salvó en un barquichuelo , i partió á Alemania con el conde de Oogstrate. (1)

El duque de Alba tomó la buelta de Groninga , i en seguida pasó á Utrecht i á Amsterdam. A su paso azia las mas seberas imbestigaciones para descubrir protestantes , i castigaba con el mayor rigor á todos los que tubieron parte en las últimas sublebaziones. De buena gana diera mas tiempo á esta ocupazion como mas análoga á su feróz carácter ; empero supo que el prínzipe de Oranje abanzaba por Treberis amenazando á la Güeldres ó al Brabante.

(1) Strada, Bentiboglio, et Grimestone : (ist. gen. des Pais-Bas.)

Antes de salir de Alemania publicó el príncipe un manifiesto de los motivos que le obligaban á recurrir á las armas. «Ya no me queda, dezia, ningun otro medio de preserbar de la esclabitud á los flamencos. Es una obligazion indispensable de todo ziudadano el defender á sus compatriotas, tanto mayor quanto mas deba como yo á la pátria, por el mayor rango que en ella tenga. Yo espero que el rei se verá pronto libre de los pérfidos consejeros que le estrabian; pero sea de esto lo que quiera ningun flamenco debe serbir al soberano en detrimento de las leyes; i Felipe no tiene en los Países-Bajos el poder legal que en los otros sus estados; ni es nuestro rei sino en quanto mantiene nuestros fueros. Nuestra constituzion fundamental desliga á los pueblos del juramento de fidelidad si el príncipe usurpa sus derechos.»

Declaró tambien en este manifiesto que abia mudado de opiniones en materia de relijion, por aberse combenzido de que las de los protestantes eran mucho mas conformes á la escritura, que sin duda debia ser la guia del cristiano.

No pasaba su ejérsito de beinte mil ombres, i el duque podia oponerle otro igual despues que rezibió los socorros de España, é incomparablemente mejor probisto de muniziones de toda espezie: bentajas que no se le ocultaban al príncipe, pero le estrechaban tanto los flamencos á que se internase en las probinzias, i le ablaban con tanto calor del odio que en todas al duque se tenia, que llegó á creer que su arribo causaria una reboluzion, i que algunas de las ziudades de primer órden le abrian las puertas.

Pasó el Rin sin obstáculo á fines de agosto, un poco por zima de Colonia; i cayendo sobre la izquierda abanzó ázia Ais-la-Chapelle. A poco llegó el duque á Maestricht. El príncipe se acercó desde luego á Lieja esperando que se declarase en su favor; pero engañada su esperanza bolbió al Norte con intenzion de badear el Mosa. El duque atënto á impedirselo, puso apostaderos á lo largo del rio, i acampó el ejército tan zerca como pudo del enemigo.

Mas despues de muchas marchas i contramarchas alló el príncipe medio de pasar de noche el Mosa enfrente de Stoken; por donde el duque lo juzgaba imposible. Con los calores del estío abia el rio bajado mucho; i el príncipe á imitazion de Zesar en el paso del Loira, izo que entrase la caballería en el Mosa por zima del bado, i formó así una espezie de dique contra la rapidez de la corriente.

Cuando á la mañana se le dijo al duque, no lo creyó, i con aire desdeñoso dijo al oficial que le dió la notizia «si creia que el enemigo tubiese alas.» Quiso el príncipe persuadir á sus tropas lo combeniente que seria atacar al momento á los españoles; que zierto, si se les ubiera sorprendido tan inesperadamente muy probable era que no izieran una gran resistencia. Empero los alemanes, que desgraziadamente para ellos i para la causa que defendian, nunca prestaron á sus jenerales la obediencia que debieran, reusaron abanzar mientras no se les diese una noche de descansó; i esta tenazidad pribó al príncipe de la única ocasion que jamás le bolbió á ofrezzer el duque de que le obligase á pelear.

Al dia siguiente cuando el príncipe ofrezzió la batalla, alló tan atrincherados á los espa-

ñoles que nada podia emprender contra ellos con esperanza de buen éxito. Chiappino Bittelli, ofizial de mucha reputacion, aconsejó al duque que la azeptase, con tanta mas razon, dezia, quanto el enemigo fatigado con el paso del rio, aun no abia tenido tiempo de dar disposiciones, ni de asegurarse una retirada, i que importaba mucho umillar las tropas flamencas, antes que las zidades fortificadas se declarasen por el prínzipe.

Empero el duque estaba firmemente resuelto en no dar nada al acaso: conozia que él abenturaba infinitamente mas que su enemigo; i que una derrota no se reduziria solo á la pérdida del ejérxito, sino á la de la mayor parte de las probinzias. Sabia el duque ademas el poco dinero que Guillermo tenia, i no dudaba que le fuese imposible mantener por mucho tiempo tantas fuerzas, i mas estando tan zerca el imbierno: i juzgaba mui probable que el prínzipe se destruyese á sí mismo, i se allase prezisado á dejar la Flandes, á no ser que se apoderase de alguna plaza prinzipal.

Juzgaba tambien que los intentos del prínzipe eran pasar al Brabante, i por eso izo que se reforzasen las guarniziones de Tillemont, Lobaina i Bruselas. I así fué que cuando Guillermo se encaminó á Tongres se alló rodeado en términos que le fué imposible azercarse. A do quiera que se dirijia le seguia el duque, inquietaba sus cuarteles, atacaba los comboyes, i le dificultaba los medios de adquirir forrajés i probisiones; miéntras que él se atrincheraba con tanta habilidad que era imposible atacarle ni obligarle á pelear.

En tal estado eran inevitables las frecuentes escaramuzas con bentaja ya de unos ya de

otros; empero los movimientos de los dos caudillos eran tan bien ordenados, i su conducta tan prudente i zircunspecta, que ninguno dió al otro la menor ventaja.

La única de que los españoles pudieran gloriarse seria de la que obtubieron en el paso del Jeet, en que atacaron la retaguardia de los flamencos, mataron algunos soldados, i los demas dispersaron. Pero se desquitaron estos en Quesnoi. Iba á rezibir Guillermo al señor de Jenlis con quien el príncipe de Condé le cambiaba un refuerzo de tropas que reparasen las pérdidas padezidas en el Brabante: destrozaron diez alférezes alemanes, ocho españoles, i tres compañías de caballería lijera. (1)

Mas ya empezaba á suzeder lo que el duque abia prebisto. El príncipe se allaba cruelmente engañado por los mas de los que le abian ofrezido dinero. El terror que inspiraba la tropa española, i las sabias dispoziciones de su jeneral impidieron que le acudiesen sus amigos. Su campo estaba falto de todo, ansiando apoderarse de alguna gran fortaleza, i en la imposibilidad de resolberse á acampar en medio del invierno. Los alemanes que mas de una vez se abian ya amotinado, desertaban á bandadas. En este estado quiso mas el príncipe lizenziarlos que berlos desbandarse enteramente. Dioles una parte de su pre, i letras por el resto sobre el señorío de Montfort i el prinzipado de Oranje. (2) I con tanto se retiró á Franzia con su ermano Luis, llebando mil ó mil i doszientos caballos en socorro de los calbinistas.

(1) De Tou.

(2) De Tou, Albanus, p. 19. Meteren, p. 79.

Tal fué el ecsito de las primeras tentativas que los Nasaus izieran para librar los Países-Bajos del yugo español. Es fázil conozer que si ubieran empezado juntos sus operaciones, i entrado á la par en las probinzias, ubieran echo mucho mas. El duque abria tenido que dibidir sus fuerzas, i mui probable que zeder al número: mas el conde que reclutó su jente antes que su ermano se alló por desgrazia falto de medios para mantenerla en inacion, i nezesitó abrir la campaña tambien antes. La misma falta de medios fué igualmente causa de que el prínzipe gastase mas tiempo, i la que en fin le obligó á desazer su campo.

I S T O R I A

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO NOVENO.

PRIMERA PARTE.

Miéntas la intoleranzia i el despotismo de Felipe azian una guerra devastadora en los Países-Bajos, las mismas causas produzian los mismos efectos en el reino de Granada, en que los moros embilezidos asta el estremo por la más infame abyeczion é insufrible tiranía, eran en fin probocados á sacudir el yugo con las armas. Abian sido dueños de casi toda España por muchos siglos, asta que en 1492 fueron de todo punto subyugados por Fernando el católico: empero el pueblo subsistia, aunque abolido su gobierno; i no solo se le abian dejado sus propiedades, i permitido sus usos i sus trajes, sino tambien el ejerzizio de la religion de sus padres; de modo que nada mas perdieron que sus reyes; sin que el político Fernando escrupulizase de jurar solemnemente la guarda de estos conziertos, miéntas allaba medios de reduzirlos á que abrazasen la religion católica.

Mas luego que la esperiencia de muchos años le combenzieron de que el trabajo, la predicacion i las instrucciones de los sazerdotes empleados en su conversion eran absolutamente inútiles, olvidó lo que jurado abia, i puso por obra el intento que tubo siempre de obligarles por la fuerza á que renunziasen á su creencia. A pretesto de que los moros violaran las condiciones con que se les conzediera la paz, porque algunos de ellos irritados contra el gobierno tiránico i biolento del cardenal Zisneros, eszitaron algun mobimiento, pronunzió Fernando sentenzia de muerte contra los abitantes de Granada; declarando que se ejecutaria irremisiblemente sino renunziaban al maometismo. Sobrecojidos de terror, zinquenta mil se izieron cristianos, como quiera que no ubiesen tenido parte en la rebelion. Mas los abitantes de las villas i aldeas, indignados de lo que con sus ermanos se azia, i temiendo experimentar la misma injustizia se prepararon á resistir á sus opresores. Empero Fernando no menos prudente i actibo, que ambizioso i pérfido, se arrojó á ellos al frente de un ejérxito formidable, i antes de que se pusiesen en estado de defensa les tomó una zidad, pasó á cuchillo á los abitantes, i obligó al resto de la probinzia á someterse. A algunos permitió que pasasen á Africa por zierta cantidad que dieron: la mayor parte fué obligada á quedarse i abrazar la relijion cristiana. Sin embargo, aunque forzados á conformarse con las ceremonias i ritos católicos, el apego á su secta no les dejaba disimular la repugnanzia que les costaba, ni la biolenzia con que lo azian. Los inquisidores obserbaban de zerca su conducta i se encarnizaban en su castigo: muchos eran

quemados como los erejes, i muchos miles uyeron de miedo á Berbería.

Representose con frecuencia á la corte acerca de estas emigraciones, i del daño que causaba á la tierra la seberidad del santo ofizio; pero la mayor parte de estas representaciones ó no llegaban al rei, ó no azia caso, puesto que los inquisidores continuaron con el mismo desenfreno las mismas bejaciones, dando libre carrera á su fanatismo.

Los istoriadores españoles que escribieron del fin del reinado de Fernando, i de todo el de Cárlos V, rara vez ablaron de los moros; de modo que por medio siglo parecen ú olvidados ó sin dezir de ellos mas que el que conserbaban la propia abersión á los cristianos i al cristianismo. Empero la buelta de Felipe á España alentó á los inquisidores por el conozimiento que tenían del zelo sebero i de la ardiente superstizion del rei, i esperaban les oyesse favorablemente; i así fué que imbocaron de nuebo su autoridad contra aquel desgraziado pueblo, i renobaron sus quejas contra sus impiedades i obstinazion. «Solo de nombre són cristianos, dezia á Felipe el arzobispo de Granada Guerrero, i de corazon maometanos. No oyen misa los dias de prezepto sino por ebitar la pena en que incurren los que no asisten. Enzierranse en sus casas, trabajan los domingos i las fiestas de guardar, i se uelgan i solazan los biernes, en que los cristianos azen penitencia. Presentan sus ijos al bautismo; mas apenas le reziben cuando los laban con agua caliente para insultar este augusto sacramento; los zircunzidan, i les ponen nombres moriscos. Bienen á casarse á la iglesia porqué las leyes lo esijen; mas apenas tornan á sus casas, cuando

se bisten á su usanza i zelebran sus bodas con cánticos, danzas, i zeremonias particulares á su nazon.»

Estas representaciones debian erir bibamente el ánimo del rei: mas el arzobispo que sabia que no era menos político que religioso procuró eszitarle en ambos conzeptos; i así, á lo que achacaba á los moros aun añadió, que mantenian correspondenzias criminales con los turcos, i con los piratas berberiscos: «acostumbran, dijo, robar niños cristianos, benderlos, i embiarles á Berbería, donde les crían en la relijion maometana.» No podemos asegurar si esto último era zierto, pues carezemos de pruebas; pero los moros de España tenian tanta analogía con los de Africa, en relijion, costumbres i lengua; los inquisidores i su bárbara persecuzion les causaban tanto orror; el gobierno tiránico de Felipe les era tan odioso; estaban tan resentidos de berse escludos de todo destino de confianza i de todo privilejio onroso, que no es lestraño que Felipe juzgase necesario tomar precauziones contra ellos.

Fué la primera el desarmarlos, i para ello embió bajo barios pretextos muchos rejimientos que se acuartelasen en Granada, i en todas partes se apoderaron de todo jénero de armas; pero el rezelo con que los moros bibian les indujo á ocultar muchas.

Esta pública demostrazion de desconfianza, i este acto de autoridad agrabó el desabrimiento de los moros, i no les irritó á ellos menos que animó á los inquisidores á multiplicar sus quejas, en que esponian la nezesidad de emplear medidas mas eficazes que asta allí. El rei estaba mui bien dispuesto á seguir los consejos

violentos que se le diesen ; i despues que consultó con un teólogo llamado Oradizi i le respondió como buen inquisidor con el adajo que « de los enemigos los menos » quedó muy satisfecho con la respuesta.

Firmemente resuelto á estirpar de sus estados el ejerzizio pribado de la religion maometana , así como sus predezesores abolieron el público , ubiera sofocado antes la fe musulmana en la sangre de los moros , que renunciado á prezisarles á que la abjurasen. Dió pues orden á una junta de eclesiásticos escojidos para que le propusiesen los medios mas propios de lograr su intento : i conformándose con su dictámen, mandó publicar un edicto que contenia los artículos siguientes , é imponia la pena de muerte á los contrabentores. « Los moriscos no ablarán su idioma ni otro que el castellano : dejarán sus trajes i usos , i adoptarán los de los castellanos : no tendrán nombres ni apellidos moros , ni otros que los que en España se usan : no traerán las insignias particulares con que se distinguen los sectarios de Maoma : sus baños serán inmediatamente demolidos : sus mujeres no se presentarán en público con belos : ninguno podrá casarse sin obtener dispensa del obispo ; ni mudar de demizilio sin lizenzia : se les proibe el uso de armas , i el conserbarlas. »

El ejerzizio de su religion les estaba ya prohibido bajo las penas mas severas por los predezesores de Felipe , i por eso no se izo ninguna menzion en el bando. Prebieron los moros que el berdadero objeto de la nueva lei , era dificultar de cada vez mas el ejerzizio secreto de su religion , i acabar así con ella. Mas , aunque no temieran tan fatales consecuencias del bando , no por eso debia esperarse que sufrie-

sen tantos ultrajes con bil resignazion. Los ombres se suelen apegar mas á las formas esteriorres, i á los usos ordinarios de la vida, que á las cosas mas esenziales á su felicidad. El zelo de los moros por su relijion, unido á aquel apego que tenian á las costumbres trasmitidas de padres á ijos; i sobre todo bibamente eridos por las injustizias que esperimentaban i las innumerables crueldades que de los inquisidores sufrían, les tenian tan indignados que se resolvieron en esponerse á todo antes que someterse al bando destructor de la poca libertad que les quedara. Empero como al mismo tiempo conozian su debilidad, i ningun socorro podian prometerse de las potenzias estrangeras, antes de tomar las armas combinieron en tantear si les era posible persuadir al rei que rebocase sus órdenes.

«Nuestro traje, dezian, ninguna relacion tiene con nuestra relijion, ni es mas cristiano que maometano, pues que los abitantes de Marruecos, de Fez i de Constantinopla se bisten diferentemente, mientras los cristianos esparzidos en Turquía bisten á la turca. Mándanos que compremos trajes á la española, lo cual será obligar á muchos á azer gastos superiores á sus facultades. Si nuestras mujeres usan belos es solo por modestia; además de que tambien está en uso en muchas zudades de Castilla, i del reino de Granada: nuestras danzas i nuestra música son dibersiones indiferentes á que nos damos los dias de fiesta, sin que tengan ninguna analogía con nuestra relijion, pues los prelados mas distinguidos por su zelo i santidad las an mirado como plazerres inozentes.»

«Nuestros baños no son mas que una costumbre introduzida por el gusto del aseó: los

de los ombres están separados de los de las mujeres; i desafiamos á los cristianos que los guardan á que prueben que ni unos ni otros ayan jamas serbido para usos que ofendan la dezenzia, i menos la relijion. Respecto de nuestra lengua, es difizil conzebir en qué puede el árabe ser opuesto al cristianismo; ademas de sernos imposible dejar de ablarle, dado que la mayor parte de los nuestros estan mui adelante en la edad para aprender nueva lengua, i que muchos no saben mas que la suya, ni tienen medios para aprender la castellana.» I concluyeron reiterando sus protestas de fidelidad al rei, i suplicándole se sirbiese de tener presente que en las guerras estrangeras abia recibido de ellos mas de una prueba de su rendimiento, i adesion.

Los moros no tenian ningun aczeso al trono, i era mui de temer que sus representaciones no llegasen al soberano; pero se las presentó el presidente de la chanzillería de Granada, D. Daza, sostenido por don Juan Enriquez, don Antonio de Toledo, el prior de Leon, i el marques de Mondejar, capitán general de la probinzia, que tomó con el mayor empeño el que el rei recibiese sus órdenes. Conozia mejor que nadie á los moros, i no dudaba que el bando produjese una rebelion. Empero Felipe abia meditado con mucha detenzion el partido que acababa de tomar; i como los consejeros de su mayor confianza le confirmasen en su resoluzion, á nada quiso dar oidos, i mandó al de Mondejar que inmediatamente partiese á Granada á prepararse para todo lo que pudiese ocurrir, empleando si fuese nezesario la fuerza para obligar á los moros á que obedeziesen. Mas no bien supieron ellos el resultado de su esposizion cuando proyectaron rebelarse, i

juntos los prinzipales en Cadiar, ziadad puesta á la entrada de las Alpujarras, acordaron embiar á Arjel, Fez i Constantinopla en demanda de socorros, i repartieron emisarios por las probinzias inmediatas que dispusiesen los ánimos á la rebelion que se meditaba.

En todas partes en que no abia presidio que les tubiese á raya, fué oido con aplauso el intento de recobrar con las armas la libertad; i en poco tiempo toda la Alpujarra, que tiene diez i siete leguas de largo i diez de ancho, sembrada de lugares i aldeas con multitud de abitantes, se puso en armas: rezibieron un refuerzo de algunos zentenares de turcos, i muchas muniziones de guerra que les embiaron de Africa, lisonjeándose de que ademas les embiaria muy pronto el gran señor socorros considerables.

Los jefes moriscos tubieron entre tanto otra junta en que elijieron por rei á don Fernando de Balor, mozo de asta beinte i zinco años, de la alcurnia de sus antiguos soberanos, i llamado en zierto modo por su balor, su actibidad, i la opinion que de sus talentos se tenia, á la peligrosa dignidad que le ofrezian sus compatriotas. Tomó el nombre de Aben-Umeya, que fuera el de sus abuelos: rebistiéronle de las distinziones que usaban sus reyes, i con las zeremonias que se acostumbraban quando se elejian, é inmediatamente empezó á azer uso de su autoridad nombrando ministros i ofziales, i embiando órdenes á los jefes que no se abian allado en la junta, para que estuviesen dispuestos á obrar al primer abiso.

Era su prinzipal objeto apoderarse de Granada, donde esperaba poderse defender asta la llegada de los socórros turcos, i no sin fundamento; puesto que sus partidarios abian intro-

duzido en ella el espíritu de conspiracion con el mayor sijilo, i sin que nadie la ubiese rebelado. Sus juntas abíanlas tenido con pretextos que engañaron la penetracion de los españoles; i los preparatibos militares solo en las Alpujarras se abian echo. No obstante, algo barruntó el de Mondejar, que le izo representase al rei la nezesidad de mas tropa. Pero en aquel mismo tiempo, eszitado el presidente Deza por los furiosos zelos que contra el comandante jeneral tenia por competencias de jurisdiccion, espuso al rei que este abultaria el descontento de los moros; que ninguna aparienzia abia de mobimientos: que el último bando bastaria para contener á Granada, i dar fuerza á la autoridad zibil; i en fin, que el marques no desearia la guerra, sino esperara mandarla él, ó el conde de Tendilla su ijo.

El presidente tenia amigos en el consejo, por cuyos ojos beia Felipe, que aunque naturalmente próbido i sospechoso, ningun caso izo de las representaciones de Mondejar: por lo qual no se le embiaron las tropas que pedia, la guarnizion de Granada no pudo reforzarse, i la ziuudad se salvó por un aczidente imposible de prebeer. Fué así, que como ya emos dicho, Aben-Umeya mantenia correspondenzia secreta con los del Albaizin, que viene á ser una parte de la ziuudad, i dió órden de que pasase allá Aben-Faras á fines de diziembre con un cuerpo de seis á siete mil ombres; que si ubieran llegado al tiempo combenido, ayudados por los abitan-tes, tubiera la guarnizion que zeder al número. Empero abiendo caido una gran nebada en las sierras que Aben-Faras tenia que atrabesar, apénas pudo azerlo con ziento zincuenta ombres, i con ellos se metió de noche en el Albai-

zin ; i es indudable que si ubiera logrado que los abitantes tomasen las armas, se ubiera apoderado de la ciudad. Mas, aunque sinzeraamente adictos á su nuevo señor, no osaron declararse en su favor al ver los pocos que les abian de ayudar. Con tanto, i despues de estar en la plaza algunas oras, tubo Faras que salir antes de amanecer, i tomar la buelta de la sierra, cuya niebe detubiera su campo. Por fin, abrió Felipe los ojos, conozió que sus consejeros le abian engañado, i dispuso que inmediatamente se embiasen al marques las tropas que abia pedido.

Ocupábase entonzes Aben-Umeya en fortificar los desfiladeros i las gargantas que iban á las Alpujarras: despues se puso al frente de un cuerpo de tropas, confió otro á Aben-Faras, i fueron de lugar en lugar, esortando i aun obligando á los moros á sublebarse, destruyendo los altares i las imágenes, combirtiendo en mezquitas las iglesias, i dando cruel muerte á sazerdotes i cristianos que se resistian á abrazar el islamismo.

Estrechado el marques de Mondejar á atajar los progresos de los reboltosos, salió de Granada tan luego como pudo reunir algunas tropas. Disputaronle los moros la entrada en las montañas; pero eran incapazes de resistir mucho á los esfuerzos de los intrépidos españoles, que no encontraban paso que no benziesen, pasando á cuchillo á algunos moros, i aziendo prisioneros á muchos. Uyó Aben-Umeya con las reliquias de su ejérxito á lo mas inaczesible de las montañas; empero en pocos meses quedaron todas las Alpujarras sometidas. Atemorizados los moros con los rápidos progresos del marques, deponen las armas, acuden á bandadas,

i embian á pedir perdon. Conzedioles Mondejar la paz, á tal que en lo suzesibo obedeziesen al rei, i les libertó de las bejaziones que los soldados les causaban, i eran lo que mas temian. La misma fortuna tubo el marques de los Belez, que mandaba otro campo en las zercanías de Almería, desalojando á los moros de los puestos inmediatos al mar, en que se abian ya fortificado para fazilitar el desembarque de los turcos. Con tanto, creyó Mondejar que la guerra estaba acabada, i que Aben-Umeya se allaria pronto reduzido á rendirse ó espatriarse. Informó al rei del estado de los negocios, pidiéndole sacase de la probinzia parte de las tropas; pues su objeto era calmar los ánimos, i así trataba con blandura á los moros que se abian sometido, i aún á los prisioneros. Pero por desgrazia no tenían los amigos del marques tanta mano en la corte como sus enemigos, i Felipe preferia por temperamento i por prinzipios la seberidad á la indulgenzia: fué insensible á las representaciones de Mondejar, i dispuso que todos los prisioneros de mas de onze años, sin distinzion de calidad ni sesso, fuesen bendidos por esclabos. (1)

Este bárbaro prozeder abibó el enojo de los rendidos, i aumentó el orror que todos tenían al yugo español: unos i otros fueron mui luego tratados de un mismo modo.

No sabemos, ni en el dia es ya posible abriguarlo, si el erario se allaba tan esausto como se dezia, ya por los inmensos gastos que

(1) De resultas de este tratamiento dize Ferreras que una multitud de moras bibieron en esclabitud algunos años, i después murieron á los rigores de la tiranía.

ocasionaron los últimos armamentos en el mediterráneo, ya por los indispensables en la guerra de los Países-Bajos, ó ya en fin porque zelosos de Mondejar los ministros se baliesen de este pretesto para mortificarle; fué lo zierto, que por el moubo que se quisiese, las pagas de la tropa se abian atrasado, é importaban tanto, que le era imposible al marques el satisfazerlas; de que resultó lo que es natural en un ejérxito que no se le paga: el jeneral perdió su autoridad; los soldados i aun muchos ofiziales abandonaron el serbizio, se derramaron por el pais, i le saquearon, degollaron muchos moros, i esclabizaron mas; todo en contrabenzion de la promesa que el capitan jeneral les abia echo de que no serian molestados. Procuró el marques con la mayor actibidad i zelo poner fin á estos eszesos, embiando soldados de confianza que reprimiesen i castigasen los que debastaban el pais; pero sus deseos fueron infructuosos, porque sus tropas no fueron sufizientes: los españoles continuaron aprobechando toda ocasion de saziar su concupiszenzia, dejando despues sus banderas, i pasándose con la presa á las probinzias bezinas.

La desesperazion de los moros abia llegado á colmo; i las reiteradas bejaciones que sufrían les izieron arrepentirse de la fazilidad con que se sometieron. Combenzidos ademas por una cruel esperienzia de que no debían contar con ninguna promesa de sus pérfidos enemigos, para quienes ningun conzierto era sagrado, buelben á las armas, buscan ansiosos en quien bengar, degüellan las partidas españolas derramadas por la montaña, i resuelbense á probar nueva fortuna, bajo la direzion del electo rei. En tanto rezibe Aben-Umeya de Africa un sos

corro de cuatrocientos turcos á que dezian seguiria mui pronto una numerosa armada i un poderoso ejérxito. Sedientos de benganza i animados con esto, no dudaron ya tomar las armas; bien persuadidos de que las calamidades inseparables de la guerra no podrian ser menos llebaderas que las que padezian en el seno de aquella paz que los españoles biolaban.

Déjase bien conozer que los enemigos del marques no atribuirian esta nueba sublebazion á las mismas causas que sus amigos. Aquellos dezian «que se abia engañado en el modo de azer la guerra, i en el de ajustar la paz: que abia dejado las armas, incurriendo en el absurdo de creer que los moros, conozidos por su dobléz, guardarian el asiento echo, mas tiempo que el que á ello se les obligase; i que no era menos absurda la esperanza de que infieles obstinados abrazasen nunca de buena fe la católica: que las crueldades cometidas en los sazerdotes, i los sacrilejios, pedian benganza; i que la justizia así bien que la política esijan que fuesen todos pasados á cuchillo ó vendidos como esclabos.»

Los partidarios del marques sostenian «que aquel pueblo abia sido castigado con eszesiba seberidad, i que ademas no abia echo otra cosa que seguir el impulso de sus jefes. La umanidad, dezia el jeneral, i el interes del rei me an impedido el sacrificar á una inútil i desapiadada benganza millares de basallos útiles, i la mayor parte inozentes del crimen porque se les quiere sacrificar ¿Qué ubiera yo echo con llebar la desolazion á una tan gran parte del reino? ¿i qué con pribar al rei de tantos basallos? De ningun modo es creible que ubiesen faltado á lo prometido, ni renobado la guerra si antes no ubieran sido víctimas del furor de los solda-

dos, á quienes me a sido imposible contener, porque el ministerio a descuidado remitirme las pagas de estos ombres ferozes, que no tienen otro mobil que el oro; i tambien porque mas de un sujeto a procurado amotinarlos contra mi autoridad, i despojarme de todo influjo en sus ánimos.»

Esta dibersidad de opiniones tenia al rei en la mayor indezision; asta que en fin, fuese por sí mismo, ó porque la mayoría de su consejo desaprobaba la conducta del marques i la blandura con que queria tratar á los moros; ó bien porque no quisiera dar á los enemigos del jeneral, que eran por la mayor parte sus favoritos, el disgusto de que le biesen conserbar la autoridad absoluta en la probinzia de Granada, resolvió embiar á su ermano natural don Juan de Austria.

Nazió este príncipe en Ratisbona, de una alemana llamada Blomberg, i le crió secretamente Luis Quijada, señor de Villagarzía, en calidad de ijo, asta que llegó Felipe á España en 1559, i á poco le reconozó por ermano á insinuazion de su padre. Púsole casa correspondiente á su calidad, i le izo educar en la corte con el mismo esmero que á su propio ijo.

Era don Juan mui parezido á su padre, así en la apostura como en la grazia de sus modales. Mui desde los prinzipios dió muestras de inclinazion á las armas, de talento para ellas, i por muchos rasgos dió bien á conozer que llegaria dia en que se le contase en el número de los grandes ombres de su siglo. (1)

Emperó como entonzes no tubiese mas que beinte i dos años i ninguna esperienzia de la

(1) Strada, an. 1578.

guerra, no le dió Felipe mas que el título de comandante en jefe, proibiéndole acometer ninguna empresa, ni dar ningun paso militar sin el dictámen i consentimiento de los consejeros que le designó, i fueron el arzobispo de Granada, el presidente de la chanzillería Deza, el duque de Sessa, el marques de Mondejar i don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, i nombrado lugar-teniente de don Juan.

Izose la guerra á la par por muchas partes, i con mucha mas jente que antes; pero el escito no correspondió á los esfuerzos. Los moros dieron en todas partes muestras de valor, i en algunas benzieron. Teníanle á don Juan impaziente las trabas que le pusieran, i procuró persuadir al rei que le conzediese una autoridad ilimitada, sin sujetarle á gastar en consultas el tiempo oportuno de obrar; i lo consiguió. Inmediatamente, i abiendo rezibido algunos refuerzos, marchó en persona contra los moros, i dispuso que por otra parte los atacasen Requesens i el marques de los Belez. Mal armados, indisziplinados, i caidos de ánimo los moros al ver frustradas sus esperanzas en el gran señor, apénas resistieron á tropas regladas, i tan superiores en número, que benzieron sin pelear. Juntóseles tambien el que algunos de sus jefes estuviesen entre sí dibididos; otros bendieron á Aben-Umeya, á quien mataron los deudos de su mujer; porque él abia echo dar muerte al padre de ella, por notizia que tubo de que mantenía correspondenzia con los cristianos. Suzedióle en el reino Aben-Boo, que no tardó en sufrir la misma suerte á manos de sus propios ofziales, que esperaban espigar su rebeldía con esta alebosa traizion; i con su muerte se acabó la guerra que durara dos años.

Ni don Juan ni Requesens adquirieron gloria alguna en esta espedizion, ni ebitaron la nota de inhumanidad en que en aquel siglo incurrieron la mayor parte de los españoles, demasiado zélebres por sus atrozes benganzas.

Ninguna disculpa tiene la eszesiba dureza con que se portaron, á no ser la de que obedezieron lo que el rei les mandaba; que en verdad abia desaprobado la moderazion de Mondejar; i eran arto bien conozidas sus disposiciones de sacrificarlo todo á la boz del fanatismo i á su benganza implacable. Estas funestas pasiones le azian que á cada momento olvidase la mácsima que un buen rei pondrá siempre en el número de las mas importantes i sagradas; combiene á saber: «que la fuerza i la gloria de un príncipe dependen de la gloria i de la prosperidad de sus basallos.»

Este monarca superstizioso i cruel jamas puso límites al orror con que miraba á los que se apartaban, ó él creia apartarse de la religion católica. Mandó que una multitud de maometanos que moraban en las llanuras, i ninguna parte tubieron en la guerra, fuesen muertos por sospechosos de mantener correspondenzia con los rebeldes. Los abitantes de muchos lugares i distritos, ombres, mujeres i niños fueron esterminados. Los prisioneros de ambos secos, muertos ó reducidos á serbidumbre; i los moriscos, aun los que reusaron mezclarse en las rebueltas, fueron todos, eszepto los pocos precisos para conserbar las manufacturas, arrancados de sus ogares, i trasportados en las probinzias interiores á serbir de burla, i sufrir los insultos de un pueblo altanero. Reduzidos la mayor parte al estado mas miserable por su estrema pobreza i absoluta dependenzia de los cris-

tianos, no libraron mucho mejor que sus hermanos bendidos como esclavos.

Tal fin tubo esta guerra, que á pesar de la enorme desigualdad de fuerzas, espuso á la monarquía al mayor peligro en que se ubiese bisito en el reinado de Felipe. Si los moros se apoderaran de Granada, como suzediera sino por una desgraziada casualidad, i no por falta de fuerzas ni de buenas disposiciones; ó si ubiesen logrado interesar en su favor al sultan Selim, muchas ziudades de Andaluzia abitadas por moriscos, i casi todo el reino de Balenzia en que eran los mas, se ubieran reunido á los sublebados, i en este caso era mui berisimil que lebantaran un ejérxito tan considerable, que con los socorros de Berbería dieran sériamente en que entender i por muchos años á todas las fuerzas del rei de España, obligado á sostener otra guerra mui aciba tambien contra sus basallos.

Felizmente para Felipe, i acaso para todos los prínzipes cristianos, se obstinó Selim en quitar á los benezianos la isla de Chipre, i nada fué poderoso á que desistiese del empeño de conquistarla, á pesar de las bibas instancias de su gran bisir Maomet i sus mas prudentes consejeros, para que suspendiese una guerra tan poco bentajosa, i bolbiese todas sus fuerzas contra el rei de España en una coyuntura tan favorable.

I S T O R I A

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO NOVENO.

SEGUNDA PARTE.

Poco tardó Selim II en arrepentirse de no haber dado oídos á Maomet, pues Felipe no bien ubo sujetado á los moriscos quando izo liga con benezianos, el papa i otros muchos príncipes de Italia. Ocupaba la silla apostólica el famoso Pio V, elebado á ella por su mérito desde la mayor obscuridad. Aunque infectado de los bizios que caracterizaban á los eclesiásticos de su tiempo, empero tenia calidades que le azian digno de la tiara. Abíanle interesado los benezianos en que interpusiese su mediacion para que les ausiliasen los príncipes cristianos contra el sultan, que en plena paz, i en desprecio del mas solemne tratado, imbadiera la isla de Chipre; i S. S. abrazó sus interesés con el zelo que combenia al padre comun de los fieles. (1)

(1) Tou, l. 48. Ferreras, ann. 1568. Cabrera, l. 8.

La mayor parte de los soberanos de Europa se mostraron poco dispuestos á oír sus amonestaciones, porque ademas de que el furor de las cruzadas se abia estinguido para siempre, hallabanse entonzes, aun los soberanos mas superstiziosos, dominados antes de sus miras políticas que del zelo de la relijion. El emperador Masimiliano acababa de ajustar con Selim una tregua que le interesaba mantener. Al rei de Franzia, antiguo aliado de la Puerta, ocupaban las dibisiones intestinas que despedazaban el reino, i nada podia azer por los benezianos. Sebastian, rei de Portugal, era demasiado jóbén para empeñarse en una guerra esterior; i Sejismundo III, rei de Polonia, oprimido del peso de los años no pensaba en espediziones militares. Felipe era el único príncipe grande en Europa de quien Pio V podia prometerse mas, i cuyo mayor zelo le daba tambien mayores esperanzas. Sus progresos, que le colocaban en el primer rango de los soberanos, casi le obligaban á ayudar á Benezia contra la Puerta, de la que no tenia él menos que temer que la república, ora por la situacion de sus estados, ora por la enemistad que le conserbaba aquel terrible emperador.

No dudó pues Felipe otorgar lo que el papa le pedia, é izo un tratado de alianza por el que se obligó á pagar la mitad de cuanto costase el gran armamento que se tubiera por nezesario: Benezia las tres cuartas partes del resto, que completaria S. S.; i combenidos en los preparatibos, se izieron con la mayor prontitud. A mediados de setiembre estubo pronta á dar la bela para Mezina una armada de mas de doszientos zinquenta nabíos de guerra, sin contar los barcos de transporte; i si emos de estar por

lo que dicen los istoriadores contemporáneos, llebaban á bordo zerca de zinquenta mil soldados, de los cuales, catorze mil los abian aprontado los prínzipes de Italia.

El mando jeneral de esta formidable armada se dió á don Juan de Austria, para quien se imbentó entonzes el título de JENERALISIMO, i por su lugar-teniente se nombró al comendador mayor Requesens. Los jefes prinzipales que sirbieron á sus órdenes fueron el marques de Santa Cruz, Doria, Marco Antonio Colona, jeneral de las galeras del papa, i Benerio, comandante de las de la república.

Arrebatado de júbilo el anziano pontífize al ber el buen resultado de sus negoziaciones, se lisonjeaba con las mas alagüeñas esperanzas, sin dudar del feliz ecsito de la guerra. I como si se allara inspirado del zielo prometió á don Juan la bictoria mas completa, esortándole á que embistiese al enemigo en la primera ocasion que se le presentase. Embióle al mismo tiempo un pabellon bendito, i muchos eclesiásticos para el serbizio de las cosas espirituales en los nabíos: ordenó un ayuno jeneral, é izo que se publicase una induljenzia plenaria para todos los que se distinguiesen por su balor contra los infieles.

Cuidaba Selim de ocurrir al daño que le amenazaba; i aunque empleada parte de sus tropas en Chipre, aun tenia medios de equipar una armada mayor que la de los cristianos. Allí, á quien confirió el mando, arribó á la costa occidental de la Grezia casi al mismo tiempo en que don Juan dió la bela de Sizilia; i las dos armadas se abistaron el 7 de octubre zerca del golfo de Lepanto, en la firme resoluzion de darse batalla.

Empezó el combate por los dos almirantes, i los cabos siguieron su ejemplo luego que sus jefes lo mandaron i los bientos lo permitieron. Embistiéronse don Juan i el bajá con indezible furor i encarnizamiento: aferraronse despues de cañonearse: tres bezes saltaron al abordaje los españoles, tres bezes fueron rechazados con pérdida; asta que en fin el marques de Santa Cruz les embió un refuerzo de doscientos soldados con que los turcos fueron benzidos, Alí muerto, i pasados á cuchillo ó prisioneros todos los que á bordo se allaron. Inmediatamente se abatió la media luna, enarboló en su lugar la bandera de la cruz, i la cabeza de Alí en la punta de una pica que se colocó en lo alto del palo mayor para aterrar á los infieles.

Los gritos de bictoria resonaron por la armada cristiana, i bolaron de nabe en nabe. Sin embargo, aun estaba la aczion empeñada i las partes se daban los mas furiosos encuentros. Tronaba la artillería de un cabo al otro de las nabes, que no contentas con aquellos destrozos se embestian cuerpo á cuerpo como en un campo de batalla: serbianse turcos i cristianos de picas, flechas, dardos, i de cuantas armas ofensibas i defensibas imbentara el jenio de la destruccion entre antiguos i modernos. Igualmente intrépidos era igual en ambos partidos el estrago. El mar tinto en sangre i cubierto de cadáveres i miembros mutilados, ofrezia el mas orrendo espectáculo; asta que en todas partes se declaró la bictoria por los aliados. Los cristianos esclavos que iban en las galeras turcas, animados por las bentajas de sus ermanos, rompieron sus cadenas, asaltaron á sus tiranos, i no contribuyeron poco á que la bictoria se fijase; miéntras muchos galeotes italianos i

españoles con la esperanza de merezer la libertad, piden lizenzia para atacar á sus enemigos, la obtienen i abordan á los turcos con irresistible furor, i con aquella audazia que solo puede inspirar la desesperazion, el ansia de quedar libres, i el horror á la esclabitud. Desanimados los turcos por la pérdida de su almirante, i tentados por la fazilidad de salvarse en las costas bezinas de su señor, se dieron á uir, se salvaron en las costas de la Libadia, i abandonaron sus nabes como presa que no podian disputar al enemigo. No es difizil señalar las causas de tan brillante bictoria.

Abiase equipado la armada cristiana mucho mejor que la turca: i los soldados tanto mas frescos i bigorosos, quanto menos tiempo embarcados, tambien estaban mucho mejor probistos de armas defensibas, i azian mas uso de los mosquetes. Por el contrario los turcos no se serbian en jeneral sino de arcos i flechas, cuyas eridas eran rara bez mortales. Las galeras de los cristianos estaban parapetadas, i las turcas no. El biento que al prinzipio fué á estas favorable cambió repentinamente i ayudó á aquellas. La feliz audazia de don Juan, la intrepidez i conozimientos de Requesens, de Santa Cruz, de Colona, i sobre todo las atinadas maniobras de Beniero, de Barbarigo i de los otros benezianos contribuyeron á este memorable triunfo; i los aliados ganaron la bictoria mas grande de que aga memoria la istoria moderna.

No porque se obtubiese sin pérdida, pues llegaron á diez mil los muertos en el combate ó de eridas. Fué uno de ellos Barbarigo, probedor beneziano, igualmente recomendable por su prudenzia i balor que por su moderazion. En

su muerte tubo la causa comun una pérdida irreparable; empero la libertad de quinze mil cristianos cuyas cadenas se rompieron templó el dolor que causó la pérdida de tan balientes guerreros. De los turcos murieron beinte i zinco mil, i se izieron diez mil prisioneros. Ziento i treinta de sus nabes tomaron los aliados: las demas echadas á pique ó quemadas, eszepto treinta con que se retiró i salvó el Ucali, grazias á su abilidad i al gran conozimiento que tenia de aquellos parajes, i entró con ellas en Constantinopla.

Tan completa bictoria ganada al enemigo mas temible de la cristiandad causó una alegría jeneral en Europa, i don Juan á quien como jeneralissimo se atribuyó la gloria prinzipal, fué mirado como el éroe de todas las naciones, i el bengador de los cristianos. Nadie tenia mas motibo que Felipe para gloriarse de tan feliz suzeso; sin embargo rezibió al que le llebó la notizia con afectada indiferenzia, atribuida menos á moderazion que á los zelos que le inspiraba su ermano: pasion odiosa que despues quedó mas al descubierto. «Don Juan a benzido, dijo, pero arriesgaba mucho, i podia serlo.» Mas sínzera fué la alegría del papa, que al rezibir la nueba esclamó con aquellas palabras de la escritura: «ubo un ombre llamado de Dios, que tenia por nombre Juan.»

Esta memorable bictoria no tubo consecuenzias proporcionadas á la alegría que eszitó. Las disputas de los jefes, i la oposizion de intereses de los confederados izieron que se perdiere todo el fruto. No combinieron en las medidas que se debian tomar para continuar la guerra. Pues si bien don Juan tenia el título de jeneralissimo; empero en el tratado de alianza

se abia acordado que ninguna resoluzion importante se tomase sin consentimiento de los otros comandantes. Quería don Juan dar la bela para los dardanelos, á fin de acabar con los restos de la armada turca, é interzeptar la comunicacion de Constantinopla con el mediterráneo. Pero el jeneral beneziano con algunos otros indibiduos del consejo de guerra, reusaron concurrir á la ejecuzion de este proyecto. Propusieronse otros que se desestimaron; i en fin no combiniéndose en nada, se bolbieron á sus puertos para recorrer sus escuadras i prepararse para nuevas acciones en la primavera.

Poco despues de la llegada de don Juan á Mezina, los cristianos de Albania i Mazedonia, deslumbrados con el brillo de su bictoria, i persuadidos de que el turco no se restablezeria tan pronto del descalabro que acababa de rezibir, le embiaron una embajada ofrezéndole la soberanía de su pais, asegurándole que si llebaba en su ayuda un ejérxito, sacudirian el yugo de los turcos, se ofrezerian á su servicio, i sacrificarian por él sus aziendas i sus bidas.

Don Juan, cuya pasion dominante era la ambizion, ubiera azeptado de buena gana tan seductora oferta; pero tubo por nezesario consultar i obtener del rei su consentimiento; i fué lo que respondió á los embajadores griegos. Puso en notizia de su ermano la proposizion que se le azia; empero fuese por zelos como se creyó jeneralmente, fuese por los motibos que dió de política i de prudenzia, destruyó en un instante todas las esperanzas que don Juan pudo aber conzebido, respondiéndole que «era nezesario por entonzes desechar toda idea de establezimiento semejante para no poner en cui-

dado á los benezianos , ni darles motibo de que renunziasen á la alianza.»

Es en berdad mui probable que así ubiera suzedido , porque la república no temia menos la inmediazion de los españoles que de los turcos , i tenia pretensiones á parte del territorio á cuya soberanía aspiraba don Juan.

En tanto el Ucali , á quien Selim diera el mando jeneral de todas sus fuerzas nabales, equipó con la mas estraordinaria brebedad nueva armada, porque los restos de la benzida estaban casi inserbibles; empero los medios que el imperio otomano tenia eran tales que el bajá salió de Constantinopla en abril con mas de doszientas galeras i un gran número de barcos.

Con esta armada recorrió las costas de la Morea i del Epiro , i las de la isla de Negroponte ; puso las ziudades marítimas en estado de defensa ; castigó rigurosamente á los cristianos que se abian ofrezido á don Juan , i surjió en Modon para obserbar los mobimientos del enemigo.

Los aliados le dieron tiempo para todo; i despues de deliberar sobre el plan de operaciones que debia seguirse , i de perder el tiempo en inútiles disputas , les fué imposible emprender la conquista de Grezia i de las costas de Africa ; porque el Ucali abia probisto á su defensa ; i fué nezesario contentarse con bolber á buscar la armada enemiga. Mas abiendo sospechado Felipe que el rei de Franzia meditaba atacarle en el Piamonte ó en los Países-Bajos, cuya dibersion seria bentajosísima al gran señor, dió órden á don Juan para que aun difriese por algun tiempo su salida de Mezina; i allí permanezió asta pasado el famoso i tremendo dia de san Bartolomé. Libre Felipe de

los temores que le abian causado los designios de la corte de Franzia , permitió á su ermano que se reuniese á los aliados , i continuase la guerra contra los turcos.

Empero esta reunion no pudo berificarse asta el último de agosto, ni dar bista al enemigo asta despues de mediado setiembre. Luego que el Ucali perzibió la armada , formó la suya en batalla como si pensase pelear; mas echa una descarga, ya por fanfarronada ó como por una espezie de desafio, se bolbió al abrigo de sus fortificaciones en Modon , cuyos aproches eran peligrosos, resuelto á no salir de allí , con el fin de impedir cualquier desembarco , i esperar ocasion de atacar con bentaja , sin perder ninguna de inquietar á los aliados.

Combocó don Juan consejo de guerra para tratar de lo que se abia de azer si el almirante turco se obstinaba en reusar la batalla. Tubose por imposible el forzar la entrada del puerto de Modon , i se acordó el desembarcar las tropas i sitiár la z Ciudad por tierra , á cuyo fin embiaron quien la reconoziese ; mas luego que por este medio supieron que estaba tan bien fortificada, que no sería probable rendirla asta entradas de invierno , desistieron del intento.

Combinieronse despues en sitiár á Nabarino, otra z Ciudad en la costa oczidental de la Morea, á tres leguas de Modon ; cuya empresa se confió á Alejandro Farnesio , príncipe de Parma, que años despues fué uno de los mas grandes jenerales de su siglo, i acaso de la antigüedad; pero aquel asedio no le proporzionaba ocasiones de desembolber aquellos talentos que por tan justos títulos le an immortalizado. La guarnizion rezibió socorros considerables de Modon, i el Ucali reunió en las inmediaciones un ejér-

zito tan numeroso para atacar á los sitiadores, que Farnesio despues de batir por muchos dias las murallas, tubo que lebantar el sitio i embarcar la tropa en la armada, que se bolbió á Mezina.

Algunos meses adelante tubo la liga una pérdida irreparable en la muerte del pontífize; pues si bien su suzesor Gregorio XIII tenia los mismos deseos, i manifestó las mayores disposiciones de seguir el mismo plan que Pio V; empero no tenia su zelo, ni su aszendiente, ni sus talentos. No rezelando Felipe ningun movimiento de la parte de Franzia estaba mas resuelto que nunca á proseguir la guerra; pero á los benezianos abia descontentado mucho la inaccion en que estuvo la armada todo el berano; i mas cuando lo que abian ganado al cabo de dos años, i no obstante la bictoria de Lepanto, ninguna comparazion tenia con los gastos á que se obligaran. Dieron pues oidos á las proposiciones que les izo el embajador de Franzia, i por la mediacion de su corte ajustaron un tratado particular con Selim.

El papa i don Juan manifestaron sin rebozo su indignazion por tal espezie de perfidia; empero Felipe se creyó mui superior á este acontezimiento para dar el menor indizio de que le pesase; i así fué que cuando se le dió la noticia respondió con frialdad «que si abia entrado en la liga no fué mas que por condeszender con los deseos de S. S.: aunque los benezianos, añadió, ayan tenido por combeniente abandonarme, no por eso dejaré yo de destinar mi armada i mi ejérezito á un fin tan importante como el que la confederazion se propuso i era el umillar á los infieles, i defender de sus invasiones á los cristianos.»

Con este intento dió orden á don Juan , á Doria i al marques de Santa Cruz para que dispusiesen el reparo i aumento de la armada , i con tanta brevedad que estubiese pronta á obrar en la primavera. El Ucali llegó con la suya asta Prebera en Epiro , pero con tan poca intenzion como los españoles de arriesgar una accion jeneral , i se contentó con reforzar las guarniziones de las plazas marítimas , despidió á los corsarios que se le reunieran , i dió la bela para Constantinopla á fin del estío. Don Juan rezibió orden de pasar á Africa , i atacar á Túnez ; para cuya espedizion llevó una escuadra de dos mil belas con beinte mil infantes , quatrocientos caballos lijeros , setezientos gastadores , i un gran tren de artillería.

Estaba entonces Túnez en poder de los turcos , i azia poco que embiara Selim al bajá Eder por gobernador de la ciudad i del reino ; pero espantado éste al ber la armada española uyó con la guarnizion i parte de los abitantes , i don Juan tomó posesion sin allar la menor resistencia.

Abiale mandado el rei que destruyese la ciudad , i aumentase las fortificaciones de la isla i el fuerte de la Goleta ; pero en lugar de esto fortificó la ciudad mas que nunca , echó los zimientos de una ciudadela , trató mui bien á los abitantes que no uyeron , i atrajo á los que se refujieron en los montes , á que se sometiesen al gobierno español , i despues se bolbió á Sizilia.

El porqué don Juan obró de un modo tan contrario á las órdenes que tenia , fázil es de discurrir. Abiale embanezido el feliz resultado de una empresa que se le frustró al gran Carlos V , como si aquella conquista se debiese

á otra cosa mas que á la cobardía del gobernador turco; pero inflamada su ambizion con la gloria de sus últimas espediciones, le zegaba asta lisonjearse de obtener fázilmente de su ermano, que le otorgaria el título i dignidad de rei de Túnez, para indemnizarle de la soberanía de Grezia que le abia proibido azeptar. El papa, que segun se dize, abia desaprobado la resoluzion de demoler á Túnez, animó al jóben con aquella esperanza, i le indujo á desobeder al rei, no dudando que la posesion de aquel reino fazilitaria los mejores medios de destruir los estados de los piratas. Ello es zierto que Gregorio izo las mayores instancias para que Felipe conzediese á su ermano la soberanía de su nueva conquista, esponiéndole que la cristiandad entera, i particularmente España é Italia serian las que sacasen las mas esenziales bentajas.

Empero Felipe conozia que en medio de sus grandes recursos, miéntras durase la guerra de los Países Bajos, no serian bastantes á fundar un nuevo estado á despecho de un enemigo tan formidable como el gran señor; i esta fué la razon porque dispuso que Túnez se demoliese, para ebitar los gastos que abia de causar la numerosa guarnizion que la abia de defender. Sin embargo no manifestó mucho sentimiento á su ermano por su desobediencia. Mas quando el papa le estrechó á que le dicese la imbestidura de rei, contestó: que aunque nadie se interesase mas sínzeraamente que él por la gloria i los intereses de su ermano, dudaba mucho que fuese azerle un verdadero serbizio el otorgarle lo que le pedia, dado que era préziso examinar antes la posibilidad de conserbar

su conquista contra el temible armamento que aparejaba el sultan para recobrarla.» Poco tardó en confirmarse la prudenzia de esta respuesta, ora la dictase una ilustrada prebision, ora la sujiriese un motibo secreto de embidia.

Al estío siguiente embió Selim al Ucali contra Túnez con una armada de trescientas naves i cuarenta mil ombres á bordo, á las órdenes de su yerno el bajá Sinan. Aun no estaba concluido el nuevo fuerte, ni la guarnizion era bastante para resistir mucho tiempo á tan considerable ejérxito. Apresúrase don Juan con todo el zelo posible á reunir su armada con el objeto de azer lebantar el sitio; empero detubiéronle por muchas semanas en barios puertos, tempestades i bientos contrarios.

En tanto, ayudados los turcos poderosamente por el birei de Arjél i el gobernador de Trípoli, estrecharon á la par el sitio de Túnez i el de la Goleta. Defendiéronse los españoles por mucho tiempo con todo el bálor que era de esperar; pero al fin zedieron al número, i Túnez i la Goleta fueron tomadas por asalto.

Mucho á pesadumbró á don Juan este desastre; que asimismo le combenzió de que le abia engañado su presunzion, i que necesitaba renunziar á las esperanzas lisonjeras de berse soberano: esperanzas con que mucho alimentara su ambizion. Fuele tanto mas sensible este rebés quanto despues de los mayores esfuerzos aun era mui débil la armada española para pensar en un desquite útil i glorioso. I Felipe llegó asta temer que los turcos en prosecuzion de sus conquistas atacasen sus posesiones en Africa, i tentasen algún desembarco en el reino

de Nápoles ó el de Sizilia : temores mui bien fundados, i que berisimilmente se realizaran si Selim no muriera, ni dejara por suzesor á su ijo Amurat III, que dedicó los prinzipios de su reinado á las artes de la paz. (1)

(1) Istoire de l'Empire Ottoman, du prinze Cantemir. Antonio Errera i Ferreras : in hoc anno. Mianiana l. 8.



I S T O R I A

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO.

En tanto que estas cosas pasaban en España, en las costas de Africa i en los mares; las de los Países-Bajos, de cada vez mas importantes, nos ofrezcan una nueva eszena mui digna de ser atentamente obserbada.

Asta los enemigos del duque de Alba confesaban que su primera espedizion contra el conde Luis i su hermano el príncipe, fué dirigida con la mas consumada prudenzia. Si su conducta posterior fuera tan mesurada podria conservar su autoridad é impedir la conjurazion de los Países-Bajos, á pesar del odio que tenian á su tiranía; puesto que aun aquellos que mas la detestaban no abian osado moverse, aun siendo al príncipe de Oranje que al frente de un ejército poderoso podia favorecerlos. Mal pues era de esperar que destituidos de toda esperanza de socorro se atrevieran á sublevarse contra la autoridad de un gobernador tan temido, si su insolente orgullo i su opresion llevados al último extremo no combirtiera en ar-

resto i valor del pueblo lo que asta entonces fuera pusilanimidad.

Desecho que ubo el príncipe su ejérezito, lizenzió el duque su caballería alemana, distribuyó en cuarteles de invierno la mayor parte de la infantería, i partió para Bruselas donde izo una entrada triunfal, i dispuso que su bictoria se zelebrase con toda clase de regozijos. Mandó despues que en todas las probinzias se iziesen solemnes acciones de grazias por la prosperidad que abia acompañado á sus armas. Izose erijir una estatua de bronze, i acuñar medallas, que zierto contribuyeron menos á perpetuar la memoria de sus azafias que á descubrir su arroganzia i banidad: tales que asta sus amigos se abergonzaron. Ni estos eszesos sirbieron mas que para amanzillar su gloria, i que se le negasen los elojios que merezian su valor i sus talentos. (1) Uno de los primeros ac-

(1) En una de estas medallas izo que se le representase subiendo á un carro triunfal coronado por la bictoria. En la mano derecha tenia una espada en significazion de aber benzido al conde Luis, i en la izquierda una ejida, emblema de la sabiduría, aziendo alusion á la prudenzia con que abia desconzertado los planes del príncipe de Oranje. El carro estaba tirado por dos mochuelos, que en la mitolojía se consagran á Minerba.

Empero la estatua que despues se erijió en la ciudadela de Amberes era un monumento que aun manifestaba mas su orgullo. Era obra de Dockelin, escultor alemán, el mas zélebre artista de su tiempo.

El gobernador ollaba un monstruo emblemático, que por diferentes caractéres recordaba el famoso compromiso, las petiziones echas á la rejenta, i las rebueltas que resultaron. El pedestal, en una de cuyas fazes estaba el nombre del escultor, tenia las

tos de su autoridad, de buelta á Bruselas, fué dezidir de la suerte de los prisioneros que abia echo: á todos los que abian sido abitantes de los Países-Bajos se les tubo por rebeldes i murieron por ello.

Izose una escrupulosa perquisizion de los que durante la guerra se dezia que abian dado alguna señal de inclinarse al príncipe. Como no ubo aczion dezisiba, i la fortuna favorezió ya al uno ya al otro, dejaron muchos trasluzir sus esperanzas i su cuidado, no prebiendo ni la posibilidad de tan sebera imbestigazion de unas espresiones escapadas entre amigos i bezinos, ni que aun aberiguadas se mirasen como los mas atrozes delitos. Estaban los flamencos en la antigua posesion de no ser juzgados sino por los majistrados de la ziedad ó jurisdiccion de

otras llenas de inscripciones en onor del duque en que se le alababa de aber estirpado la erejía i sufocado la rebelion; de aber preserbado la iglesia de su total ruina, i de aber restablezido el curso de la justizia, i la tranquilidad en los Países-Bajos. No es creible que al rei agradase la banidad del duque de Alba; que zierto fué un objeto de irrision para sus enemigos en la corte de España, i del mas bibo resentimiento é indignazion para los flamencos. (*)

Por el testimonio de Grozio sabemos que el duque izo por entonzes muchos reglamentos útiles relatibos al comerzio, á la moneda, i á la libertad de la imprenta; empero no sirbieron para lo que se izieron, i asta la memoria de ellos se perdió por la biolenzia con que continuó desplegando su despotismo.

(*) *Bentiboglio*, p. 86. *Ban Loon*, t. 1, p. 135. *Strada*, p. 250.

su domicilio, ni ser condenados á muerte á no ser que confesasen su delito. Empero sin atender á uno ni otro se arrancaron de sus hogares muchas personas de todas condiziones, i llebaron á tan larga distanzia, que no tenían medios de justificarse de lo que se las imputaba por poco fundado que fuese. Muchos fueron arrestados por simples sospechas, muchos condenados á muerte por lebes pruebas, i muchos reducidos á la desesperazion i á la miseria por las continuas persecuciones que padezieron. (1)

Fué tan jeneral el terror que el duque, sus satélites i los inquisidores infundieron en todas las probinzias, que no solo los protestantes sino los que abian mostrado amor á la libertad de su pátria se combenzieron de que el duque aspiraba á la total ruina de ella, que era lo único que podia artar su alma sanguinaria:

(1) La fazilidad con que los juezes sentenziaban las miserables víctimas que los inquisidores les entregaban seria increíble sino estubiesen tan con-testes los istoriadores contemporáneos, i los echos que refieren no los dejase fuera de toda duda. Entre otros ejemplos se zita este. Abiase dado orden para ajustiziar á muchos presos sentenziados. Pusose en la lista de ellos á uno que aun no lo abia sido; condujosele al suplizio i se le ajustizó. Algun tiempo despues mandaron los juezes que se le presentasen; i supieron que ya abia padezido la última pena en birtud de sus primeras órdenes, i al mismo tiempo rezibieron las pruebas mas demostraffbas de su inozenzia. Los mas de ellos manifestaron el mayor pesar; empero el jurista español Bargas les izo presente «que este error no debia causarles tanto sentimiento, pues que sobre todo debian tener por feliz aquel ombre que por aber muerto inozente abia asegurado su salvazion.»

que de nada les aprobechaba disimular ni aun negar sus sentimientos, puesto que muchos que abian tenido el mas escrupuloso cuidado en ocultarlos no por eso evitaron la muerte ni la confiscacion; obteniendo por todo favor que se les conmutara la pena de ser quemados, en la de ser degollados ó ahorcados. Combenzidos todos de que nadie abia que no tubiese que temer, muchas personas de ambos sexos abandonaron sus casas i se retiraron á países estrangeros. Acaso no será todo lo que se dize de estas emigraciones, dado que muchos istoriadores azen subir á mas de diez mil las casas que quedaron desocupadas; pero lo indudable es que la poblacion de muchas de las prinzipales ziudades disminuyó sensiblemente, i las pequeñas quedaron casi yermas. A muchos acojió Isabel de Inglaterra; i como en su reino gozaban del libre ejerzizio de su relijion fiáronse en él de buena gana. Por este medio quedó bien recompensada de la proteccion que dispensó á los flamencos, con las manufacturas i las artes que en él ni se sabian ni se estimaban, i le llebaron los industriosos refujiados.

En gran daño de la Flandes se auyentaba á tantos ziudadanos útiles; empero el duque léjos de mudar un plan que tales consecuencias produzia, se opuso á la buelta de los desterrados, de los refujiados, i asta los que abian ido á berlos queria impedirles que tornasen á sus casas. En esta razon dió un decreto por el que á cualquiera que tubiese correspondenzia con los rebeldes, declaraba incurso en las mismas penas que á los que suministraban ausilios á los enemigos del rei.

No lisonjeó poco su banidad el que este mismo año le embiase S. S. una embajada con un

sombbrero i una espada benditos. Este obsequio reserbado en jeneral á los príncipes, se tributó al duque como á un ilustre defensor de la fe; i contribuyó mucho á confirmarle en los principios sanguinarios á que debia tan alto honor.

Mas ya casi abian cesado las persecuciones; porque cuantos abian incurrido en su desagrado, ó les abia echo ajustiziar, ó por sí mismos se abian espatriado; i los que nó, permanezian sumisos i resignados á soportar todos los actos de despotismo que le pluguiese ejercer. Los nuevos obispos, los cánones del concilio de Trento, los ritos i dogmas de la iglesia romana fueron recibidos i establecidos en todas las probinzias.

En tanto, los prósperos sucesos militares i políticos del duque tenian en cuidado á algunos príncipes bezinos, i en particular á la reina de Inglaterra. Esta prudente soberana, desde el principio de su reinado abia bisto con desconfianza el acrezentamiento de la monarquía española; i sabia quanto zelebrara Felipe turbar su gobierno. Los Países-Bajos que tan zerca la caian, daban á aquel soberano ambizioso la mayor fazilidad para llevar á cabo quanto contra ella proyectase; i mas, despues que sustituyó en aquellas probinzias el mas arbitrario despotismo, á una liimitada autoridad, i que distribuyó en ellas como quiso grandes fuerzas militares, que las naciones bezinas debian temer casi tanto como los flamencos á quienes oprimian.

Menos era bastante para que Isabel protejiese á los refujiados; i no faltan istoriadores que digan suministró en secreto socorros pecuniarios al príncipe de Oranje. Teníala cuidada los partidarios de la reina de Escocia; i el

estado de sus negocios domésticos no la permitía romper abiertamente con Felipe; empero estaba firmemente resuelta á no dejar pasar ninguna ocasion de oponerse á sus desiguos.

Poco tardó en presentarse una, i no tardó mucho Isabel en aprovecharla. Ziertos comerciantes jenobeses abian tomado á su cargo el pasar á los Países-Bajos zierta suma de dinero perteneciente al rei; á cuyo fin pusieron cuatrocientos mil escudos á bordo de zinco barcos, los cuales fueron en la travesía atacados por armadores franzeses de los del príncipe de Condé, i los jenobeses se refujiaron en los puertos de Plimout i de Soutampton. El embajador de España en Lóndres pidió inmediatamente á aquel gobiérno un salbo conducto para embiar en derecho aquel dinero á los Países-Bajos. Isabel se mostró al principio dispuesta á otorgar lo que se le pedia; mas despues dió por última respuesta « que estaba persuadida de que aquel dinero pertenecia á los comerciantes italianos, i abia resuelto detenerlo algun tiempo; pero de modo que los propietarios no tubiesen de que quejarse.» Izo el embajador quanto pudo para probar que era de su amo, i el duque le reclamó en sus esposiciones dirigidas á la reina; mas esta se resistió á toda reclamazion, i dió á conocer que estaba dezidida á retener el dinero. Nadie menos capaz que el duque de sufrir con pazienza tamaña injuria, ni nadie mas para ostinarse contra las dificultades, mejor que buscar medios de eludirlas. Sin tener cuenta con los tratados esistentes entre flamencos é ingleses, i sin consultar á los estados ni al consejo de los Países-Bajos, mandó prender á todos los comerciantes de aquella nazione que se allasen en Amberes, i confiscar sus bienes, sin conside-

rar que eran mas los que los flamencos tenian en Inglaterra. Aunque este biolento prozeder no alterase mucho á Isabel, embió no obstante al rei un embajador que reclamase el agrabio; mas denegada toda satisfazion, el derecho de represalias en los efectos de españoles i flamencos indemnizó superabundantemente lo que sus basallos perdieran en Flandes. Conozió al fin el duque la prezipitazion con que abia obrado, i embió á Cristobal Assonbille para que negociase una transazion con la reina. Empero esta que se complazia en umillar el orgullo del duque reusó dar audiencia á su comisionado, á pretesto de que no llebaba credenziales del rei. Despechado el duque con este desaire, soltó la rienda á su resentimiento, i prohibió toda correspondencia i comercio con ingleses. Mas por último, despues de muchas negociaciones se acomodaron las diferencias en 1574, i quedó el comercio como antes. (1)

En tanto satisfizo Isabel sus deseos, causó grabísimos daños á Felipe en los Países-Bajos, acaso mayores de lo que esperaba, ni era posible prebeer. Fué así que la retencion del dinero produjo consecuencias mui importantes; porque era mucho lo que á las tropas de España se debia: el duque abia contraido cuantiosas deudas en la construccion de ziuadelas: el real erario estaba mui gastado con las dispendiosas guerras sostenidas contra turcos i moros; i el rei, aunque el mas rico de Europa, no podia pagar las tropas de Flandes, ni subenir á su manutencion. En este estado juzgó el duque necesario recurrir á los flamencos, á quienes te-

(1) Meteren, pag. 80. Strada, pag. 252. Bent., pag. 80.

nia por tan sumisos, que no dudaba otorgarian cuanto les pidiese, que era en realidad añadir la locura i lo absurdo á la opresion i á la tiranía.

Mas su presunzion, i la profunda ignoranzia de los intereses de un pueblo comerciante, le prezipitaron i le perdieron; i á esto deben atribuirse las dificultades que experimentó despues, i los esfuerzos berdaderamente asombrosos que izieron los flamencos por sacudir el yugo español. Acaso parecerá estraño que ayan sido mas poderosas para esazerbar á este pueblo las contribuciones, que las mas atrozes crueldades i mas inauditas persecuciones; pero la razon es mui obia. Las persecuciones eran parziales, i los esactores de los impuestos a todos bejaban, i por todos se les miraba como instrumentos de una opresion jeneral i perpetua.

En ningun tiempo abian los soberanos impuesto contribuciones á los flamencos: este derecho era esclusibo de los estados, afianzado en la constituzion i en la práctica. Si el soberano nezesitaba subsidios, á los diputados de las probinzias era á quienes se dirijia; i estos se los otorgaban ó denegaban, segun el juizio que azian del objeto para que se pedian. En ziertas épocas, i particularmente al prinzipio del reinado de Felipe, fueron los estados tan estremamente zelosos de este importante derecho, que nombraron por sí comisarios que recaudasen del pueblo lo que se le abia cargado, é interbiesen en su distribuzion. Empero el duque no tubo mas miramiento á este derecho que abia tenido á los otros; i resolbió establezer de autoridad propia impuestos que no solo cubriesen los gastos ordinarios, sino que ademas sobrasen para azer un fondo perpetuo que fuese capaz

de suministrar cuanto su gobierno nezesitase.

El modo con que abian de imponerse las contribuciones no era menos arbitrario que las contribuciones opresibas. Tres propuso el duque: la primera de uno por ziento sobre todos los bienes muebles é inmuebles: la segunda de beinte por ziento anual sobre todos los bienes inmuebles i las erenzias; i la tercera de diez por ziento sobre todas las bentas i cada vez que se iziesen de inmuebles. La primera solo por una vez: las otras dos por todo el tiempo que lo ecsijiesen las nezesidades públicas.

Estas petiziones se izieron en nombre del rei á la junta de los estados, i no es posible describir el asombro que causaron. No sabiendo qué responder los diputados, pidieron tiempo para examinarlas, i dar cuenta á sus comitentes. En todas partes se rezibieron con indignazion; i de un cabo al otro de las probinzias no se oían mas que murmullos i quejas amargas.

«No le basta á Felipe, dezian, el aber privado al pais de tantos abitantes, el haberle lleno de tropas estrangeras, el tenerle aerrojado con tantas ziudadelas i presidios, sino que tambien le a de imponer la orrorosa carga de mantener estos instrumentos de su opresion? En vez de las contribuciones boluntarias i moderadas que emos pagado á sus antepasados, se nos imponen para siempre cargas biolentas i opresibas. No obstante toda la tiranía con que el duque nos a gobernado desde su llegada, emos permanezido fieles al rei, i contribuido con todas nuestras fuerzas á la espulsion de los Nassaus; empero demasiado bien vemos ya que nuestro mas implacable enemigo es el rei mismo, que parece no aspira á otra cosa que á reducirnos á la mas orrible esclabitud; i que pa-

ra lograrlo, nos a embiado al duque, cuya conducta confirma que a benido á destruirnos en lugar de gobernarnos i protejernos. Tiempo es ya de mostrar que no nos emos embilezido tanto que seamos insensibles á la opresion en que jermimos, ni absolutamente indignos de nuestros ilustres aszendientes, á cuyo balor i prudenzia somos deudores de los preziosos pribilejios de que el rei i los abominables satélites de la tiranía se prometen despojarnos.»

El descontento con que oyó el pueblo las cargas que se le querian imponer, animó á los diputados á que manifestasen al duque su opinion. «Acordaos, le dijeron, de las turbulenzias que en 1546 causó el impuesto del uno por ziento. Todos los ziudadanos de toda clase i dignidad opusieron la mayor resistenzia, no solo por la esorbitanzia del impuesto, sino mucho mas porque les ponía en la desagradable prezision de azer público el estado de sus negocios. Pues aún es mucho mayor el moibo de lamentarse oi. Las cargas propuestas son eszesibamente onerosas, i sobre todo la dézima en cada benta. Ademas de que en nuestra istoria no ai ejemplo de una carga semejante, nos es absolutamente imposible soportarla. En muchos casos aszenderia á tanto como lo bendido baliese, pnes que esto suele pasar por zinco ó seis compradores antes de llegar al consumidor, como suzede en las manufacturas de lana, que comprada en rama por diferentes manufactureros, son unos los que la ilan, otros la tejen, i echa tela la tiñen otros, estos la benden al comerciante, de quien la compra el mercader, que es de quien se surte el que la nezesita. I si la dézima se ecsijera en cada una de estas bentas aszenderia á la sesta ó sétima parte del balor de la

cosa. De aquí seguiríase la destrucción de nuestra prosperidad, porque los extranjeros no arían pedidos á nuestros fabricantes luego que éstos no pudiesen darles sus géneros á los precios comunes. Obreros i comerciantes uirán de un país en que esperimenten una tan intolerable opresion, i los flamencos se verán precisados á comprar del extranjero lo mismo que antes acostumbraban venderle. Entonces se agotarán los manantiales de nuestras riquezas, i como no podremos sostener ninguna de nuestras manufacturas, poco tiempo nos durarán los medios de comerciar ventajosamente con los productos de las ajenas. A estas razones añadieron los disparados la esposizion de las dificultades que se allarian en la perzepcion del impuesto, i los enormes gastos que ocasionaria. Seria necesario, dezian, emplear una multitud de selectores, el pueblo en muchas circunstancias allará medios de eludir la lei, i se alterará la tranquilidad pública por las quejas i las disensiones que inquietantemente se susziten.

El duque respondió á todas estas esposiciones con su acostumbrada altanería i la mayor ignorancia en la materia, que nada podia combenzerle de que las contribuciones que abia propuesto fuesen tan opresivas como se le queríaazer creer. Es evidente, dezia, que yo no pretendo mas que el diezmo para el rey, i lo demás se lo dejó al pueblo. En la billa de Alba en España se paga eso mismo, i produce anualmente una renta de cuarenta á cincuenta mil ducados. Si como lo espero cobro en los Países-Bajos la misma renta cesonaré al pueblo de todas las demás contribuciones. Ot muchas vezes al último emperador quejarse de las dificultades que le costaba el obtener auxilios de sus

basallós dos flamencos , i de que para lograrlos
 abia tenido que conzederles pribailejos mui per-
 judiziales á su autoridad. Mas ya pasó i para
 siempre el tiempo de las representaciones. El
 rei debe mucho á sus tropas : ai que construir
 inmediatamente muchos fuertes para seguridad
 del pais , nezesito dineros , los nezesito al ins-
 tante , i no heo medio mas eficaz que el pro-
 puesto para allegarlos.

Tab fué la respuesta del gobernador á las
 objeçiones de la junta de los estados. No obs-
 tante , las dificultades que entrebrió en la eje-
 çuzion de su plan le determinaron á proponerle
 al consejo , i quiso que cada consejero diese su
 dictámen sobre los medios mas propios para
 llevarle á efecto. Muchos de ellos por azerle la
 corte le esortaron á que persistiese en su de-
 signia , opinando que combendria prinzipiar
 atrayéndose á los que en las probinzias mas se
 abian distinguido por su fidelidad ; cuyo ejem-
 plo abrian de seguir los demas , porque no se les
 achacase desafecto en la oposizion.

Empero la mayoría fué de contrario dictá-
 men , i en particular el presidente Biglio , mi-
 nistro de una esperienzia consumada , perfecta-
 mente instruido en los negocios é intereses de
 los Países-Bajos , i cuya fidelidad no podia ser
 sospechosa al rei. No tienen réplica , dijo , las
 objeçiones echas contra las nuevas cargas. El
 gobierno de España no debe serbir de regla en
 Flandes : la diferenzia entre ambos estados es
 inmensa. Las riquezas de aquella consisten en
 la estension i fertilidad de su terreno : sepa-
 ranla de sus bezinos el ozéano , i montes in-
 aczessibles. Aquel hermoso reino á sí solo se bas-
 ta , i ninguna relacion con otros le es absolu-
 tamente nezesaria. Por el contrario los Países-

Bajos son de mucha menos estension, no producen para alimentar á sus abitantes; i situados en el zentro de Europa, rodeados de tantas i tan diferentes nazioni estan destinados por la naturaleza, i obligados por la nezesidad, á azer un comerzio considerable. Si á este se le desanima ó se le oprime, los manufactureros, artesanos, i comerciantes podran i sin duda querran trasplantarse en los estados que les rodean, llevándose su industria, sus artes i sus riquezas. Tan fatales consecuencias fueran mui de temer, aun cuando las imposiciones de que se trata fuesen mucho menos onerosas de lo que son; que no lo pueden ser mas, ni jamas se an bisto en un estado comerciante, ni es de esperar que jamas se sometán á ellas los flamencos. El interés del rei es el que me anima, i no perderá menos que los Países-Bajos en el establecimiento de tan opresibas contribuciones. I si el duque no desiste absolutamente de su intento es mui de temer que los flamencos se bean mui pronto reduzidos por su ningun comerzio, á tal extremo de pobreza que les será imposible proveer los subsidios nezesarios á los designios del gobierno.» (1)

Este discurso irritó mas que combenzió al duque. Sin considerazion á la dignidad del presidente ni á la fuerza de las razones en que fundó su opinion dió por toda respuesta « que azia mucho tiempo estaba dezidido en el asunto de que se trataba: que antes de su arribo á Flandes abia comunicado su resoluzion á los condes de Barlaimont i de Noir-carmes: que estaba imbariamente decretada la imposizion de las cargas, i que los leales basallos del

(1) Meursii, Albanus, p. 35; Bent., p. 83.

rei debian sin mas discusion esforzarse en atraer los estados á que se sometiesen á su voluntad.»

Cuando bieron los diputados que el gobernador no izo mas caso de las razones de Biglio que de las suyas, empezaron á temer los efectos de su resentimiento, i consintieron la imposizion del uno por ziento, suplicándole sin embargo, rebocase las otras, representándole en los términos mas enérgicos las fatales consecuencias que resultarían de no conzedérsele. Empero el duque fué inesorable, i aunque consintió en tentar á los prinzipios algunos medios mas suaves de allegar dinero, estaba bien dezido á recurrir á la biolenzia si aquellos no bastaban.

A prinzipios del año 1568 pronunzió Felipe, con dictámen de los inquisidores de Madrid, una sentenzia jeneral de proscripzion contra sus basallos de los Países-Bajos, declarándoles á todos reos de lesa majestad, i pribándoles de sus bienes, derechos i pribilejios. Esta increíble sentenzia de imposible ejecuzion abia tenido á aquel malabenturado pueblo en una continua cuita. Pero como el rei de España le creia enteramente sometido, i temia que las probinzias sucumbiesen bajo el peso de tanta calamidad, resolvió conzeder una amnistía jeneral; i algunos meses antes de las ocurrencias que acabamos de referir la embió al duque, despues de aber echo que el papa la confirmase. Creyó el duque no podia conzeder aquel perdon en mas oportunas zircunstanzias, i se lisonjeó de que le konziliaria la benebolenzia del pueblo, i disminuiria la aberesion á los nuevos impuestos.

Publicóse solemnemente la amnistía en Amberes, donde el gobernador sentado en un trono, con una pompa que ninguno de sus prede-

zesores abia ostentado, mandó que se leyese en presencia de un concurso prodijioso, atraído de todas las probinzias por el cuidado i la esperanza. Imprimióse despues, i se zirculó, empero sin que produjese ni con mucho los efectos que el gobernador esperara; porque eran tantas las eszepciones que tenia, que mas propio era para renovar temores que para disiparlos, ni aun disminuirlos.

Escluianse pues, no solamente todos los ministros de la religion reformada, sino tambien todos los zudadanos que en cualquier tiempo les ubiesen rezibido en sus casas; todos los sediziosos que ubiesen concurrido á la destruccion de las imájenes; todos los que ubiesen firmado el compromiso, ó la representacion de los nobles, ó cualquier otro proyecto de asoziazion, i en fin todos los flamencos que ubiesen favorezido á los enemigos del rei, ó parezido inclinarse á ellos, ya lo ubiesen manifestado de palabra, ó por escrito, ó por acciones. Tales fueron los eszeptuados; mas en cuanto á las zudades i corporaziones se declaró que si alguna ubiese tenido parte en los últimos alborotos, á pretesto de mantener sus pribilejios, el rei se reserbaba castigarlas ó perdonarlas segun lo tubiese por combeniente.

No es pues de estrañar que semejante amnistia no produjese ningun efecto favorable. Los zudadanos de todas clases quedaron mui ofendidos de que tan sin rebozo se declarase ya que abian perdido sus pribilejios. Por otra parte aquellos mismos que sínzeraamente profesaban el catolizismo estaban unidos con estrechos bínculos de amistad i deudo á los que de él se separaran. Animados pues de los sentimientos mas naturales i sagrados; i á estímulos de la

gratitud i de la humanidad abian faborezido á sus bezinos, á sus amigos i á sus parientes, cuyos actos de benefizienzia les tenian espuestos á las mismas penas que si ubiesen cometido los delitos mas atrozes. Los ánimos se irritaron mas que nunca : aumentóse la fermentazion , i la amnistía se miró mas como un ultraje agregado á las persecuciones padezidas , que como un acto de clemenzia i misericordia. (1)

El duque , cuyos prinzipios eran tan diferentes , resolbió poco despues azer la esperienzia de si sus medios correspondian á sus fines ; i para ello ordenó á los gobernadores particulares que iziesen saber á sus respectibas probinzias , que nezesitaba un socorro en dinero , i que inmediatamente prozediesen á la cobranza del impuesto del diez por ziento sin mas reclamazion ni tardanza. Creyó no obstante que nezesitaba emplear diferentes medios con ziertas probinzias. Como los abitantes de Namur, Artois i Enoa, se abian mostrado desde el prinzipio enteramente sometidos á su boluntad, dispuso que los condes de Barlaimont , i de Noircarmes les asegurasen que deseaba tener su consentimiento para esta imposizion, antes para dar á las otras probinzias un ejemplo de obedienzia , que con el objeto de esijirla de ellos, que tan bien abian merezido de él por su fidelidad. Mas á las otras probinzias dió sus órdenes en tono mas absoluto. « Yo cuidaré, dezia , de prebenir las consecuenzias que se temen , i aboliré la contribuzion luego que sea ser esenzialmente perjudizial al comerzio ; mas en tanto , es la boluntad del rei que se imponga. Tengo su poder para esijirla , i estoi im-

(1) Meteren , p. 84 , Bent. , p. 85.

variablemente decidido á usar de él. Por último, les dezia, acordaos de las faltas que nuestro soberano puede echaros en cara en los últimos alborotos; i teneos por felizes de que se digne de proporcionaros ocasion de espiarlas, dándole boluntariamente una parte de nuestros bienes, miéntras podía con justizia tomarlos todos.»

El duque arrancó en fin el consentimiento de los estados jenerales empleando las ofertas i las amenazas; sin que los diputados pusiesen á su consentimiento mas condiziones que las de que los impuestos serian rezibidos por todas las probinzias sin eszepzion; i que el gobernador en cumplimiento de sus promesas los moderaría de modo que el comercio ni las manufacturas padeziesen ningun perjuizio. Solo las probinzias de Utrecht i de Brabante se opusieron; i la primera mostró en el curso de este importante asunto una firmeza i un balor que merezen ser recordados.

Luego que les llegaron las órdenes del gobernador jeneral comisionaron diputados que le representasen: que despues del mas maduro esámen no alcanzaban ni la posibilidad de otorgar lo que se pedia. «El territorio de Utrecht, dezian, es corto; las tierras del interior estériles, i solo á fuerza de enormes gastos se libran las demas del furor de las olas. Aunque aze poco que somos basallos de la casa de Austria, emos ya contraido una gran deuda para satisfacer los tributos que el emperador i el soberano reinante nos an pedido; i nunca nos emos bisto en estado de pagarla. En los últimos lebantamientos emos padezido mas que nuestros bezinos: nuestros mas industriosos abitantes an emigrado de nuestras ziudades; i

nuestro comercio que nunca a sido grande es ya casi ninguno. Esnos pues imposible soportar las cargas que se quiere azeptemos. Empero como tambien se nos alcanza que la nezesidad de las zircunstanziyas esije pronto socorros, i queremos reconozar las obligaciones que al duque tenemos por aver restituído la tranquilidad á los Países-Bajos, le auxiliaremos con todo nuestro poder, i nos obligamos á pagarle zien mil florines en cada uno de seis años, siempre que en ellos se nos esente de toda otra carga.»

El gobernador desechó con indignazion la oferta. Los estados le embiaron otra diputazion asegurándole «que esaminado con la mayor escrupulosidad todo lo conzerniente á sus áberes, se abian combenzido mas i mas de que nada podian adelantar á su primera oferta: que se abian lisonjeado de merezer su benebolenzia asegurados en el íntimo combenzimiento en que estaban de que abian echo quanto les era dable para contribuir á sus miras i llenar sus deseos. Pero que se allaban en la nezesidad de protestarle que fuesen las que quisiesen las resultas les era imposible ofrezar ni dar mas.» Los presidentes de las zinco iglesias unieron á esta representazion la protesta de «que no podian consentir aquellas imposiciones sin incurrir en la zensura de escomunión fulminada en la bula *In cæna domini*, i no solo contra los que impusiesen cargas sobre las rentas de las iglesias sino tambien contra los que á ellas se sometiesen.» Empero el gobernador no miró mas las protestas de los eclesiásticos que las representaciones de los estados. Irritóle mucho el que una tan pequeña probinzia como la de Uirecht iziese una resistenzia tan obstinada; i resolbió poner por obra las amenazas que izo á

los diputados de balse de la fuerza para ser obedezido.

Dió á ello prinzipio embiando un rejimiento de infantería con dos mil quatrocientos ombres que bibiesen á discrezion en casa de los bezinos; de quienes ademas se esijía cada semana tantos florines como abia soldados, por razon de paga. Estos que no ignoraban el por qué su jeneral les abia embiado, no ubo ultraje ni esazion que no iziesen. El duque ademas zitó á los majistrados de la ziedad i á los diputados de los estados de la probinzia á que compareziesen ante el consejo de las rebueltas para que en él dieseen cuenta de su conducta en los lebantamientos del año 1556, en que zedieron una de sus iglesias á los protestantes para que tubiesen sus juntas relijiosas. En bano alegaron en su defensa, que algunos particulares fueran los únicos autores de aquetla conzesion de que se acusaba á la ziedad entera; i que aun aquellos mismos lo abian echo mobidos de zelo por la relijion i el mejor serbizio del rei, la tranquilidad pública i la de los católicos en particular; puesto que todo abia que temerlo del fanatismo de los reformados sino se ubiera contemporizado con lo que pedian. El consejo no tubo mas en considerazion estas razones que el gobernador; i sin bazilar pronunzió sentenzia en que embolbió á todas las clases de la probinzia, nobles, eclesiásticos i simples ziudadanos: los nobles fueron pribados de todos los onores é inmunidades; las ziedades de Utrecht, Amersfort, Wyck i Rhenen, de sus pribilejios; ordenando que se confiscase el territorio, así bien que todas las rentas, i las de los ayuntamientos i conzejos que contenia la probinzia, como que era la mas culpable.

Consternó tanto á los estados tan inicua sentenzia , i era tan intolerable la rapacidad del soldado , que resolvieron por ebitarlo estender á ziento ochenta mil florines la cantidad ofrezida. Pero ni todo lo que padezieron , ni el temor que les inspiraba el resentimiento del imperioso gobernador , fueron poderosos á azerles consentir los impuestos del diez ni del beinte por ziento.

Esta intrépida conducta tubo las mas importantes resultas. Por decontado anuló el consentimiento de las otras probinzias que le prestaron bajo condizion espresa de que seria seguido absolutamente de todas ; é inspiró en los flamencos la resoluzion de oponerse bigorosamente á la cobranza de los nuevos impuestos.

Conozió el duque cuan difizil le seria , en el estado en que las cosas se allaban , el llebar á cabo sus intentos ; i aunque no diese el mas lebe indizio de aber renunciado á su plan , como la nezesidad de dinero era urgente combocó una junta de los estados en Bruselas , i pidió que ademas del beinte por ziento en que azia poco abian consentido , (1) pagasen en lugar de los impuestos que reusaban admitir , dos millones de florines en cada uno de seis años. Inútiles fueron los esfuerzos de los diputados para combenzerle de la esorbitanzia de aquella suma. Dióles un mes para que lo reflexionasen ; i el temor á tan implacable tirano arrancó el consentimiento.

Entre tanto no era el príncipe de Oranje mero espectador de estas altercaciones. Ya dijimos que á fines de 1568 se unió á los protestantes franceses , i tubo parte en las acciones de los

(1) Aszendia á 400.000 florines.

calvinistas con los católicos en la Caridad, en la Rochela i en Potiers. Pero el interes que tenia en los asuntos de Flandes no le permitia permanecer mucho á tanta distanzia. Dejó pues allá á su ermano Luis al frente de las fuerzas alemanas, i en setiembre de 1569 bolbió á su condado de Nasau donde se empleó por algun tiempo en preparar lo nezesario para bolber á tentar fortuna contra los españoles.

Supo mui zircunstanzadamente todo lo ocurrido en Flandes desde su salida, i no dudó que el duque ubiese aumentado con sus últimas estorsiones el odio que su persona i su gobierno inspiraban. Aseguraronle los flamencos la firme resoluzion en que estaban de sacudir su yugo. Católicos i protestantes, los que permanezian en sus casas, los desterrados, i los que abian salido uyendo de la tiranía; todos á una le pidieron que tomase las armas en su defensa. Empero el prínzipe tenia mui presentes las causas que izieron inútil su primera empresa; i estaba resuelto en no comenzar otra, ni aun á levantar tropas, miéntras no tubiese el dinero nezesario para mantenerlas.

A poco de aber llegado el duque á Flandes, muchos de los que abian uido de la persecuzion, se reunieron, i equiparon un gran número de naves armadas en corso, con las que se apoderaban de todos los bastiméntos españoles que allaban en las costas de Flandes i de Inglaterra. El despotismo del gobernador aumentó considerablemente aquel número, al cual se agregaron muchas personas de cuenta, que como era regular, adquirieron sobre los otros el mayor aszendiente. Empero todos en uno azian las partes del prínzipe, esperaban con ansia su buelta, contaban con su prudenzia, i nada desea-

ban tanto como berle encargarse de sus negocios. En consecuencia , combinieron por dictámen de sus jefes , en obedezzer sus órdenes , i pagar la cuarta parte de sus presas á los ofiziales que destinase para perzibirla.

Era su armada mui superior á todas las fuerzas marítimas que el duque podia oponer ; i así causaron males incalculables á los comercziantes españoles , i alguna bez tambien á los flamencos ; de modo que si sus presas ubieran sido bien bendidas , la parte asignada al príncipe fuera mui considerable.

Balióse despues Guillermo de otros medios deazer fondos. Autorizó á barios caballeros para que en su nombre comisionasen ministros protestantes , que disfrazados recorrieron las probinzias , i obtubieron socorros de todos los que aborrezian , ó la relijion romana , ó el actual gobierno. Este medio produjo la doble bentaja de saber con qué personas se podia contar , i cuáles de ellas eran las mas á propósito para persuadir al pueblo , ya por su elocuenzia , ya por su carácter. Así fué , que adquirieron un esacto conozimiento de las berdaderas disposiciones de los flamencos ; i establezieron una estrecha correspondenzia con los príncipales : que no contribuyó poco á faborezer las miras del príncipe , i á preparar sus buenos suzesos. En las probinzias de Olanda i Zelanda , en que la reforma abia echo mas progresos que en las meridionales , fué donde particularmente ganaron los predicantes al príncipe muchos partidarios. La naturaleza i situazion de aquellas probinzias , cortadas en todas direcciones por rios nabegables , canales i brazos de mar , contribuian á inspirar balor i confianza al pueblo ; que en efecto podia resistir mas fázilmente á las

tropas españolas. Allí donde el arte i la naturaleza parece que concurrieron á una á erijir el trono de la libertad, allí fué donde el príncipe resolvió azer las primeras tentatibas, como el sitio que mas probabilidades ofrezia de poderse conserbar. Dió, pues, prinzipio á las negociaciones por medió de sus agentes con los prinzipales abitantes: propuso su proyecto, i proporzionó tener inteligencias en las zudades marítimas, que debian entregarse á los protestantes refujiados. Se intentó la toma de Enchuisen i de otras zudades en el norte de Olanda, pero diferentes causas concurrieron á frustrar la empresa, que se dejó para tiempos mas propizios. Los que tubieron parte en ella no debian esperar el quedar desconozidos. Sin embargo, era el gobierno tan jeneralmente odioso á protestantes i católicos, que ni aun aquellos mismos que abian desconzertado los proyectos del príncipe dieron abiso al duque. Tanto les repugnaba el azer el menor serbizio á un ombre que por tantos motibos aborrezian. Estremeziales ademas la sola idea de las horribles crueldades con que atormentara á los culpables si se les descubriera.

Nada, pues, supo el duque, ni parece probable que supiese nada de lo que se urdia, asta que se tomó el fuerte de Loebestein, situado en la isla Bommel, formada por el Mosa i el Wal. Aunque poco considerable, no dejaba de ser importante por su situazion. Armán de Ruitter, natural de Bois-le-Duc, deseaba señalarse por alguna azafia importante en serbizio del príncipe, i la tomó por sorpresa. No llebó consigo mas de zinquenta ombres, i sin embargo creyó poderse defender con ellos el tiempo nezesario para ser socorrido; pero un desgra-

ziado é imprevisto accidente detubo á sus partidarios: el fuerte fué zercado por fuerzas superiores, que Rodrigo de Toledo izo partir inmediatamente de Bois-le-Duc. Los sitiados se defendieron con la mayor obstinazion; mas al fin fueron oprimidos por el número, i asta el mismo Ruiter perdió allí la vida.

En gran cuidado puso este suzeso al duque, mas atento á la causa que al efecto. Aunque de esta primera empresa ninguna bentaja abia sacado el enemigo, temió que se intentasen otras. Empero la profunda umillazion que causó á su orgullo el aber sido sorprendido, infundió en su pecho una indignazion i un furor iguales á su sobresalto. Aumentóse el resentimiento con la memoria de la oposizion que las probinzias marítimas abian echo á las imposiciones. Nunca en ellas pudieron cobrarse, ni aun el cupo que las correspondió de los dos millones de florines que acordaron los estados jenerales. Esta resistencia ubiera debido abrir los ojos al duque, i azerle conozer la nezesidad de otros medios mas suaves. Pero léjos de aber producido este efecto en su ánimo, los síntomas de una fermentazion tan terrible le arraigaron en el designio de balse de la biolenzia, i obtener por la fuerza cuanto nezesitase. Resolvió, pues, fuesen las que quisiesen las consecuencias, estrechar á los flamencos á que se sometiesen no solo al uno por ziento que los estados abian consentido, sino tambien al diez i beinte que abian reusado. Para coonestar este prozeder aseguró al consejo que los estados consentian igualmente en cada una de las tres imposiciones. Recordáronle Biglio i algunos otros, que aquel consentimiento tenia una condizion que aún no estaba cumplida; empero la irritazion del duque no le per-

mitia oír la verdad, ni sufrir que nadie le contradijese: «vos no sois mas que unos rebeldes, les dijo: el honor i el interés del rei ecsijen que los impuestos sean inmediatamente cobrados; i mas quisiera que me izieran pedazos, que permitir que los estados faltasen á la palabra que me an dado.»

Izo en consecuencia publicar un decreto, por el que se requería á todos los abitantes de los Países-Bajos que pagasen inmediatamente el diez, el beinte, i el uno por ciento á los comisionados nombrados para su perzibo. Mas, como abia prometido el moderar las dos primeras contribuciones para ebitar las perjudiciales consecuencias que se temian, conzedió la esenzion del diez por ziento á los comerciantes estranjeros por la primera benta de las mercanzías que importasen; i les permitió tambien que las esportasen sin debengar el derecho, con tal que no ubiesen mudado de dueño miéntras estuvieran en los Países-Bajos. La misma franquizia conzedió á la primera benta de bueyes, trigo i otras producciones del pais.

Estas lijeras modificaciones creyó el duque las tendria el pueblo por otras tantas condeszendenzias del gobierno; pero mas ilustrada la nazon azerca de sus berdaderos intereses, conozia que tales impuestos, á pesar de sus modificaciones, atraerian la ruina de su comertzio i la pérdida de sus manufacturas. Era, pues, mui de esperar que se dezidiese mas que nunca á resistir que se cobrase. Muchas ziudades sufrieron zierta espezie de ambre inmediatamente que se publicó el decreto. No se llebaron al mercado las cosas mas comunes i nezesarias á la vida, ni los mercaderes ponian nada en benta. Estos inconvenientes se sintieron particular-

mente en Bruselas, residencia del gobernador, donde ubo una interrupzion total de toda especie de comercio: zerráronse tiendas i talleres, i no abia donde comprar que comer ni beber. Redújose al pueblo á la desesperazion, i toda la ciudad estaba consternada.

En estas zircunstanziyas formó el duque la bárbara resoluzion de azer ajustiziar diez i siete de los prinzipales comerciantes en frente de sus propias casas. Ya los soldados estaban sobre las armas, los patíbulos lebandados, i los berdugos prontos á cojer sus víctimas, cuando solo algunas oras antes de la señalada para la ejecuzion llegó un correo con la notizia de que los flamencos desterrados abian echo un desembarque en la isla de Boorn, i apoderadose de la Brilla.

Esta notizia irió como un rayo al gobernador, rebocó sus órdenes sanguinarias, i resolvió, aunque con mucha repugnanzia, suspender la cobranza de los impuestos. Conozió las grandes bentajas que los partidarios del duque podrian sacar de la adquisizion de una plaza, que situada á la embocadura de un gran rio en la inmediazion de muchas ciudades importantes, se abia mirado siempre como una de las prinzipales llaves de los Países-Bajos. Ni podia dudar que las probinzias marítimas, que le aborrezian i detestaban su gobierno, dejasen de seguir el ejemplo de la Brilla, ni dejar de temer como mui probable que muchas ciudades abriesen las puertas al enemigo.

Era, pues, este suzeso de la mayor importancia, i debia umillar tanto mas al duque, quanto menos abia echo para impedirle. Fue á la berdad una falta capital el no aber pensado en formar una marina capaz de azer rostro á la del príncipe; cuyos corsarios casi arruinaron el

comercio; i la Flandes estaba casi indefensa por aquel lado en que los Nasaus debian naturalmenteazer sus tentatibas; puesto que sus fuerzas, de solo nabes constaban. En las ziudades mas espuestas ni guarnizion abia. El duque se contentaba con tener acuarteladas sus muchas tropas en Utrecht, miéntras los corsarios enemigos infestaban alternativamente todas las costas. Si los cuerpos que tenia de obserbazion los distribuyera en las ziudades marítimas, desconzertara todas las medidas del enemigo. Ni puede darse otra razon de la indolenzia de un jefe tan zélebre por su capacidad, que el extremo desprezio en que tenia á los flamencos espatriados, á quienes miraba como unos miserables piratas, perjudiciales á solo los barcos mercautes, empero incapazes de ninguna empresa de considerazion.

Mas aunque el duque no ubiese tomado las precauciones nezesarias contra lo que pudiesen intentar aquellos corsarios, abia no obstante dado alguna atenzion á sus movinientos. Abíase quejado á la reina de Inglaterra de que francamente les permitiese bender en sus estados las presas que azian á los basallos del rei su amo; lo cual, dezia, «era realmente darles socorros, i biolar los tratados esistentes entre ambas coronas.» Interesábase Isabel por los flamencos, i tenia tan pocos motibos como inclinazion á condeszender con los deseos de Felipe ni su ministro. Sabia que de tiempo atras tenia el duque correspondenzia con sus basallos católicos, procurando alterar su gobierno. Sin embargo, no juzgó combeniente romper con el rei de España, i otorgó lo que su gobernador en Flandes le pedia. Mandó que todo barco pertenéziente á flamencos rebelados contra su soberano desocu-

pasen sus puertos, i prohibió á sus basallos que les diesen proibiciones ni asilo.

Tan inesperada complazencia de Isabel fué un gran triunfo para el duque, i una extrema mortificazion para el príncipe; empero que produjo efectos muy diferentes de los que se esperaban, i consecuencias absolutamente contrarias á los intereses de Felipe. Reduzidos á la desesperazion los refujiados i desterrados, arrojados por la única potencia de Europa que les abia conzedido proteccion, resuelben apoderarse á toda costa de una plaza fuerte en su pátria. Júntanse en Doubres, equipan beinte i seis naves, i dan el mando á Guillermo de Lumey, conde de la Marck, nombrado su primer jefe por una comision del príncipe. Tubo esta escuadra la felicidad de encontrar i tomar en su travesía dos naves españolas ricamente cargadas, lo cual sirvió de zierta compensazion de los ausilios que en Inglaterra se les negaban. Abíase propuesto el conde azer una tentatiba sobre Enchuisen, en Nord-Oland, pero el bien-to contrario le obligó á entrar en el Mosa, i ancló delante de la ciudad de la Brilla el 1.º de abril de 1572. Desembarca inmediatamente las tropas, i en nombre del príncipe de Oranje intimó la rendizion á los habitantes: estos dudan algun tiempo, i sospechando el conde que se preparaban á resistirle, manda, para no darles lugar, que se ponga fuego á la puerta del Norte. A beneficio de tan bigorosa resoluzion, entró sin resistencia en la ciudad al frente de solos doscientos zinquenta ombres.

Esta conquista no menos impensada que fácil, fué el primer acontezimiento de la guerra que trasformó los Países-Bajos en teatro de orror i de debastazion por el espazio de mas de

treinta años; empero que en medio de las calamidades que derramó sobre sus abitantes, dió origen á virtudes, talentos, acciones, i sobre todo á un valor de que se allan pocos ejemplos en los anales del jénero umano. Nunca lucha mas desigual que la que empezó entonzes entre los flamencos i el monarca español; ni nunca escito mas contrario á la esperanza que debieron conzebir los dos partidos. Componia el uno un pueblo de manufactureros i comerciantes, de poca estension, i ya mui gastado por las calamidades que trae de suyo una larga tiranía. Era el otro el monarca mas rico de su siglo, que tenia á su disposizion grandes i aguerridos ejércitos, disziplinados i conduzidos por jefes intrépidos, capaces, i distinguidos sobre sus contemporáneos por su consumada esperiencia en las artes de la guerra. En tan desigual balanza ¿qué peso era el que podia restablezer el equilibrio? La desesperazion. A ella solo es dado el inspirar en los oprimidos el despecho de resistir á sus opresores. Nada mas natural que pensar de los olandeses que iban de una vez á ser rendidos al momento que se les bió atreberse á tomar las armas; empero el tiempo probó cuán temerario es dezidir que no es posible sino lo probable.

Los corsarios flamencos empezaron á llebar su botín á bordo de sus bajeles el dia despues que tomaron la Brilla. Era su intento continuar en corso por la West-Frisa; mas uno de ellos natural de la isla de Boorn, (1) izo presente que no era de esperar allasen en otra parte un establezimiento mas bentajoso; i el conde de la Marck i los demas jefes adoptaron su opinion,

(1) Treslong.

i se resolvieron en poner la ziuudad en estado de defensa con la artillería de la escuadra : i tuvieron puntualmente el tiempo nezesario, quando el conde de Bossut, gobernador de la probinzia, encargado del duque para atacarlos, llegó con un cuerpo de españoles, sacado de Utrecht i otras plazas inmediatas. El de la Marck, cuyas fuerzas eran mui inferiores, resolvió no obstante defender la ziuudad asta el último estremo. Empezaba la artillería española á batir la muralla quando uno de los abitantes llegó á nado á una de las esclusas que el de Bossut no abia cuidado de asegurar con un destacamento: la rompe, i da tal curso al Mosa, que en pocas oras inunda una gran parte del pais. Mas no por eso desistió el gobernador de su empresa, si bien le izo alejar el campo al mediodia de la ziuudad, para donde las aguas no abian zerrado el paso. Allí abia colocado la Marck su artillería gruesa, i quitado á los españoles la esperanza de reducirle en poco tiempo. No bien empezado el sitio, salen dos de los mas intrépidos jefes de los sitiados con un buen golpe de los suyos, diríjense á lo largo de los diques, llegan á las nabes españolas, quemán unas, echan á pique otras, desaferran las demas, i se retiran á la ziuudad sin la menor pérdida. Sabida esta nueva desgrazia por los españoles, i notando que el agua que les rodeaba iba subiendo por momentos; sobrecojidos de terror se prezipitan á la playa, sálbanse algunos en las nabes que el enemigo no tubo tiempo de desancorar ni destruir: esfuérzanse otros á ganar nadando los bajeles que bagan por las olas: aóganse muchos, i perezen no pocos sumerjidos en el fango. Si el enemigo les persiguiera, no quedara uno; empero la Marck, que aún dudaba del afecto de

los naturales, lo juzgó peligroso, temiendo le zerrasen las puertas, i bolbiesen contra él su propia artillería.

Este feliz suzeso alentó á los protestantes, i aumentó su confianza. Los ziudadanos se declararon abiertamente por ellos; i una multitud de abitantes de la isla acudió á ponerse bajo su protezion: fueron todos filiados con juramento de fidelidad al príncipe de Oranje, como único gobernador lejítimo de la Olanda, obligándose á defender la ziudad i la isla en su nombre i el del rei contra el duque de Alba i sus tropas. (1)

Su ejemplo difundió mui pronto el espíritu que les animaba, i fué como una señal de reboluzion para las ziudades comarcanas. Bien á su pesar lo esperimentó el conde de Bossut, pues abiendo pasado con mucha dificultad de Boorn á Beyerlan con ánimo de dar algun descanso á sus tropas en Dordrecht, instruidos los abitantes del mal suzeso que abia tenido en la Brilla, i temiendo que les forzase á pagar los

(1) Este primer triunfo de los protestantes fué seguido de aquella ferozidad de que tantos ejemplos se allan en esta guerra. Conoziendo los relijiosos lo mucho que tenian que temer del resentimiento de los benzedores, procuraron salir de la isla; pero fueron detenidos en su fuga, tratados del modo mas cruel é ignominioso, i despues muertos. Los flamencos desterrados i protestantes tenian demasiado presente la crueldad i barbárie con que abian sido tratados, para distinguir al inozente del culpable, ni oír las bozes de la umanidad ni de la relijion, que creian onrar por un zelo tan ardiente, pero tan criminal. A ellos se les abia tratado como á bestias por sus enemigos, i como bestias destrozaron cuanto les caía en las manos.

impuestos; á pesar de todo lo que les podia sobrebenir, le negaron la entrada en la ciudad; i como no se allaba en estado de obligarles por fuerza, se dirigió á Rotterdam.

Mas esta no estaba mejor dispuesta que la de Dordrecht á rezibir los españoles; pero engañada la municipalidad con las seguridades que le dió el conde de que solo queria el paso sin detenerse, consintieron en permitirsele á algunas compañías, una despues de otra. Mas no tardó la ciudad en arrepentirse de su condescendencia, puesto que apenas abia entrado la primera, cuando Bossut, en desdoro de la palabra que acababa de dar, se apoderó de las puertas, i dió entrada á toda la tropa. Echaronle en cara su perfidia, é intentaron, aunque inútilmente, bolberlas á zerrar. Asta entónzes abia sido estimado el gobernador por su moderazion; mas úbole de desamparar en aquel lanze, irritado sin duda por la resistenzia de los protestantes de la Brilla, i por el desaire que acababa de rezibir de Dordrecht. I resuelto á bengarse en Rotterdam, mostró á sus soldados lo que de ellos esperaba, matando por su propia mano á un bezino que forcejeaba por zerrar la puerta. Los españoles, prontos siempre á seguir el ejemplo de sus jefes, se arrojan con espada en mano á la milizia urbana, matan algunos, i echan de la ciudad á los demas: sueltan la rienda á su furor, derrámanse por la ciudad, i dan muerte á mas de treszientos abitantes.

Una aczion tan inicua como bárbara atizó la llama de la rebellion, que el conde de Bossut, como gobernador de la probinzia, estaba mas obligado á poner todo su conato en apagar. Solo un momento de reflexion le bastara para conozer la nezesidad de emplear medios mas

moderados para mantener en la obediencia las probinzias marítimas, en cuyas ziudades ni abia ziudadelas ni guarniziones que las reprimiesen. Las tropas en ellas acuarteladas se abian sacado en diferentes ocasiones para castigar á Utrecht. La situazion del pais, rodeado del mar, cortado en todas direcciones por canales i rios, azia casi impracticables los asedios, i proporcionaba á los partidarios del príncipe que penetrasen fázilmente en el pais asta donde quisiesen, á beneficio de sus nabes mui superiores en número á todas las fuerzas marítimas de los españoles. El pueblo, que no ignoraba ninguna de estas bentajas, se aprovechó de ellas en aquella ocasion. La matanza en Rotterdam aumentó el orror á los españoles, é izo que se mirase á Bossut como á un monstruo. Aun los mismos que deseaban permanecer fieles al rei se resistieron á rezibir en sus ziudades á sus tropas; i con tanta obstinazion i tenacidad como si se tratara de las del mas declarado enemigo.

Esta disposizion de los ánimos se manifestó desde luego en Flesinga, reputada por una de las prinzipales ziudades de los Países-Bajos, como que dominaba la embocadura del Escalda. En las instrucciones que á su abdicazion dejó Carlos V á su ijo, le recomendó que conserbase cuidadosamente aquella plaza, sin perdonar á gasto ni dilijenzia el asegurarla contra sus enemigos. Al duque no le abia llamado tanto la atenzion como merezia: abia debilitado mucho la guarnizion, embiándola á tomar cuarteles en Utrecht, sin dejar en ella mas de ochenta walones. Empero la pérdida de la Brilla, que podia atribuirse á otro semejante descuido, le izo conozer su error, i disponer que se con-

cluyese la ciudadela de Flesinga, cuyos zimientos echara años atras; i á este fin mandó ocho compañías de españoles al mando de un ofizial experimentado. Vieron los naturales con la mayor tristeza las cadenas que se les iban á forjar: prebieron que el despotismo militar llevaria consigo la ruina del comerzio: no dudaban que aquella guarnizion tarde ó temprano se emplearia en obligarles al pago de los impuestos: ni estaban sin temor de ser tratados como los de Utrecht i Rotterdam; i en fin, el buen escito de sus compatriotas los de la isla de Boorn les animaba á resistir. Pero aún dudaban el partido que mas les convenia, quando llegaron algunos emisarios del príncipe espresamente á esortarles á que se decidiesen con valor á asegurar su libertad. Bastante para fijar la indecision. Corre el pueblo á las armas, i echa de la ciudad el resto de la guarnizion.

Al dia siguiente entraron en el puerto los bateles que conduzian las tropas españolas. El pueblo, reunido en las calles i en la muralla, cayó en su primera perplejidad; pero los protestantes i los otros partidarios del príncipe le manifestaron cuan insensato era dudar, despues de haber empezado las ostilidades. «Ya abeis echo, dijo uno de ellos, arrojando la guarnizion lo que los españoles caracterizarán sin duda de delito de lesa majestad. Considerad bien á la merzed de qué ombres os bais á entregar. Acordaos de la suerte de los condes de Egmont i de Orn, i ved si buestros serbizios ó buestra inozenzia son comparables con los de ellos.» Aún se balieron de otro medio para animar al populacho. Izieron publicar á son de trompeta por toda la ciudad «que la guarnizion de españoles se azercaba, i que los ziudadanos de-

bian tenerles prontas sus mujeres, sus ijas i sus bienes." (1)

Cuando la boluntad indezisa fluctua entre dos resoluciones opuestas, la menor añadidura suele bastar para que la balanza se incline. Un ebrio que se allaba entre la multitud se ofrezíó por una lijera recompensa á dar fuego á uno de los cañones de mayor calibre que apuntaba á los españoles; i lo izo por tres florines que le dió un protestante, i al momento se dezió el pueblo. Asombrados los españoles con tal rezibimiento, i de ningun modo preparados á balerse de la fuerza, fueron amollando cables, i dieron la bela para Middelbourg, donde residia Antonio de Burgoine, señor de Backene, gobernador de la ziuudad i de toda la probinzia; el cual luego que supo esta ocurrencia partió para Flesinga, i juntados los abitantes en la plaza se balió de cuantas razones pudo alcanzar, mezclando las ofertas con las amenazas para persuadirles que bolbiesen á la obediencia. Izoles presentes todos los motivos de temor que pódian conmoberlos; mas el pueblo no estaba por entonzes para oír mas que los gritos de la pasion que le animaba. Su orror á la tiranía española abia llegado al mas alto punto; i el gobernador temiendo por su persona los eszesos de aquel desafortado populacho salió de la ziuudad.

En seguida demolieron los zimientos de la nueva ziuudadela, echaron á los injenieros encargados de construirla, i añadieron otra prueba aun mas combinzente de la resoluzion en que estaban de no bolber jamas á someterse al gobierno español. Abiase nombrado goberna-

(1) Reidanus, p. 10.

dor de Flesinga á don Pedro Pacheco , que se
 abia quedado algunos dias detras de sus tro-
 pas; é ignorando lo ocurrido entró en el puerto
 creyendo firmemente que estaban en la ciudad
 para rezibirle. Corre el pueblo á las armas , se
 apodera de su nabe , la saquea , i dá con él i
 con los que le acompañaban en un calabozo.
 Dizese que entre sus papeles se allaron los que
 probaban que su ida llevaba por objeto el esta-
 blezer allí la tiranía ordinaria de los españoles,
 cuyo descubrimiento i la zircunstanzia de reco-
 nozerle por pariente mui zercano del duque de
 Alba inspiró en el pueblo la bárbara resoluzion
 de darle muerte. Ofrezó Pacheco por su vida
 un gran prezio , i quedarse prisionero ; mas no
 fué oido. Pidió en fin que tubiesen considera-
 zion á su nazimiento , i conmutasen en el cuchillo
 el suplizio de la orca ; pero ni aun esto qui-
 sieron conzederlo. Las inumanas eszenas tantas
 bezes á su vista repetidas , abíanles echo fero-
 zes , i zelebraron la ocasion de desplicarse en su
 benganza con el duque , amanzillándole en el
 infame castigo de su deudo.

Al mismo tiempo que cometian estas terri-
 bles ostilidades se precaban contra las resultas
 que debia de tener un prozeder tan biolento.
 Y como no dudaban que les atraeria todo el re-
 sentimiento del duque , tampoco omitieron pre-
 cauzion alguna que de él pudiese librarles. In-
 zesantemente trabajaban en las fortificaziones:
 en secreto adquirian probisiones i muniziones
 de toda clase , é imploraron los socorros del
 prínzipe de Oranje , i de los protestantes de
 Franzia é Inglaterra. Al momento les embió el
 conde Luis algunas tropas de Franzia , i de In-
 glaterra acudieron quinientos flamencos dester-
 rados , que fueron seguidos de doszientos esco-